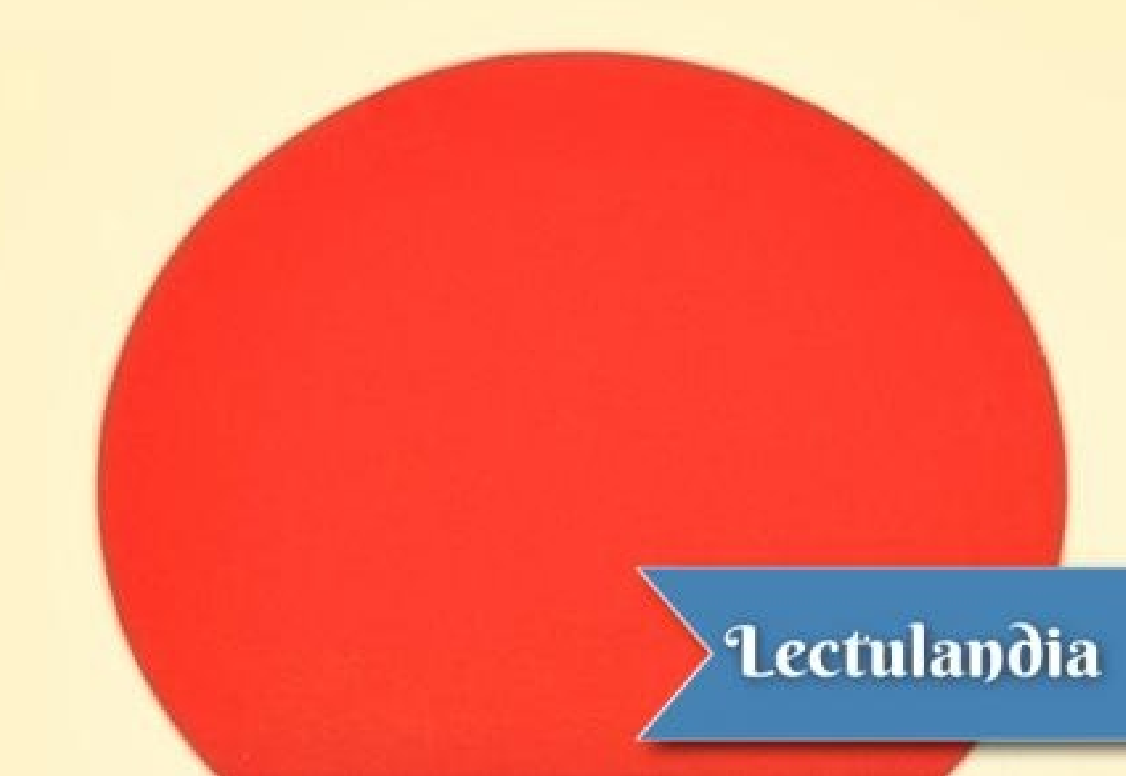


# SOBRE EL FASCISMO

GRAMSCI



Antonio Gramsci escribió algunas de las reflexiones más lúcidas jamás publicadas sobre la gestación, el desarrollo y el triunfo del fascismo. En su condición de «intelectual orgánico de izquierdas» fue capaz de explicar con asombrosa clarividencia la deriva autoritaria que iba a recorrer Europa en el periodo de entreguerras. Sus vaticinios no siempre se cumplieron: el fascismo le sobrevivió, y el estalinismo le obligó a reescribir y superar algunas de sus ilusiones juveniles. No obstante, la agudeza con la que desgrana la sociedad italiana y la política europea de su tiempo sirve para reflexionar sobre la vigencia de algunos procesos históricos que brotaron en Europa hace cien años, prendieron fuego al Viejo Continente, fueron dados por muertos tras la Segunda Guerra Mundial y hoy vuelven a proyectar una tenebrosa sombra sobre una sociedad que se creía definitivamente inmunizada contra el fascismo. Los treinta y seis artículos, ensayos e informes reunidos en este volumen inducen a pensar que el nacionalismo, el populismo, el militarismo, el descontento popular, la inseguridad ciudadana, la explotación, la deriva autoritaria, la crisis de un sistema parlamentario dominado por los intereses de los oligarcas son asuntos recurrentes; y, aún más importante, invitan a reflexionar sobre si las sociedades modernas han olvidado las consecuencias que traen. Como el propio Gramsci escribió, «la historia enseña, pero no tiene discípulos».

Antonio Gramsci

# Sobre el fascismo

**ePub r1.0**
**Titivillus** 09.04.2021

Título original: *Sul fascismo*
Antonio Gramsci, 1974
Traducción: Ana María Palos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INDICE

*Introducción*, por Enzo Santarelli

*Advertencia*

**SOBRE EL FASCISMO**

**1916**
Lucha de clases y guerra

**1917**
El reformismo burgués

**1918**
Cavour y Marinetti
El sindicalismo integral
El régimen de los pachas

**1919**
Covre
España
Italia, las alianzas y las colonias
La unidad nacional

**1920**
El poder en Italia
Los rompedores de asambleas
La fase actual de la lucha
Giolitti al poder
Previsiones
¿Qué es la reacción?
La fuerza del Estado

**1921**
El pueblo de los monos
Los enterradores de la burguesía italiana
Italia y España
Fuerzas elementales
Liberalismo y bloques

Socialistas y fascistas
Subversivismo reaccionario
Bonomi
El verdugo y la víctima
Insurrección popular
Golpe de Estado
Los dos fascismos
Entre realidad y arbitrariedad
Legalidad
La lucha agraria en Italia
Los partidos y las masas
El sostén del Estado

**1922**
Un año
La mano del extranjero
La experiencia de los metalúrgicos a favor de la acción general
Los orígenes del gabinete Mussolini

**1923**
Nuestra orientación sindical
¿Qué hacer?
Parlamentarismo y fascismo en Italia

**1924**
El fracaso del sindicalismo fascista
Italia y Yugoslavia
El problema de Milán
El partido popular
Gioda o el romanticismo
“Jefe”
Las elecciones
Fascismo y fuerzas burguesas tradicionales
El Vaticano
Bonomi y sus amigos
El mediodía y el fascismo
Las elecciones en Italia
La crisis de la pequeña burguesía
El destino de Matteotti
La crisis italiana
Democracia y fascismo
La caída del fascismo

**1925**
Después del discurso del 3 de enero
La ley sobre las asociaciones secretas
La nueva situación

**1926**
El fascismo y su política
La cuestión sarda y el fascismo
Un examen de la situación italiana

**DE LOS *Cuadernos de la cárcel***
Subversivo
La cuestión del arditismo
Giolitti y Croce
La fábula del castor
Concordatos y tratados internacionales
Ugo Ojetti y los jesuitas
Curzio Malaparte
Giovanni Cena
G. A. Fanelli
Autarquía financiera de la industria
La composición demográfica europea
Popularidad política de D’Annunzio
El cesarismo
La cuestión italiana
El miedo al kerenskismo
Paradigmas de historia ético-política
Sobre la estructura económica nacional
Peculiaridades italianas
Apoliticismo
Origen popular del “superhombre”
Las ideas de Agnelli
Sindicato y corporación
Gentile y la filosofía de la política
Taylor y el americanismo
Acciones y títulos del Estado

***Apéndice I***
Declaraciones al Tribunal especial
Discusiones en la cárcel de Turi

***Apéndice II***

# INTRODUCCIÓN
## POR ENZO SANTARELLI

Es sabido que el conocimiento crítico de Gramsci, y en particular del “Gramsci político”, ha venido precisándose con el tiempo, a través de una correspondencia más verídica entre la biografía y el contexto histórico real, a resultas de un profundo debate político-cultural. Con método gramsciano —sin quitar nada a la incidencia del elemento político— sería cosa de ver hasta qué punto, en líneas generales, lo ocurrido en este caso no sea también atribuible a un fenómeno que parece repetirse cada vez que se verifica una ruptura de cultura y generación, y se hace necesaria una “recuperación” laboriosa y lenta, tanto en el terreno ideológico como en el terreno técnico o filológico. De cualquier forma, sólo luego de la publicación de los escritos del semanario *Ordine Nuovo* (1954) —después de la revelación posbélica de las *Cartas de la cárcel* y los seis volúmenes de los *Cuadernos*— comenzó a aflorar un primer e incierto elemento de reconstrucción cronológica y textual de toda la obra gramsciana. Sin embargo, para tener una idea de Gramsci no solamente antagonista del régimen y profeta de su caída ante el tribunal especial, sino también intérprete del fascismo, era preciso aguardar aún durante largo tiempo. Era preciso reconstruir —y la tarea aún no ha concluido— nota por nota, frase por frase, la serie de los escritos, de todos los escritos y las intervenciones en el debate cotidiano incluso dentro de su partido, y la biografía íntima e ideal, y era preciso hacerlo, fuera de todo mito, con la necesaria participación, pero también con el justo, entendimiento y con escrúpulo científico.

El progreso mayor aunque siempre relativo en este sentido, ha venido delineándose en el curso de los años sesenta, y sus últimas etapas pueden indicarse sumariamente en la publicación de los escritos del diario *Ordine Nuovo*, presentados bajo el título *Socialismo y fascismo* (1966), y luego en el volumen conclusivo de las obras: *La construcción del partido comunista* (1971). Con la década mencionada se abre, por otra parte, un nuevo periodo de estudios, que al fin ha empezado a enfrentar ex profeso la cuestión del fascismo. La década indicada se abre con la obra de Togliatti sobre la *Formación del grupo dirigente del partido comunista* (1960), que publica

importantes documentos inéditos y problematiza la historiografía del partido. Siguen la edición revisada según los autógrafos y aumentada con las dentro del cual es posible emprender hoy en forma más amplia y clara, aunque siempre condicionada por las circunstancias ya mencionadas y por lo tanto en ciertos aspectos dialogal, un reconocimiento de los textos no sólo del pensador y crítico que actuó predominantemente en prisión, sino del militante y dirigente antifascista que se distinguió de todos los demás por su personal concepción del fascismo.

Los estudios y apuntes de la cárcel, por un lado, los artículos e intervenciones de las que ha quedado constancia, por el otro, se nos presentan hoy, básicamente por primera vez, ordenados en una serie aproximadamente continua y completa, por más que el orden de los *Cuadernos* no haya sido restablecido. La fusión entre ambos periodos (por ejemplo, en orden a la problemática fascismo-*Risorgimento*) no está quizá totalmente resuelta. Y sin embargo el "Gramsci político" e intérprete del fascismo ha venido adquiriendo dimensiones más específicas y veraces: a precisar mejor su figura han contribuido, poco a poco y también en el último periodo, el volumen a cargo de Giansiro Ferrata y Niccolò Gallo, *Nel tempo della lotta* (1964), y la reciente antología de los *Scritti politici*, ordenada por Paolo Spriano (1973). Pero así se han señalado únicamente algunas de las más importantes etapas de una adquisición que debería ser precisada más minuciosamente, y que parece aún en curso, tanto por lo que respecta a otras contribuciones de inéditos o escritos todavía desconocidos, como por lo que respecta a una valoración más prudente en las atribuciones de artículos no firmados.**[1]** No está próximo ni es fácil el logro de una edición completa y al mismo tiempo puntual de las obras —que pueda considerarse definitivamente establecida— que seguimos esperando. Entre tanto, la fusión entre el *Ordine Nuovo* y los *Cuadernos* se ha realizado, y se ha aclarado la relación entre el joven Gramsci y el Gramsci maduro, y en este fatigoso y progresivo pero no siempre lineal camino ha sido posible sacar a la luz y abarcar el conjunto de la empresa cultural y polémica, en el sentido más elevado de estas palabras, del hombre y del combatiente, del pensador con respecto al fascismo. La posición de Gramsci ante el fascismo puede considerarse actualmente restituida y documentada en toda su extensión y en los diversos aspectos de su trayectoria. En un periodo de casi veinte años se ha pasado de la conocida conferencia de Togliatti sobre el *Antifascismo de Gramsci* (1952), útil para la lucha política pero encaminada ya en la vía de una sustancial precisión metodológica, hasta el intento más

orgánico y complejo de interpretación aparecido hasta ahora, el de Leonardo Paggi, en *Antonio Gramsci e il moderno principe* (1970), aún inconcluso.

Ahora bien, gracias a esta labor cada vez más amplia y en cierta forma colectiva, la atención se ha centrado reiteradamente y en varias partes en el análisis e interpretación que Gramsci, en etapas sucesivas, dio del fascismo. Análisis que madura "en el tiempo de la lucha", en un sentido más específico entre 1921 y 1925, y que luego reaparece en gran parte en las *Tesis* del Congreso de Lyon (enero de 1929); redactadas por Togliatti pero con la colaboración y bajo la inspiración de Gramsci; análisis que se desarrolla en formas casi siempre indirectas (de reflexión teórica y con notas "bibliográficas") en el periodo de la cárcel, en cierto sentido complicado y profundizado, en algunos aspectos acrecentado de cara al régimen y luego parcialmente rectificado en el cuaderno *Americanismo y fordismo*. El proceso de recuperación de los textos ha resultado pues concomitante con la reconstrucción igualmente progresiva de la biografía gramsciana, mientras que el desarrollo de los estudios dé historia del Partido Comunista Italiano se ha venido entrelazando, en estos últimos tiempos, con la investigación historiográfica sobre el fascismo, con la discusión de sus interpretaciones. En medio de este trabajo se sitúa la última adquisición, en un terreno paralelo al nuestro, de las *Lecciones sobre el fascismo*, elaboradas por Togliatti en Moscú en 1935, fruto de una experiencia humana y política diferente, que en cierta forma representan un regreso a las tesis y al espíritu de Gramsci. Por ello es posible hoy ir mucho más allá de lo que se ha repetido —con razón— después del 25 de abril:[*] que los fascistas con la persecución y la cárcel pretendían aniquilar en el dirigente político y moral del partido comunista una instancia de vida y de pensamiento que la misma víctima supo por el contrario organizar y multiplicar en una forma y una perspectiva "antifascista" totalmente inusitada, que superaba en mucho los límites contingentes de la oposición y de los análisis precedentes, para tender, en un cuadro mucho más amplio, a una hegemonía mucho más sólida e indestructible que fundar y extender sobre toda la sociedad italiana.

No obstante los progresos realizados en la reconstrucción del cuadro histórico y teórico total, no puede decirse que la tarea realizada hasta ahora —y que hemos tratado de indicar— haya perdido algo de su actualidad, en el sentido de que los problemas objetivos e interpretativos siguen muy vivos y abiertos en nuestra época. Seguramente la situación actual puede delinearse de esta manera: la tarea realizada se ha aprovechado de un reconocimiento fundamental de los materiales gramscianos más específicamente dedicados al

fascismo; pero simultáneamente la problemática gramsciana ha venido adquiriendo también una mayor profundidad. Ahora bien, casi toda, por no decir toda, la obra de Gramsci —la política y la “literaria”— ataca al fascismo en sus diversas etapas y aspectos, desde sus raíces y orígenes hasta sus manifestaciones más maduras, situadas entre la crisis económica y la víspera de la guerra. Si se relee y se reflexiona sobre el conjunto de la obra gramsciana más específicamente dedicada al fascismo, se revela claramente un curso ideal, que amplía el interés histórico, pasando del primer compromiso político, antagónico, que sin embargo provenía ya de una interpretación del mundo contemporáneo propia del joven Gramsci, a una revisión e interpretación nueva de toda la historia de la sociedad, de la economía y de la cultura, de los italianos, más allá de una periodización limitada. De ahí una primera dificultad para seguir en una forma coherente, pero también fiel, una serie tan amplia de documentos y de hechos, como son los que resultan de toda la obra y la lucha del comunista sardo. Y, sin embargo, precisamente por estas razones, nos parece justo y necesario en la fase actual del debate interpretativo y de la lucha política, aunque corramos el riesgo de alguna inevitable simplificación, recoger y exponer en forma popular aquella parte de la obra gramsciana que más propiamente fue dedicada por el autor a una “lectura” —global y activa— del fascismo.

En cierto sentido —dentro de estos límites—, se trata de llevar a cabo una labor de acercamiento elemental a cierto número de textos, tomando en cuenta las advertencias que se han dado hasta ahora. Pero es necesario decir, preliminarmente, que Gramsci no se planteó nunca ex profeso una investigación temática del fascismo que estuviese, por así decirlo, desligada de las finalidades más generales —teóricas y prácticas— que sucesivamente se propuso. De ahí las diferencias cualitativas no pequeñas en los diversos materiales confiados a nuestra comprensión. Además, el estudio crítico de estos materiales ha presentado y presenta niveles desiguales, precisamente con respecto al tema y al título del fascismo, según nos movamos: *a*] en el terreno de los escritos anteriores a 1919-20, que podríamos llamar “pre-fascistas”; *b*] en el terreno de la polémica abierta y de la interpretación del fenómeno fascista convertido en “Estado”; *c*] en el terreno de la integración teórica en la época de la cárcel. La literatura sobre el tema es, de hecho, mucho más detallada y exhaustiva sobre el segundo aspecto, por otra parte central desde cualquier punto de vista, mientras que la exégesis de partes enteras de los *Cuadernos* —y en primer lugar el grupo de notas sobre *Americanismo y fordismo*— está dando sus primeros pasos.[2]

El análisis que Gramsci nos ha dejado del fascismo no es fruto de un proyecto conducido sistemáticamente, sino que nació en lo más vivo de la lucha política y de clase; en el debate socialista y comunista, y crece y se despliega por grados: desde las articulaciones del *Ordine Nuovo* semanal y cotidiano hasta las *Tesis* de Lyon; desde el ensayo sobre la cuestión meridional (*Algunos temas de la cuestión meridional*, 1926) hasta un ciclo distinto de trabajo y meditación que de la experiencia del fascismo desemboca en la problemática del *Risorgimento* y de la revolución en Italia. Totalmente inmerso en aquella lucha y aquella polémica, Gramsci fue recogiendo, casi día por día, las características y el papel histórico-social de aquellas escuadras de combate, de aquellas escuadras de acción, que en la escena italiana y europea de la posguerra constituían para el movimiento obrero un hecho totalmente nuevo. Y en la interpretación de lo nuevo Gramsci acudió, entre los primeros de Europa, al método de Marx.

Como combatiente y como teórico diría que el fascismo, el verdadero, el que importaba, el que contaba, nació realmente en 1920-21, del impacto con las formaciones agrarias y con la burguesía capitalista; pero nunca le pasó inadvertida la importancia de la función desempeñada por la pequeña burguesía y sus cuadros. Los escritos de 1920 en los que Gramsci comienza a examinar más de cerca el entrelazamiento nacional entre reacción y fascismo, los vínculos entre pequeña burguesía y fuerzas capitalistas —todos ellos motivos retomados en 1921 y 1922— asientan sus raíces en una visión general de la crisis revolucionaria europea e internacional que sigue siendo de gran interés. Su artículo *Una descomposición y una génesis*, publicado el 1.º de mayo de 1919, constituye el preludio e inicio de muchas otras observaciones, que conducirán más tarde a una visión articulada y sin embargo plenamente rigurosa del fascismo: el capitalismo italiano, ante los nuevos partidos nacionales del pueblo, de la Clase obrera, de los campesinos, frente a la pérdida misma de la independencia de Italia a consecuencia de la guerra y a manos de las otras potencias europeas capitalistas más fuertes y agresivas, frente a la "marea revolucionaria" (el octubre ruso, pero también la "guerra de las colonias"), siente fuertemente la necesidad de aprisionar a las masas, de recurrir a la dictadura de clase.

Es la primera vez que un comunista toma este camino, hacia una definición del fascismo sobre el cual más tarde, a escala europea y en el ámbito de la Tercera Internacional, florecerán debates y se establecerán posiciones muy diversas entre sí. Así pues, ya desde 1919-20, Gramsci se lanza a un análisis totalmente autónomo y original, y también por eso

comienza a ganarse el título que se le atribuirá en lo sucesivo de “el teórico europeo marxista más importante después de Lenin”.[3] Así, Gramsci no se plegó al gusto común en su época en todos los campos y escuelas, de una fórmula unívoca y definitoria, sino que buscó y siguió las diversas actitudes y modificaciones del fascismo, en el curso de su evolución. En esto estriba la diferencia de su método, tanto respecto al de Bordiga, quien llega al límite de negar la especificidad del fascismo, como respecto a todas las demás definiciones más o menos unilaterales y simplistas (optimistas o pesimistas) que surgen en el ámbito de la cultura liberal o radical o socialdemócrata. Nada semejante, por ejemplo, a la imagen de la “contrarrevolución preventiva” (Luigi Fabbri) o a la idea del “nacionalfascismo” (Salvatorelli) o al sentimiento de una “revelación” en la historia nacional de Italia (Fortunato) y, mucho menos a la réplica de Benedetto Croce contra los intelectuales gentilianos (el *“antirisorgimento”*). Desde este punto de vista podría decirse que Gramsci, sin ser un empírico —¡todo lo contrario!— prefiere observar los hechos, comprenderlos en sus movimientos y mudanzas, y más aún en su significado real, y contraatacados en su ideología, sobre el terreno de un análisis que se presenta ya —más allá de las tomas de posición más inmediatas que pasan del acicate de la ironía hasta las consignas de lucha embrionariamente complejo. No es que en Gramsci falten unas u otras definiciones, sino que siempre aparecen, y en medida mucho mayor que en cualquier otro intérprete y adversario del fascismo, comprensible sólo en un contexto más amplio y dinámico. Si acaso, estos sus intentos de aproximación aparecen cu el momento incluso inactuales; pero esto depende del hecho de que durante cierto lapso su posición fue, por así decirlo, doblemente minoritaria, como concepción y como método general, por su perspectiva revolucionaria y por el lugar que ocupó durante largo tiempo en el propio partido comunista.

La apertura intelectual en la investigación va de la mano con la firmeza en la acción. El 31 de enero de 1921, diez días después de Livorno, aparece el artículo *La guerra es la guerra*: frente al ataque fascista se trata de organizar el contraataque. Por lo demás, ya desde la famosa relación de mayo de 1920, presentada en nombre de las organizaciones turinesas, *Por una renovación del partido socialista*, Gramsci había visto con gran realismo y con excepcional capacidad de previsión el peligro de un desenlace reaccionario y dictatorial. Realismo: “La fase actual de la lucha de clase en Italia es la fase que precede: bien a la conquista del poder político por parte del proletariado revolucionario para el paso a nuevos modos de producción y distribución que permitan una

recuperación de la productividad; o bien a una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y de la casta gobernante". Capacidad de previsión (que faltó a los socialistas como a los bordighianos): "No se ahorrará ninguna violencia para someter al proletariado industrial y agrícola a un trabajo servil: se buscará destruir inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (partido socialista) y de incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) a los engranajes del Estado". Cosa que se realizó, a consecuencia de la derrota del movimiento obrero, del hundimiento del Partido Popular Italiano y de la involución de la mayor parte de la clase dirigente. Y aquí hay que señalar no sólo el que subrayase el enfrentamiento de clases en proceso, sino la justeza de una hipótesis de tipo autoritario-corporativo que el naciente fascismo apenas había expresado, hipótesis aún oculta entre los velos de su demagogia o, para la mayoría de los observadores, oculta incluso más tarde bajo la brutalidad escuadrista.

En 1921-22 Gramsci condujo una doble polémica: contra el oportunismo socialista y contra el fascismo (que seguía analizando). En cuanto al fascismo se trata de la fase que hoy llamaríamos una crisis de crecimiento: transformación del movimiento en partido, crisis tan aguda, pero también tan rápidamente resuelta, que provoca un rompimiento entre "la línea de las "fuerzas elementales" brutalmente anticlasistas y predominantemente agrarias y la línea musoliniana, con su rostro "urbano", predominantemente política. Con el año 1921 se inicia un periodo de auge de la "guerra de movimiento": los *fasci* se introducen en los bloques nacionales giolittianos, pactan con los socialistas y con la Confederación del Trabajo, pero luego se fusionan sin residuos con las escuadras, y reanudan su "marcha", rompiendo el pacto de pacificación y pasando por encima de los acuerdos de "tregua" establecidos a la sombra del debilitado régimen parlamentario y bajo el patrocinio del presidente de la Cámara de Diputados. En este tormentoso periodo, como en la crisis que seguirá al caso Matteotti, si siguiéramos el rastro de todos los artículos, declaraciones y juicios más inmediatos firmados por Gramsci o atribuidos a él, podría observarse, entre un documento y otro, más de una oscilación o disonancia. Pero así como de aquella crisis, por toda una serie de circunstancias objetivas y subjetivas, el fascismo salió transformado y fortalecido —elevándose primero al gobierno del país y consolidando luego su dictadura—, así también el análisis gramsciano descubre puntos de apoyo más precisos, definidos y estables.

El análisis de Gramsci es, ante todo, un análisis de las fuerzas sociales en pugna; y el suyo es, en primer término, un intento de dividir al adversario, de

procurar nuevas alianzas y una nueva dirección a la clase obrera, según la experiencia del octubre ruso, en la realidad italiana. Es una línea en la que se mantendrá incluso después del advenimiento fascista: alianzas con la fuerza católica democrática, con los partidos y sectores autonomistas de la pequeña burguesía y de los campesinos del mediodía, pero bajo la guía del nuevo partido. Data de abril de 1921 su importante intento de recuperar, en el sentido de una acción antifascista y popular, el elemento dannunziano que controlaba a una parte notable de los ex-combatientes y que había entrado en conflicto, sobre todo en el vértice, con la propagación del "esclavismo agrario".**[4]** Y de 1921-22 data el ataque a Giolitti y a los jefes de los gobiernos "liberales", que abandonan el terreno de la "legalidad" y no impiden, sino que incluso fomentan (primero y sobre todo, a través de Bonomi como ministro de la guerra), el armamento y la avanzada de los *fasci* en el país y en los centros decisivos del Estado. No menos interesante, como revelo en primer lugar Alfonso Leonetti, es la apelación a la Constitución, levantándose Gramsci _en defensa de las libertades colectivas que pisotea la burguesía.**[5]**

Así pues, el periodo del *Ordine Nuovo* semanal y, sobre todo, del *Ordine Nuovo* cotidiano, es el más rico de documentos, pero es también un período que presenta no pocas dificultades interpretativas y que exige, de parte del estudioso y del lector, una especial cautela científica. Se trata, en efecto, de un momento clave para la evolución del fascismo y para la contextual interpretación gramsciana; así, por ejemplo, la distinción entre "fascismo urbano" y "fascismo rural", que es una distinción dialéctica fecunda de mayores resultados y ya sintomática de toda una orientación ideal, nace precisamente en 1921 y, a fin de cuentas, quedó como un punto de referencia de gran importancia precisamente por hallarse vinculada a todo el método y orientación política más personales de Gramsci. En los textos de mayor envergadura, que nacen de esta experiencia y que han sido adoptados como documentos-base del partido comunista, el fascismo que se está organizando en instituciones de tipo dictatorial es visto como una "continuación" y como "transformación" de la política tradicional de las clases dirigentes y del capitalismo en la lucha permanente contra la clase obrera. En este cuadro —después de su estancia en Moscú y Viena— resalta la relación al comité central de agosto de 1924 (*La crisis italiana*). Las *Tesis* de Lyon, por último, subrayan en el papel de continuación-transformación asumido por el fascismo en la sociedad italiana el momento de la novedad: "En sustancia el fascismo modifica el programa de conservación y de reacción que siempre ha

dominado la política italiana solamente por un modo distinto de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias”. El fascismo —como instrumento nuevo del dominio de clase— tendía en efecto a “realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía en un solo organismo político bajo el control de una central única que debería dirigir juntamente al partido, el gobierno y el Estado” (y esto es lo novedoso en la línea política y en la organización social del capitalismo italiano, que será retomado por Togliatti en las *Lecciones* de 1935). El fascismo, •que encontró su primera “base” en la pequeña burguesía urbana y en una nueva burguesía agraria, se estaba convirtiendo en un régimen de gobierno, en la forma de organización de la “parte más decididamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los agrarios”.

De esta forma, adelantándose a los acontecimientos y combatiendo todo simplismo acrítico, Gramsci y su grupo anticipaban algunas de las posiciones adoptadas luego por la Internacional en el VII Congreso. Sobre las vinculaciones entre el componente pequeñoburgués y la base capitalista, que es una característica de esta interpretación, discutirá y trabajará Togliatti en el artículo *A propósito del fascismo*, publicado en 1928 en el órgano de la Internacional.**[6]** Pero entre 1928 y 1935, como es sabido, estas posiciones, tan articuladas y correctas como políticamente fecundas y rigurosas, fueron en gran parte oscurecidas o abandonadas o silenciadas, bajo el impacto de la doctrina del “socialfascismo”. La línea de esta tradición e interpretación gramsciana e italiana (el fascismo comprendido y visto como reacción de tipo nuevo), tendiente a modificar o limitar ciertos esquematismos economicistas prevalecientes en muchos aspectos al comienzo de los años veinte entre socialistas y comunistas, había quedado de todas formas establecida y debía rendir sus frutos. En la cárcel (desde fines de 1926), Gramsci discutirá y escribirá aún sobre cesarismo y fascismo, sobre las ideologías reaccionarias y sobre la Contrarreforma, sobre el corporativismo y la crisis económica, sobre el fordismo y los nuevos métodos de organización del trabajo y de la producción y, en sus proyectos de estudios sobre el *Risorgimento*, así como sobre el papel de los intelectuales en la sociedad y en la historia italiana, la experiencia del fascismo y la exigencia de superarlo seguirán estando presentes, en otra forma, pero sin solución de continuidad.

Con ello, el prisionero del régimen “ponía al día” su anterior análisis a la luz de los hechos —la derrota del movimiento de clase, el eclipse del Estado liberal, la construcción del bloque de dominio fascista— o de aquellas informaciones más precisas y sintomáticas que le era dado captar en su

condición. Manteniendo intacto su núcleo interpretativo original, daba una nueva prueba de saber valorar —más allá de cualquier esquema— las más íntimas y precisas coyunturas entre el momento estructural y los momentos institucionales e ideológicos del sistema fascista. A este propósito se ha dicho acertadamente que debe revalorizarse, para la comprensión del más maduro análisis gramsciano del fascismo, "aquel conjunto de notas aparentemente más fragmentario que otros", que aparecen en los *Cuadernos* bajo el título *Americanismo y fordismo*.[7] Pero ya en este grupo de notas la referencia al fascismo, o a los problemas que de él se derivan, incluso preliminares y metodológicos, no es siempre expresa; y sería necesario, análogamente, un reconocimiento bastante extenso y atento de todo el material de los *Cuadernos*, lo cual no es posible aquí.

En el análisis gramsciano del fascismo, tal como se desarrolló históricamente, pueden e incluso deben distinguirse los diversos momentos que están en el fondo de una misma interpretación. En general, ha sido subestimada aquella visión de la lucha política y de clase a nivel internacional que en Gramsci es anterior a 1919, estando muy viva incluso antes de 1917. De esta fase —que se expresa en el *Grido del Popolo* y en el *Avanti!* turinés— brota un juicio sobre la crisis de la hegemonía burguesa que supera en mucho el horizonte nacional. Lo más importante, a nuestro juicio, es sin embargo el nexo entre la visión de la crisis del dominio burgués e imperialista tradicional y el juicio que Gramsci formula entre 1917 y 1918 sobre las características del sistema de poder existente en Italia. El orden autoritario típico del esfuerzo de guerra impulsa a Gramsci a insistir, con acentos que escarnecen al adversario, sobre el "régimen de los pachas", que se oculta tras la fachada parlamentaria del Estado liberal y tras una división de poderes particularmente falsa en Italia, e incluso sobre el hecho de que la burguesía italiana apenas ha llegado en su desarrollo a una "etapa corporativista".[8]

Entre estos escritos —aunque podrían citarse otros— y los de la posguerra hay un nexo evidente. Sin embargo, surge un aspecto nuevo, el de la rebelión pequeñoburguesa, el del intento de la pequeña burguesía por actuar como clase independiente. El cuadro se presenta en aquellos "Estados liberales metropolitanos que se deshacen en el interior, al mismo tiempo que el sistema de las colonias y de las esferas de influencia se resquebraja" a escala mundial.[9] De estas contradicciones, que afectan a la política interior y exterior y fincan sus raíces en las relaciones entre las fuerzas sociales, nace el fascismo como fenómeno secundario, rival respecto a la génesis de un nuevo orden

socialista, complementario e incluso continuador de la reacción burguesa clásica. Entre 1920 y 1921 Gramsci tiende a subrayar, y lo hace en más de un artículo, casi como motivo recurrente, la relación dialéctica entre fascismo y reacción del Estado. De ahí la tesis, principal en cierto sentido, de la continuidad entre prefascismo y fascismo, que llegará hasta los *Cuadernos de la cárcel*, continuidad que es particularmente notable y totalmente consciente por lo que concierne a la posición del Estado y al comportamiento de las clases dominantes.[10] Esto es el punto distintivo respecto a las interpretaciones centradas, en forma casi exclusiva, en el momento pequeñoburgués y en la "guerra subversiva" de un Salvatorelli o de un Fortunato.

En esta fase, caracterizada por el nacimiento del Partido Comunista de Italia tanto como por la crisis del primer fascismo, la relación entre agitación de la pequeña burguesía y la revancha reaccionaria de la gran burguesía, en cuanto al análisis social, no aparece aún en primer plano; permanece más bien en el fondo. Por lo demás, a Gramsci no le interesaba tanto un análisis particular del movimiento fascista —tal como el que luego entró en la literatura política e historiográfica— como Ja relación de conjunto (aunque no completamente aclarada) entre el fascismo y la crisis del Estado burgués. Con los artículos "El pueblo de los monos" (2 de enero de 1921) y "Los dos fascismos" (25 de agosto de 1921) lo que se revela es el momento complejo, de disgregación y revuelta, el aspecto sociológicamente pequeñoburgués del fascismo. Pero también sería equivocado permanecer en la superficie de estos textos, por más brillantes y agudos que sean en cuanto a la caracterización del fenómeno —por lo que muy pronto se volvieron totalmente ejemplares— y pasar por alto el lazo que los une por un lado a la más vasta visión de la crisis que los precedió, y por el otro a los resultados a los que llegó Gramsci poco tiempo después.

Es preciso insistir además en otro aspecto, decisivo. Ya ha sido subrayada —en particular por Spriano— la "fusión, o al menos el nexo estrechísimo, entre la producción teórico-política y una actividad editorial de organizador, de propagandista, de creador de cultura proletaria" que caracteriza la personalidad política de Gramsci;[11] pero lo mismo vale, sin duda con mayor razón, para el intérprete del fascismo. Ciertamente, no se puede descuidar el hecho peculiar de que la idea del fascismo en Gramsci nace de toda una serie de análisis concatenados, que sin duda escapan a una definición global, pero que al mismo tiempo llegan a conclusiones contingentes dictadas por la urgencia de la lucha, como sucede cuando el artículo "Los dos fascismos"

pasa a indicar la “misión de los obreros y de los campesinos revolucionarios” frente a la “altanera reacción capitalista”.

La tercera fase de pensamiento gramsciano sobre el fascismo, después de la subida de Mussolini al poder corresponde a un proceso de maduración en el que se organizan los elementos parciales ya anticipados por la anterior experiencia política. Proceso de maduración que corresponde, a su vez, a la conquista por parte de Gramsci de la hegemonía en el Partido Comunista de Italia, a una ampliación de horizontes y a una profundización teórica en contacto con la realidad soviética y la Internacional. En esta fase, en la que empiezan a aparecer las elaboraciones más orgánicas y articuladas ya mencionadas, adquirirá relieve el problema de la relación entre estructura y superestructura en el fascismo y en el sistema político fundado por éste. De esta fase, en la que Gramsci mantiene sus posiciones, las hace más autónomas y claras y trata de afirmarlas en el curso de la “construcción del partido”, se pasa bastante bruscamente, al menos desde el punto de vista formal, al último periodo, el período de la cárcel: aquí la relación entre análisis polémico e investigación teórica cambia naturalmente de signo, y el intelectual parece predominar sobre el político.

Escribiendo y hablando mucho menos del fascismo, en realidad Gramsci recorre ahora con la mirada todos sus aspectos, sus motivos y características fundamentales, como una gran multiplicidad de elementos y problemas particulares y reconducibles a cuestiones más complejas. Siempre esquematizando, puede decirse que el joven Gramsci presintió en los años de guerra la amplitud y sobre todo la profundidad del conflicto que se estaba desarrollando en la trama social de la época: sin lo cual hubieran resultado incomprensibles también el análisis, la previsión, las advertencias de ]a primavera de 1920: mientras que a continuación el desarrollo íntimo de la reflexión teórica pasa a concentrarse en la dinámica del movimiento social del fascismo, en la formación de un nuevo bloque y sistema de poder. En todo el periodo de la cárcel, sin embargo, Gramsci se mantiene firme en el principio enunciado en el primer número de *Ordine Nuovo*: “La historia es perennidad; el mal no puede prevalecer, el desorden y la barbarie no pueden prevalecer, el abismo no devorará a los hombres”.[12] Desmentido por los hechos en la previsión de un nuevo orden revolucionario a corto plazo, este principio tiende a trasladarse al terreno de un proceso histórico más largo: de ahí la necesidad de nuevas categorías interpretativas, el nuevo nivel teórico alcanzado por Gramsci después de 1926. El fascismo, que ya en el sintomático 1921 Gramsci vio como “una táctica coordinada de la lucha

capitalista”,[13] será asumido dentro de sus límites como un “paréntesis” (la expresión es empleada en un párrafo a propósito de Rossoni y del sindicalismo fascista) o una nueva prueba de las leyes sociales e históricas, y es estudiado cada vez más desde un ángulo científico; pero precisamente porque la investigación es en cierto modo comparada, casi interdisciplinaria, aunque esta palabra no sea la más justa, mientras la curiosidad en la investigación, el estímulo para la lectura, la necesidad de actualización parecen inagotables.

La naturaleza del fascismo, sus formas peculiares, su llegada y su probable desenlace son reexaminados a la luz de un pensamiento que, no obstante la aparente fragmentariedad de la forma, resulta más cohesionado y maduro; y a veces, precisamente sobre la problemática fascista-antifascista, se prueban los instrumentos de análisis e interpretación propios de Gramsci: la sociedad civil, el bloque histórico, la guerra de posición o de movimiento, la revolución pasiva, el concepto de hegemonía. Subsiste, con ello, un núcleo de intereses más particulares, básicos desde el punto de vista de la información, los relativos a la política económica, sindical, cultural e incluso exterior del gobierno y del régimen, puntualizados en cierto número de notas o apuntes; pero en este caso se corre el riesgo de aislar el contenido del contexto general, y de reducir a un frío catálogo casi nominalista la unidad de una investigación que tiende —más allá de todos los rasgos de precisión, de agudeza, de pasión que fueron propios de Gramsci ante el fenómeno fascista, sus instituciones y su dialéctica— a la exigencia de superarlo y de resolverlo en una nueva historia.

En cuanto a la relación entre uno y otro periodo —antes y después de 1926— existen algunas páginas de los *Cuadernos* en las cuales, bajo el título “Lucha política y guerra militar”, Gramsci reexamina la experiencia del *“arditismo”*. Son páginas tan reveladoras como importantes; el prisionero de Mussolini nos entrega un elemento de verdad, en el que se refleja toda la sugestión del pasado; pero advertimos también ahí un descubrimiento —no imprevisto— de método: “el verdadero *arditismo*, o sea el *arditismo* moderno, es propio de la guerra de posición, tal como se reveló en 1914-18”. Esto es, se remonta al trasfondo del fascismo, de su ideología, de su táctica (al complejo cuadro estratégico social del que es expresión); directa es la lección que de ahí se deriva para el partido y el movimiento obrero: “en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas”. Y también: “fijarse en un modelo militar es una tontería: la política debe ser también aquí, superior a la parte militar.

Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento”.[14] Ahora bien, este tipo de reflexión —que se encuentra por primera vez en los *Cuadernos*— no contradice la experiencia de las luchas de clase de 1920-22; como línea general nos hallamos más bien frente a una interpretación que “da principio a una nueva ciencia de nuestra historia y de nuestra política”.[15]

En este caso particular, el sustrato del que parte Gramsci para reexaminar teóricamente la relación entre lucha política y guerra militar es aquel mismo de los “*arditi* del pueblo”, o sea un problema de orientación acerca del cual el líder *ordinovista*. había polemizado con su propio partido (Bordiga), contra las concepciones elitistas de derecha y de izquierda que afloraron en el curso del enfrentamiento. Desde este punto de vista puede decirse incluso que la cuestión de los “*arditi* del pueblo” constituye el embrión de una praxis unitaria antifascista, en la que el meollo de la interpretación de clase y proletaria del movimiento adversario no se pierde en absoluto, y en la cual se subrayan vigorosamente la distinción, la autonomía, la función directiva del partido comunista.

Este es un punto importante para comprender la particularidad del antifascismo gramsciano, para llegar a la concepción del fascismo que Gramsci reconfirma, dilucida y desarrolla en los años de la cárcel. En la recordada conferencia de Togliatti (1952) hay un pasaje que ayuda a comprender el modo y las dificultades (las “diez censuras”) que el prisionero tuvo que experimentar en su aproximación a las cuestiones del fascismo: “En los *Cuadernos de la cárcel*, pensados y escritos en el curso de este camino, el término fascismo apenas se encuentra en algunas observaciones inspiradas en temas actuales de organización de la vida pública. Pero estas observaciones son escasas. Sin embargo, es precisamente a las reflexiones de los *Cuadernos*, más serenas, profundas, que enfrentan con aparente desapego los temas dela doctrina y de la historia, a las que recurrimos para tener una visión coherente de esta ideología de combate por la libertad que para Gramsci es el antifascismo. Una pregunta no formulada nos acompaña, si sabemos leer» cuaderno por cuaderno, página por página: ¿cómo ha sido posible *esto*? ¿Cómo *esto* podrá terminar?”[16].

El discurso de teoría política de los *Cuadernos* presenta, pues, este doble y constante cuadro de referencia. El primer impulso deriva de la exigencia de severidad revolucionaria, de revisión político-cultural que Gramsci expresa ya en 1923, a un año del triunfo fascista: “Hay que hacer una despiadada autocrítica de nuestras debilidades, es preciso empezar por preguntarnos por

qué hemos perdido, quiénes éramos, qué cosa queríamos, a dónde queríamos llegar […]. ¿Por qué los partidos proletarios italianos han sido siempre débiles desde el punto de vista revolucionario? ¿Por qué han fallado cuando debían pasar de las palabras a la acción? Ellos no conocían la situación en la que debían actuar, no conocían el terreno en el que tendrían que dar la batalla”.[17] De estas instancias autocríticas y cognoscitivas, que no por casualidad fueron dirigidas a la *Voce della gioventú* (Voz de la juventud), nacen los estudios que Gramsci emprende en la prisión. Aquí la referencia al fascismo vuelve a ser directa y explícita, urgente, cuando al prisionero se le ofrece la ocasión —a fines de 1930— no de escribir sino de hablar con un grupo de compañeros sobre las perspectivas del régimen, desde el punto de vista de las relaciones sociales y políticas. De esto nos ha dejado su testimonio Athos Lisa, en el informe de marzo de 1933 al comité central del partido.[18]

Sí éste es —a grandes líneas— el curso histórico del pensamiento gramsciano a propósito del fascismo, falta identificar el sentido de algunas rectificaciones que brotan poco a poco de una misma evolución. Hemos señalado ya cómo el análisis de la madurez —el estudio del “terreno”, o sea de la historia y de la sociedad italiana— tiene su origen en un planteamiento anterior incluso a la manifestación del movimiento y del partido fascista. Debe añadirse que aquel análisis se articula y organiza en la medida en que, una vez conquistado el poder, el fascismo tiende a convertirse en sistema de dominio, saturando la sociedad civil y el Estado. En torno a 1921 e inmediatamente después, Gramsci toma cada vez más en consideración el papel y el cambio de posición de la pequeña burguesía, basta llegar a considerarla la base dé masas de la contraofensiva reaccionaria contra el movimiento obrero y socialista. Y en efecto, en los *Cuadernos* se unen a este motivo de fondo las notas sobre la literatura nacional-popular, sobre el brescianismo, sobre el lorianismo y, en general, toda la investigación sobre los intelectuales y la organización de la cultura.

Pero Gramsci partió —en una perspectiva revolucionaria amarga y precoz — de una definición drásticamente negativa (reaccionaria) del Estado liberal tradicional, y bajo la urgencia de la crisis revolucionaria había aventurado en una fórmula la “ausencia del Estado, del viejo Estado burgués representativo”, y lo hizo conduciendo la investigación paralelamente antes aun sobre España que sobre Italia.[19]

En el joven Gramsci, reacción y fascismo, defensa y autodefensa de clase del Estado y movimiento reaccionario de masas parcialmente autónomo

aparecen todavía indistintos y confusos, o al menos insuficientemente articulados. Ya en 1921 esta posición —que tiene cierta relación con las versiones de naturaleza economicista comunes tanto a la tradición socialista como al bordighismo— es o está a punto de ser superada. Gramsci niega rotundamente que en el fascismo exista un núcleo ideológico autónomo y original: en el fascismo lo esencial no es la posición táctica ocasionalmente enunciada que es posible hallar en su interior, sino la relación con las fuerzas sociales fundamentales. Por el contrario, lo que resulta un dato constitutivo del fascismo es el hecho de que, por primera vez, viene a representar una organización de masas nacional de las capas medias que pretenden programáticamente la dirección del país.

En el curso de la lucha —y por lo tanto de un análisis aún parcial y pragmático— Gramsci, aunque abriéndose a un horizonte nacional, insiste inicialmente en los datos que se le ofrecen en su observatorio turinés. Seguramente a esto se debe cierto esquematismo en la relación entre agrarios e industriales en los orígenes del fascismo. Pero durante todo este periodo está viva la polémica con Giolitti y *La Stampa*, a propósito de la posición adoptada frente a los *fasci*. La relación entre reacción agraria y capitalismo industrial que está detrás de la organización, la entrada en la palestra y la valorización del fascismo como instrumento de lucha de clase (tal como se verifica en un amplio tablero de juego, con un trasfondo aún poco conocido) aparece por tanto en los primeros análisis gramscianos hasta cierto punto ligado a la crónica, y resultan privilegiados los componentes agrarios, incluso en relación a su función de ablandamiento en ciertos periodos (virulencia del escuadrismo) y en ciertas regiones (esbozo de una línea Toscana-Emilia-Veneto). Pero hay que subrayar también que probablemente para Gramsci seguía siendo válido el otro punto de partida, expresado hacia el final de la guerra y en la primera posguerra, acerca de la función piloto del capitalismo industrial (sobre la cuestión de Fiume, por ejemplo, y sobre el movimiento dannunziano) en el levantamiento revanchista y en la reacción antisocialista. Así, el fenómeno de la integración entre los diversos grupos burgueses en el capital financiero no es tratado en forma específica, pero existen momentos en los que Gramsci señala con fuerza la porfía y el papel incluso dominante de los agrarios en la organización bancaria del país.

El fascismo en el poder, la formación del régimen, luego el intento corporativo, la crisis económica mundial —en unión de todo un nuevo alicuto metodológico— representan para Gramsci el estímulo para un reexamen de la cuestión entera. En conjunto, es preciso observar que Gramsci no se propone

el problema restringido de los oxigenes del fascismo que obsesiona —con resultados diversos— a la política y la historiografía democrática y liberal, sino que ve más lejos y busca más a fondo en las estructuras, entendidas en un sentido muy amplio. Hay un elemento de continuidad entre el joven Gramsci que en su polémica con Corradini escribe *Lucha de clases y guerra* (1916) y el hombre maduro que en 1930 dice a sus compañeros: "El fascismo en Italia no puede ser evaluado exactamente sin encuadrarlo en la historia del pueblo italiano, en la estructura económica y política de Italia", Un primer punto de maduración en sentido leninano —que repercute También en la idea del fascismo— se sitúa, en la vida de Gramsci, entre 1921 y 1924, cuando se superan los límites, incluso políticos, de la experiencia de Turín.

Por estas particularidades de enfoque y de desarrollo del pensamiento gramsciano ante la temática y problemática "fascista", ha resultado difícil hasta ahora insertar los resultados en el discurso en buena parte académico y tipológico sobre los orígenes y sobre las interpretaciones del fascismo. Esto se ha visto, y se ve aún, también por lo que respecta a la otra academia nacida o renacida en la "izquierda" del movimiento gramsciano. De algunas partes, por ejemplo, y también de partes opuestas, con sintomáticas coincidencias, se ha insistido excesivamente (se ha hecho de ello un caso fundamental) en la relación entre pequeña burguesía y capitalismo o en la relación entre clase agraria y capitalismo industrial: Gramsci se hubiera convertido así en símbolo o punto de partida de una interpretación "atrasada" del fascismo, y por lo tanto de una posición todavía subalterna, de una política defensiva. Desde este ángulo se acaba sin embargo, la mayor parte de las veces, por prescindir de la tradición y de la cultura del marxismo, tal como se delineó y creció en Italia (de su lenguaje); y permanece el hecho de que Gramsci es ya en 1921 el único teórico-intérprete-antagonista del fascismo a quien no se le escapa la complejidad unitaria del fenómeno. Gramsci es el primero en poner el fascismo en relación directa con la problemática imperialista y clasista: y éste es, a nuestro juicio, el punto que se revaloriza en la lectura de sus escritos.

Tomemos sólo dos puntos, explícitamente vinculados a la lucha: "¿Qué es el fascismo, observado a escala internacional? Es el intento de resolver los problemas de producción y de cambio con ametralladoras y revólveres. Las fuerzas productivas han sido arruinadas y destrozadas en la guerra imperialista, etcétera";**[20]** "[…] el fascismo, el verdadero, que los campesinos y obreros emilianos, vénetos, toscanos conocen por la dolorosa experiencia de los últimos dos años de terror blanco, continuará, aunque quizá cambiando de nombre".**[21]** Más que para cualquier otro "autor" (¡Gramsci no escribió nunca

un ensayo dedicado únicamente al fascismo!) se trata de ir mucho más allá de las fórmulas extrínsecas, de valorar en su contexto real (que es también un contexto continuamente variable) una visión peculiar de la lucha política y de clase, centrada en un interés preciso por el escenario internacional.

En esta lectura más realista de la obra gramsciana, el año 1924 adquiere particular relieve. Contemporáneamente madura, o casi, una nueva dislocación del fascismo en la sociedad italiana y del naciente grupo gramsciano en el partido comunista. Es importante, a este respecto, la argumentación contenida en la carta a Scoccimarro y Togliatti del 1.º de marzo, en la que se enuncia la "distinción entre fascismo y fuerzas burguesas tradicionales que no se dejan 'ocupar'" (él *Corriere della Sera*, la *Stampa*, la banca, el estado mayor, la Confederación de la Industria). Pero el texto completo dé la carta circunscribe y especifica esta "distinción": para Gramsci sigue siendo válido que "estas fuerzas […] en el periodo 1921-22 aseguraron el éxito del fascismo para evitar la caída del Estado"; y además el *Corriere* tiene "una concepción más italiana, más unitaria —más comercial y menos industrial" de la situación que la manifestada por la *Stampa*.[22] Aquí, en este pasaje, los vértices dé la maniobra del gran capital italiano resultan resumidos en la constatación de la hegemonía del norte industrial-comercial sobre la misma reacción agraria del valle paduano; y se trata de una clave interpretativa de notable importancia por cuanto la carta está destinada a sentar las bases de las tesis del congreso de Lyon. Por lo demás, éste es también el periodo en que Gramsci propone el nombre *l'Unità* como réplica estratégica y táctica, programática, del movimiento obrero de clase hegemonizado por la fuerza comunista.[23]

Con las *Tesis* de Lyon se llega, pues, a una sistematización orgánica del pensamiento gramsciano sobre el fascismo y frente al fascismo. Una maduración ulterior se produce en la cárcel, cuando Gramsci estudia los elementos —los primeros y fundamentales elementos— de la política en una continua confrontación con la cultura contemporánea y con la historia nacional-popular de Italia. La idea y la tesis de una Constituyente en función revolucionaria (alianza de los obreros con los campesinos, separación de éstos del bloque reaccionario), si políticamente se dirige, en 1930, contra cualquier residuo maximalista en el partido, se une también a una hipótesis de movimiento, vuelta a proponer por la crisis económica. La comprensión histórica —en sentido lato— del desarrollo de la Italia contemporánea (y por lo tanto del mismo fascismo) y la identificación de la perspectiva posfascista del movimiento comunista: son estos los dos polos del pensamiento

gramsciano en el periodo de la cárcel. Y aquí conviene observar que por lo que concierne a las perspectivas políticas posfascistas, Gramsci las identifica y halla a comienzos de los años treinta en la relación de fuerzas entre un bloque político-social y otro. “Al partido —escribía Gramsci entre otras cosas — se le plantea el urgente problema de realizar la hegemonía del proletariado, sin lo cual no es posible hablar de conquista del poder. Es preciso que el partido se encuentre preparado para la más extrema defensa de la burguesía, ]a cual puede llegar en Italia a ceder incluso la tierra a los campesinos. El problema fundamental es y signe siendo el de las relaciones de fuerza de clase”.[24] Reconducido al terreno político, contextualmente a la elaboración de *Americanismo y fordismo*, es éste el punto más alto a que llega la concepción gramsciana del fascismo.

Los dos elementos, retrospectivo y de perspectiva, constituyen pues los únicos límites que Gramsci se pone en su exploración de la realidad del sistema, Gramsci es el hombre por excelencia de la lucha contra el fascismo, a cuya superación consagra toda su vida y todas sus energías intelectuales y morales; pero, aun cuando pertenece, y tan plenamente, a la circunstancia y a la historia del antifascismo, no será posible definirlo nunca, en ningún momento, como simplemente un “antifascista”, en el sentido que esta palabra ha venido poco a poco adquiriendo. Su mismo interés, teórico por el fascismo se liga y remite de continuo al interés por la historia de las clases subalternas y por su emancipación, a la reflexión sobre el Estado y la sociedad civil italiana, a los problemas de la revolución, y por lo tanto a la especulación sobre la política, los partidos, el moderno Príncipe. De ahí la diferencia metodológica de cualquier otra interpretación del fascismo, su constante postura desmitificadora, su incesante y largo esfuerzo analítico y tendencialmente científico, que se afirma lo más posible en tocar siempre nuevos temas y problemas. En este sentido tenía razón Togliatti cuando definía el antifascismo de Gramsci, comunista e internacionalista, como “una doctrina, en sustancia, de la renovación de la nación italiana”.[25]

Hoy que el choque entre democracia, socialismo, neofascismo, parece incluso reavivarse y reproducirse, en una alternativa más estrecha entre nuevas formas autoritarias y posibles desarrollos de tipo socialista, los escritos y las intervenciones de Gramsci sobre la problemática histórico-social del fascismo siguen vigentes en toda su capacidad de análisis. Son páginas que pertenecen plenamente a la historia civil de Italia y de nuestro tiempo, y por sí solas constituyen un instrumento de investigación siempre válido y precioso. En

ellas se refleja —y sigue explicándose— el drama de medio siglo de vida italiana. Y a ellas, precisamente por la fusión de espíritu científico y de pasión política, en el sentido más amplio y también más noble de ambos términos, deberían acudir, más aún que los antifascistas, que en tan gran medida las han compartido al menos en sus presupuestos y resultados más notables, todos aquellos que evidentemente han permanecido ajenos a un reexamen nacional y social que, sin embargo, no puede dejar de imponérseles también a ellos.

Pero aquí enfrentamos —y también en esto la peculiar herencia gramsciana reconfirma su actualidad— la otra, más grave, cuestión del agnosticismo frente a las cuestiones histórico-social es y políticas continuamente replanteadas por el fascismo de hoy como por el de ayer, agnosticismo compartido y practicado, hoy como ayer, por una parte tan notable de los alineamientos centristas, democráticos y moderados. A Ja. Italia del 25 de abril se ha intentado, y aún se intenta, contraponer la Italia del 25 de julio,[*] de una transición o "revolución pasiva" de tipo autoritario, que no logra suprimir, porqué en el fondo no quiere, el viejo o el nuevo fascismo de la vida política nacional, remitiéndose en esto a precisas instancias de clase y situaciones internacionales. Pero también en este terreno, que ha condicionado más o menos conscientemente una parte tan grande de la clase política posfascista e incluso a las no secundarias de la intelectualidad "democrática" antifascista, en el fondo más cercana a Croce que a Gramsci, porque está más cerca del viejo liberalismo que del socialismo marxista, los *Cuadernos de la cárcel* ofrecen una perspectiva extraordinariamente sugestiva y fecunda. Permítasenos, pues, concluir citando extensamente un largo y trascendental pasaje donde Gramsci responde con sus categorías a los "paradigmas de historia ético-política" usados por Benedetto Croce.[26]

> Quizá no carezca de significación el hecho de que en los primeros años de su desarrollo, el fascismo afirmase su vinculación con la vieja derecha o derecha histórica. Podría ser una de las tantas manifestaciones paradojales de la historia (una astucia de la naturaleza, para decirlo a la manera de Vico) el que Croce, movido por preocupaciones determinadas, contribuyese al reforzamiento del fascismo, proveyéndolo indirectamente de una justificación mental, luego de haber contribuido a depurarlo de algunas características secundarias de orden superficialmente romántico, pero no por eso menos irritantes para la compostura clásica de Goethe. La hipótesis ideológica podría ser presentada en esos términos: existiría una revolución pasiva en el hecho de que por medio de la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, fuesen introducidas en la

estructura económica del país modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento "plan de producción", y se acentuaría la socialización y cooperación en la producción sin por ello tocar (o limitándose sólo a regular y fiscalizar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia. En el cuadro concreto de las relaciones sociales italianas, ésta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales, en concurrencia con las más avanzadas formaciones industriales de países que monopolizan las materias primas y Han acumulado capitales imponentes. Que tal esquema pueda traducirse a la práctica, en qué medida y a través de qué formas, todo ello tiene un valor relativo; lo que importa política e ideológicamente es que puede tener, y la tiene realmente, la virtud de crear un periodo de expectación y esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como la gran, masa de pequeños burgueses urbanos y rurales, y por lo tanto, de mantener el sistema hegemónico y las fuerzas de coerción militar y civil a disposición de las clases dirigentes tradicionales. Esta ideología serviría como elemento para una "guerra de posición" en el campo económico (la libre concurrencia y el libre cambio corresponderían a la guerra del movimiento internacional), así como la "revolución pasiva" en el campo político. En la Europa de 1789 a 1870 se ha tenido una guerra de movimiento (política) en la Revolución Francesa y una larga guerra de posición de 1815 a 1870; en la época actual, la guerra de movimiento se ha desarrollado políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921, y es seguida por una guerra de posición, cuyo representante además de práctico (para Italia), ideológico (para Europa), es el fascismo.

Es sobre la base de este conjunto de consideraciones que Gramsci, en 1932, para evitar que prevalezca bajo nuevas formas la "guerra de posición" (siempre encarnada en el fascismo o en un neofascismo-posfascista), piensa en una Constituyente democrática de tipo revolucionario, abierta a diversas soluciones y capaz de abrir en la historia del país un nuevo ciclo político y social. Pero en la medida en que este proyecto ha sufrido un compás de espera o una detención, en correspondencia con el prevalecer (bajo un signo ideológicamente distinto de los módulos crocianos) de los paradigmas ético-políticos y productivos de las "clases dirigentes tradicionales", el problema del neofascismo, ya mencionado antes, ha vuelto también a ser actual. De ahí la validez de Gramsci no sólo a efectos de una comprensión histórica del fascismo "clásico", sino también de un análisis adecuado y de una batalla político-ideológica correlativa, no unilateral, de nuestro tiempo, de nuestra sociedad posfascista, de sus métodos de gobierno y de producción, y de aquel

neofascismo que no casualmente ha sido alimentado por ella y en ella se ha introducido nuevamente.

# ADVERTENCIA

La presente selección ha sido ordenada con referencia a los principales momentos de desarrollo del fascismo, así como a los más relevantes puntos políticos y teóricos (interpretativos) afrontados sucesivamente por Gramsci. Aun tratando de reducir al mínimo aquella dosis de arbitrariedad que subsiste en cualquier criterio de selección, se han preferido los textos en los que el autor tendía a hacer explícito su punto de vista particular en términos que se aproximasen a un encuadre histórico general.

Entre escritos similares o coetáneos (es el caso de 1921) se han incluido los menos vinculados a la expresión contingente, pues de otra manera la selección hubiera necesitado otro volumen. El material ha sido dispuesto, en la medida de lo posible, según un orden cronológico, año por año o periodo por periodo. Por lo general nos hemos confiado a las ediciones ya conocidas. En el apéndice se han incluido dos importantes documentos sobre la posición de Gramsci ante el fascismo, durante el proceso y en la cárcel.

Al ordenar el material no se ha hecho distinción entre artículos (prefiriendo los más seguramente atribuibles), cartas, discursos e informes, cuadernos de la cárcel. Nuestra selección pudo integrarse con algunos escritos de 1919-1920 relativos a la crónica del fascismo turinés; con varios apuntes de investigación y de estudio y de notas bibliográficas; con diversas notas de los *Cuadernos* más o menos atingentes al tema sobre todo por lo que concierne a las cuestiones de política exterior.

Los textos, salvo dos o tres casos, aparecen completos; los títulos son los originales o los de la edición de las *Opere*, salvo algunas excepciones, indicadas a pie de página.

# SOBRE EL FASCISMO

## LUCHA DE CLASES Y GUERRA[*]

La doctrina de Karl Marx ha demostrado incluso últimamente su fecundidad y su eterna juventud ofreciendo un contenido lógico al programa de los más encarnizados, adversarios del partido socialista, a los nacionalistas. Corradini saquea a Marx, después de haberlo vituperado. Transporta de la clase a la nación los principios, las constataciones, las críticas del estudioso de Treveris; habla de naciones proletarias en lucha contra naciones capitalistas, de naciones jóvenes que deben sustituir, para la evolución de la historia mundial, a las naciones decrépitas. Y encuentra que esta lucha se explica en la guerra, se afirma en la conquista de los mercados, en la subordinación económica y militar de todas las naciones a una sola, a aquella que, a través del sacrificio de su sangre y de su bienestar inmediato, ha demostrado ser la elegida, la digna.

Por esto Corradini no se opone, al menos de palabra, a la lucha de clases. "Suprimir la lucha de clases —dice— es lo mismo que suprimir la guerra. No es posible. Ambas son vitales, la una dentro de las naciones, la otra fuera. Sirven para mover y reabastecer de material humano fresco, clases, naciones, al mundo". Pero este saqueo de las ideas marxistas para fines nacionalistas tiene el inconveniente de todas las adaptaciones arbitrarias; carece de una base histórica, no se apoya en ninguna experiencia tradicional. Por lo cual desde el punto de vista de la lógica formal los razonamientos de Corradini no tienen fallas, pero pierden todo su valor cuando pretenden convertirse en norma de vida, conciencia de un deber. La historia no tiene ejemplos de uno igual a uno; esta igualdad es una fórmula matemática, no constatación de relación entre dos realidades afirmadas en el pasado o actuales. Fulano es igual sólo a sí mismo, y eso algunas veces; no Fulano niño igual a Fulano hombre adulto. Y así también la clase no es igual a la nación y por lo tanto no puede tener las mismas leyes. Tanto es así que después de afirmar el principio, el mismo Corradini pone tales limitaciones que acaba, sin darse cuenta, por arruinar toda su construcción. Afirma que es preciso enseñar al proletariado el máximo respeto por la producción.

Y por *producción* Corradini entiende el capitalismo nacional, o sea aquel conjunto de actividades económicas, buenas y malas, naturales y ficticias, que en parte sirven para aumentar la riqueza invertida en máquinas y en empresas [*una palabra censurada*] los socialistas quieren socializar la explotación, y en gran parte viven a costa del bienestar general y por lo tanto especialmente del

proletariado. Y respetar esto resulta un tanto difícil a los proletarios, los cuales no hacen la lucha de clases solamente para aumentar los salarios, como cree Corradini, admirador naturalmente de los reformistas nacionales, sino especialmente para poner a su propia clase, que trabaja, en el lugar de la clase de los capitalistas, que la hace trabajar. Y esto es así por aquellos principios fundamentales del espíritu humano, por los cuales cada hombre quiere que su actividad sea autónoma y no subordinada a la voluntad y a los intereses de extraños. Y como la burguesía francesa, exaltada por Corradini, luchó por su autonomía económica y logró simultáneamente también la realización de la autonomía nacional, que antes no existía, así ahora el proletariado internacional lucha por algo que aún no existe, porque siempre se lucha por conseguir alguna cosa que todavía no se posee.

Y esta nación proletaria que es la unificación de todos los proletarios del mundo, supera a la nación tanto como Karl Marx, que nutría su lógica de realidad histórica, es superior a Enrico Corradini, quien se divierte llenando los sacos sin fondo de la lógica formal con los elaborados periodos de la lengua italiana, y tanto como la lucha de clases, moral porque es universal, supera a la guerra, inmoral porque es particularista, y se hace no por la voluntad de los combatientes, sino por un principio que éstos no pueden compartir.

# EL REFORMISMO BURGUÉS[*]

Finalmente, la *Gazzeta di Torino* ha encontrado un director: el señor Italo Minunni. La *Gazzeta di Torino* adquiere así, finalmente, un carácter neto y preciso.

El señor Italo Minunni llega a la *Gazzeta* desde la *Perseveranza* de Milán, y llegó a la *Perseveranza* desde la *Idea Nazionale*. Pero no es su carrera periodística lo que nos importa. Nos importa señalar un fenómeno que aparece marcado en esta carrera incluso exteriormente. El desarrollo del nacionalismo en Italia ha marcado y está marcando el surgimiento de la clase burguesa como organismo combativo y consciente. Hasta ahora habíamos tenido en Italia una burguesía política, sin programas claros y orgánicos, sin actividad económica coherente y rectilínea. Las grandes batallas político-económicas que han tenido lugar en los demás países son ignoradas siempre en Italia precisamente por esto. [*Ocho líneas censuradas*].

El nacionalismo está dando conciencia de sí a la clase burguesa. La *Idea Nazionale* es, desde este punto de vista, el periódico más importante de Italia (después de *Avanti!*): ha logrado dar la pauta a toda la prensa burguesa italiana. Es el proveedor de ideas, de argumentos polémicos y de valor para toda la prensa burguesa italiana. Y se ha convertido también en la incubadora de energías periodísticas que brotan en enjambres de su redacción y galvanizan las gelatinosas columnas de los demás periódicos burgueses. Una de estas energías es, precisamente, Italo Minunni, que en Turín defenderá las posiciones del *trust* de Dante Ferraris. No es un economista, aunque esté especializado en "artículos" económicos. Es un audaz, es un hombre sin prejuicios, es un "duro". Es un documento vivo de la impotencia liberal italiana, si no es que de la idea liberal. Representa, frente a la idea liberal, un pensamiento inmaduro, un pensamiento confuso e inorgánico que se impone con la audacia.

Entre la idea liberal y la idea nacionalista hay la misma diferencia que entre el socialismo revolucionario y el reformismo. Los nacionalistas, como Italo Minunni, son los reformistas de la burguesía. La burguesía italiana, en su evolución, ha llegado apenas a la etapa corporativista. Los nacionalistas son los paladines de los "derechos" de las corporaciones burguesas que, naturalmente, hacen coincidir con los "derechos" de las naciones, así como muchos reformistas hacen coincidir con todo el proletariado una u otra categoría de trabajadores, por la que se afanan y tratan de lograr beneficios

El reformismo nacionalista se manifiesta especialmente en el proteccionismo, que es la conquista de beneficios particulares en perjuicio de toda la clase productora burguesa y a costa de todos los consumidores. Los siderúrgicos, los algodoneros, los armadores, los agrarios son las cuatro categorías burguesas que sostiene el reformismo nacionalista, y a los representantes de las cuales pide que el Estado dé los medios para enriquecerse privadamente en perjuicio de la industria y la agricultura y en perjuicio de toda la nación. Ahora bien, este reformista se ocupa también de algunas capas proletarias. Filippo Carli (empollado también en la redacción de la *Idea Nazionale*) ha teorizado las futuras relaciones entre capital y trabajo: [*cinco líneas censuradas*].

En el mismo número de la *Gazzeta di Torino* en el que Italo Minunni hace su presentación, Filippo Carli publica la conclusión de un estudio — presentado ante el Congreso de París de las Cámaras de Comercio interaliadas — sobre la organización de la industria después de la guerra, desde el punto de vista de las relaciones entre capital y trabajo. Luigi Federzoni se ha solidarizado y ha sostenido en la *Idea Nazionale* la propuesta de Ley Ciccotti para una distribución de tierras incultas (sin una distribución de capitales para hacerlas productivas) a los campesinos veteranos de guerra.

Ahora este reformismo sienta sus reales también en Turín. Probablemente conquistará a la clase burguesa. El liberalismo, aunque como pensamiento es superior a este conglomerado de retórica y de voracidad parasitaria, no tendrá el valor suficiente para disputarle el terreno, y aunque quisiese no tendría éxito.

El liberalismo tendría que esperar a que los burgueses, desde el corporativismo, desde el espíritu de categoría, llegasen hasta la comprensión de la clase, de los intereses totales de la clase, que pueden exigir incluso el sacrificio de las categorías parasitarias. [*Once líneas censuradas*].

# CAVOUR Y MARINETTI[*]

Se ha lanzado un nuevo programa político. Helo aquí en sus partes esenciales:

Lucha contra el analfabetismo. Viabilidad. Construcción de nuevas carreteras y vías férreas. Escuelas laicas elementales obligatorias con sanciones penales. Enseñanza técnica obligatoria en las oficinas.

Parlamento: equitativa coparticipación de industriales, agricultores, ingenieros y comerciantes en el gobierno del país —límite mínimo de edad para la diputación establecido en 22 años; abolición del Senado.

Después de un periodo de prueba, un Parlamento así compuesto podrá ser abolido, para llegar a un gobierno técnico sin Parlamento, compuesto por veinte técnicos elegidos mediante el sufragio universal y controlado por una asamblea de veinte jóvenes de menos de treinta años, elegidos también mediante el sufragio universal.

Abolición de la autorización marital. Divorcio. Sufragio universal igual y directo para todos los ciudadanos, hombres y mujeres. Escrutinio de lista con base amplia. Representación proporcional.

Constitución de un gran patrimonio nacional mediante la propiedad de las obras pías, de los entes públicos y con la expropiación de todas las tierras incultas y mal cultivadas.

Enérgica tasación de los bienes hereditarios y limitación de los grados sucesorios.

Impuestos directos y progresivos con verificación integral.

Libertad de huelga, de reunión, de organización, de prensa.

Transformación y depuración de la policía. Abolición de la policía política. Abolición de la intervención del ejército para restablecer el orden.

Justicia gratuita y juez electivo.

Los salarios mínimos elevados en relación a las necesidades de la existencia. Máximo legal de 8 horas de trabajo. A igual trabajo igual salario para hombres y mujeres. Transformación de la beneficencia en asistencia y previsión social. Pensiones obreras.

Secuestro de la mitad de todas las sumas obtenidas con suministros de guerra.

Ejército: mantenerlo hasta el desmembramiento del imperio austro-húngaro, para luego disminuir sus efectivos al mínimo.

Religión: anticlericarismo integral, expulsión de los curas, de los frailes y de las monjas.

Administración: reforma radical de la burocracia, convertida actualmente en fin de sí misma y en Estado dentro del Estado. Desarrollo de las autonomías regionales y comunales. Descentralización. Disminuir los empleados en dos terceras partes, doblando los sueldos. Concursos difíciles pero no teóricos. Dar a los jefes de departamento la responsabilidad directa. Principio electivo en los cargos principales.

Desarrollo de la marina mercante y de la navegación fluvial. Canalización de las aguas y desagües. Defensa de los consumidores.

Este programa fue escrito por Filippo Tomaso Marinetti por cuenta del nuevo partido político futurista. Despojado de las amplificaciones verbales, de las imprecisiones de lenguaje, de algunas contradicciones menores, no es otra cosa sino el programa liberal que los nietos de Cavour habrían debido realizar para el mayor bien de Italia. Pero los nietos de Cavour han olvidado las enseñanzas y las doctrinas de su antepasado. El programa liberal parece tan extraordinario y loco que los futuristas lo hacen suyo, persuadidos de ser originalísimos y ultrafuturistas. Es el más atroz escarnio de las clases dirigentes. Cavour no logra encontrar en Italia otros discípulos y defensores que F. T. Marinetti y su banda de monos vociferantes.

## EL SINDICALISMO INTEGRAL[*]

### *Nacionalismo revolucionario*

La mala fe de los innovadores populacheros —escribe Maurizio Maraviglia en la *Idea Nazionale*— ha acreditado el prejuicio de que el nacionalismo es una doctrina conservadora, la cual tiende a mantener y conservar los privilegios de clase.

El nacionalismo, por el contrario, es esencialmente revolucionario, incluso es la única *auténtica* doctrina revolucionaria, porque tiene como punto de referencia a la nación —en su unidad política, económica y espiritual—, mientras que las otras doctrinas no tienen punto de referencia o tienen uno mucho menor: la clase, el partido, la facción, e incluso las propias personas de los mismos innovadores. El nacionalismo es principio de energía y como, tal, no rehuye las más audaces innovaciones: un economista nacionalista —Filippo Carli— se ha hecho pregonero del “participacionismo” y de la “acción social”, y su propaganda ha encontrado un amplio eco en el campo nacionalista.

Maurizio Maraviglia, como otros nacionalistas, cree haber agotado triunfalmente su demostración, afirmando la “historicidad” del punto de referencia de su doctrina. Pero las afirmaciones tienen un valor dogmático, y ésta es una extraña manera de ser historicistas y revolucionarios. La distinción efectiva entre la doctrina nacionalista y las otras doctrinas la ubica explícitamente el mismo Maraviglia como una cuestión de “dignidad”, no de historicidad; la nación es más digna que la clase, que los partidos, que los individuos. El revolucionarismo internacionalista se reduce pues a una elegantísima cuestión retórica, en todo semejante a las cuestiones que los antiguos literatos hacían en los buenos tiempos viejos para establecer la mayor dignidad de un género poético respecto a otro, de una obra de arte respecto a otra.

En la historia no existe lo más o lo menos digno: existe solamente lo necesario, lo vivo y lo inútil, el cadáver. La clase, el partido, tienen tanta dignidad como la nación; son, incluso, la nación misma, que no es una abstracta entidad metafísica, sino una lucha política concreta de individuos asociados para la conquista de un fin. El fin es la única discriminación posible de “dignidad”. Y el fin no es un hecho, sino una idea que se realiza a través de los hechos. El fin revolucionario es la libertad, entendida como organización espontánea de individuos que aceptan una disciplina para encontrar de forma más adecuada e idónea los medios necesarios para el desarrollo de su humanidad espiritual; entendida como incremento máximo del individuo, de todos los individuos, obtenido autónomamente por los individuos mismos. Los nacionalistas son conservadores, son la muerte espiritual, porque de “una” organización hacen la organización “definitiva”, porque tienen como fin no una idea, sino un hecho del pasado, no universal, sino particular, definido en el espacio y en el tiempo.

Por lo tanto, el revolucionarismo nacionalista no es más que confusionismo. Si los partidos, las clases, los individuos son necesarios históricamente, tienen una misión propia que desempeñar, proponerse su anulación significa también anular el punto de referencia que tanto se dice respetar: la nación. Y el fin real al que los nacionalistas tienden no es otro sino la consolidación y perpetuación de los privilegios de una capa económica: los industriales actuales, y de una capa política, la constituida por sus propias personas de sedicentes innovadores. A costa de las energías económicas y políticas que la lucha política, en el libre juego de la competencia, puede suscitar y valorizar. A costa de la nación, que no es nada estable ni definitivo, sino que es solamente un momento de la organización

económico-política de los hombres, es una conquista cotidiana, un continuo desarrollo hacia momentos más completos, a fin de que todos los hombres puedan hallar en ella el reflejo de su propio espíritu, la satisfacción de sus necesidades propias. Ésta se ha desarrollado desde la comuna artesanal hasta el Estado nacional, desde el feudo nobiliario hasta el Estado nacional burgués, en una afanosa búsqueda de libertad y autonomías. Tiende a ampliarse aún más, porque la libertad y autonomías realizadas hasta ahora ya no son suficientes, tiende a organizaciones más vastas y generales: la Liga de las Naciones burguesas, la Internacional proletaria.

El revolucionarismo nacionalista, la historicidad de la doctrina nacionalista es retórica y confusión.

*Una novela económico-política*

El nacionalismo es un principio de energía y no rehuye las más audaces innovaciones. Una de estas audaces innovaciones sería, para Maraviglia, el “sindicalismo integral” de Filippo Carli.

Filippo Carli ha escrito, en numerosas entregas, una deliciosa novela económico-política. Es una construcción ciclópea, la de Carli, que no olvida nada: la economía, las finanzas, la moral, la política encuentran ahí su plan preestablecido. Sólo olvida una cosa: la historia, y la historia italiana en particular. Para Carli, el mayor delito que se haya perpetrado *in omnibus saeculis saeculorum*, es el asesinato de las corporaciones artesanales medievales. Su sindicalismo integral no es, en realidad, más que una programación de las corporaciones, y es integral porque no se limita a las comunas, sino que se extiende a toda la nación.

Carli propugna nada menos que la instauración de un Estado según la razón, de un Estado *a priori*, brotado de la conciencia de la clase dirigente. En él se llegaría a la supresión de la lucha de clases, del llamado partidismo, de la demagogia. Porque, según Carli, estas cosas terribles no existían en la comuna medieval. Y de hecho no existían en la comuna como circunscripción territorial cerrada (al menos en determinados periodos), pero existían entre la comuna y el castillo feudal, entre el artesano y el señor feudal, entre la ciudad y el condado.

Las clases se encontraron, en determinados momentos, divididas incluso territorialmente, es todo, y es natural que en el seno de cada comunidad territorial no existiese lucha de clases, porque la comunidad era homogénea y la lucha de clases era la guerra intercomunal, o entre güelfos y gibelinos. La

restauración del corporativismo, el sindicalismo integral, por lo tanto, no tiene ningún punto de referencia histórica en el pasado que no sea ilusorio y arbitrario.

Tampoco en el presente su arbitrariedad es menor. El proletariado debería renunciar a la lucha política. Su colaboración sería obtenida mediante la “coparticipación” y la “acción social”: el proletariado debería hacerse económicamente solidario de la burguesía, y por lo tanto, no pensar en la revolución social, en la abolición de los privilegios. El proletariado sería sometido a un “cultivo” intensivo, sería educado en la comprensión de los fines sociales de la producción y de la vida nacional. Carli tiene, de la educación y de la cultura, un concepto muy vago y empírico: las imagina como ropajes exteriores, como vestidos de fiesta para la feria nacionalista. De hecho, pondría como fin educativo dos exterioridades, dos hechos: la nación y la producción, mientras que éstas son instrumentos de vida moral, no fines morales. La nación-hipótesis de Carli debería ser una Alemania habitada por italianos: un Estado germánico en el cual los italianos sustituirían la barbarie moral por la gentil civilización latina, un luteranismo católico, un tonel de vinagre lleno de vino Marsala.

### *Diletantismo nacionalista*

Carli pertenece a aquel grupo de estudiosos que, por la admiración que tienen por ciertos fenómenos económico-políticos alemanes, terminan por confundir en ellos toda la vida alemana, toda la actividad alemana. No toman en cuenta todas las cuarteaduras, los antagonismos que existen también en Alemania; imaginan que Alemania debería perpetuar su sistema actual y, perfeccionado, proponen este sistema como modelo universal. La verdad es algo diferente, e incluso en Alemania la burguesía estaba sufriendo fatalmente su evolución liberal, estaba destruyendo sus corporaciones: la guerra fue el máximo intento de conservación de un sistema antieconómico de producción: el intento de integrar el déficit social con el botín de la victoria. Carli, hipnotizado por las apariencias, las confunde con la trama histórica viva, y su obra literaria, aunque se presenta llena de demostraciones, ilada lógicamente, está viciada por el diletantismo, por la amplificación gratuita, por el abstraccionismo ideológico.

¡Audaz innovación, en verdad! Pero el mismo Maraviglia le hace justicia. Maraviglia llama “audaz”, “*ardita*”, a la innovación, pero no la acepta, y no se comprende el adjetivo si no se refiere al diletantismo y al método

académico de las demostraciones nacionalistas: se llama “audaz” hasta lo que se juzga falso, para comprobar la energía vital de una doctrina se emplea una construcción que se juzga barroca e inconsistente. Maraviglia llamaría a este método partidarismo y demagogia de los socialistas. En los nacionalistas, nosotros nos conformamos con llamarlo confusionismo y diletantismo.

## EL RÉGIMEN DE LOS PACHÁS[*]

Italia es el país donde siempre se ha producido este curioso fenómeno: los hombres políticos, una vez llegados al poder, han renegado inmediatamente de las ideas y los programas de acción propugnados por los simples ciudadanos.

Cuando el diputado Orlando prohíbe el congreso del partido socialista[1], no hace sino continuar esta tradición gloriosa. En efecto, el diputado Orlando es un santón del liberalismo, y en los libros, en las definiciones contenidas en los libros, ser liberal significa: gobernar con el método de la libertad, estar persuadidos de que los acontecimientos se producen solamente cuando son necesarios y es perfectamente inútil oponerse a ellos, que las ideas y los programas de acción triunfan sólo cuando corresponden a necesidades y son la consecuencia de premisas sólidamente afirmadas, por lo tanto irreductibles e incoercibles, estar persuadidos de que el método de la libertad es el único útil porque evita conflictos morbosos en el conglomerado social. Pero el diputado Orlando se convierte en presidente del consejo, y su liberalismo se convierte en un error de juventud.

Lo mismo sucede con el diputado Nitti. El financiero F. S. Nitti ha sido siempre un liberalista: como diputado de la oposición pronunció enérgicos discursos de crítica edificados sobre ideas amplísimas de libertad económica, sobre la teoría de que el Estado no debe inmiscuirse nunca en la actividad comercial privada, no debe hacerse distribuidor de riqueza, no debe hacerse promotor de consorcios y monopolios. Una vez convertido en ministro, el señor Nitti propugna el cártel de la banca, se vuelve partera de elefantiásicos bebés industriales, que viven sólo en cuanto que son abundantemente alimentados por el erario nacional.

Lo mismo Giolitti, lo mismo Crispi, lo mismo toda la gloriosa tradición de nuestro genial país.

¿Por qué se produce este fenómeno? ¿Se debe sólo a la falta de carácter y de energía moral de los individuos?

También a esto, indudablemente. Pero existe también un por qué político: los ministros no son enviados y sostenidos en el poder por partidos responsables de las desviaciones individuales frente a los electores, frente a la nación. En Italia no existen partidos de gobierno organizados nacionalmente, y esto significa que en Italia no existe una burguesía nacional que tenga intereses iguales y extensos: existen consorcios, capillas, clientelas locales que explican una actividad conservadora no de los intereses generales burgueses (pues en ese caso harían nacer a los partidos nacionales burgueses), sino de intereses particulares de clientelas locales intrigantes. Los ministros, si quieren gobernar, o mejor, si quieren durar algún tiempo en el poder, deben adaptarse a estas condiciones: ellos no son responsables ante un partido que quiera defender su prestigio y por ello los controle y los obligue a dimitir si se desvían; no tienen responsabilidad, responden de su actuación a fuerzas ocultas, inescrutables, a las que poco importa el prestigio pero a quienes, en cambio, les importan mucho los privilegios parasitarios

El régimen italiano no es parlamentario, sino, como muy bien se ha definido, es un régimen de pachás, con muchas hipocresías y muchos discursos democráticos.

# COVRE[*]

Falsos capitanes, falsos tenientes, falsos héroes, falsos maridos: la crónica se vuelve cada día un repertorio más rico de sucesos novelísticos y teatrales. Pero la crónica del falso capitán, del falso teniente, falso *ardito*, falso héroe de Montello, Luigi Covre, es algo diferente de las otras. Covre no es un aventurero común. Covre es un “héroe” social, es un individuo representativo, ha representado durante ocho días el “alma” colectiva de la clase dirigente turinesa, ha sido durante ocho días el dictador de Turín, ha sustituido al gobernador civil, ha sustituido a su excelencia el general de división, ha ejercido una función gobernante. Y era un aventurero, un falso capitán, un falso teniente, un falso *ardito*, un falso héroe de Montello, y había sido despedido de la Caja de Ahorros y denunciado por estafa, despedido de la Caja de Ahorros de la que es presidente el senador de Cambiano, el marqués Ferrero de Cambiano, precisamente el senador marqués Ferrero de Cambiano que preside la Unión Liberal Monárquica, precisamente el senador marqués que preside la organización política de la clase dirigente turinesa, el mismo que habló en una reunión de oficiales, llamados a rendir cuentas en el salón Ghersi a consecuencia de las empresas de Masaniello galardonado como falso capitán, etcétera, etcétera, el aventurero estafador Luigi Covre.

¿Por qué Masaniello Covre pudo, por ocho días enteros, recorrer las calles y plazas de Turín con sus secuaces armados de cuchillos?, ¿por qué pudo encabezar un pronunciamiento contra la prefectura, pudo pasar, con los bolsillos llenos de piedras en un automóvil “oficial”, el cordón de carabineros que rodeaba la Casa del Pueblo de la calle Siccardi, pudo arrojar las piedras en el salón abarrotado de obreros, de mujeres, de niños, pudo [*cinco líneas censuradas*]? ¿Por qué no fue arrestado, por qué el senador marqués de Cambiano no lo señaló como un estafador, el senador marqués que preside la Caja de Ahorros y la organización política de la clase dirigente de Turín? No, no es un aventurero común este falso capitán Luigi Covre; Turín no es una fonda donde cualquier falso héroe pueda atracarse de comida y de vino; el gobernador civil y su excelencia el general de división no son ingenuos filisteos que puedan dejarse deslumbrar por el brillo de medallas y discursivos; los grupos que aplaudían las arengas canibalescas de este aventurero entre Masaniello y Coccapieller[1], no eran vagos napolitanos hambreados por el impuesto sobre la fruta, o artesanos romanos encantados con la fraseología demagógica de un paranoico de la política.

[*Cuatro líneas censuradas*]. Y Turín tuvo su Masaniello, tuvo su Coccapieller, Luigi Covre, que no es un aventurero común, no es un estafador vulgar, sino un héroe, un héroe social, un hombre representativo, el cual continúa la serie de aquellos héroes representativos que en la tercera Italia, en la Italia del capitalismo, abundan más que los Cromwell, que los Martín Lutero y que los Mazzini.

## ESPAÑA[*]

La crisis en que se debate la vida política española se inició el 1.º de junio de 1917 con el pronunciamiento pretoriano de las Juntas de Defensa Militar, que determinaron el estallido de una huelga general revolucionaria, sofocada con una matanza el siguiente mes de agosto.

Las relaciones de clase se han modificado profundamente en España a causa de la guerra mundial: se ha formado una nueva clase de propietarios, con el traslado de la riqueza nacional a manos de los nuevos ricos, que han traficado con la miseria y la muerte de sus conciudadanos; se ha exasperado la tensión social al formarse una multitud de gentes pobrísimas, que carecen de la más elemental seguridad fisiológica del mañana; se ha constituido un proletariado organizado revolucionario, enérgico y disciplinado, que vuelve a surgir más potente y audaz después de cada combate.

Desde agosto de 1917 España está controlada y oprimida por las juntas militares, consejos irresponsables de pretorianos que actúan localmente, preocupados sólo por conservar intactos y acrecentar los privilegios e inmunidades obtenidos en un momento de pánico.

El Estado no tiene ya ningún poder ni función alguna; el dominio de la ley ha sido suplantado por el arbitrio de hombres ignorantes y crueles que se creen competentes en todas las ciencias por virtud del sable y los galones. Los generales amenazan, aprueban, critican la obra de los gobiernos que no logran sostenerse ni llevar a cabo una actividad sistemática por esta injerencia continua y provocadora que quita todo prestigio a las instituciones y que ha abolido de hecho el Estado: el Parlamento, la magistratura, la administración pública han sido incorporadas en la actividad general del militarismo.[1]

La vida colectiva de la nación se ha salido así, incluso formalmente, de toda legalidad constitucional y atraviesa una fase espasmódica, que hace imposible cualquier previsión del futuro próximo, que es destrucción de riqueza y de vidas humanas, que es desorden cruel y caos bárbaro. España es un país sin Estado; [ha entrado en forma definitiva, en aquella fase oscura y

catastrófica, caracterizada por la disolución de todos los vínculos sociales homogéneos y por la desaparición de todas las disciplinas políticas unitarias, hacia la que se orientan todos los grupos capitalistas].

Las reacciones sociales a semejante "organización" de los asuntos públicos han sido diversas y de variada naturaleza. Las capas regionales de la clase propietaria iniciaron movimientos antidinásticos, por la autonomía de las Vascongadas y de Cataluña, que a duras penas disfrazaban el deseo de los armadores, de los propietarios de minas y de empresas industriales (Cataluña y las Vascongadas son las dos zonas más ricas de España) de sustraer al fisco del Estado centralizado en Madrid el infame fruto de los abastecimientos de guerra a la Entente, de exonerarse de todo tributo al Estado, precisamente cuando el Estado tenía mayor necesidad de recursos para la administración general, de resanar, con disposiciones y obras públicas, las heridas mortales causadas a la sociedad española por la especulación desenfrenada de los aventureros de la industria y del comercio.

Así, la clase propietaria se descompone por el estímulo de los fermentos particularistas y egoístas, disgregando y arruinando la producción, mientras el proletariado, sobre el cual recaen pesadamente las consecuencias económicas del desorden, se compone como personalidad distinta, consciente y enérgicamente activa.

El espíritu de clase se educa, el movimiento sindical logra una amplitud y una plenitud espiritual asombrosas, convirtiéndose en la primera y más poderosa fuerza social organizada y disciplinada nacionalmente en España.

La "plebe" española, individualista como todos los agregados humanos que no han sufrido las experiencias dolorosas de la explotación intensiva del industrialismo, se somete en los sindicatos obreros a una disciplina que asombra y entristece a los admiradores literatos de la España romántica tradicional de gitanos-guitarras-tauromaquia. En pocos meses el proletariado español ha realizado un rudo esfuerzo, cuya eficacia es revelada por los acontecimientos más recientes: la huelga general fue proclamada y llevada a cabo en Barcelona con una fulminante unanimidad que sorprendió y aterrorizó a la clase propietaria. Pero el hecho más ejemplar ha sido la institución de la censura roja obrera como prueba de solidaridad fraterna entre los trabajadores. Apenas el gobierno suprimió las garantías constitucionales y comunicó el catálogo de las cuestiones que los periódicos no podían tratar, el sindicato de tipógrafos decretó una contracensura y prohibió a los periódicos publicar noticias y juicios que pudieran romper la disciplina revolucionaria de los obreros; los tipógrafos se negaron a componer las informaciones

concernientes a reanudaciones parciales del trabajo, actos de sabotaje, de intimidación gubernamental o patronal, represiones policíacas o militares, etcétera; el decreto sindical sobre la censura roja fue escrupulosamente respetado incluso por los tipógrafos desorganizados de los periódicos clericales.

El movimiento obrero, desarrollándose por contragolpes tan repentinos y anormales, se ha organizado y adquirido forma fuera de los partidos subversivos tradicionales de España: [está decididamente orientado hacia el comunismo de los consejos de obreros y campesinos y ha hecho propio el lenguaje de los bolcheviques rusos (además de *Nuestra palabra*, los comunistas españoles publican *El soviet* y *El maximalista*)].

Este formidable impulso proletario ha determinado nuevas reacciones y nuevas orientaciones en la mentalidad de la clase acomodada y en los restringidos grupos políticos que se suceden ininterrumpidamente en el gobierno.

Hace pocos meses la Cataluña burguesa parecía completamente unida contra el gobierno central, que se apoyaba en el ejército contra la amenaza separatista. Los obreros permanecían indiferentes frente a la cuestión de la autonomía y el gobierno lisonjeó a los obreros con leyes sociales y trató de castigar a aquellos empresarios que, abusando y aprovechándose del desorden público, contravenían los decretos sobre el contrato de trabajo y despedían a quienes osaban protestar.

[La alta burguesía y los industriales, aterrorizados por el aumento de la oleada proletaria, se aliaron a los comités de defensa militar contra los obreros y el gobierno central]. La burguesía también se armó. Ya en agosto de 1917 los miembros del círculo más aristocrático de Madrid habían pedido al ministro del interior de Madrid la patente de "policías honorarios". Ahora la burguesía se ha armado regularmente, constituyendo los cuerpos de milicia de los *Somaten* ("¡Estamos atentos!") que [en unión de los comités militares], ejercen sobre el país un poder arbitrario y terrorista que obstaculiza la producción económica y anula y paraliza la acción del Estado.

El Parlamento era un fantasma; permaneció casi siempre cerrado durante la guerra; ningún gobierno vital podía nacer de un Parlamento en el cual 400 diputados se dividen en 22 camarillas personales. La acción parlamentaria ha sido sustituida por el régimen de decretos lanzados continuamente, que resultan letra muerta por el marasmo administrativo [y el predominio de los grupos pretorianos y de los *Somaten*.

La mentalidad del militarismo español la pinta de cuerpo entero este episodio: el gobernador militar de Madrid, general Aguilera, llamado por el presidente Romanones, cuando la amenaza de la huelga general pendía sobre la capital, puso estas condiciones para obedecer al jefe del Estado: “Cada cartucho disparado debe significar un muerto. Se peleará duramente, sin distinciones de sexo. Habrá que ser implacables contra todos los manifestantes, hombres y mujeres”. El poder arbitraria concedido a los “defensores privados de la propiedad”[2] ha significado, en el mes [de febrero, el asesinato a tiros de tres campesinos que subieron al tren sin boletos].

El incurable conflicto entre el Estado regular y el Estado de los comités militares y de los *Somaten* se ha revelado en toda su gravedad con la caída del Ministerio Romanones y la llegada al gobierno del Ministerio Maura-La Cierva. El gobernador civil de Barcelona, señor Montañés, hizo poner en libertad a los organizadores de los sindicatos obreros arrestados por la huelga general. Los comités militares amenazaron de muerte a Montañés si no dimitía de su cargo después de volver a encarcelar a los liberados. Los comités militares eran respaldados por el general Milán Del Bosch, gobernador militar, quien envió una intimación a Romanones, reprochándole por no haberle concedido los plenos poderes absolutos para movilizar a los obreros y obligarlos a trabajos forzados. El Ministerio Romanones dimitió: los pretorianos de las juntas ponen el veto a la formación de un ministerio del cual formen parte el reformista Melquíades Álvarez y el liberal Alba; sólo el Ministerio de la sangre Maura-La Cierva es de su agrado.

[Éste no puede vivir en la órbita constitucional. Goza de la “confianza” de las fuerzas irresponsables, no goza de la confianza del Parlamento. Así, el rey ha concedido autorización para la disolución de las Cortes: los comicios electorales deberían ser convocados inmediatamente. Pero aún no se puede decir si las elecciones se celebrarán; los revolucionarios se abstendrán y no será una abstención pacífica].

## ITALIA, LAS ALIANZAS Y LAS COLUMNAS[*]

La Liga de las Naciones debía representar, en el mito de la guerra democrática, la superación histórica de cualquier sistema de equilibrio obtenido a través de las alianzas parciales y las *ententes* cordiales. Precisamente por esto, contemporáneamente el tratado preliminar de paz —en el cual la Liga de las Naciones apareció por primera vez como personalidad jurídica internacional activa y operante— ha sido publicado un comunicado

oficial que anuncia una alianza militar entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

Alemania quedará reducida a una cosa vana sin sujeto estatal; no tendrá ejército, no tendrá arsenal bélico, estará aislada de Francia por una vastísima zona sin fortificaciones, sin un aparato permanente defensivo y ofensivo, no tendrá submarinos, tendrá una flota naval mínima, no tendrá flota aérea. Y sin embargo, Francia no se cree suficientemente protegida contra las “agresiones” alemanas; e] presidente Wilson y Lloyd George creen también que Francia no está suficientemente protegida y por lo tanto se han comprometido a proponer al Senado de Estados Unidos y al Parlamento de Gran Bretaña un tratado, según el cual Estados Unidos y Gran Bretaña “volarán” en ayuda de Francia en caso de agresión no provocada y directa contra ella por parte de Alemania.

Por su alcance, este tratado de alianza es mucho más importante que el tratado de paz; es, incluso, el verdadero tratado de paz, por cuanto asegura permanentemente la hegemonía del bloque anglosajón en el mundo, que ha acaparado, asociándose a Francia, una magnífica cabeza de puente en Europa. La división del botín ocurre exactamente según el esquema de la fábula: el “compromiso” angloamericano reproduce la fase “quia nominor leo”.

Resulta cada vez más evidente en qué tristísima posición internacional ha llegado a encontrarse el Estado capitalista italiano. Italia está sin aliados. Italia ha sido reducida a pupila de la Liga de las Naciones, o sea de Inglaterra, de Estados Unidos y de Francia. Italia ha ampliado la esfera de su soberanía nominal, pero ha perdido su soberanía efectiva de gran potencia.

Italia había “ascendido” al rango de gran potencia, por el juego de equilibrio entre las grandes coaliciones militares e imperiales. El rey de Italia había continuado la política de los príncipes piamonteses: una continua oscilación entre oriente y occidente, entre Austria y Francia. Así el Piamonte consiguió fortalecerse y extender su soberanía hasta los Alpes, desde Niza hasta el Monte Blanco (Ginebra escapó por milagro al juego paciente y audaz), así consiguió convertirse en Italia, con Roma como capital, así continuo, con la Triple Alianza y con los acuerdos ingleses, introduciéndose en un juego más amplio, que hubiera debido tener como escenario el mundo.

El reinado de las competencias políticas internacionales ha terminado, junto con las otras formas de competencia (éste es uno de los rasgos más obvios de la descomposición del sistema capitalista, el cual va perdiendo las condiciones esenciales de desarrollo histórico y de vida): la vida internacional se ha endurecido en un monopolio de potencias: Inglaterra-Estados Unidos (Francia). Derribado completamente el antagonista germánico-austrohúngaro,

la Italia capitalista perdió toda posibilidad de balancearse y por lo tanto de desarrollarse como potencia internacional: lo que para un Estado capitalista significa la parálisis y la decadencia inevitable.

## LA UNIDAD NACIONAL[*]

La burguesía italiana nació y se desarrolló afirmando y realizando el principio de la unidad nacional. Puesto que la unidad nacional representó en la historia italiana, como en la historia de los demás países, la forma de una organización técnicamente más perfecta que el aparato mercantil de producción y de cambio, la burguesía italiana ha sido el instrumento histórico de un progreso general de la sociedad humana.

En la actualidad, por los íntimos e incurables conflictos creados por la guerra en su contexto, la burguesía tiende a disgregar la nación, a sabotear y destruir el aparato económico tan pacientemente construido.

Gabriel D’Annunzio, siervo despedido de la masonería anglofrancesa, se rebela contra sus antiguos titiriteros, agrupa una compañía de aventureros, ocupa Fiume, se declara “amo absoluto” y constituye un gobierno provisional. Inicialmente, el gesto de D’Annunzio tenía sólo un valor literario; D’Annunzio preparaba y vivía el argumento de un futuro poema épico, una futura novela de psicología sexual y una futura colección de “Boletines de guerra” del comandante Gabriel D’Annunzio.

Nada de extraordinario ni de monstruoso en la aventura literaria de Gabriel D’Annunzio; es posible que en una clase, sana política y espiritualmente, por ser coherente y estar organizada económicamente, existan individuos políticamente locos, por estar fuera del orden, por no estar inscritos en una realidad económica concreta.

Pero el coronel D’Annunzio encuentra secuaces, obtiene que una parte de la burguesía asuma una posición respaldando su actividad en el gesto de Fiume. El gobierno de Fiume se opone al gobierno central, la disciplina armada del gobierno de Fiume se opone a la disciplina legal del gobierno de Roma.

El gesto literario se convierte en un fenómeno social. Como en Rusia los gobiernos de Omsk, de Ekaterinodar, de Arcángel, etcétera, en Italia el gobierno de Fiume es tomado como base de una reorganización del Estado, como la energía sana, que representa el “verdadero” pueblo, la “verdadera” voluntad, los “verdaderos” intereses, la cual debe arrojar de la capital a los

usurpadores. D’Annunzio es a Nitti lo que Kornílov a Kerensky. El gesto literario ha desencadenado en Italia la guerra civil.

La guerra civil ha sido desencadenada precisamente por la clase burguesa que tanto la denigra, de palabra. Porque guerra civil significa precisamente choque de dos poderes que se disputan con las armas el gobierno del Estado, choque que se realiza, no en campo abierto entre dos ejércitos diferentes, alineados regularmente, sino en el seno de la sociedad, como choque de grupos reunidos apresuradamente, como multiplicidad caótica de conflictos armados en los que a la gran masa de ciudadanos no le es posible orientarse, en donde desaparece la seguridad individual y material y la sucede el terror, el desorden, la “anarquía”. En Italia, como en todos los demás países, como en Rusia, como en Baviera, como en Hungría, es la clase burguesa la que ha desencadenado la guerra civil, que sumerge a la nación en el desorden, en el terror, en la “anarquía”. La revolución comunista, la dictadura del proletariado han sido, en Rusia, en Baviera, en Hungría y será en Italia, el intento supremo de las energías sanas del país para frenar la disolución, para restablecer la disciplina y el orden, para impedir que la sociedad se hunda en la barbarie bestial inherente al hambre determinada por la interrupción del trabajo útil durante el periodo del terrorismo burgués.

Porque esto ha sucedido, porque el gesto literario ha dado principio a la guerra civil, porque la aventura dannuuziana ha revelado y dado forma política a un estado de conciencia difuso y profundo, debemos concluir que la burguesía está muerta como clase, que el cemento económico que la cohesionaba ha sido corroído y destruido por los triunfantes antagonismos de casta, de grupo, de capa, de región; debemos concluir que el Estado parlamentario no consigue ya dar forma concreta a la realidad objetiva de la vida económica y social de Italia.

Y la unidad nacional, que se resumía en esta forma, cruje siniestramente. ¿Quién se asombraría leyendo mañana la noticia de que en Cagliari, en Sassari, en Messina, en Cosenza, en Taranto, en Aosta, en Venecla, en Ancona… un general, un coronel o incluso un simple teniente de los *arditi*[*] ha logrado amotinar a sus tropas, ha declarado su lealtad al gobierno de Fiume y ha decretado que los ciudadanos de su jurisdicción ya no deben pagar sus impuestos al gobierno de Roma?

Hoy el Estado central, el gobierno de Roma, representa las deudas de guerra, representa la dependencia de las finanzas internacionales, representa un pasivo de cien mil millones. Éste es el reactivo que corroe la unidad nacional y la cohesión de la clase burguesa; ésta es la causa subterránea que

ilumina el hecho de cómo cada acto de indisciplina “burguesa”, de indisciplina en el ámbito de la propiedad privada, de insurrección “reaccionaria” contra el gobierno central encuentra apoyo, simpatías, periódicos, dinero. Si un teniente de los ardid funda un gobierno en Cagliari, en Messina, en Cosenza, en Taranto, en Aosta, en Ancona, en Udinef contra el gobierno central, se convierte en eje de todas las desconfianzas, de todos los egoísmos de las capas propietarias del lugar, encuentra simpatías, adhesiones, dineros, porque estos propietarios odian al Estada central, querrían librarse del pago de los impuestos que el Estado central les impondrá para pagar los costos de guerra.

Los gobiernos locales, disidentes sobre la cuestión de Fiume, se convertirán en la organización de estos antagonismos irreductibles; tenderán a mantenerse, a crear Estados permanentes, como ha sucedido en el ex imperio ruso y en la monarquía austrohúngara. Los propietarios de Cerdeña, de Sicilia, de Valdaosta, del Friuli, etcétera, demostrarán que los pueblos sardo, siciliano, valdostano, friulano, etcétera, no son italianos, que la obra de italianización forzada que el gobierno de Roma ha conducido, con la enseñanza obligatoria de la lengua italiana, ha fracasado, y mandarán memoriales a Wilson, a Clemenceau, a Lloyd George… y no pagarán los impuestos.

A esta condición ha sido reducida la nación italiana por la clase burguesa, que en todas sus actividades tiende sólo a acumular ganancias. Italia está psicológicamente en las mismas condiciones de antes de 1859: pero no es ya la clase burguesa la que hoy tiene intereses unitarios en economía y en política. Históricamente, la clase burguesa italiana está ya muerta, aplastada por un pasivo de cien mil millones, disuelta por los ácidos corrosivos de sus disensiones internas, de sus incurables antagonismos. Hoy, la clase “nacional” es el proletariado, es la multitud de los obreros y campesinos, de los trabajadores italianos, que no pueden permitir la disgregación de la nación, porque la unidad del Estado es la forma del organismo de producción y de cambio construido por el trabajo italiano, es el patrimonio de riqueza social que los proletarios quieren llevar a la internacional Comunista. Sólo el Estado proletario, la dictadura proletaria, puede frenar hoy el proceso de disolución de la unidad nacional, porque es el único poder real que puede obligar a los burgueses facciosos a no turbar el orden público, obligándolos a trabajar sí es que quieren comer.

## EL PODER EN ITALIA[*]

Los cambios son desastrosos, la autoridad del Estado (burgués) se derrumba, tos apetitos perversos y las pasiones facciosas ya no conocen límites: es preciso salvar a Italia, es preciso salvar la colectividad, es preciso salvar al pueblo que es notoriamente superior a las categorías, a las capas, a los partidos, a las clases.

La *Stampa* toca angustiosamente las campanas a rebato. El escritor de sus editoriales, generalmente melancólico con matices de sublime ternura, se Ka vuelto decididamente lúgubre. Ha olvidado la sabia advertencia que desde las mismas columnas de la *Stampa* impartía Bergeret[1] a la necia indiscreción de los periodistas autibolcheviques: "¡Por favor, no bagan tener lombrices a los niños y a los boticarios!"; el escritor toca a rebato las campanas para impresionar a la clase obrera, para hacer tener lombrices a los proletarios; está convencido de que los obreros no son espiritualmente superiores al nivel de los boticarios y de los niños y cree poder convencerlos de que se arrodillen humildemente a los pies del Salvador: Giovanni Giolitti, martillo de los nuevos ricos, de la masonería y del *fascio*.

Cuando un pequeñoburgués, agente intelectual del capitalismo, deja de ser melancólico para volverse lúgubre, lo que sucede es que su monedero ya no se halla seguro ni debajo del colchón. Entonces el pequeñoburgués se eriza como un búho sobre el arquitrabe de la puerta de su casa, chilla desconsoladamente y parece gemir: ciudadanos, es inútil derribar la puerta, porque en el lecho lo único que se pudre es un montoncito de carroña cadavérica.

¿Qué monedero defiende la *Stampa*?

El Estado italiano fue dominado hasta ahora por el capital invertido en la gran industria: el gobierno italiano estuvo siempre hasta ahora en manos de los capitalistas *fuertes* que sacrificaron a sus intereses de casta superprivilegiada todos los demás intereses de la nación. Los partidos históricos de la burguesía italiana han sido destruidos por esta hegemonía sofocante y destructiva que políticamente ha tomado el nombre de Giovanni Giolitti y ha sido ejercida con la violencia más extrema y con la corrupción más desvergonzada. La guerra y las consecuencias de la guerra han desarrollado fuerzas nuevas que tienden a una organización nueva de las bases económicas y políticas del Estado italiano. Toda la estructura íntima del Estado italiano ha sufrido, y sigue sufriendo, un intenso proceso de

transformación orgánica, cuyos resultados… normales no son aún previsibles con exactitud, exceptuando uno: cambiarán las camarillas dirigentes, cambiarán el personal administrativo, el poder del Estado caerá completamente en otras manos distintas a las tradicionales, a las… giolittianas.

El capital industrial, en los otros países capitalistas, ha logrado lentamente crear un sistema de equilibrio con el capital territorial y ordenar el Estado democrático constitucional: lo ha logrado en Inglaterra, por ejemplo, por medio de las masas obreras, interesadas en la abolición de los impuestos a los cereales y en la introducción del libre cambio. En Italia el capital industrial ha creado el Estado como tal y ha mangoneado sin competidores. El poder del Estado se ha preocupado únicamente del desarrollo, a menudo morboso, del capital industrial: protecciones, premios, favores de toda clase y tamaño. Los campos han sido saqueados, la fertilidad del suelo se ha convertido en esterilidad, las poblaciones campesinas han tenido que emigrar. El poder del Estado ha defendido salvajemente las cajas fuertes: los casos de obreros explotados en las fábricas, y de campesinos pobres imposibilitados de vivir por cansa de la legislación aduanal que desecaba el suelo, talaba los bosques, desbordaba los ríos, son innumerables en la historia italiana contemporánea. El Estado, por el desarrollo del aparato industrial, absorbió a la pequeña burguesía rural, a los intelectuales, en sus organismos administrativos, en los periódicos, en las escuelas, en la magistratura; así fue como el campo no tuvo nunca un partido político propio, no representó nunca un peso en los asuntos públicos. El poder del Estado se adjudico incluso la función de banca de los industriales: las emisiones de bonos al 4½ por ciento sirvieron en realidad, como es sabido, para recolectar los ahorros de los campesinos y los emigrados por centenares de millones: millones que Giolitti daba a Terni, a Ansaldo, etcétera, para equipos, para armamento, para la guerra de Libia.

La guerra ha traído al primer plano a un gran partido de los campesinos, el partido popular. El hecho de que las zonas rurales no tuvieron nunca una representación propia, expresión específica de sus intereses y aspiraciones políticas, se advierte en la composición misma del partido popular, aristocrático y demagógico, apoyado al mismo tiempo en los grandes y medianos propietarios y en los campesinos pobres y pequeños propietarios. El partido popular aspira al gobierno, aspira al poder del Estado, aspira a construir un Estado *suyo* y cuenta con los medios para ello. La guerra ha determinado la organización del aparato industrial bajo el control de los bancos: los clericales son hoy, en Italia, los principales y más eficaces agentes

para la recaudación del ahorro. Ya dominan muchos bancos; en breve tiempo conseguirían dominarlos todos, una vez dueños del poder del Estado; en breve tiempo todas las clientelas y capillas tradicionales serían aniquiladas y sustituidas: el partido popular (¡700 000 afiliados!) tiene muchos apetitos y muchas ambiciones que saciar.

¡La patria está en peligro, hay que salvar al pueblo y a la colectividad! Nada de eso, lo único en peligro es el bolsillo de las clientelas giolittianas, está en peligro el poder de los industriales politiqueros e insaciables, está en peligro la carrera política de los agentes pequeñoburgueses de las intrigas capitalistas.

Sin duda, el Estado burgués no resistirá la crisis. En las condiciones a que está reducido actualmente, la crisis lo hará pedazos. Pero la clase obrera no se preocupa por el hecho de que el Estado burgués se derrumbe, por el contrario, contribuye a ello con todas sus fuerzas. La clase obrera se preocupa por el fenómeno por otra razón: porque comprende que está por llegar su hora histórica, llena de responsabilidades. La clase de los industriales es impotente para evitar que el partido político de los campesinos se adueñe del Estado y de la industria y someta a uno y otra a la avidez de los grandes y medianos propietarios de tierras: la clase de los industriales es impotente para evitar que sea destruida la industria, que el Estado de los campesinos ricos sacrifique la producción industrial para librarse de las deudas con el exterior, que el partido popular reduzca a Italia a la condición de esfera de influencia del capitalismo extranjero, a un país de campesinos que se proveen en el exterior de productos industriales y manufacturados. Pero los obreros se preocupan del problema por sus intereses vitales de clase, no por los intereses económicos y políticos de los industriales, porque su clase sería destruida, porque su función histórica de progreso civil sería aniquilada con el aniquilamiento de la industria.

La misión histórica de la clase obrera se delinea nítidamente para Italia, tal como se delineó para Rusia. Las íntimas contradicciones del sistema capitalista han destruido toda la red de relaciones internas de la clase propietaria y de las relaciones entre clase propietaria y clase trabajadora. Los capitalistas son impotentes para frenar la acción corrosiva de los venenos derramados por el cuerpo social; las destrucciones se suceden, las ruinas se acumulan, los valores de la civilización amenazan con sucumbir irremediablemente. Sólo la clase obrera, tomando en sus manos el poder del Estado, puede realizar la renovación. Ella, siguiendo su camino sin transigir, no colaborando con la burguesía, determinará la escisión explícita de las

clases en las zonas rurales, separará a los campesinos pobres y a los pequeños propietarios de los ricos, de los explotadores, y ayudará a la creación del Estado obrero, para tomar el poder. Colaborando con la burguesía, la clase obrera retardaría el proceso revolucionario que está en curso en la sociedad italiana y que debe culminar en la ruptura en dos ramas del partido popular, en la irrupción violenta de la lucha de clases en el campo: por algún tiempo todavía los campesinos pobres se alinearán en las mismas filas de los propietarios, para no ser triturados por la ciudad, por la industria filibustera. La clase obrera, que aborrece la fraseología de los salvadores de la industria y de la producción, de hecho es la única que tiende realmente a "salvar a la patria" y a evitar la catástrofe industrial; pero para el cumplimiento de su misión quiere "todo" el poder, y ciertamente no se deja impresionar por los gemidos lúgubremente conmovedores de los agentes de la burguesía, de los salvadores del pueblo y de la colectividad italiana, "superior" a las categorías y a las clases.

## LOS ROMPEDORES DE ASAMBLEAS[*]

Los obreros conocen muy bien, por dolorosa experiencia, la institución capitalista de los "rompehuelgas". Los obreros tienen pocos medios de resistencia contra el poder del capital, pero incluso con estos medios escasos pueden afectar bastante profundamente la ganancia y obligar al capital a llegar a un acuerdo; el capital recurre a los rompehuelgas, sustituye a los ferroviarios, a los telegrafistas, a los electricistas, a los panaderos, a los obreros del gas, con elementos voluntarios, con su guardia blanca; trata de no dejar interrumpir la producción, de no desairar completamente a su clientela, de impedir que se dañen y se destruyan las condiciones generales de su ganancia.

Ahora ha nacido una institución "original": la de los rompedores de asambleas. Miles y miles de obreros se reúnen en asamblea en las plazas. Los obreros tienen pocas posibilidades de reunión. Tienen gran interés en utilizar completamente estas escasas posibilidades. La asamblea es para la clase obrera el medio más importante para adquirir una conciencia de clase; el capitalismo, a través de la producción industrial, trata de dividir a la clase en categorías, en grupos, en comunidades desligadas y dispersas: en las manifestaciones de masa, en mítines, la clase se reencuentra, el metalúrgico junto al albañil, el zapatero junto al carpintero, el mecánico junto al panadero, y siente su unidad en la vibración común por un mismo ideal, en la aceptación

común de un mismo programa, de un mismo método de lucha. Pero no: el rompemítines no puede permitir que miles y miles de obreros afirmen en una asamblea la misma disciplina que demuestran en todas las manifestaciones de la lucha de clase, no puede permitir que con esta disciplina se creen las condiciones en las que solamente puede desarrollarse y ser útil mi mitin para la educación de la clase obrera. El rompemítines quiere que su insignificante persona, hinchada de viento palabrero y de vanidad, domine a los miles y miles de obreros, sea superior a las voluntades unidas de miles y miles de obreros: él priva así a la clase obrera de las escasas posibilidades de reunión de que dispone, no permite a la clase obrera llevar a cabo sus manifestaciones, demostrar su fuerza, adquirir una conciencia más clara de su voluntad colectiva. Si observáis bien, veréis que difícilmente el rompemítines es un obrero de fábrica, es un obrero industrial: casi siempre es un desclasado, un hombre de cien oficios, que revela en su inestabilidad física y… vocal la inestabilidad de su vida económica, de su vida de trabajo, que refleja en su cerebro y en sus ideas la incertidumbre y la confusión de las condiciones materiales de su vida. Por esto también el rompemítines afirma ser antiautoritario y antimarxista, porque Marx era “autoritario”; la verdad es que Marx previó este tipo de seudorrevolucionario y puso en guardia a la clase obrera contra sus métodos y su fraseología; porque Marx creía que la revolución no se hace con la garganta, sino con el cerebro, no se hace con la vana agitación física, con el bullir de la sangre en las venas, sino con la disciplina de la clase obrera que pone en la construcción de la sociedad comunista las mismas virtudes de trabajo metódico y ordenado que ha aprendido en la gran producción industrial.

## LA FASE ACTUAL DE LA LUCHA[*]

1] La fisonomía de la lucha de clases en Italia se caracteriza en el momento actual por el hecho de que los obreros industriales y agrícolas están irremisiblemente determinados, en todo el territorio nacional, a imponer en forma explícita y violenta la cuestión de la propiedad de los medios de producción. La agudización de las crisis nacional e internacional que disminuyen progresivamente el valor de la moneda, demuestra que el capital está extenuado: el orden actual de producción y de distribución no consigue ya satisfacer ni siquiera las exigencias más elementales de la vida humana y sólo subsiste porque es ferozmente defendido por la fuerza armada del Estado burgués; todos los movimientos del pueblo trabajador italiano tienden

irresistiblemente a llevar a cabo una gigantesca revolución económica, que introduzca nuevos modos de producción, un nuevo orden en el proceso productivo y distributivo, que dé a la clase de los obreros industriales y agrícolas el poder de iniciativa en la producción, arrancándolo de las manos de los capitalistas y de los terratenientes.

2] Los industriales y los terratenientes han realizado la máxima concentración de disciplina y poderío de clase: una consigna lanzada por la Confederación General de la Industria Italiana halla inmediata realización en cada fábrica. El Estado burgués ha creado un cuerpo armado mercenario[1] destinado a funcionar como instrumento ejecutivo de la voluntad de esta nueva y fuerte organización de la clase propietaria que tiende, a través del *lock out* aplicado en gran escala y del terrorismo, a restaurar su poder sobre los medios de producción, obligando a los obreros y campesinos a dejarse expropiar una multiplicada cantidad de trabajo no pagado. El último *lock out* en las industrias metalúrgicas turinesas ha sido un episodio de esta voluntad de los industriales de poner el pie sobre la cabeza de la clase obrera: los industriales han aprovechado la falta de coordinación y de concentración revolucionaria en las fuerzas obreras italianas para tratar de destruir la solidaridad del proletariado turinés y borrar de la conciencia de los obreros el prestigio y la autoridad de las instituciones de fábrica (consejos y comisarios de sección) que habían iniciado la lucha por el control obrero. La prolongación de las huelgas agrícolas en Novarese y Lomellina demuestra cómo los propietarios de tierras están dispuestos a acabar con la producción para reducir a la desesperación y al hambre al proletariado agrícola y someterlo implacablemente a las más duras y humillantes condiciones de trabajo y de existencia.

3] La fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que antecede, o a la conquista del poder político por parte del proletariado revolucionario para el paso a nuevos modos de producción y de distribución que permitan una recuperación de la productividad, o a una tremenda reacción por parte de la clase propietaria y de la casta gobernante. Ninguna violencia será evitada para someter al proletariado industrial y agrícola a un trabajo servil: tratarán de destruir inexorablemente los organismos de lucha política de la clase obrera (partido socialista) y de incorporar los organismos de resistencia económica (los sindicatos y las cooperativas) a los engranajes del Estado burgués.

4] Las fuerzas obreras y campesinas carecen de coordinación y de concentración revolucionaria porque los organismos directivos del partido socialista han demostrado no comprender absolutamente nada de la fase de

desarrollo que la historia nacional e internacional atraviesa en el actual periodo, y no comprender nada de la misión que corresponde a los organismos de lucha del proletariado revolucionario. El partido socialista asiste como espectador al desarrollo de los acontecimientos, no tiene nunca una opinión propia que exponer, que esté de acuerdo con las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza consignas que puedan ser corregidas por las masas, que puedan dar una orientación general, unificar y concentrar la acción revolucionaria. El partido socialista, como organización política de la parte de vanguardia de la clase obrera, debería desarrollar una acción de conjunto capaz de poner a toda la clase obrera en condiciones de vencer mediante la revolución y de vencer en forma duradera. El partido socialista, estando constituido por aquella parte de la clase proletaria que no se ha dejado envilecer y postrar por la opresión física y espiritual del sistema capitalista, sino que ha logrado salvar su autonomía y el espíritu de iniciativa consciente y disciplinada, debería encarnar la vigilante conciencia revolucionaria de toda la clase explotada. Su misión es la de centrar en sí la atención de toda la masa, obtener que sus directivas sean las directivas de toda la masa, conquistar la confianza permanente de toda la masa de manera que se convierta en su guía y cabeza pensante. Para ello es necesario que el partido viva siempre inmerso en la realidad efectiva de la lucha de clases sostenida por el proletariado industrial y agrícola, que sepa comprender sus diversas fases, los diversos episodios, las múltiples manifestaciones, para extraer la unidad de la diversidad múltiple, para estar en condiciones de dar una directiva real al conjunto de los movimientos e infundir en las multitudes la persuasión de que hay un orden inmanente en el espantoso desorden actual, un orden que, estableciéndose, regenerará la sociedad de los hombres y hará que el instrumento de trabajo sea idóneo para satisfacer las exigencias de la vida elemental y del progreso civil. El partido socialista sigue siendo, incluso después del Congreso de Bolonia,[2] un simple partido parlamentario, que se mantiene inmóvil dentro de los estrechos límites de la democracia burguesa, que sólo se preocupa de las superficiales afirmaciones políticas de la casta gobernante; no ha adquirido una figura autónoma de partido característico del proletariado revolucionario y sólo del proletariado revolucionario […].

## GIOLITTI EN EL PODER[*]

Giolitti en el poder representará esencialmente el estrecho espíritu de terror y venganza que caracteriza a la pequeña burguesía en el momento actual. Giolitti sucederá a Nitti, pero ¿existe o puede existir una diferencia sustancial entre estos dos hombres? Ninguno de ellos representa a un partido, ninguno de ellos representa intereses existentes en estratos considerables de la población, organizados políticamente para los fines de un gobierno parlamentario; tanto Nitti como Giolitti deben su éxito político a haberse hecho promotores, con los medios del poder del Estado, de los intereses de la plutocracia. El grado de desarrollo alcanzado por esta forma de organización del aparato nacional de producción y de distribución ha proletarizado en gran parte y tiende a proletarizar cada vez más a las clases medias; la democracia parlamentaría pierde sus bases de apoyo, el país no puede seguir siendo gobernado constitucionalmente, no existe y ya no podrá existir una mayoría parlamentaria capaz de dar vida a un ministerio fuerte y vital, que tenga el consenso de la “opinión pública”, que tenga el consenso del “país”, esto es, de las clases medias. En tres ocasiones el diputado Nitti ha tratado de organizar una base parlamentaria cualquiera para sus gobiernos policíacos que debían garantizar las ganancias de la alta banca, que debían poner un freno a la oposición económica del proletariado al capitalismo, que debían armar fuerzas suficientes para controlar y sofocar la insurrección popular que fermenta amenazadoramente y podría explotar de un momento a otro; por tres veces el diputado Nitti ha fracasado en sus tentativas, porque han demostrado la imposibilidad de gobernar políticamente la sociedad italiana, han contribuido a acelerar la disgregación del Estado, a exasperar sus contrastes internos, a aumentar el envilecimiento moral y la disolución civil.

El regreso de Giolitti al poder, de este viejo que durante la guerra tuvo miedo, de este hombre sin futuro, sin previsiones de futuro a largo plazo, de este viejo que no puede tener otra ambición mas que la de sujetar fuertemente en su mano el arma del poder del Estado para blandiría sobre las cabezas de sus enemigos, para hacerlos temblar a su vez como él ha temblado, para aterrorizarlos como él ha estado aterrorizado —el regreso de Giolitti al poder es el advenimiento al poder del espíritu de terror y de venganza que caracteriza a la pequeña burguesía en el momento actual. Esta clase que es la que más esperaba de la guerra y de la victoria, es la que más ha perdido a causa de la guerra y de la victoria; creyó verdaderamente que la guerra significaba prosperidad, libertad, seguridad en la vida material, satisfacción de sus vanidades nacionalistas; creyó que la guerra significaría todos estos bienes para el “país”, esto es, para su propia clase. Por el contrario, lo ha

perdido todo, ha visto derrumbarse sus castillos en el aire, ya no tiene libertad de opción, está reducida a la más espantosa miseria por el continuo aumento de los precios, y está exasperada, furiosa, embrutecida: quiere vengarse, genéricamente, incapaz como es de identificar las causas reales del marasmo en que ha caído la nación. Los responsables del regreso de Giolitti al poder, los escritores de la *Stampa*, por cuanto participan de esta difusa psicología de las clases medías, han dado de ella una muy eficaz expresión literaria y han tratado de presentarla como un programa de gobierno. Los giolittianos son gente que recuerda, son gente que quiere recordar, que no aspira a otra cosa más que a escarbar afanosamente en el pasado; esta manía de viejos sin futuro, los giolittianos la llaman arte de gobernar, el único arte de gobernar que restaurará el prestigio del Estado, que restablecerá el poder de las instituciones. Incluso desde este punto de vista el retorno de Giolitti es una clara señal de la decadencia de las clases dirigentes italianas, es un documento de la disminuida capacidad política de la casta gobernante italiana. Era un axioma político que a los gobiernos burgueses les conviene más olvidar que recordar: el principio de prescripción se convirtió en razón de Estado; la manía moralizante era ridiculizada y presentada como propia de las épocas de decadencia, de los países en disolución. En Italia quizá más que en cualquier otro país el principio de prescripción se convirtió en método de administración ordinaria: Italia era el país clásico de las amnistías, de los indultos, de las gracias soberanas. Giolitti quiere vengarse; la pequeña burguesía quiere vengarse, los escritores de la *Stampa* excitan y azuzan este espíritu de venganza, que es expresión de temor pánico, no de fuerza, que es creador de marasmo, no principio de orden. Así la llegada de Giolitti al poder, de este vejete sin futuro, de este vejete que sólo ve el pasado y no puede hacer previsiones a largo plazo para el futuro, de este vejete que ha tenido miedo y ahora quiere dar miedo, así la llegada de Giolitti al poder puede ser verdaderamente interpretada como símbolo de la descomposición de la sociedad italiana, de la disolución de las clases dirigentes, de la decadencia de la cultura y de la inteligencia de la casta gobernante italiana.

Los escritores de la *Stampa* esperan arrastrar al proletariado a esta zarabanda de embrutecidos y paranoicos dominados por un miedo pánico. Pero el proletariado tiene una doctrina, el comunismo crítico, que le da una orientación, tiene una concepción real de la historia que lo sitúa fuera de estas crisis de locura furiosa. El proletariado sabe que la guerra mundial no fue un *error*, sino una necesidad del desarrollo histórico del capitalismo llegado a la fase imperialista, a la fase en la que las economías nacionales ya no pueden

subsistir, sino que tienden a superar los límites nacionales para organizarse internacionalmente, a la fase caracterizada por los monopolios y los *trusts*, a la fase en la que la banca se convierte en la forma de organización del aparato nacional de producción y distribución. El fracaso de la guerra y de la victoria significa que esta organización de la economía no es posible en el régimen de propiedad privada; en el régimen de propiedad privada, esta organización es un espantoso instrumento de opresión, de explotación, de envilecimiento de la inmensa mayoría de la población. Unos pocos individuos establecen los planes de producción y de distribución para su provecho, para su enriquecimiento individual; unos pocos individuos concentran en sus manos los destinos de las masas desorientadas de la población trabajadora y emplean todos los métodos de violencia y de fraude para conservar este poder, para dominar esta fuente de su riqueza. El proletariado no quiere, como los pequeñoburgueses aterrorizados, destruir este aparato perfeccionado de la economía, quiere expropiarlo y socializarlo, quiere desarrollarlo aún más y hacer de él el instrumento de su total emancipación, quiere con esto, emancipándose, liberar también a todas las demás clases oprimidas, incluso a la pequeña burguesía que hoy se ha vuelto histérica y sólo aspira a acumular ruinas sobre ruinas, a determinar nuevos marasmos en el marasmo ya existente.

## PREVISIONES[*]

Como no existe en nuestro país ninguna fuerza organizada extensamente, armada de una voluntad clara y recta, que persiga (y demuestre poder perseguir) un plan dé acción política que vaya de acuerdo con el proceso histórico y sea, por lo tanto, una interpretación de la historia real e inmediata, y no un plan preestablecido en frío y abstractamente; como una fuerza semejante no existe todavía (según nosotros esa fuerza puede ser y será únicamente el Partido Comunista Italiano), a quien quiera, en la actual situación, realizar una obra útil de aclaración y educación política, no le queda más remedio que intentar hacer previsiones, considerando las fuerzas en juego como elementales, como impulsadas por instintos oscuros y opacos, como semovientes no en vista de un fin consciente sino por un fenómeno de tropismo determinado por las pasiones y las necesidades elementales: el hambre, el frío, el temor ciego y loco a lo incomprensible. Especialmente este último motivo (el miedo, el terror loco de la criatura desamparada que se siente arrollada por una tempestad de la que no conoce las leyes, la dirección

exacta, la duración aproximada) parece predominar hoy en la sociedad italiana y quizá pueda dar una explicación medianamente satisfactoria de los acontecimientos en curso.

Si, en breve plazo, no surge del *caos* una poderosa fuerza política de clase (y esta fuerza, para nosotros, no puede ser otra más que el Partido Comunista Italiano), y si esta fuerza no logra convencer a la mayoría de la población de que hay un orden inmanente en la actual confusión, que incluso esta, confusión tiene su razón de ser, porque no puede imaginarse el derrumbamiento de una civilización secular y el advenimiento de una civilización nueva sin tal ruina apocalíptica y tal ruptura formidable; si esta fuerza no consigue colocar a la clase obrera en las conciencias de las multitudes y en la realidad política de las instituciones de gobierno, como clase dominante y dirigente, nuestro país no podrá superar la crisis actual, nuestro país no será ya, por lo menos durante doscientos años, una nación o un Estado, nuestro país será el centro de un maelstrom que arrastrará a su vórtice a toda la civilización europea.

El sentimiento del terror loco es propio de la pequeña burguesía y de los intelectuales, como es propio de estos estratos de la población el sentimiento de la vanidad y de la ambición nacionalista. La pequeña burguesía y los intelectuales, por la posición que ocupan en la sociedad y por su modo de existencia, se inclinan a negar la lucha de clases y por lo tanto están condenados a no comprender nada del desarrollo de la historia mundial y de la historia nacional que esta inserta en el sistema mundial y obedece a las presiones de los acontecimientos internacionales. La pequeña burguesía y los intelectuales, con su ciega vanidad y su desenfrenada ambición nacionalista, dominaron la guerra italiana, difundieron de ella una ideología abstracta y ampulosa y fueron arrollados y triturados por ella, porque la guerra italiana era un aspecto secundario de la guerra mundial, era el episodio marginal de una gigantesca lucha por el reparto del mundo entre fuerzas hegemónicas que necesitaban a Italia como a un simple peón en su formidable juego. Vencida y triturada en el campo internacional, parecía que la pequeña burguesía hubiese sido vencida y destruida también en el campo nacional, por la irrupción del proletariado inmediatamente después del armisticio hasta el 16 de noviembre.

La lucha de clases, reprimida durante la guerra, volvía a dominar irresistiblemente la vida nacional, y parecía que debiese barrer a sus negadores; pero la lucha de clases, el proletariado, no logró adquirir durante Ja guerra, en la represión y la opresión de la guerra, la conciencia de sí y de su misión histórica; no logró expulsar de su seno su propia incrustación

parasitaria pequeñoburguesa e intelectual. También el proletariado tiene su “pequeña burguesía”, como el capitalismo; y la ideología de los pequeñoburgueses que se adhieren a la clase obrera no es, como forma, distinta de la de los pequeñoburgueses que se adhieren al capitalismo. Se encuentra en ellos el mismo elemento de vanidad sin límites (¡el proletariado es la mayor fuerza! ¡el proletariado es invencible! ¡nada podrá frenar al proletariado en su fatal marcha hacia adelante!) y el mismo elemento de ambición internacional, sin una exacta comprensión de las fuerzas históricas que dominan la vida del mundo, sin la capacidad de identificar en el sistema mundial su propio puesto y su propia función. Hoy vemos que, irrumpiendo después del armisticio, la lucha de clase proletaria no consiguió elevar a la cumbre de la política nacional más que a su propia pequeña burguesía vanidosa y petulante; hoy vemos que el “maximalismo” socialista no se diferencia en nada, como forma, de la ideología pequeñoburguesa de la guerra: se recurre al nombre de Lenin en vez de al de Wilson, se cita la III Internacional en vez de la Liga de las Naciones, pero el nombre no es más que un nombre y no el símbolo de un acto de conciencia activo; la III Internacional, como la Liga de las Naciones, es un mito torpe, no una organización de voluntades reales y de acciones transformadoras del equilibrio mundial.

El proletariado no logró dar a luz más que una nueva pequeña burguesía, incapaz y sin un fin histórico real; la lucha de clases, que debía tender a sus conclusiones dialécticas, a la fundación de un Estado obrero, se dispersó en una multiplicidad de pequeñas destrucciones y de acciones [*falta una palabra*] y la pequeña burguesía, que parecía destruida, recobra el aliento, se reagrupa; habiendo visto que la lucha de clases no ha conseguido desarrollarse y concluirse, nuevamente la niega, nuevamente se difunde la persuasión de que se trata de delincuencia, de barbarie, de avidez sanguinaria. La reacción, como psicología difusa, es un producto de esta incomprensión: los elementos de esta psicología son el terror enloquecido y la abyección más baja, correlativos necesarios de la ambición y la vanidad que caracterizaron a estos mismos estratos de la población antes de la ruina económica y de la caída del programa nacionalista. Pero las fuerzas elementales desencadenadas por el fracaso del maximalismo “pequeñoburgués”, por la desesperación que invade los ánimos por la incomprensión de las leyes que gobiernan también esta crisis, por la persuasión de que el país está en poder de espíritus demoníacos incontrolables e imponderables, estas fuerzas elementales no pueden no tener un movimiento político, no pueden no conducir a una

conclusión política. La convicción difundida en las capas industriales y pequeñoburguesas de la necesidad de la reacción, valoriza los grupos y los programas generales de quienes siempre han sostenido a la reacción: la alta jerarquía militar, el fascismo, el nacionalismo. La cuestión adriática vuelve a tomar el aspecto de misión nacional. La reacción significa nuevamente guerra, y no guerra limitada, sino guerra en gran estilo, porque los grandes Estados capitalistas, precisamente ellos, se han opuesto a las aspiraciones de los nacionalistas italianos. ¿No parece sentirse muy próximo el eco de las consignas: “la nación proletaria debe luchar contra las naciones capitalistas”, “quien tiene hierro tiene pan”; no parecen volver a oírse los aforismos políticos sobre la decadencia francesa y sobre la juventud expansiva de Italia?

Italia está verdaderamente dominada por espíritus demoníacos incontrolados e imponderables; el único principio de orden está contenido en la clase obrera, en la voluntad proletaria de introducir concreta y activamente a Italia en el proceso histórico mundial; este principio de orden puede expresarse políticamente sólo en un partido comunista férreamente organizado y que tenga un fin bien claro y neto que proponerse. El problema actual, el problema histórico fundamenta] de la vida italiana, es la organización del partido comunista, que dé conciencia y movimiento autónomo y preciso a las fuerzas vivas que existen en nuestro país y que pueden todavía salvarlo de la perdición.

## ¿QUÉ ES LA REACCIÓN?[*]

Muy sibilinamente, la *Stampa* anuncia que el diputado Giolitti, fortalecido por las recientes demostraciones de confianza (??) concedidas a su política por la nación italiana, se dispone a traducir en actos la segunda parte de su programa de gobierno: restauración del Estado. Muy sibilinamente la *Stampa* prevé (¡ojo a quien le toque!) que la segunda parte del programa de gobierno de Giolitti: restauración del Estado, determinará, por parte de los anarquistas, de los comunistas y de los fascistas (!!) el unánime y acorde grito de alarma contra la reacción.

¿Qué será esta “reacción” que la *Stampa* anuncia? ¿Qué significa esta “aplicación de la justicia”, etcétera, etcétera? Pero ante todo es preciso establecer este punto: que el *onorevole* Giolitti ha sido siempre un reaccionario, que el *onorevole* Giolitti ha sido incluso el exponente típico de la reacción capitalista italiana. El capitalismo es reaccionario cuando no logra ya dominar las fuerzas productivas de un país. El capitalismo italiano ha

comenzado a ser reaccionario desde que el gobierno italiano, abandonando el programa librecambista del conde de Cavour y de la vieja derecha, se ha vuelto proteccionista y "reformista". Incapaz de dominar en los cuadros de la Ubre competencia a las fuerzas productivas italianas, el capitalismo ha reducido el Estado al papel de su agente comercial directo, el capitalismo ha reducido la milicia nacional, la burocracia, la magistratura, todas las instituciones del poder gubernamental, al papel de instrumentos inmediatos de su permanencia y su desarrollo. Giolitti ha sido el hombre político más representativo de esta acción llevada a cabo por el capitalismo en Italia.

Hoy el *onorevole* Giolitti continúa y no puede continuar su política tradicional: él sigue siendo el mismo reaccionario de siempre. Hoy el *onorevole* Giolitti intensifica su actividad reaccionaria porque el capitalismo se revela cada vez más incapaz de dominar las fuerzas productivas. La táctica de las "aristocracias obreras" ya no es eficaz; ya no sirve de nada la táctica de favorecer a los cooperadores de Reggio Emilia al mismo tiempo que se asesina a los campesinos pobres meridionales; ya no sirve de nada la táctica de corromper directamente a los diputados socialistas septentrionales al mismo tiempo que, a través de la acción policíaca de las autoridades provinciales y la acción intimidadora de los golpeadores debellitas,**[1]** se llena el Parlamento con un montón de soldados meridionales. Hoy las grandes masas populares participan en la lucha económica y en la lucha política; hoy la necesidad de arrancar el pan de la boca de los trabajadores industriales y agrícolas se ha vuelto urgente para el capitalismo. Hay que recurrir a las grandes soluciones: el Estado burgués debe hacerse cada vez más reaccionario, debe intervenir cada vez más directa y violentamente en la lucha de clases, para reprimir los intentos que realiza el proletariado en la vía de su emancipación.

Esta "reacción" no es sólo italiana: es un fenómeno internacional, porque el capitalismo no sólo en Italia, sino en todo el mundo, se ha vuelto incapaz de dominar las fuerzas productivas. El fenómeno del "fascismo" no es sólo italiano, así como no es sólo italiana la formación del partido comunista. El "fascismo" es la fase preparatoria de la restauración del Estado, esto es, de un recrudecimiento de la reacción capitalista, de un endurecimiento de la lucha capitalista contra las exigencias más vitales de la clase proletaria. El fascismo es la ilegalidad de la violencia capitalista: la restauración del Estado es la legalización de esta violencia: es una conocida ley histórica que la costumbre precede al derecho. El fascismo italiano ha incendiado el *Avanti!* de Milán y de Roma, ha incendiado el *Proletario* de Pola y el *Lavoratore* de Trieste y

ningún fascista ha sido castigado, el Estado restaurado ya no incendiará, suprimirá “legalmente”. El fascismo ha asaltado cámaras del trabajo y municipios socialistas: el Estado restaurado disolverá “legalmente” las cámaras del trabajo y los municipios que quieran seguir siendo socialistas. El fascismo asesina a los militantes de la clase obrera: el Estado restaurado los mandará “legalmente” a la cárcel y, restaurada también la pena de muerte, los hará matar “legalmente” por un nuevo funcionario gubernamental: el verdugo. Esta evolución es universal, se ha realizado en gran parte y seguirá desarrollándose normalmente incluso en Italia. Los comunistas han previsto esta evolución desde el estallido de la guerra mundial, crisis decisiva de la incapacidad capitalista para dominar a las fuerzas productivas mundiales sin la intervención activa y permanente de la violencia directa. Por eso los comunistas no se asombrarán de la reacción giolittiana como de algo nuevo. Seguirán desarrollando su acción, fríamente, metódicamente, valerosamente, convencidos de representar el futuro de la civilización europea y mundial, convencidos de representar las fuerzas que deben triunfar de todo y de todos, a menos que la civilización humana no deba ser aplastada definitivamente por el desencadenamiento de animalidad y barbarie determinado por el imperialismo y el militarismo.

## LA FUERZA DEL ESTADO[*]

La fuerza del Estado burgués reside toda ella en la organización armada oficial. Desde el armisticio hasta hoy la organización armada del Estado italiano no ha cesado un instante de revelarse en íntima y progresiva descomposición; la descomposición se ha extendido a todas las demás instituciones que se apoyan en la fuerza armada: la administración de la justicia, la administración del poder gubernamental.

La lucha actual entre D’Annunzio y Giolitti es el episodio culminante de esta descomposición. Hay algo de simbólico en esta lucha. El Estado italiano, aun con su farragosa y mastodóntica maquinaria, ha sido siempre una cosa tan cómica, que no debe maravillar que pueda ser arruinada precisamente por un tipo como D’Annunzio. El *onorevole* Giolitti ha sido uno de los principales constructores del Estado italiano; el *onorevole* Giolitti es el hombre que, desde el 90 hasta hoy, ha detentado durante un mayor número de años el poder gubernamental: él conoce a la perfección todas las piezas y todos los ángulos de esta máquina, puede decirse que la personifica, a tal punto su actividad ha contribuido a darle forma y movimiento. Hoy, el *onorevole*

Giolitti es impotente para conservarla intacta, es impotente para impedir que sea saboteada y arruinada completamente. ¿Y por parte de quién? No de una gran fuerza adversaria, no de un gran partido revolucionario que organice a las masas populares para hacer de ellas un potente ariete con el cual atacar los baluartes del privilegio capitalista; sino por parte de un literato-guerrero, por parte de un hombre que quiere simplemente divertirse, por parte de un personaje histórico totalmente italiano, en el cual se unen la psicología de Coccapieller con la de un David Lazzaretti. El Estado italiano, como quiera que concluya esta lucha, está irremediablemente comprometido en su prestigio y en su dignidad: la demostración experimental de su no ser, de su incapacidad política, de su anemia organizativa, ha sido dada perentoriamente.

¿Pero cómo acabará esta lucha? La ausencia, precisamente en este periodo histórico, de un fuerte partido político del proletariado revolucionario, de un partido comunista rígidamente centralizado, capaz de formar con su organización el primer y provisional andamiaje de un Estado obrero, autoriza la afirmación de que sólo un recrudecimiento de la barbarie y de la reacción será el fin de esta lucha. La disolución del poder burgués no significa por sí misma el nacimiento de un partido proletario si falta la organización política de la clase oprimida, si la organización existente no tiene un programa y un plan de acción, la disolución no puede ser frenada enérgicamente y continúa corrompiendo y pudriendo todo el cuerpo social. Estado significa centralización de mando y de acción. El Estado italiano se cae en pedazos precisamente porque los poderes locales no funcionan según las consignas que parten del centro de gobierno: pululan en vez de eso los grupos armados locales, que sustituyen a la acción armada oficial, obedecen a los intereses locales, llevan a cabo una lucha de partisanos contra los adversarios locales. El fascismo es la expresión de esta corrupción de los poderes estatales. D’Annunzio lucha contra Giolitti porque existe el fascismo bolonés, milanos, turinés, florentino, etcétera; Giolitti es importante contra D’Annunzio porque en Bolonia, en Milán, en Turín, en Florencia sus funcionarios apoyan al fascismo, arman a los fascistas, se confunden con los fascistas; porque en todos estos centros el fascismo se confunde con la jerarquía militar, porque en todos estos centros el poder judicial deja impune al fascismo. El fascismo, como fenómeno nacional, no puede fundar un Estado propio, no puede organizarse como poder central, porque ya se confunde con el Estado, porque encuentra ya su centralización en el actual gobierno de Giolitti; el fascismo, como fenómeno dannunziano, es una contradicción, no es una antítesis, es

una cara del mismo gobierno giolittiano, no tiene nada de revolucionario, porque no es capaz de superar dialécticamente a su aparente adversario, porque no es capaz de sustituirlo. El Estado italiano se debate en esta su crisis morbosa, de íntima descomposición; de ella sólo puede resultar nueva barbarie, nuevo caos, nueva anarquía, nueva reacción. Nunca como en este momento el Estado italiano había sido algo tan risible, algo tan cómico: pero por desgracia, en la vida de los Estados, ser cómicos y ridículos significa impunidad para los violentos y ninguna seguridad para las personas, significa abuso, extorsión, prepotencia, significa reacción contra los trabajadores.

He aquí por qué creemos que la actual discusión entre las tendencias del Partido Socialista italiano interesa a toda la masa trabajadora y lio sólo a los "afiliados". La cuestión planteada es ésta: ¿tendrá el proletariado revolucionario su partido independiente de clase, capaz de centralizar todos los esfuerzos de rebelión del pueblo trabajador, capaz de fundar un Estado obrero, capaz de salvar del caos actual los elementos de regeneración y de reconstrucción, y de organizarlos fuerte y permanentemente? Hoy el partido socialista es inferior a su misión histórica, es impotente para dominar la situación, porque contiene en su seno las mismas contradicciones que desgarran al Estado burgués. Así como la burguesía ya no es capaz de mantener en pie un Estado fuerte, respetado, obedecido por las múltiples partes que lo componen, igualmente no lograría sostenerse un Estado popular que resultase de la llegada al poder del partido socialista tal como está compuesto actualmente. Un Estado de ese género no tendría ninguna fuerza, lo mismo que el actual Estado giolittiano fascista; sería una continuación del caos y la anarquía presentes: no seria un enérgico freno a la disolución burguesa, sino una nueva fase de esta disolución, sumada a una completa desmoralización de las masas populares. He ahí por qué la discusión de las tendencias interesa hoy a todo el proletariado; el partido se disgrega porque se disgrega el Estado burgués, porque las ideologías y los programas, en situaciones semejantes, tienden a aclararse hasta el espasmo, porque sienten más fuertemente su responsabilidad. El partido se disgrega porque está haciendo un nuevo partido, el partido comunista, el partido del proletariado revolucionario; porque el proletariado revolucionario, *ni siquiera en momentos como el actual está dispuesto a comprometer su futuro en algún asunto por el estilo de aquel preparado por el conde Karoly en Hungría*. Lo que hoy le sucede a la burguesía es una valiosa enseñanza para la clase obrera; Giolitti no puede gobernar con los fascistas, la clase obrera no podrá gobernar y se negará a gobernar con los reformistas y los oportunistas: en el

Estado obrero, como en el Estado burgués, no pueden hacerse experimentos de aparcería, sin sufrir como consecuencia mayor ruina y mayor corrupción.

## EL PUEBLO DE LOS MONOS[*]

El fascismo ha sido la última “representación” ofrecida por la pequeña burguesía urbana en el teatro de la vida política nacional. El miserable fin de la aventura fiumiana[1] es la última escena de la representación. Puede considerarse como el episodio más importante del proceso de disolución interna de esta clase de la población italiana.

El proceso de descomposición de la pequeña burguesía se inicia en la última década del siglo pasado. La pequeña burguesía pierde toda importancia y decaen todas sus funciones vitales en el campo de la producción, con el desarrollo de la gran industria y del capital financiero; se convierte en pura clase política y se especializa en el “cretinismo parlamentario”. Este fenómeno, que ocupa gran parte de la historia contemporánea italiana, toma diversos nombres en sus distintas fases: se llama originalmente “advenimiento de la izquierda al poder”, se vuelve giolittismo, lucha contra los intentos kaiserísticos de Umberto I, se extiende en el reformismo socialista. La pequeña burguesía se incrusta en la institución parlamentaria: de organismo de control de la burguesía capitalista sobre la Corona y sobre la administración pública, el Parlamento se convierte en nido de charlatanería y de escándalos, se vuelve en un medio para el parasitismo. Corrompido hasta le médula, sometido completamente al poder gubernamental, el Parlamento pierde todo prestigio ante las masas populares. Las masas populares se convencen de que el único instrumento de control y de oposición a los arbitrios del poder administrativo es la acción directa, es la presión desde el exterior. La semana roja[2] de junio de 1914, contra la destrucción, es la primera y grandiosa intervención de las masas populares en la escena política, para oponerse directamente a los arbitrios del poder, para ejercer realmente la soberanía popular, que ya no encuentra ninguna expresión en la cámara representativa: puede decirse que en junio de 1914 el parlamentarismo entró, en Italia, en la vía de su disolución orgánica y, con el parlamentarismo, la función política de la pequeña burguesía.

La pequeña burguesía, que definitivamente ha perdido toda esperanza de recobrar una función productiva (sólo hoy vuelve a vislumbrarse una esperanza de este tipo, con los intentos del partido popular por volver a dar importancia a la pequeña propiedad agrícola y con los intentos de los funcionarios de la Confederación General del Trabajo por galvanizar el mortecino control sindical), trata en todas las formas de conservar una

posición de iniciativa histórica: imita a la clase obrera, sale a las calles. Esta nueva táctica se lleva a cabo de los modos y formas permitidos a una clase de charlatanes, de escépticos, de corruptos: el desarrollo de los hechos que han tomado el nombre de “radiantes jornadas de mayo”, con todos sus reflejos periodísticos, oradores, teatrales, callejeros durante la guerra, es como la proyección en la realidad de un relato de la jungla de Kipling: el relato de Bandar-Log, del pueblo de los monos, el cual cree ser superior a todos los demás pueblos de la jungla, poseer toda la inteligencia, toda la intuición histórica, todo el espíritu revolucionario, toda la sabiduría de gobierno, etcétera, etcétera. Esto fue lo que sucedió: la pequeña burguesía, que se sometió al poder gubernamental a través de la corrupción parlamentaria, cambia la forma de su prestación de servicios, se vuelve antiparlamentaria y trata de corromper la calle.

En el periodo de la guerra el Parlamento decae completamente: la pequeña burguesía intenta consolidar su mieva posición y piensa equivocadamente que ya ha alcanzado este objetivo, cree erróneamente que ha acabado con la lucha de clases, que ha tomado la dirección de la clase obrera y campesina, que ha sustituido la idea socialista, inmanente en las masas, con una extraña y fantástica mezcolanza ideológica de imperialismo nacionalista, de “verdadero revolucionarismo”, de “sindicalismo nacional”. La acción directa de las masas en los días 2 y 3 de diciembre, después de las violencias ejercidas en Roma por parte de los oficiales contra los diputados socialistas, pone un freno a la actividad política de la pequeña burguesía, que desde aquel momento trata de organizarse y agruparse en torno a patronos más ricos y más seguros que el poder estatal oficial, debilitado y exhausto por la guerra.

La aventura fiumiana es el motivo sentimental y el mecanismo práctico de esta organización sistemática, pero resulta inmediatamente evidente que la base sólida de la organización es la defensa directa de la propiedad industrial y agrícola de los asaltos de la clase revolucionaria de los obreros y los campesinos pobres. Esta actividad de la pequeña burguesía, convertida oficialmente en “el fascismo”, no deja de tener consecuencias para la estabilidad del Estado, *Después de corromper y arruinar la institución parlamentaría, la pequeña burguesía corrompe y arruina también las otras instituciones, los sostenes fundamentales del Estado: el ejército, la policía, la magistratura*. Corrupción y ruina que tienen como resultado pura pérdida, que no tienen ningún fin preciso (el único fin preciso habría debido ser la creación de un nuevo Estado: pero el “pueblo de los monos” se caracteriza precisamente por la incapacidad orgánica para darse una ley y fundar un

Estado): el propietario, para defenderse, financia y sostiene una organización privada, la cual, para enmascarar su naturaleza real, debe asumir actitudes políticas “revolucionarias” y disgregar la defensa más poderosa de la propiedad, el Estado. La clase propietaria repite, con respecto al poder ejecutivo, el mismo error que cometió con respecto al Parlamento: cree poderse defender mejor de los asaltos de la clase revolucionaria, abandonando las instituciones de su Estado a los caprichos histéricos del “pueblo de los monos”, de la pequeña burguesía.

Desarrollándose, el fascismo se endurece en torno a su núcleo primordial, no logra ya disimular su verdadera naturaleza. Conduce una campaña feroz contra el presidente del consejo Nitti, campaña que llega hasta una invitación abierta a asesinar al primer ministro; deja en paz a Giolitti y le permite llevar “felizmente” a término la liquidación de la aventura fiumiana; la posición del fascismo con respecto a Giolitti marcó el destino de D’Annunzio y puso de relieve el verdadero fin histórico de la organización de la pequeña burguesía italiana. Cuando más fuertes se han vuelto los “fasci”, cuanto mejor encuadrados están sus efectivos, cuanto más audaces y agresivos se muestran contra las cámaras del trabajo y los ayuntamientos socialistas, tanto más característicamente expresiva resulta su actitud con respecto a D’Annunzio, el cual invoca la insurrección y las barricadas. ¡Las pomposas declaraciones de “verdadero revolucionarismo” se han concretado en un petardo inofensivo hecho explotar bajo un pasillo de la *Stampa*!

La pequeña burguesía, incluso en ésta su última encarnación política del “fascismo”, se ha mostrado definitivamente en su verdadera naturaleza de esclava del capitalismo y de la propiedad latifundista, de agente de la contrarrevolución. Pero también ha demostrado ser fundamentalmente incapaz de desempeñar una misión histórica cualquiera: el pueblo de los monos ocupa las páginas de sucesos, no crea historia, deja rastros en los periódicos, no ofrece material para escribir libros. La pequeña burguesía, después de arruinar el Parlamento, está arruinando al Estado burgués: sustituye, cada vez en mayor escala, la “autoridad” de la ley con la violencia privada, ejerce (¡y no puede hacer otra cosa!) esta violencia caóticamente, brutalmente, y subleva contra el Estado, contra el capitalismo, estratos cada vez mayores de la población.

## LOS ENTERRADORES DE LA BURGUESÍA ITALIANA[*]

¿A dónde quiere llegar el primer ministro Giolitti?[1] Cualquiera que tenga una pizca de sensatez política, a cualquier partido que pertenezca, no puede dejar de hacerse esta pregunta, ante el espectáculo ofrecido por Italia en este momento.

Los periodistas burgueses, los mismos que más se encarnizan, con su baja y trivial literatura, contra los comunistas, no logran ocultar su profunda turbación interior. Los mismos escritores de la *Stampa* que en 1918 y 1919 afirmaban: “preferimos, por amor al pueblo italiano, el bolchevismo al fascismo”, los mismos escritores de la *Stampa* que hoy, por obligaciones del oficio, deben apoyar a Giolitti en todas sus acciones, demuestran estar aterrorizados y desorientados. ¿A donde quiere llegar Giolitti? Estos polemistas de la burguesía, a pesar de su obcecación y su unilateralidad, sienten, por ese poco de tosca intuición psicológica y política de que están dotados, que en la situación creada por la guerra y por los tres años posteriores al armisticio, no basta ya con llenar las columnas de los diarios con palabras fuertes y amenazas, sienten que no bastaría siquiera con arrestar a todos los militantes comunistas y con la disolución del partido. Que los periódicos, en sus millones y millones de ejemplares cotidianos, griten: “¡La culpa de todo es del bolchevismo!”, no basta ya para transformar el espíritu popular. Tres años de experiencia real valen más que cualquier propaganda ideológica (?). El pueblo italiano ha visto que la institución de la justicia no ha funcionado desde el principio de la guerra basta hoy; el pueblo italiano ha perdido toda su fe en la justicia. Enormidades *inútiles* han sido cometidas durante la guerra, *inútiles* completamente, incluso desde el punto de vista de las necesidades militares; éstas se han convertido en leyenda popular, se han incorporado a la costumbre, ninguna fuerza dialéctica puede destruir los sentimientos que han suscitado. Enormidades *inútiles*, desde cualquier punto de vista, incluso desde el punto de vista de la más rígida y estrecha razón de Estado, se han dejado cometer después del armisticio. La institución de la justicia no ha sido ni siquiera capaz de interpretar los intereses más reales y permanentes de la burguesía: tal vez hubiera bastado, para el espíritu popular, un solo acto, quizá incluso sólo la apariencia de mi acto. Pero nada, absolutamente nada. Desde el incendio del *Avanti!* de Milán, en 1919, hasta hoy, *nadie* ha sido condenado, *nadie* ha sido ni siquiera molestado por las violencias ejercidas contra los bienes y contra las personas de la clase obrera. ¿O se piensa que el pueblo italiano está compuesto únicamente por idiotas, compuesto sólo por ciegos, sordos, mudos, compuesto sólo por embrutecidos y desmoralizados? ¿O se piensa que el pueblo italiano es absolutamente

incapaz de recordar? Por más que la clase burguesa italiana, durante la guerra, haya deteriorado gran parte de su inteligencia y de su capacidad para dirigir y gobernar a las masas, a pesar de eso, ni siquiera el más pesimista de sus adversarios puede considerarla reducida a tal grado de embrutecimiento y desmoralización. Los polemistas de la burguesía sienten que no se ofende impunemente el sentimiento más profundo de las masas populares: el sentimiento de la justicia. Éstas tienen mía impresión muy viva del abismo al que ha sido empujada la sociedad italiana. No hay convicción en sus discursos anticomunistas. Puestos ante el horror de los acontecimientos, estos hombres han perdido la tranquilidad: no consignen ya redactar sus composiciones fríamente. En la misma rabiosa sequedad e inhumanidad de los más desequilibrados, es posible percibir una íntima desesperación, un terror loco que no es debido a personas corporales, a enemigos corporales, sino a un ignoto e incontrolable fantasma que ellos comprenden y sienten evocado, que comprenden que ha sido desencadenado en el país. Y la ansiedad de toda esta gente se pregunta: “¿a dónde quiere llegar el primer ministro Giolitti?”

Nunca como en este momento, Giolitti había logrado concentrar en su persona la atención y la ansiedad de las clases burguesas italianas. No lo comprenden, y por ello se sienten mayormente impulsadas hacia él; sin duda tienen miedo, pero precisamente por eso se aferran a él desesperadamente. No lo comprenden: saben, están seguras de que, si Giolitti hubiese querido, con la energía demostrada contra D’Annunzio hubiera podido hacer cesar de golpe las empresas fascistas y organizar las fuerzas fascistas para una forma de reacción más cauta y menos desastrosa. La capacidad política de que disponen es suficiente para permitirles entender que la destrucción de las cámaras del trabajo y de los periódicos empeora las condiciones económicas y políticas de la clase obrera y agudiza permanentemente la guerra civil. Comprenden que la lucha, en tales condiciones, no acabará nunca y que en el dilema: o poder burgués o poder proletario está por introducirse un término medio: destrucción de unos o de otros. Conocen al pueblo italiano: saben que hasta ahora no ha tenido jefes, y que la supresión de los individuos representativos no cambiará en nada las relaciones de fuerza; en Italia los jefes brotan por todas partes y suprimido un partido nace “una venta de carbón” o incluso una camorra.[*] Por todo esto los polemistas de la burguesía no comprenden al jefe de gobierno Giolitti, no comprenden a dónde quiere llegar y no se sienten tranquilos y escriben sin convicción.

Nos convencemos de haber tenido razón cuando, a la llegada de Giolitti al poder, escribimos: el primer ministro Giolitti no tiene ningún programa y no

se basa en ninguna clase consistente y real de la sociedad italiana. Es el exponente de las clases medias aterrorizadas y desesperadas por el hecho de que ya no comprenden el mecanismo de evolución de la historia. El primer ministro Giolitti es un viejo que durante ¡a guerra tuvo miedo; él, después de decenas y decenas de años de poder indiscutido, ha sufrido en mayo de 1915 las peores ofensas y las mayores humillaciones que un viejo acostumbrado al poder pueda sufrir. Es un viejo sin futuro, sin previsiones para el futuro; ha sido ultrajado sangrientamente, ha tenido miedo de acabar en el patíbulo (si en 1917 Cardona hubiese realizado su dictadura, Giolitti hubiera recibido los peores golpes de la reacción militarista y bonapartista), tiene un solo deseo, vengarse cruelmente, ser el enterrador de una clase a la que, íntimamente, debe despreciar. El jefe de gobierno Giolitti, después del armisticio, era el verdadero representante de las clases medias, las cuales también habían sentido miedo, las cuales, por no disponer de los modos de existencia férreamente establecidos por el salario de los obreros, o de la ganancia de los capitalistas, no tienen una orientación, no pueden hacer previsiones para el futuro, las cuales quieren desahogar también una inagotable sed de venganza. Así Giolitti ha llegado al poder, lógicamente, y ha realizado sus planes. Se ha vengado y sigue vengándose. Se ha vengado de D’Annunzio y de Mussolini. Se ha vengado de D’Annunzio organizando contra Fiume a la opinión pública burguesa como se hizo contra él en mayo de 1915; ha aislado a D’Annunzio como él mismo fue aislado. Se ha vengado de Mussolini porque le ha hecho faltar a la palabra dada, porque lo ha mostrado en toda su impotencia, porque ha conseguido no hacerle repetir ni siquiera una de las cosas atroces de los buenos tiempos pasados. Se ha vengado del intervencionismo, porque, en la forma actual de fascismo, logra maniobrarlo, enderezarlo a sus fines políticos inmediatos. Se venga de los socialistas, que no quisieron apoyarlo abiertamente en mayo de 1915 y no se deciden a apoyarlo abiertamente tampoco hoy. Y por ello deja que se desencadenen todas las fuerzas descompuestas, que hiervan todos los fermentos impuros, que se destruya y se cree lo irreparable. Este periodo de historia ofrece un inmenso numero de tales fenómenos de terror, de desesperación, de frío y ciego espíritu de venganza. Cada periodo de transición se caracteriza por tales fenómenos de loca desesperación de las clases medias: la clase media está hoy en el gobierno en Italia, y está representada por un hombre que sintetiza toda su psicología y desorientación. Escéptico, sin aspiraciones, sin previsiones para el futuro, no ligado ya por ningún vínculo a la población que desprecia porque ha conocido siempre su parte peor y más incapaz, el primer ministro Giolitti,

que ha vivido todas las satisfacciones y todos los tormentos que un hombre pueda vivir, quiere ser el enterrador de la burguesía. No se preocupa siquiera si, dejando al pueblo azuzar contra ella, hasta el límite extremo de la humanidad, no determinará tal oleada de exasperación inhumana, que se sobrepasen todos los límites y se aniquile todo lo que aún sobrevive de civilización.

Nosotros estamos tranquilos, porque tenemos una brújula, porque tenemos una fe. Aunque inmersos en la realidad más tenebrosa y atroz, creemos en el desarrollo de las fuerzas buenas del pueblo trabajador, nosotros estamos seguros de que éstas triunfarán de cualquier desmoralización, de cualquier oscura barbarie. Nuestra concepción del mundo se sintetiza en la profunda convicción de que el mal no logrará nunca prevalecer.

## ITALIA Y ESPAÑA[*]

¿Qué es el fascismo, observado a escala internacional? Es el intento de resolver los problemas de producción y de cambio con ametralladoras y revólveres. Las fuerzas productivas han sido arruinadas y destrozadas en la guerra imperialista: veinte millones de hombres en la flor de la edad y de la energía han sido asesinados: otros veinte millones han quedado inválidos; las miles y miles de conexiones que unían los diversos mercados mundiales han sido violentamente destruidas; las relaciones entre ciudad y campo, entre metrópoli y colonias, han sido trastornadas; las corrientes de emigración, que restablecían periódicamente los desequilibrios entre el exceso de población y la potencialidad de los medios productivos en las naciones, han sido profundamente turbadas y no funcionan ya normalmente. Se ha creado una unidad y simultaneidad de crisis nacionales que hace agudísima e incurable la crisis general. Pero existe un estrato de la población en todos los países —la pequeña y mediana burguesía— que cree poder resolver estos problemas gigantescos con las ametralladoras y los revólveres, y este estrato alimenta al fascismo, da sus efectivos al fascismo.

En España la organización de la pequeña y mediana burguesía en grupos armados se ha realizado antes que en Italia, ha sido iniciada desde los años 1918 y 1919. La guerra mundial hundió a España en una crisis terrible antes que a los demás países: los capitalistas españoles habían saqueado el país y vendido todo lo vendible ya desde los primeros años de la conflagración. La *Entente* pagaba más que todo lo que pudiesen pagar los consumidores españoles pobres, y los propietarios vendieron a la *Entente* toda la riqueza y

las mercancías que hubieran debido servir a la población nacional. Ya en 1961, España era uno de los países europeos más ricos financieramente, pero uno de los más pobres en mercancías y energías productivas. El movimiento revolucionario se hizo impetuoso, los sindicatos organizaron a casi la totalidad de las masas industriales, las huelgas, los *lock outs*, los estados de sitio, la disolución de las cámaras del trabajo y de las Ligas, los asesinatos, los fusilamientos en las calles se convirtieron en el pan cotidiano de la vida política. Se formaron los *fasci* (los somatén) antibolcheviques; éstos se constituyeron inicialmente, como en Italia, con personal militar, en las juntas de los oficiales, pero rápidamente ampliaron sus bases, hasta llegar a enrolar, como en Barcelona, a 40 000 hombres armados. Siguieron la misma táctica que los fascistas en Italia: agresión a los jefes sindicalistas, violenta oposición a las huelgas, terrorismo contra las masas, oposición a toda forma organizativa, ayuda a la policía regular en las represiones, en los arrestos, ayuda a los esquiroles en las agitaciones de huelga y en los *lock outs*. Desde hace tres años España se debate en esta crisis: la libertad pública se suspende cada quince días, la libertad personal se ha convertido en un mito, los sindicatos obreros operan en gran parte clandestinamente, las masas obreras están hambrientas y desesperadas, las grandes masas populares están reducidas a condiciones de salvajismo y de barbarie indescriptibles. Y la crisis se acentúa, y se ha llegado ya al atentado individual.

España es un país ejemplar. Representa una fase que todos los países de Europa occidental atravesarán, si las condiciones económicas generales se mantienen como hoy, con las mismas tendencias actuales. En Italia atravesamos la fase atravesada por España en 1919: la fase de armamento de las clases medias y de la introducción, en la lucha de clases, de los métodos militares del asalto y el golpe por sorpresa. También en Italia la clase media cree poder resolver los problemas económicos con la violencia militar; cree curar la desocupación con pistoletazos, cree calmar el hambre y secar las lágrimas de las mujeres del pueblo con ráfagas de ametralladoras. La experiencia histórica no vale nada para los pequeñoburgueses que no conocen la historia; los fenómenos se repiten y volverán a repetirse en los demás países, además de en Italia; ¿acaso no se ha repetido en Italia, para el partido socialista, lo que ya desde hace algunos años se produjo en Austria, en Hungría, en Alemania? La ilusión es la más tenaz mala hierba de la conciencia colectiva; la historia enseña, pero no tiene discípulos.

## FUERZAS ELEMENTALES[*]

En una entrevista con el corresponsal del *Temps*, Giolitti ha declarado solemnemente querer que el orden sea restablecido a toda costa. El gobierno ha convocado al general de los carabineros, al comandante de las guardias reales, al jefe del estado mayor y a todos los comandantes en jefe: se ha discutido, se tomarán medidas. ¿Con cuáles medios? ¿Dentro de cuáles límites? ¿Es posible que el gobierno, aun queriéndolo, pueda solucionar algo? A las circulares y a las convocatorias del gobierno se suman las órdenes, las proclamas, las excomuniones de las autoridades fascistas, también ellas seriamente preocupadas por el cariz que han tomado los acontecimientos y por las inevitables reacciones. Pero también estas autoridades, aunque muy “respetadas y temidas”, no parece que logren obtener mucha obediencia de las jerarquías y las filas de sus seguidores. Así como no existe un Estado político, como no existe ya cohesión moral y disciplinaría en los organismos y entre los individuos que constituyen el aparato estatal, tampoco existe una cohesión y una disciplina en la “organización” fascista, en el Estado oficioso que dispone hoy a su gusto de la vida y los bienes de la nación italiana. Se ha hecho ya evidente que el fascismo sólo parcialmente puede ser considerado como fenómeno de clase, como movimiento de fuerzas políticas conscientes de un fin "real: el fascismo se ha desbordado, ha roto todo posible marco organizativo, es superior a la voluntad y a los propósitos de cualquier comité central o regional, se ha convertido en un desencadenamiento de fuerzas elementales irrefrenables en el sistema burgués de gobierno económico y político. El fascismo es el nombre de la profunda descomposición de la sociedad italiana, que no podía dejar de ir acompañada por la profunda descomposición del Estado y que, hoy, sólo puede ser explicado con referencia al bajo nivel de civilización que la nación italiana pudo alcanzar en estos sesenta años de administración unitaria.

El fascismo se ha presentado como el antipartido, ha abierto las puertas a todos los candidatos, con su promesa de impunidad ha permitido a una multitud informe cubrir con un barniz de idealismos políticos vagos y nebulosos el desbordamiento salvaje de las pasiones, de los odios, de los deseos. El fascismo se ha convertido así en un hecho habitual, se ha identificado con la psicología bárbara y antisocial de algunos estratos del pueblo italiano, aún no modificados por una tradición nueva, por la escuela, por la convivencia en un Estado bien ordenado y bien administrado. Para comprender toda la importancia de estas afirmaciones basta recordar: que Italia ocupaba el primer lugar en homicidios y crímenes, que Italia es el país

donde las madres educan a sus hijos a golpes de tacón en la cabeza, es el país donde las generaciones jóvenes son menos respetadas y protegidas, que en algunas regiones de la Italia meridional parecía natural, hasta hace algunos años, poner bozales a los vendimiadores para que no se comiesen las uvas, que en algunas regiones los propietarios encerraban bajo llave en las cuadras a sus empleados al regreso del trabajo, para impedir las reuniones y la asistencia a la escuela nocturna.

La lucha de clases adoptó siempre en Italia un carácter violentísimo por esta inmadurez "humana" de algunos estratos de la población. La crueldad y la ausencia de *simpatía* son dos características peculiares del pueblo italiano, que pasa del sentimentalismo pueril a la ferocidad más brutal y sanguinaria, de la ira pasional a la fría contemplación del mal ajeno. En este terreno semibárbaro, que el Estado todavía débil e incierto en sus articulaciones más vitales a duras penas lograba lentamente desbrozar, pululan hoy, después de la descomposición del Estado, todas las miasmas. Hay mucho de cierto en la afirmación de los diarios fascistas de que no todos aquellos que se llaman fascistas y operan en nombre de los fascistas pertenecen a la organización; ¿pero qué decir de una organización cuyo símbolo puede ser empleado para cubrir acciones del tipo de las que cotidianamente ensucian a Italia? Por otra parte, esa afirmación da a los acontecimientos un carácter mucho más grave y decisivo que el que querrían darle los escritores de los diarios burgueses. ¿Quién podrá detenerlos, si el Estado es incapaz y las organizaciones privadas son impotentes?

Y he aquí justificada la tesis comunista de que el fascista, como fenómeno general, como flagelo que supera la voluntad y los medios disciplinarios de sus exponentes, con sus violencias, con sus arbitrariedades monstruosas, con sus destrucciones tan sistemáticas como irracionales, solamente puede ser extirpado por un nuevo poder de Estado, de un Estado "restaurado" como lo entienden los comunistas, es decir, un Estado cuyo poder esté en manos del proletariado, la única clase capaz de reorganizar la producción y, en consecuencia, todas las relaciones sociales que dependen de las relaciones de producción.

## LIBERALISMO Y BLOQUES[*]

La más extraña de las tesis que a veces ocurre escuchar en la presente lucha electoral es ésta: que en ella ha renacido el liberalismo. La más extraña de las proposiciones que a veces oímos defender es ésta: que la formación de los

bloques es una prueba de este renacimiento, que el programa de los bloques es un programa liberal, que su acción es liberal.

No negamos que estas afirmaciones puedan poseer un valor dinamizador. Pueden servir para despertar en el ánimo de algunos burgueses, si es que aún existen burgueses que conserven nociones de la historia de su clase, el recuerdo de la edad de oro de la burguesía. La edad del liberalismo es la edad del heroísmo individual burgués y del heroísmo de partido. Liberales eran los burgueses que por sí solos, sin pedir apoyo más que al sentimiento de su responsabilidad, sin pedir otra defensa que la libertad, creaban un nuevo mundo económico y moral, destruyendo los límites de toda esclavitud anterior: Liberales eran los partidos que hacían de la libertad la premisa de cualquier programa y casi agotaban en esta afirmación ideal todas sus virtudes. Llamar liberalesca los burgueses de hoy día, que del valor moral de la libertad han perdido la conciencia, es algo mucho peor que solamente extraño, así como es falta absoluta… de comprensión política creer liberales a los partidos burgueses actuales o, peor aún, al bloque en el cual éstos han desaparecido.

Pero, ante todo, sería preciso averiguar sí es que hoy existen partidos burgueses, y reconocer que desde el momento en que la nacionalización de la economía sustituyó a la competencia política entre la ciudad y el campo por su acuerdo en un sistema estatal de protección recíproca, desde entonces los partidos de la burguesía, los partidos en el sentido clásico de la palabra, se han debilitado. Donde el contraste entre ciudad y campo no asumió nunca una forma orgánica e históricamente continua, como en Italia en la época moderna, los partidos no existieron nunca, o han desaparecido apenas desapareció el fervor que había permitido su formación, no sobre bases de intereses reales, sino de afirmaciones ideales puras. En Italia los partidos han muerto con la derecha, y la palabra liberalismo de entonces, cambiando su significado, se ha convertido en sinónimo de arte de gobernar. Fue primero una premisa, la premisa de existencia de cualquier partido; se convirtió luego en algo así como una consecuencia, una resultante, la resultante de la acción de los grupos aislados más o menos armoniosamente coordinada por la habilidad del gobernante. Ya no fue teoría de libertad y afirmación de responsabilidad, sino teoría y práctica de equilibrio y de acomodamiento y por lo tanto negación del valor de las afirmaciones ideales y desaparición del sentido de responsabilidad. Quien simboliza este proceso de transformación es Giovanni Giolitti, y no por nada la constitución de los bloques, que es el

último acto de aquélla, se ha llevado a cabo bajo su inspiración y por su voluntad.

En el bloque ha muerto el partido político, y la práctica del acomodamiento se extiende desde el Parlamento hasta los mismos grupos políticos del país. En el bloque la táctica liberal muere y confiesa estar muerta.

Pero el fin del liberalismo se confiesa aún más explícitamente en el programa." El programa de los bloques es la defensa contra el asalto que se lanza contra las posiciones de la burguesía. Pero una clase que se defiende y hace de la defensa su único principio de gobierno deja de ser, por este solo hecho, una clase liberal, deja de tener la capacidad de mantener en su propio seno la aspiración al desarrollo de toda energía sin otro límite que no sea la misma libertad. El que la burguesía haya llegado a este punto es la señal más cierta de su decadencia. Han muerto en su seno los partidos, queda sólo la clase, y ni siquiera un gobierno de partido, esto es, constituido en nombre de un principio ideal, la burguesía no puede ya tenerlo, sino solamente un gobierno de clase para fines de conservación. Esto, y ninguna otra cosa, es lo que queremos expresar cuando afirmamos que ha llegado para aquélla la edad de la dictadura.

De la dictadura burguesa los bloques son una forma, la forma más elevada, la forma más baja, aquella en la cual la dignidad de la historia desciende al nivel de la farsa y de la obscenidad. Pero en el símbolo de los bloques las banderas fascistas recuerdan que la dictadura burguesa es, sin embargo, algo serio y trágico; cuando se pasa del escenario electoral a las luchas combatidas en campo abierto, éstas recuerdan a los obreros que la burguesía no cede sin poner antes en práctica todos los medios de defensa y destrucción.

Con todo esto el liberalismo no tiene nada que ver, como no tiene nada que ver el valor con la violencia de los fascistas que actúan a la sombra del Estado. El espíritu del liberalismo vive en aquellos que luchan, solos, sin contar con otro apoyo que su fuerza, el sentido de su responsabilidad, sin otro objetivo que la realización de sus ideales, para una liberación del mundo cada vez más profunda.

## SOCIALISTAS Y FASCISTAS[*]

La posición política del fascismo está determinada por estas circunstancias elementales:

1] Los fascistas, en los seis meses de su actividad militante, se han cargado con un pesado bagaje de actos delictuosos que sólo permanecerán impunes mientras la organización fascista sea fuerte y temida.

2] Los fascistas han podido desarrollar su actividad sólo porque decenas de miles de funcionarios del Estado, especialmente de los cuerpos de seguridad pública (policía, guardia real, carabineros) y de la magistratura, se han convertido en sus cómplices morales y materiales. Estos funcionarios saben que su impunidad y su carrera están estrechamente ligadas al destino de la organización fascista, y por lo tanto tienen el mayor interés en sostener al fascismo en cualquier intento que quiera hacer para consolidar su posición política.

3] Los fascistas poseen, diseminados por todo el territorio nacional, depósitos de armas y municiones en tal cantidad como para ser al menos suficientes para constituir un ejército de medio millón de hombres.

4] Los fascistas han organizado un sistema jerárquico de tipo militar que encuentra su coronación natural y orgánica en el estado mayor.

Cabe en la lógica común de los hechos elementales el que los fascistas no quieran ir a la cárcel y que, en vez de eso, prefieran emplear su fuerza, toda la fuerza de que disponen, para permanecer impunes y para lograr la finalidad máxima de todo movimiento: la posesión del poder político.

¿Qué se proponen hacer los socialistas y los jefes confederados para impedir que sobre el pueblo italiano venga a caer la tiranía del estado mayor, de los latifundistas y de los banqueros? ¿Han establecido algún plan? ¿Tienen un programa? Al parecer, no. ¿Los socialistas y los jefes confederados podrían haber establecido un plan "clandestino"? Esto sería ineficaz, porque sólo una insurrección de las grandes masas puede destruir un golpe de fuerza reaccionario, y las insurrecciones de las grandes masas, si bien necesitan una preparación clandestina, necesitan también una propaganda leal, abierta, que dé una dirección, que oriente a los espíritus, que prepare las conciencias.

Los socialistas no se han planteado nunca seriamente la cuestión de la posibilidad de un golpe de Estado y de las medidas preventivas necesarias para defenderse y para pasar a la ofensiva. Los socialistas, habituados a rumiar estúpidamente algunas fórmulas seudomarxistas, niegan la revolución "voluntarista", "milagrista", etcétera, etcétera. Pero si la insurrección del proletariado fuese *impuesta* por la voluntad de los reaccionarios, que no pueden tener escrúpulos "marxistas", ¿cómo debería comportarse el partido socialista? ¿Dejaría, sin resistencia, la victoria a la reacción? Y si la resistencia fuese victoriosa, si los proletarios insurrectos y armados derrotasen

a la reacción, qué consigna daría el partido socialista: ¿la de deponer las armas o la de proseguir la lucha hasta el final? Nosotros creemos que estas preguntas, en este momento, son todo lo contrario de académicas o abstractas. Puede darse, es cierto, que los fascistas, que son italianos, que tienen todas las indecisiones y las debilidades de carácter de la pequeña burguesía italiana, imiten la táctica seguida por los socialistas en la ocupación de las fábricas: se echen para atrás y abandonen a la justicia punitiva de un gobierno reconstructor de la legalidad a aquellos de los suyos que han cometido delitos, así como a sus cómplices. Puede ser; sin embargo, es mala táctica confiar en los errores del adversario, imaginar a los adversarios incapaces e ineptos. Quien tiene la fuerza, se sirve de ella. Quien se siente en peligro de ir a la cárcel, es capaz de cualquier cosa para conservar la libertad. El golpe de Estado de los fascistas, esto es, del estado mayor, de los latifundistas, de los banqueros, es el espectro amenazador que se cierne desde el comienzo sobre esta legislatura. El partido comunista tiene su consigna: dar la voz de marcha a la insurrección, conducir al pueblo en armas hasta la libertad, garantizada por el Estado obrero. ¿Cuál es la consigna del partido socialista? ¿Cómo pueden las masas, seguir confiando en este partido, que reduce su actividad política al gemido, y sólo se propone hacer pronunciar a sus diputados “bellísimos” discursos en el Parlamento?

## SUBVERSIVISMO REACCIONARIO[*]

Al juego, no demasiado significativo, de las combinaciones entre los diversos grupos parlamentarios, argumento predilecto de la cabalística de los corresponsales romanos, siguió ayer en la Cámara el debut de aquel que gusta de presentarse y ser presentado como el jefe de la reacción italiana: Mussolini.[1] Y Mussolini, en su debut, ha considerado oportuno recordar, casi en calidad de mérito, sus orígenes subversivos. ¿Es una pose o el deseo de atraerse con ello mayormente el favor del nuevo amo? Sin duda ambos motivos concurren, y por otra parte es verdad que el pasado subversivismo del novísimo reaccionario es un elemento que contribuye no poco a delinear su figura. Sin embargo, es preciso hablar sin prejuicios y despejar también un poco este mito mussoliniano, tan apreciado por el jefe de la vieja ala revolucionaria del partido socialista. ¿Se debe a la mayor madurez de conciencia producida por las experiencias revolucionarias de estos últimos años el que, reexaminando las actitudes y los hechos de aquel tiempo, no podemos menos que verlos reducidos a proporciones tan diferentes a aquellas

que nos parecía ver entonces? Al dirigirse a la cámara, Mussolini tal vez ha empleado una sola palabra exacta cuando, a propósito de su modo de concebir los conflictos políticos y de actuar, ha hablado de blanquismo.[2] La confesión nos permite situarnos en el punto de vista más oportuno para captar y explicar con exactitud lo que instintivamente percibimos hoy de ilógico, de burdo, de grotesco, en la figura de Mussolini. El blanquismo es la teoría social del golpe de mano pero, bien pensado, el subversivismo mussoliniano no tomó de ella más que Ja parte material. Incluso la táctica de la III Internacional ha sido acusada de tener puntos de contacto con el blanquismo, pero la teoría de la rebelión proletaria tal como fue difundida por Moscú y como fue puesta en práctica por los bolcheviques forma una sola cosa con la teoría marxista de la dictadura del proletariado. Mussolini sólo retuvo del blanquismo la exterioridad, o mejor aún, él mismo lo convirtió en algo exterior, lo redujo a la materialidad de la minoría dominante y del empleo de las armas en el ataque violento. El encuadramiento de la acción de la minoría en el movimiento de masas, y el proceso que hace de la rebelión el medio para Una transformación de las relaciones sociales, todo esto desapareció. La semana roja romana, el típico movimiento mussoliniano, fue definida por lo tanto, del modo más exacto, por aquellos que la llamaron “una revolución sin programa”.

Pero eso no es todo; puede sostenerse que para el jefe de los fascistas las cosas no han cambiado de ayer a hoy. Su posición, en el fondo, es todavía la que era. También hoy él no es más que un teórico, si así puede decirse, es un escenificador de golpes de mano. El blanquismo, en su materialidad, puede ser hoy subversivo, mañana reaccionario. Pero siempre es revolucionario y reconstructor sólo en apariencia, condenado a carecer de continuidad y de desarrollo, condenado a no saber fundir un golpe de mano con otro en la línea de un proceso histórico. Hoy los burgueses, medio asustados y medio estupefactos, ven a este hombre que se ha puesto a su servicio cromo a una especie de nuevo monstruo, revolucionador de situaciones reales y creador de historia. Nada más falso. La incapacidad de fusionar los eslabones de una construcción histórica es tan grande en el blanquismo de este epiléptico como lo es en el subversivismo malthusiano de los D’Aragona y los Serrati. Todos ellos pertenecen a la misma familia. Representan, tanto el uno como los otros, una misma importancia. Si en la reacción italiana aparece hoy una consistencia y una continuidad, proviene de otros elementos, de otros factores, de carácter no sólo nacional sino común a todos los países y de naturaleza muy distinta a la que querría hacer creer este exasperado exaltador

de sí mismo. La lucha contra las reivindicaciones y la resistencia contra la insurrección obrera parten de bases mucho más concretas, pero sin duda es significativo, por lo que concierne a la seriedad de la vida política italiana, que en la cima de una construcción que se mantiene unida gracias a un poderoso sistema de fuerzas reales, se halle este hombre que se deleita haciendo juegos de fuerza y masturbándose con las palabras.

Los políticos de la burguesía, que juzgan desde su impotencia y desde su miedo, hablan de un subversivismo reaccionario. Para nosotros, y para todos aquellos que entienden algo del juego de fuerzas que hace la política, no se trata más que de una mosca labradora.[*]

## BONOMI[**]

El nuevo presidente del consejo, Bonomi,[1] es el verdadero organizador del fascismo italiano. Ministro de la guerra, no sólo ha permitido a los oficiales participar activamente en las facciones políticas, sino que ha organizado minuciosamente esta participación. Ha procedido a la desmovilización de los oficiales no según un plan técnico, sino conforme a un plan político reaccionario según el cual los oficiales desmovilizados debían convertirse inmediatamente en cuadros de la guardia blanca. Los depósitos de armas y de municiones fueron puestos a disposición del fascismo; los altos jefes del ejército recibieron la consigna de estudiar las posiciones estratégicas de la guerra civil y de trazar minuciosos planes de ataque. Algunos oficiales superiores fueron encargados de recorrer Italia, de referir, de sugerir. Bonomi es el verdadero representante de esta fase sangrienta de la historia burguesa. Como Noske, como Millerand y Briand, él proviene del socialismo. La burguesía se confía a estos hombres precisamente porque han militado y actuado en el movimiento obrero; conocen las debilidades de éste y saben corromper a los hombres.

La llegada de Bonomi al poder, después del ingreso de los fascistas en el Parlamento, tiene este significado: la reacción italiana contra el comunismo dejará de ser ilegal y pasará a ser legal. Ser comunista, luchar por la llegada al poder de la clase obrera no será un delito sólo según el juicio de un Lanfranconi o de un Farinacci, será un delito “legal”, será sistemáticamente perseguido en nombre de la ley, no ya sólo en nombre de las autoridades fascistas locales. Se desarrollará en Italia el mismo proceso que se ha desarrollado en otros países capitalistas. Contra el avance de la clase obrera se formará la coalición de todos los elementos reaccionarios, desde los fascistas

hasta los populares, hasta las socialistas: los socialitas se convertirán incluso en la vanguardia de la reacción antiproletaria porque conocen mejor que nadie las debilidades dé la clase obrera y porque tienen venganzas personales que cumplir.

En realidad, los comunistas nunca se han hecho ilusiones a este propósito. Saben que deben combatir una lucha a muerte, sin cuartel. Bonomi es el primer eslabón de la cadena de delitos que la socialdemocracia se apresta a cometer en Italia. El organizador del fascismo militarizado tiene la misión de concentrar en un solo movimiento todas las corrientes antiproletarias y anticomunistas que pululan en nuestro país, para un desesperado intento de frenar la cada vez más amenazadora insurrección de las masas contra el capitalismo destructor; pero tampoco en Italia las masacres y los atentados contra la libertad conseguirán resolver la crisis económica ni volver a poner en pie el edificio social arruinado por la guerra imperialista.

## EL VERDUGO Y LA VÍCTIMA[*]

El gobierno y la prensa burguesa buscan una distracción para enmascarar el fracaso de las negociaciones de paz entre los parlamentarios fascistas y los parlamentarios reformistas. La distracción ya ha sido encontrada: el partido comunista. El partido comunista no quiere la pacificación; el partido comunista es la causa de todas las desgracias y de todos los sufrimientos que se abaten sobre el pueblo italiano; el partido comunista es una asociación de bandidos, de asesinos, de delincuentes comunes; el partido comunista es el único origen del fascismo. Y como el partido comunista no quiere la pacificación, el gobierno de Bonomi no puede dejar de seguir permitiendo que los fascistas hagan todo lo que los fascistas quieran. Los centenares y millares de depósitos de armas y municiones que los fascistas han acumulado, a menudo públicamente, no serán secuestrados. Las ametralladoras, los cañones, los lanzallamas, los fusiles, les serán dejados a los fascistas. Los fascistas podrán seguir desfilando por las ciudades, en columnas, con el fusil al hombro, con los cascos en la cabeza, con los correajes llenos de granadas. El Estado no intervendrá, no aplicará las leyes, no abrirá las prisiones, no molestará a los jueces. El Estado, por lo que concierne a los fascistas, no es una administración de la ley, una organización represiva y punitiva. El Estado no existe para los fascistas, el Estado reconoce en los fascistas una autoridad independiente y trata con ellos, de igual a igual, y les reconoce el derecho, en caso de que no se produzca la pacificación, de seguir impunemente

incendiando, asesinando, invadiendo ciudades y pueblos, decretando exilios y disoluciones de administraciones públicas. Hay cierta ironía en esta acción pacificadora del gobierno italiano. ¿Quién será entonces el custodio y fiador del “tratado de paz”? ¿Quién se fiará de la palabra de un gobierno que en tal forma descarada confiesa o ser impotente o actuar de mala fe? ¿Cómo hará respetar la “carta” que debería ser jurada por los subversivos y los fascistas, este gobierno que no hace respetar la carta fundamental del Estado jurada por el rey al pueblo italiano?

Ciertamente, los comunistas no participarán en este fraude, ciertamente no cometerán este crimen contra el pueblo italiano. No puede haber paz entre el verdugo y su víctima, no puede haber paz entre el pueblo y sus asesinos. El partido comunista asume toda la responsabilidad de su posición. Sabe que de esta forma se convierte en el blanco de la coalición reaccionaria, pero también está seguro de que aunque fuese “pacifista” igualmente sería el blanco de la reacción coaligada. La clase obrera italiana ha visto ya cuánto valen las palabras del gobierno italiano, después del desalojo de las fábricas ocupadas. No debía haber represalias: los obreros han sido encarcelados por millares, y los tribunales sudan tinta para tramar un colosal complot; por centenares de miles los obreros son arrojados a las calles a morir de hambre junto con sus familias. En Turín incluso los obreros socialistas han sufrido un desengaño por haber confiado en la palabra de los reaccionarios: han dejado que en primer lugar fuesen despedidos de las oficinas los comunistas, los más audaces luchadores de la revolución, han firmado un pacto; hoy les ha tocado su turno, hoy son ellos los despedidos. ¿Quién hace respetar a los reaccionarios los pactos, las promesas, los juramentos? ¿Acaso no demuestran ya, desde antes de la pacificación, toda su mala fe? No es con los comunistas, no es con el partido comunista como pequeño núcleo de individuos asociados, contra quien está enfurecida la reacción; está enfurecida contra la clase obrera y campesina, como masa de asalariados esclavos del capital; teme que la clase trabajadora en su totalidad, bien sea comunista, socialista, republicana, popular, oprimida, tiranizada, hambreada, se levante contra sus explotadores y ponga de cabeza las actuales relaciones de clase. En Ferrara ni siquiera se había formado aún una sección comunista, y sin embargo en Ferrara el fascismo ha sido especialmente feroz. En todas las zonas agrícolas, en el Polesino, en el Reggiano, en las Puglias, donde el fascismo ha instaurado el régimen colonial, el partido comunista, esencialmente obrero y urbano, contaba con poquísimas fuerzas. Donde el partido comunista era especialmente fuerte, como en Turín, el fascismo ha tardado hasta el mes de

abril en entrar en escena. Su agresividad ha coincidido con la crisis industrial, con el *lock out* de la Fiat, y ha aparecido clarísimamente como una táctica coordinada de la lucha capitalista contra la organización sindical. El fascismo no es una asociación particular, así como no es una asociación particular el comunismo. El fascismo es un movimiento social, es la expresión orgánica de la clase propietaria en lucha contra las exigencias vitales de la clase trabajadora, de la clase propietaria que quiere, con el hambre y con la muerte de los trabajadores, reconstruir el sistema económico arruinado por la guerra imperialista. En esta lucha la iniciativa pertenece todavía a la clase propietaria, así como al fascismo pertenece la iniciativa de la guerra civil: la clase trabajadora es la víctima de la guerra de clase y no puede haber paz entre la víctima y el verdugo. Quien hoy quiere arrastrar al proletariado a la pacificación, es también él un verdugo: por la piedad que inspiran hoy los diez asesinados, preparan para mañana la muerte de miles. Esto ni siquiera es piedad, es hipocresía vil; el partido comunista no quiere ser ni hipócrita ni vil, precisamente porque siente una verdadera piedad humana por el destino atroz del pueblo trabajador.

## INSURRECCIÓN POPULAR[*]

En los 365 días del año 1920, 2 500 italianos (hombres, mujeres, niños y viejos) han encontrado la muerte en las calles y en las plazas, bajo las balas de las fuerzas de seguridad pública y del fascismo. En los 200 días transcurridos de este salvaje 1921, cerca de 1 500 italianos han sido asesinados por las balas, los puñales, los garrotes de los fascistas; cerca de 40 000 ciudadanos Ubres de la democrática Italia han sido golpeados, mutilados, heridos; cerca de 20 000 otros libérrimos ciudadanos de la muy democrática Italia han sido exiliados con decretos regulares, o forzados a huir mediante amenazas de sus centros de trabajo, y vagan por el territorio nacional sin defensa, sin empleo, sin familia; cerca de 300 administraciones comunales elegidas con el sufragio universal han sido obligadas a dimitir; una veintena de periódicos socialistas, comunistas, republicanos, populares, han sido destruidos; centenares y centenares de cámaras del trabajo, de casas del pueblo, de cooperativas, de secciones comunistas y socialistas han sido saqueadas e incendiadas: 15 millones de italianos de Emilia, del Polesino, de la Romana, de la Toscana, de la Umbría, del Véneto, de Lombardía, han estado permanentemente bajo el dominio de bandas armadas, que han incendiado, han saqueado, han golpeado impunemente, han violado los domicilios, han insultado a las mujeres y a los

viejos, han reducido al hambre y a la desesperación a centenares de familias, han pisoteado todos los sentimientos populares, desde la religión hasta la familia, han hecho enloquecer de terror y morir a niños y viejos. Todo esto ha sido permitido por las autoridades oficiales, ha sido o callado o exaltado por los periódicos; una locura colectiva parece haber invadido a la clase dirigente, al Parlamento, a los gobiernos Toda esta gente pensaba que la vida nacional podría normalizarse según el ritmo fascista; que ninguna reacción, ni psicológica, ni física, podría fermentar en una población a tal grado atormentada, envilecida, destrozada.

Hoy la situación cambia. No se trata ya de individuos o de grupos que se rebelan, que tratan de defenderse y de vengar a sus muertos; son poblaciones enteras las que se levantan, sin distinción de partidos políticos populares; el cura hace sonar las campanas a rebato, mientras la mujer prepara el aceite hirviendo y los hombres se arman con todo aquello que pueda golpear; forman escuadras de defensa, y de golpe, sintiendo hervir todo el odio acumulado, todas las humillaciones sufridas, se vuelven furiosos y dan caza al fascista como a un invasor extranjero que se ha puesto al margen de la humanidad con sus crímenes y su ferocidad. Y el Estado finalmente se mueve; hoy que la población se rebela, el Estado se mueve; hoy que la furia popular quiere hacerse justicia por los dolores sufridos, el Estado se mueve. Con prudencia, con cautela, porque no se trata ya de golpear a la pobre gente, se trata de golpear a los hijos de los burgueses, gente que se lanza al saqueo gritando “viva Italia, viva el rey”, adornada con la tricolor; gente escogida, en suma, distinguida, ligada con vínculos de parentesco a los diputados, a la jerarquía militar, a la magistratura.

Y en efecto, trece fascistas son muertos por la fuerza pública,[1] trece componentes de una banda armada de seiscientas personas, dirigida contra una ciudad: lutos, llantos, desolación. Dos mil quinientos italianos han sido asesinados en 1920; mil quinientos italianos han sido asesinados en los primeros seis meses de 1921: pero eran de clase baja, pero eran del rebaño popular que es demasiado numeroso, que es demasiado estorboso para las disponibilidades de víveres, que es exuberante para las posibilidades productivas del aparato capitalista industrial y agrícola; por esto no ha habido ninguna protesta por su asesinato, ningún luto, nada de lágrimas, ninguna desolación por su fin violento. Los trece valen más que los cuatro mil. La muerte de trece hace olvidar la muerte de cuatro mil, hace olvidar los dolores, los sufrimientos de millones y millones de personas de una población sometida al régimen de la invasión fascista.

Todo esto es natural. Sería estúpido esperar estados de ánimo diferentes, sería absurdo confiar en una acción permanente por parte del Estado y de los periódicos contra el terror fascista. Pedir a la clase dirigente que aplaste al fascismo sería como pedirle el suicidio. Las armas que durante cinco minutos han sido apuntadas contra los fascistas, no tardarán en ser apuntadas contra el pueblo insurrecto; la insurrección popular le servirá al Estado burgués para identificar las armas en poder de los trabajadores y para tratar de secuestrarlas. Las más absurdas leyendas se crearán contra el pueblo bárbaro, inhumano, formado por caníbales. Por trece muertos burgueses se permitirá una hecatombe de mil trabajadores.

Si el pueblo no está en guardia, permanentemente, si se deja desarmar, si se deja engañar por las promesas de quienes jamás han mantenido una promesa […].**[2]** Ésta que atravesamos es verdaderamente la hora de la cólera popular; ay de aquellos partidos políticos que no sepan tomar una decisión, que no sepan sacar de la experiencia histórica de otros países una orientación para su propia acción.

El partido comunista está en su puesto; se esta convirtiendo en el partido más popular de Italia, por el valor de sus miembros que se ponen a la cabeza de las poblaciones insurrectas y las guían a la liberación y a la paz. Las poblaciones van convenciéndose de que el partido comunista es hoy el único partido que quiere el orden y la tranquilidad y que puede asegurar estos dos bienes inestimables para la sociedad de los hombres. Las poblaciones van viviendo su experiencia extensa y profunda acerca del valor de la democracia parlamentaria y de la legislación burguesa, incapaces de dar pan, paz, seguridad a las personas y los domicilios de las masas, y se rebelan y se unifican en las ciudades y en los pueblos. Los periódicos burgueses, que ven comunistas por todas partes, tienen una intuición precisa de la realidad italiana: en Italia toda insurrección popular se orienta rápidamente hacia el partido comunista, en Italia la revolución comunista será el movimiento más popular y más profundo que nunca se haya producido en la historia de nuestro país.

## GOLPE DE ESTADO[*]

Los Stenterelli de la Confederación General del Trabajo están permanentemente alegres. Regiones enteras son arrasadas a hierro y fuego por la guardia blanca, la actividad sindical está completamente destruida, no subsiste ya ninguna garantía constitucional para los individuos ni las

asociaciones, los obreros y los campesinos son fusilados impunemente por bandas armadas mercenarias que se trasladan libremente de provincia a provincia y de región a región, pero los Stenterelli de la confederación no pierden por ello ni el apetito ni el buen humor.

¿Existe en Italia la posibilidad de un golpe de Estado? ¿Cuál debe ser la actitud de la confederación, del organismo máximo del proletariado italiano, con respecto a esta posibilidad? Los Stenterelli de la confederación ríen ante la sola hipótesis del golpe de Estado. ¿Pero no vivimos hoy en Italia en plena atmósfera de golpe de Estado? ¿Qué significa, qué representa la situación de provincias y regiones enteras en donde es el fascismo quien gobierna y no ya la autoridad oficial? ¿Acaso no ha sido restablecida la pena de muerte, no ha sido revivido el uso del garrote, y estas formas de castigo no son acaso administradas por organismos extralegales?

Este es el ambiente del golpe de Estado, no es todavía el golpe de Estado en su plena eficiencia. Existe aún el Parlamento, el gobierno es aún elegido y controlado por el Parlamento; ninguna ley excepcional ha abolido todavía formalmente las garantías constitucionales. ¿Pero es posible imaginar que el actual estado de cosas pueda durar aún por mucho tiempo? Existen hoy en Italia dos aparatos represivos y punitivos: el fascismo y el Estado burgués. Un simple cálculo de utilidad induce a prever que la clase dominante querrá en cierto punto amalgamar incluso oficialmente estos dos aparatos, y que destruirá las resistencias opuestas por la tradición del funcionamiento estatal con un golpe de fuerza dirigido contra los organismos centrales de gobierno. Tendremos entonces el "golpe de Estado", según el esquema que han construido las ideologías democráticas sobre el Estado parlamentario: se opondrá resistencia por parte del pueblo, habrá intentos de insurrecciones locales, habrá resistencias por parte de la burocracia que, y con razón, temerá ser sacrificada para satisfacer las exigencias económicas de una turba de desocupados en busca de empleos y sueldos. La parte más reaccionaria y sin prejuicios de la clase dirigente impondrá su dictadura sanguinaria, disolverá las organizaciones obreras, consignará todos los poderes en manos de la casta militar. ¿Existe o no existe este peligro? ¿Y cómo debe comportarse la confederación a este respecto?

En una nota de prensa, recordamos ya que la Confederación General del Trabajo de Alemania dedicó tres meses de trabajo organizativo para estar en condiciones de desbaratar el golpe de Estado Kapp-Luttwitz.[1] Los Stenterelli de la confederación italiana atrapan la oportunidad al vuelo para sacar la conclusión de que es preciso colaborar "con aquellas fuerzas no rígidamente

revolucionarias y clasistas que son contrarias al golpe de Estado”. En Alemania las masas proletarias desbarataron el intento de Kapp-Luttwitz mediante la huelga general insurreccional; hoy se vuelve a empezar, hoy el peligro de golpe de Estado ha aumentado. Los “colaboradores” no rígidamente revolucionarios que en nada contribuyeron a la resistencia, se opusieron a la continuación del movimiento insurreccional, se opusieron a la continuación de la lucha por la instauración de la República de los soviets alemanes. Así, las fuerzas reaccionarias no fueron reprimidas, pudieron retirarse en buen orden, dispersarse según un plan preestablecido y reanudar las tareas de armamento, de reclutamiento, de organización que da hoy a Kapp y a Luttwitz una posibilidad de éxito aún mayor.

La experiencia alemana debería enseñar algo a Tas organizaciones obreras de los demás países, pero no enseña nada a los Stenterelli italianos. Estos granujas de la política creen poder evitar aún, mediante contrataciones vergonzosas, los golpes y pedradas contra sus personas. Ni siquiera el ejemplo húngaro ha sido suficiente para inducirlos a establecer una línea de acción que se apegue a la realidad de los acontecimientos. Lo que hoy sucede en Italia no les impresiona en lo más mínimo: siguen meciéndose en la más beatífica y torpe indiferencia.

Incendios, asesinatos, golpizas, fusilamientos en masa, disolución de organizaciones, ocupación de las sedes obreras, imposibilidad de reunión, formación de una masa cada día más numerosa de prófugos, de exiliados, de hambrientos; creación de estados de ánimo que amenazan con pasar de la desesperación a la locura y al furor colectivo: todo esto no les preocupa, no los inquieta, no los induce a adquirir un mayor sentido de responsabilidad. Ellos bromean, ellos ríen, ellos se divierten haciendo chistes sobre el partido comunista, que no tiene fuerza necesaria para proclamar la… revolución.

La experiencia húngara ha dejado una enseñanza: los reaccionarios, para acabar con los comunistas, en un primer tiempo miman a los socialistas, condescienden a pactar con ellos, hacen acuerdos de pacificación; una vez derrotados los comunistas, los acuerdos y los pactos se rompen y también los socialistas conocen el sabor de los golpes y las balas. La alegría, que permanentemente caracteriza a los Stenterelli de la confederación, resulta, según la lógica de los acontecimientos, anticipación de la mueca granguiñolesca de esta pobre élite dirigente del proletariado italiano, que por sus indecisiones, por sus ineptitudes, por su incapacidad para comprender las situaciones políticas, corre el riesgo de ser arrastrada a un caos de barbarie sin precedentes en la historia de nuestro país.

## LOS DOS FASCISMOS[*]

La crisis del fascismo, sobre cuyos orígenes y causas tanto se está escribiendo en estos días, es fácilmente explicable con un serio examen del desarrollo del movimiento fascista.

Los *fasci* de combate nacieron, inmediatamente después de la guerra, con el carácter pequeñoburgués de las diversas asociaciones de veteranos surgidas en aquel momento. Por su carácter de decidida oposición al movimiento socialista, en parte herencia de las luchas entre el partido socialista y las asociaciones intervencionistas en el periodo de la guerra, los *fasci* obtuvieron el apoyo de los capitalistas y las autoridades. Su afirmación, coincidiendo con la necesidad de los grandes agricultores de establecer una guardia blanca contra la creciente fuerza de las organizaciones obreras, permitió al sistema de bandas creadas y armadas por los latifundistas adoptar la misma etiqueta de los *fasci*, a la cual confirieron a medida que se desarrollaban su misma característica de guardia blanca del capitalismo contra los órganos de clase del proletariado.

El fascismo conservó siempre este vicio de origen. El fervor de la ofensiva armada impidió hasta hoy la agravación de la pugna entre los núcleos urbanos, pequeñoburgueses, predominantemente parlamentarios y colaboracionistas, y los rurales, formados por los grandes y medianos agricultores e incluso por los colonos, interesados en la lucha contra los campesinos pobres y sus organizaciones, marcadamente antisindicales, reaccionarios, más confiados en la acción armada directa que en la autoridad del Estado y en la eficacia del parlamentarismo.

En las zonas agrícolas (Emilia, Toscana, Véneto, Umbría), el fascismo tuvo su mayor desarrollo, alcanzando, con el apoyo financiero de los capitalistas y la protección de las autoridades civiles y militares del Estado, un poder sin condiciones. Si por una parte la despiadada ofensiva contra los organismos de clase del proletariado sirvió a los capitalistas, que a la vuelta de un año pudieron ver cómo todo el aparato de lucha de los sindicatos socialistas se resquebrajaba y perdía toda su eficacia, es innegable sin embargo que la violencia, degenerando, ha terminado por crear una extendida hostilidad contra el fascismo en las capas medias y populares.

Los episodios de Sarzana, Treviso, Viterbo, Roccastrada, sacudieron profundamente a los núcleos fascistas urbanos, personificados en Mussolini, que empezaron a ver un peligro en la táctica exclusivamente negativa de los *fasci* en las zonas agrícolas. Por otra parte, esta táctica había dado ya óptimos

frutos al arrastrar al partido socialista a un terreno transigente y favorable a la colaboración en el país y en el Parlamento.

La pugna latente comienza desde este momento a manifestarse en toda su profundidad. Mientras los núcleos urbanos, colaboracionistas, ven ya alcanzado el objetivo que se habían propuesto, el abandono de la intransigencia clasista por parte del partido socialista, y se apresuran a verbalizar la victoria con el pacto de pacificación, los capitalistas agrarios no pueden renunciar a la única táctica que les asegura la "libre" explotación de las clases campesinas, sin molestias de huelgas y de organizaciones. Toda la polémica que conmueve al campo fascista, entre partidarios y enemigos de la pacificación, se reduce a esta pugna, cuyos orígenes no deben buscarse más que en los orígenes mismos del movimiento fascista.

La pretensión de los socialistas italianos, esto es, la de haber sido ellos quienes provocaron la escisión en el movimiento fascista con su hábil política de compromiso, no es sino una nueva prueba de su demagogia. En realidad la crisis fascista no es de hoy, sino de siempre. Al desaparecer las razones contingentes que mantenían unidas a las filas antiproletarias, era fatal que las diferencias se manifestasen con mayor evidencia. Por lo tanto, la crisis no es más que el aclararse de una situación de hecho preexistente.

El fascismo saldrá de la crisis escindiéndose. La parte parlamentaria, encabezada por Mussolini, apoyándose en las capas medias, empleados y pequeños comerciantes e industriales, intentará su organización política, orientándose necesariamente hacia una colaboración con los socialistas y los populares. La parte intransigente, que representa la necesidad de la defensa directa y armada de los intereses capitalistas agrarios proseguirá su acción característica antiproletaria. Para esta parte, la más importante con respecto a la clase obrera, no tendrá ningún valor el "pacto de tregua" que los socialistas celebran como una victoria. La "crisis" señalará solamente la salida del movimiento de los *fasci* de una fracción de pequeñoburgueses que en vano han tratado de justificar el fascismo con un programa político general de "partido".

Pero el fascismo, el verdadero, el que conocen los campesinos y obreros emilianos, venecianos, toscanos, por la dolorosa experiencia de los últimos años de terror blanco, continuará, aunque sea cambiando de nombre.

La misión que corresponde a los obreros y campesinos revolucionarios consiste en aprovechar el periodo de relativa calma, determinado por las disensiones internas de las bandas fascistas, para infundir en las masas oprimidas e inermes una clara conciencia de la situación real de la lucha de

clases y de los medios adecuados para vencer a la prepotente reacción capitalista.

## ENTRE REALIDAD Y ARBITRARIEDAD[*]

En la carta con la cual el vicesecretario general de los *fasci*[1] ha dimitido de su cargo, y que tiene un valor mayor en cuanto representa una expresión del pensamiento de todo el grupo colaboracionista parlamentarista que tiene a su cabeza a Benito Mussolini, Cesare Rossi critica duramente la degeneración del movimiento fascista provocada por los grupos agrarios:

"Nuestra intrépida minoría de 1919 —escribe— ha sido arrastrada por las sucesivas oleadas impetuosas de nuevas fuerzas que, no siendo ni culturales ni políticas, necesariamente sólo representaban el estado de ánimo de artificio o de exaltación o intereses de clase, de casta y de zona".

Por la acción de las fuerzas agrarias que se han unido al movimiento pequeñoburgués de los veteranos urbanos, el fascismo "allí donde aparece como dominador se ha convertido en un puro, auténtico y exclusivo movimiento de conservación y de reacción". El vicesecretario de los *fasci* confirma nuestras observaciones sobre la crisis del fascismo, que es esencialmente una disidencia entre núcleos urbanos y núcleos rurales, y que no es de hoy, sino congénita a la evolución misma del movimiento fascista.

Mussolini y su grupo de pequeñoburgueses, de pertenecientes a las categorías medias, quieren romper relaciones con los núcleos agrarios intransigentes, los cuales, persistiendo en la táctica de la violencia armada antiproletaria, amenazan con enemistar a la opinión pública. El fascismo colaboracionista, sindicalista nacional, se preocupa, con razón, de su base electoral.

El movimiento fascista se encamina a grandes pasos hacía la escisión. Del próximo congreso de los *fasci* saldrán dos fascismos. Las necesidades de la lucha antiproletaria justifican a ojos del capitalismo agrario el mantenimiento de la guardia blanca. El fascismo rural permanecerá y proseguirá en su evolución reaccionaria, mientras permanezcan las razones que determinaron su surgimiento y afirmación. Por este lado el fascismo se identifica con el mismo capitalismo agrario en la lucha contra los proletarios de las zonas rurales.

¿Qué futuro espera a la fracción colaboracionista mussoliniana a la que Cesare Rossi quiere reconducir a los programas primitivos de los veteranos de guerra intervencionistas? El fascismo mussoliniano se propone explícitamente

la organización política de las clases medias, de la “pequeña burguesía trabajadora”; se propone convertirse, según los propósitos de Agostino Lanzillo,[2] en un “partido medio, equidistante de los socialistas y de los populares, así como de la plutocracia y del gran capitalismo, más sensible, por educación y tradición, que los otros dos grupos a las grandes ideas nacionales y que acoja en si cuanto de sano y de bueno tiene la burguesía renovada por la guerra”.

Estos propósitos del grupo colaboracionista son la consecuencia lógica de toda una posición asumida por sus mayores exponentes frente a los problemas económicos, de toda una teoría y un programa sobre la situación histórica italiana. “La realidad del mundo es capitalista”, es la base de los programas mussolinianos.

Pero Mussolini tiene un extraño y errado concepto de la realidad capitalista, de las actuales condiciones de desarrollo del capitalismo. Él concibe la realidad capitalista como el reflejo de la vida industrial de hace años, de antes de la guerra, del periodo anterior a los *trusts* y a la concentración en la banca del capital industrial. El capitán de industria ha desaparecido hoy día, el empresario es una figura económica atrasada, su actividad se ha transformado en la del simple técnico.

La guerra ha acentuado ese fenómeno. Las industrias han ido desarrollándose y al mismo tiempo centralizándose bajo el control de los bancos. El empresario, el *industrial*, ha desaparecido para dejar su lugar a las grandes sociedades por acciones, siendo sus inversionistas los capitales de los grandes bancos. Los industriales son ahora los depositarios en los institutos financieros, o sea los grandes latifundistas, los propietarios de tierras, los agrarios, que han empleado sus réditos para multiplicarlos. ¿Qué interés pueden tener éstos en el incremento técnico y social de la industria? Lo único que les importa son los altos dividendos, aunque sea a costa de la ruina de industrias enteras.

Ésta, y no las arbitrarias concepciones de Mussolini, es la realidad económica. El error gravísimo de cálculo, el grosero equívoco, la ignorancia imperdonable para quien tiene el “tic” del realismo, condenan al líder fascista a ver fracasar todos sus esfuerzos para entrar activamente de alguna forma en la realidad de las luchas políticas, reflejo de la realidad de las luchas económicas. El desarrollo fascista —no de su fascismo pequeñoburgués y colaboracionista, sino de aquel que se identifica con el terror blanco de los capitalistas agrarios, con la reacción armada que ha destruido toda actividad

proletaria en Emilia, Toscana, Véneto, etcétera— le ha dado la importancia de un capitán de fortuna medieval o de un Majno[3] de proporciones reducidas.

Pero ahora que el fascismo se va resquebrajando, por consecuencia natural del desarrollo de la lucha de clases, él y su fracción van perdiendo la importancia *política* que tenían como jefes directos y representantes parlamentarios del movimiento autiproletario, especialmente en las zonas agrícolas.

Mussolini y su grupo ven su futuro en la organización de las capas medias, o sea en el intento de las capas medias por resistir a la proletarización, que es una consecuencia fatal del desarrollo histórico del capitalismo.

## LEGALIDAD[*]

¿Hasta dónde llegan los límites de la legalidad? ¿Cuándo dejan éstos de ser respetados? Ciertamente, es difícil fijar un límite, dado el carácter bastante elástico que adopta el concepto de legalidad. Para cada gobierno, todo aquello que se manifiesta en el terreno de la acción contra él sobrepasa los límites de la legalidad. Sin embargo, puede decirse que la legalidad está determinada por los intereses de la clase que detenta el poder en cada sociedad. En la sociedad capitalista la legalidad está representada por los intereses de la clase burguesa. Cuando una acción tiende a afectar en cualquier forma a la propiedad privada y las ganancias que se derivan de ésta, esta acción se vuelve inmediatamente ilegal. Esto sucede en sustancia. En el aspecto formal la legalidad se presenta un poco diferente. Habiendo la burguesía, una vez conquistado el poder, concedido igual derecho de voto al patrón y a su asalariado, aparentemente la legalidad ha ido adquiriendo el aspecto de un conjunto de normas libremente reconocidas por todas las partes de un agregado social. Lo que ha sucedido luego es que se ha confundido la sustancia con la forma y así ha surgido la ideología liberal-democrática. En ésta, todos pueden expresar libremente su pensamiento a través del voto. A esto se reduce, a la larga, la legalidad formal en el Estado burgués: al ejercicio del voto. La conquista del sufragio por las masas populares pareció a los ojos de los ingenuos ideólogos de la democracia liberal la conquista decisiva para el progreso social de la humanidad. No se tomó en cuenta que la legalidad tenía dos caras: una interna, la sustancial; otra externa, la formal.

Confundiendo estas dos caras, los ideólogos de la democracia liberal han engañado durante varios años a las grandes masas populares, haciéndoles

creer que el sufragio les permitiría liberarse de todas las cadenas que las sujetaban. Desgraciadamente, no sólo los miopes afirmadores de la democracia liberal creyeron en esta ilusión. Mucha gente que se decía y se dice marxista creyó que la emancipación de la clase proletaria debía realizarse a través del ejercicio soberano de la conquista del sufragio. Algunos imprudentes utilizaron incluso el nombre de Engels para justificar esta creencia. Pero la realidad ha destruido todas estas ilusiones. La realidad ha demostrado de la forma más evidente que la legalidad es una sola y existe hasta el punto en que concuerda con los intereses de la clase dominante, es decir, en la sociedad capitalista, con los intereses de la clase patronal. En realidad, especialmente la experiencia que hemos vivido en estos últimos tiempos contiene muchas e importantes enseñanzas.

La clase obrera, aprovechando su derecho de voto, conquisto para sí gran número de municipios y provincias. Sus organizaciones alcanzaron un importante desarrollo numérico y lograron imponer pactos ventajosos para los obreros. Pero el día en que el sufragio y el derecho de organización se convirtieron en medios ofensivos contra la clase patronal, ésta renunció a toda legalidad formal y obedeció sólo a su verdadera ley, la ley de su interés y de su conservación. Los municipios han sido arrancados violentamente uno a uno a la clase obrera; las organizaciones han sido disueltas mediante el empleo de la fuerza armada; la clase obrera y campesina ha sido arrojada de sus posiciones, desde las cuales amenazaba demasiado la existencia de la propiedad privada. Así ha surgido el fascismo, el cual se ha afirmado e impuesto, haciendo de la ilegalidad lo único legal. Ninguna organización, salvo la fascista; ningún derecho de voto, sino para darlo a los representantes agrarios e industriales. Ésta es la legalidad que reconoce la burguesía, cuando se ve obligada a repudiar la otra, la formal. Así pues, la experiencia de estos últimos tiempos no carece de enseñanzas para aquellos que creyeron primero honestamente en la eficacia de las garantías legales concedidas por la constitución liberal burguesa.

Existe un punto en la historia, en el que la burguesía se ve obligada a repudiar aquello que ella misma ha creado. Este punto se ha presentado en Italia. No tomar en cuenta la experiencia qué de ahí se deriva es, o suma ingenuidad, merecedora de las más severas sanciones, o mala fe, la cual es castigada sin piedad. Tal nos parece, en efecto, el caso de aquellos organizadores socialistas que hoy parecen maravillarse, porque, por ejemplo, el ministro Beneduce no logra hacer respetar los contratos de trabajo. Para personas que pretenden estar aún en el terreno de la lucha de clases, todo esto

es enorme. ¿Acaso es lícito a un organizador, el cual pretende no haber renegado de los principios de la lucha de clases, preguntar a un ministro de cuáles facultades puede disponer para impedir las violaciones de los contratos de trabajo por parte de los patronos? Preguntas semejantes no pueden sino generar dudas e incertidumbres en la clase obrera. Es natural que el ministro de trabajo no tenga ninguna facultad fuera de ser un instrumento en manos de los agrarios e industriales. Mientras los organizadores socialistas no sepan hacer nada mejor que dirigirse al ministro de trabajo, para que exija a los patronos respeto a los contratos, la clase obrera seguirá sufriendo todas las violaciones, sin poder organizar siquiera su propia defensa.

Los industriales se niegan a aceptar a las comisiones arbitrales. También ésta es una consecuencia lógica de la situación. Los industriales quieren recuperar hoy absolutamente todo su poder. Los industriales ya no quieren reconocer limitaciones de ninguna clase a su propia voluntad. Aceptaron los comités arbitrales cuando el empuje revolucionario de las masas amenazaba su existencia. Ahora que la situación parece favorable a cualquier cálculo reaccionario, los patronos no pueden preocuparse por conservar ningún escrúpulo. Aparentemente se han lanzado por la vía de la recuperación íntegra y despótica del poder sobre las masas obreras. ¿Qué se les ocurre a los organizadores socialistas frente a estas tendencias de la clase patronal? Todo lo que los organizadores socialistas saben hacer es denunciar a la opinión pública la incompetencia patronal y la impotencia del ministro del trabajo. Pero, entre tanto, la clase obrera resiente todas las consecuencias de la actitud patronal y de los titubeos de sus dirigentes. Mientras éstos dirigen preguntas al ministro del trabajo, crece el hambre, la miseria se multiplica, la reacción se fortalece. Aquellos organizadores socialistas que durante la guerra iban a estrechar las manos ensangrentadas de los generales en los comités de movilización, son los mismos que hoy piden la ayuda y la intervención del ministro del trabajo. Ayer se hacían cómplices de los asesinatos que desencadenaron la guerra frenando el impulso revolucionario de las masas con las decisiones de los comités arbitrales; hoy dejan indefensa a la clase obrera, mientras por todas partes los patronos no respetan ya los contratos y los violan a su gusto.

Sólo la propuesta del comité sindical comunista es capaz de organizar una defensa obrera contra el asalto capitalista; sólo uniendo todas las fuerzas obreras en un ejército compacto puede pensarse en una oposición seria a los capitalistas, quienes, obedeciendo a una consigna, tratan de reducir a la esclavitud a toda la clase obrera. Pero para los señores organizadores

socialistas, incluso exigir respeto a los contratos es hoy demasiado revolucionario.

## LA LUCHA AGRARIA EN ITALIA[*]

La política que los agrarios ejercen en Italia va adquiriendo cada vez mayor valor para los obreros, a medida que va precisándose. Los agrarios no son únicamente los arbitros de la situación en las zonas rurales; pues esto les sirve hasta para otras miras, menos conocidas, pero con gran diferencia mucho más importantes desde el punto de vista de sus intereses de clase. Es un hecho que los agrarios son actualmente los amos de los bancos. Ser dueños de los bancos quiere decir, en pocas palabras, tener en sus manos también el destino de las industrias, He aquí de qué manera la clase obrera se ve inmediatamente unida a la clase de los campesinos, y he ahí por qué el proletariado de la ciudad debe seguir con atención todo lo que sucede entre los trabajadores del campo. Los agrarios, oprimiendo a la clase de los campesinos, se proponen lograr también el sometimiento de los obreros de las ciudades. En este sentido, hablando del fascismo rural, que tiene su central en la región boloñesa, nosotros hemos sostenido siempre que los obreros no pueden desinteresarse del modo como se resuelve la crisis del fascismo. Si los campesinos siguen siendo aterrorizados en los campos, los obreros resentirán por su parte los efectos de este estado de cosas. Por otro lado, no es solamente la violencia en el campo lo que determina la crisis en la ciudad. Las industrias no podrán alcanzar su desarrollo normal mientras no se liberen de la influencia de estos aventureros del campo, convertidos en capitanes de industria, sin ningún mérito propio específico. ¿Es posible que esto suceda por un proceso evolutivo de la política interna del Estado, esto es, sin determinar choques y oposiciones violentas? El intento del partido popular de modificar las relaciones entre campesinos y propietarios, tratando de asociar el trabajo al capital sólo puede estar destinado al fracaso. Incluso en la cuestión de las revocaciones de los contratos agrícolas se revela la impotencia del partido popular y de cualquier otro partido que siga sus pasos.

Respecto a los populares, los diputados agrarios no representan más que una pequeña minoría. Pero la fuerza efectiva de los diputados agrarios en la misma esfera gubernamental supera la fuerza de los populares. No es el caso de hablar nuevamente de la debilidad de las instituciones parlamentarias. Basta con demostrar que lo que cuenta hoy no es el número de diputados, sino la fuerza organizada que se posee en el país. Por esto los agrarios son mucho

más fuertes que los populares. ¿Acaso el episodio de Treviso no nos dice que los populares son prisioneros de los agrarios o, si no prisioneros, impotentes frente a sus acciones? En Treviso fue destruido un diario popular; las mismas sedes de las organizaciones populares son asaltadas y devastadas.

Pero los populares, aunque tienen bastantes ministros en el actual gabinete, y para colmo el ministro de justicia, no han podido atreverse ni siquiera a adoptar las medidas usuales que se adoptan para los delitos más comunes. Los populares, pues, sólo pueden defender los intereses de los campesinos hasta cierto punto. Sólo pueden hacerlo temporalmente, hasta que chocan con los intereses de los agrarios. Ése es, precisamente, el caso de las revocaciones.

El ministro Miebeli acordó la prórroga. Esta prórroga es apoyada también por los socialistas. La actitud de los agrarios puede empujar a ambos partidos —popular y socialista— a elegir una posición más definida en el ámbito de la colaboración parlamentaria; pero no por esto los agrarios dejan de tener una fuerza preponderante para determinar la orientación de la política interna. Los agrarios tienen a su disposición medios directos para organizar su defensa contra la clase trabajadora. La demostración de esto la tienen en la organización del fascismo en las zonas rurales. Así pues, cuando les parezca, pueden imponer su voluntad a los campesinos, oponiéndose incluso a las decisiones del gobierno. Socialistas y populares hacen ver, con fines electorales, que les importa mucho el bienestar de los campesinos, pero desconocen que no pueden señalar ninguna vía concreta para impedir a los propietarios poner en práctica sus planes.

El problema de la tierra vuelve a estar en el orden del día de la política italiana. Por doquier las clases campesinas están en fermentación. Sólo un partido revolucionario —y en Italia no hay más que el partido comunista—, sólo un partido revolucionario puede comprender hoy este problema y propugnar su solución.

El problema de la tierra es el problema de la revolución, la cual sólo es posible en Italia si coincide con los intereses de los campesinos y obreros. Esta coincidencia se verifica hoy. Igual que en abril de 1920, también hoy obreros y campesinos se hallan unidos por el mismo interés en la lucha contra la explotación patronal. El problema de la revolución italiana es, pues, el problema de la unidad de obreros y campesinos. Es preciso que los comunistas no dejen de advertir este aspecto importante de la revolución en Italia.

## LOS PARTIDOS Y LAS MASAS[*]

La crisis constitucional en que se debate el Partido Socialista Italiano interesa a los comunistas en la medida en que es un reflejo de la profunda crisis constitucional en que se debaten las grandes masas del pueblo italiano. Desde este punto de vista la crisis del partido socialista no puede y no debe ser considerada aisladamente: forma parte de un cuadro más general, que abarca incluso al partido popular y al fascismo.

Políticamente, las grandes masas no existen sino encuadradas en los partidos políticos: los cambios de opinión que se verifican en las masas bajo el impulso de las fuerzas económicas determinantes son interpretados por los partidos, que se escinden primero en tendencias, para luego escindirse en una multiplicidad de nuevos partidos orgánicos: a través de este proceso de desarticulación, de neoasociación, de fusión entre homogéneos, se revela un proceso más profundo e íntimo de descomposición de la sociedad democrática para el definitivo alineamiento de las clases en lucha para la conservación o la conquista del poder del Estado y del poder sobre el aparato de producción.

En el periodo entre el armisticio y la ocupación de las fábricas, el partido socialista ha representado a la mayoría del pueblo trabajador italiano, constituida por tres clases fundamentales: el proletariado, la pequeña burguesía, los campesinos pobres. De estas tres clases sólo el proletariado era esencialmente y por ello permanentemente revolucionario; las otras dos clases eran revolucionarias “ocasionalmente”, eran “socialistas de guerra”, aceptaban la idea de la revolución en general por los sentimientos de rebelión antigubernamental germinados durante la guerra. Como el partido socialista estaba constituido en su mayoría por elementos pequeñoburgueses y campesinos, sólo habría podido hacer la revolución en los primeros tiempos después del armisticio, cuando los sentimientos de rebeldía antigubernamental estaban aún vivos y activos; por otra parte, estando constituido el partido socialista en su mayoría por pequeñoburgueses y campesinos (cuya mentalidad no es muy diferente de la de los pequeñoburgueses de las ciudades), no podía no ser oscilante, titubeante, sin un programa claro y preciso, sin orientación, especialmente sin una conciencia internacional. La ocupación de las fábricas, esencialmente proletaria, encontró impreparado al partido socialista, que era proletario sólo parcialmente, que estaba ya, por los primeros golpes del fascismo, en crisis de conciencia en otras de sus partes constitutivas. El fin de la ocupación de las fábricas desconcertó

completamente al partido socialista: las creencias revolucionarias infantiles y sentimentales se hundieron completamente; los dolores de la guerra se habían aplacado en parte (¡no se hace una revolución por recuerdos del pasado!); el gobierno burgués se mostraba todavía fuerte en la persona de Giolitti y en la actividad fascista; los jefes reformistas afirmaron que pensar en la revolución comunista en general, en aquel periodo, era una locura. Serrata afirmó que era una locura pensar en la revolución comunista en Italia, en aquel periodo. Sólo la minoría del partido, formada por la parte más avanzada y culta del proletariado industrial, no cambió su punto de vista comunista e internacionalista, no se desmoralizó por los acontecimientos cotidianos, no se dejó engañar por las apariencias de fortaleza y de energía del Estado burgués. Así nació el partido comunista, primera organización autónoma e independiente del proletariado Industrial, de la única clase popular esencial y permanentemente revolucionaria.

El partido comunista no se convirtió de inmediato en el partido de las grandes masas. Esto prueba una sola cosa: las condiciones de gran desmoralización y de gran abatimiento en que habían caído las masas a continuación del fracaso político de la ocupación de las fábricas. La fe se había apagado en gran número de dirigentes. Lo que antes había sido exaltado, era entonces ridiculizado. Los sentimientos más delicados e íntimos de la conciencia proletaria eran torpemente pisoteados por esta oficialidad subalterna dirigente, que se había vuelto escéptica, corrompida en el arrepentimiento y el remordimiento de su pasado de demagogia maximalista. La masa popular, que inmediatamente después del armisticio se alineó en torno al partido socialista, se desmembró, se licuó, se dispersó. La pequeña burguesía que había simpatizado con el socialismo, simpatizó con el fascismo; los campesinos, ya sin apoyo en el partido socialista, sintieron mayor simpatía por el partido popular. Pero no dejó de tener consecuencias esta confusión de los antiguos efectivos del partido socialista con los fascistas, por un lado, y con los populares, por el otro.

El partido popular se aproximó al partido socialista; en las elecciones parlamentarias las listas abiertas populares, en todas las circunscripciones, acogieron por centenares y miles los nombres de los candidatos socialistas; en las elecciones municipales celebradas en algunas comunidades rurales desde las elecciones políticas hasta hoy, a menudo los socialistas no presentaron lista de minoría y aconsejaron a sus partidarios entregar sus votos a la lista popular; en Bérgamo el fenómeno tuvo una manifestación espectacular: los extremistas populares se apartaron de la organización blanca y se fusionaron

con los socialistas, fundando una cámara del trabajo y un semanario dirigido y escrito juntamente por socialistas y populares. Objetivamente, este proceso de reaproximación popular-socialista representa un progreso. La clase campesina se unifica, adquiere la conciencia y la noción de su solidaridad difusa, rompiendo la envoltura religiosa en el campo popular, rompiendo la envoltura de la cultura anticlerical pequeñoburguesa en el campo socialista. Por esta tendencia de sus efectivos rurales, el partido socialista se aleja cada vez más del proletariado industrial, y en consecuencia parece romperse aquel fuerte vínculo unitario que el partido socialista había supuestamente creado entre la ciudad y el campo; pero como este vínculo no existía en realidad, ningún daño efectivo surge de la nueva situación. Por el contrario, se hace evidente una ventaja real: el partido popular sufre una fortísima oscilación hacia la izquierda y se hace cada vez más laico; terminará por separarse de su derecha, constituida por grandes y medianos propietarios de tierras, y entrará decididamente en el campo de la lucha de ciases, con un formidable debilitamiento del gobierno burgués.

El mismo fenómeno se perfila en el campo fascista. La pequeña burguesía urbana, reforzada políticamente por todos los tránsfugas del partido socialista, después del armisticio trató de sacar provecho de la capacidad de organización y de acción militar adquirida durante la guerra. La guerra italiana fue dirigida, en ausencia de un estado mayor eficiente, por la oficialidad subalterna, o sea por la pequeña burguesía. Las decepciones sufridas en la guerra despertaron muy fuertes sentimientos de rebelión antigubernamental en esta clase, la cual, perdida después del armisticio la unidad militar de sus cuadros, se dispersó en los diversos partidos de masas, llevando a éstos fermentos de rebelión, pero también incertidumbres, oscilaciones, demagogia. Destruida la fuerza del partido socialista después de la ocupación de las fábricas, esta clase, con rapidez fulminante y bajo el impulso del mismo estado mayor que la explotó durante la guerra, reconstruyó militarmente sus cuadros, se organizó nacionalmente. Maduración rapidísima, crisis constitucional rapidísima. La pequeña burguesía urbana, juguete en manos del estado mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, se alió a los agrarios y, por cuenta de los agrarios, destruyó la organización de los campesinos. El pacto de Roma entre fascistas y socialistas señala el punto en que se detuvo esta política ciega y políticamente desastrosa para la pequeña burguesía urbana, la cual comprendió que vendía su “primogenitura” por un plato de lentejas. Si el fascismo proseguía sus expediciones punitivas tipo Treviso, Sarzana,

Roccastrada, la población se sublevaría en masa y, en la hipótesis de una derrota popular, ciertamente no serían los pequeñoburgueses quienes tomarían el poder en sus manos, sino el estado mayor y los latifundistas. El fascismo se aproxima nuevamente al socialismo, la pequeña burguesía trata de romper sus vínculos con la gran propiedad agrícola, trata de tener un programa político que termina por parecerse extrañamente al de Turati y D'Aragona.

Ésta es la situación actual de las masas populares italianas: una gran confusión, que sucedió a la unidad artificial creada por la guerra y personificada por el partido socialista. Una gran confusión que encuentra los puntos de polarización dialéctica en el partido comunista, organización independiente del proletariado industrial; en el partido popular, organización de los campesinos; en el fascismo, organización de la pequeña burguesía. El partido socialista, que desde el armisticio hasta la ocupación de las fábricas ha representado la confusión demagógica de estas tres clases del pueblo trabajador, es hoy el máximo exponente y la víctima más conspicua del proceso de desarticulación (para un orden nuevo y definitivo) que las masas populares italianas sufren como consecuencia de la descomposición de la democracia.

## EL SOSTÉN DEL ESTADO[*]

En los buenos tiempos viejos, cuando los recuerdos del *Risorgimento* estaban aún vivos y la conquista de la Constitución representaba aún un valor para las grandes masas de la población italiana, tuvo lugar una interesante polémica entre los liberales y los republicanos sobre la naturaleza y la importancia del juramento de fidelidad al rey que los diputados debían prestar en el Parlamento. Los liberales razonaban así: los diputados se niegan a prestar este juramento, si los diputados consiguen que la institución del juramento sea abolida, el Estado mismo quedará despojado de su principal sostén. La Constitución es un pacto recíproco de fidelidad entre pueblo y soberano; si el pueblo, a través de las personas de sus representantes, se sustrae a la obligación de fidelidad, si el pueblo exige, con la abolición del juramento, libertad de actuar contra la Constitución, también el soberano queda, de hecho, liberado de sus vínculos, también al soberano se le reconoce la libertad de organizar y de llevar a cabo el golpe de Estado contra la Constitución.

El gobierno representa al soberano en el Parlamento nacional. El gobierno es incluso responsable por el soberano ante el Parlamento nacional y ante el pueblo. Si el gobierno deja impunemente violar la Constitución, si el gobierno

permite la formación de bandas armadas en el país, si el gobierno permite que asociaciones privadas constituyan depósitos de armas y municiones, si el gobierno permite que decenas de miles de ciudadanos privados, armados, encuadrados militarmente, con casco y fusil, después de recorrer el país sin que nadie los moleste, invadan la capital y desplieguen abiertamente su “fuerza”, ¿qué significa sino esto: que el gobierno, responsable por el soberano, ha violado el juramento de fidelidad a la Constitución? ¿Qué significa sino que se está preparando, por parte de los organismos estatales que se agrupan en el poder ejecutivo, un golpe de Estado? ¿Qué significa sino que en Italia vivimos ya en el ambiente del que automáticamente debe surgir el golpe de Estado?

Así pues, el pacto entre pueblo y soberano ya ha sido denunciado, por voluntad del poder estatal que representa al segundo. Automáticamente todos los juramentos de fidelidad son denunciados. ¿Qué ata todavía a los empleados? ¿Qué ata aún a los oficiales a la autoridad suprema? La población, por la lógica misma de los acontecimientos, debe dividirse en dos partes: favorables y contrarias al golpe de Estado reaccionario, o mejor, favorables al golpe de Estado reaccionario y favorables a una insurrección popular capaz de impedir el golpe de Estado reaccionario. La misma Constitución contempla la eventualidad: reconoce al pueblo el derecho a alzarse en armas contra cualquier intento de los poderes estatales de quebrantar la misma Constitución. ¿Pues por qué un pacto, que a fuerza tiene que ser bilateral, debería seguir siendo válido para una parte si la otra parte lo rompe? ¿Por qué un empleado o un oficial debería permanecer fiel a una ley que ya no existe? ¿Por qué debería conservar los secretos de Estado y no comunicarlos a los partidos revolucionarios, si conservar estos secretos significa favorecer el golpe de Estado, esto es, la abolición incluso formal de las leyes y las libertades constitucionales, mientras que comunicar estos secretos a los partidos revolucionarios significa contribuir a salvar la libertad popular, significa ciertamente mantenerse fiel al espíritu del juramento prestado?

El Estado burgués vive en muy gran parte del trabajo y la abnegación de millares de funcionarios civiles y militares que cumplen, a menudo con verdadera pasión, su deber, que tienen un vivo sentido del honor, que han tomado en serio el juramento prestado en el momento de comenzar su servicio. Si no existiese este núcleo fundamental de personas sinceras, lealmente devotas a su oficio, el Estado burgués se derrumbaría en un instante, como un castillo de naipes. Éstos son el verdadero, el único sostén

del Estado, y no ciertamente los otros, los extorsionadores, los prevaricadores, los holgazanes, los parásitos del Estado. Ahora bien, ¿a quién beneficia el golpe de Estado? Sólo puede beneficiar precisamente a éstos: a los extorsionadores, los prevaricadores, los holgazanes, los parásitos: a menudo o mejor aún, casi siempre, el golpe de Estado no es otra cosa sino el instrumento de la hez estatal para mantener las posiciones ocupadas y que son ya destructivas para la sociedad; esta gente no tiene escrúpulos, se burla de los juramentos y del honor, odia a todos los trabajadores y, antes que a nadie, a quienes trabajan en sus mismas oficinas y son un reproche viviente a su deshonestidad y parasitismo.

Hoy la situación histórica es ésta: una sola gran clase social está en grado de oponerse válidamente a los intentos liberticidas de la reacción desencadenada; la clase de los obreros, el proletariado. Esta clase desempeña hoy la misma función liberadora que perteneció en el *Risorgimento* a los liberales. Esta clase tiene su partido, el partido comunista, con el cual deben colaborar todos los elementos desinteresados y sinceros del Estado italiano, que quieren mantenerse fieles a su oficio de guardianes de las libertades populares contra todos los asaltos de las fuerzas oscuras del pasado que no quiere morir.

## UN AÑO[*]

Toda la historia italiana desde 1900 (o sea desde el asesinato de Umberto I y el abandono de los inútiles intentos doctrinarios por crear un Estado constitucional con un rígido cuerpo de leyes escritas), y seguramente también! toda la historia contemporánea de nuestro país desde el momento de la unidad nacional, sería un enigma si se prescindiese de adoptar como punto central de la visión histórica el incesante esfuerzo de determinadas capas gobernantes para incorporar a la clase dirigente a las personalidades más eminentes de las organizaciones obreras. La democracia italiana, como se creó desde 1870, carece de una sólida estructura de clase por no haberse realizado el predominio de ninguna de las dos clases propietarias: los capitalistas y los agrarios. La lucha entre estas dos clases representó en la historia de los otros países el terreno para la organización del Estado moderno, liberal y parlamentario. En Italia esta lucha ha faltado casi enteramente o, mejor dicho, se ha verificado en una forma equívoca, como un sometimiento, de naturaleza burocrática y plutocrática, de las regiones centrales y meridionales del país, habitadas por las clases agrarias, a las regiones septentrionales, donde se desarrolló el capital industrial y financiero.

La necesidad de mantener un régimen democrático, que al mismo tiempo era dominio de minorías burguesas y se manifestaba como predominio de una restringida parte de la nación sobre la mayor parte del territorio, impulsó constantemente a los representantes del industrialismo y de la plutocracia septentrional a tratar de ampliar sus propios cuadros de clase dominante incorporando en ellos a las masas obreras y anulando la lucha de clases en su zona. Hasta 1900 los capitalistas septentrionales buscaron una alianza con los latifundistas meridionales para sofocar al mismo tiempo la lucha de clase del proletariado industrial y las explosiones de violencia ole las clases pobres del campesinado meridional. Pero resultó claro que esta alianza a la larga trastornaría la situación, dando el poder del Estado a los latifundistas y haciendo perder al septentrión las posiciones de privilegio conquistadas con la unidad nacional. El intento de Umberto y de Sonnino de dar al Estado una rígida estructura constitucional, quitando al Parlamento las prerrogativas de hecho que había logrado conquistar, fue el punto de resolución de estas luchas. Definitivamente, con el asesinato de Umberto, el capitalismo ganó ventaja, y trató de sustituir la alianza de las clases propietarias a nivel nacional con un sistema de alianzas con el proletariado urbano, sobre cuya

base pudiera desarrollarse, como en los demás países capitalistas, una verdadera democracia parlamentaria. Giolitti es el representante típico de esta tendencia, y toda la historia del movimiento socialista desde 1900 hasta hoy no es más que el resultado de las sucesivas combinaciones inventadas por el giolittismo para procurarse el apoyo de la clase obrera. En ningún país, como en Italia, ha sido tan favorecida por los gobiernos la aparición y el establecimiento de las organizaciones sindicales y cooperativas. A través de la consolidación de estos intereses constituidos era presumible que nacería del seno de la clase obrera toda una estratificación pequeñoburgués a de funcionarios, que escucharía fácilmente las palabras de seducción de los estadistas burgueses. Este plan veinteñal de la parte más inteligente de la burguesía italiana ha llegado hoy a su completa maduración. En su extrema vejez, Giolitti ve llegado el momento de recoger los frutos de su larguísimo y pacientísimo trabajo. Y se llega a esta conclusión precisamente en los días que corresponden al aniversario del Congreso de Livorno.

Hace un año los comunistas vieron claramente cuál era la orientación real de la vida política italiana, y a pesar de la extrema dificultad del momento, a pesar de que su acto podía parecer, a una gran parte de la clase obrera, aventurado y prematuro, los comunistas no titubearon en adoptar una posición precisa, separando su propia responsabilidad y, por lo tanto, en último análisis, la responsabilidad de todo el proletariado italiano, de los actos políticos que ineluctablemente serían realizados por el estrato pequeñoburgués que en veinte años de historia vino constituyéndose y organizándose fuertemente en el seno de la clase obrera.

Los llamados maximalistas unitarios, con aquella ignorancia de la historia social de su país que siempre los ha caracterizado, creyeron en cambio que el tener prisioneras en una formación de partido verbalmente revolucionaria a las tendencias colaboracionistas, sería suficiente para evitar que el hecho histórico se cumpliese. Los maximalistas sostuvieron que una colaboración preordenada y predicada cotidianamente, representaba una manifestación de voluntarismo: se negaron siempre, con una terquedad de mulas con orejeras, a reconocer que toda la historia italiana, por sus presupuestos peculiares y por la forma como se constituyó el Estado unitario, debía necesariamente conducir a la colaboración.

Pero Giolitti conocía mejor que los maximalistas la historia del movimiento socialista italiano: él sabía, porque en gran parte él mismo había sido el creador, que el sistema de las cooperativas y todas las demás organizaciones de resistencia, de previsión y de producción de la clase obrera

italiana no nacieron por un esfuerzo autónomo de la misma clase obrera, no nacieron por un impulso de creación original y revolucionario, sino que dependían de toda una serie de compromisos en los cuales la fuerza del gobierno representaba la parte dominante. Lo que el gobierno había creado el gobierno podía destruirlo. Lo que el gobierno había creado sin comprometer oficialmente la autoridad estatal, podía ser destruido por el gobierno con el mismo método. El fascismo se convirtió así en el instrumento para rescatar al partido socialista, para determinar la escisión entre la pequeña burguesía incrustada tenazmente en los intereses constituidos de la clase obrera y el resto del partido socialista que se limitaba a nutrirse de fórmulas ideológicas, porque se había demostrado incapaz de llevar a cabo el esfuerzo revolucionario del proletariado. Una vez más la economía ha prevalecido sobre las ideologías. Hoy, los representantes de los intereses constituidos, o sea de las cooperativas, de las comunas, de las cajas de previsión, aunque están en minoría en el partido, les llevan ventaja a los oradores, a los periodistas, a los profesores, a los abogados, que persiguen inalcanzables y vanos planes ideológicos.

En un año, intensificando hasta el absurdo la política de los compromisos, que es la política tradicional de las clases dirigentes italianas, la burguesía ha logrado obtener lo que venía preparando pacientemente desde hace veinte años. El gran partido socialista, que en 1919 parecía ser el unificador de todas las tendencias confusas que se incubaban basta en los estratos mas bajos de la población italiana, se ha disgregado completamente. De él han resultado dos fuerzas políticas, ninguna de las cuales está en condiciones de dominar la situación: de una parte la tendencia reformista, que será incorporada rápidamente al seno de la burguesía, de la otra el partido comunista. Pero estos objetivos surgidos en el Congreso de Livorno no son suficientes para desalentar a los comunistas. Por el contrario, estos últimos son fuertes precisamente porque no se niegan a mirar cara a cara la situación y a valorarla en sus relaciones de fuerza reales. Para que el proletariado pudiese convertirse en una clase independiente era necesario que se disgregase el edificio de falsa prepotencia económica construido en veinte años de compromisos. Un derrumbamiento de este tipo no podía dejar de tener consecuencias gravísimas de debilitamiento para el mismo proletariado. Los comunistas tuvieron el valor de hacer frente a la situación y de hacerla precipitarse. Por lo demás, si este valor les hubiese faltado, el derrumbamiento se hubiera producido igualmente y ni siquiera la fuerza actual conservada por el proletariado se habría salvado del naufragio. Una premisa necesaria para la

revolución es que también en Italia se produzca la completa disolución de la democracia parlamentaria. El proletariado se convierte en clase dominante y se pone a la cabeza de todas las fuerzas revolucionarias del país sólo cuando experimentalmente, por un examen de la realidad histórica, las tendencias colaboracionistas se demuestran incapaces para resolver la crisis económica y política. Los maximalistas no han querido convencerse en Livorno de esta verdad que brota de toda la doctrina marxista: creyeron posible impedir, con la coacción ideológica de una hueca disciplina de partido, que el proceso histórico se verificase íntegramente en todos sus momentos y creyeron posible saltar un eslabón de la cadena. Han sido castigados en su orgullo milagrero. Por su carencia de toda capacidad política y de toda comprensión de la historia real del pueblo italiano, han alcanzado solamente el miserable triunfo de retardar artificialmente un experimento que a estas horas ya habría sido liquidado por sus mismos resultados y, en consecuencia, a los dolores y sufrimientos impuestos a la clase obrera por la opresión capitalista, han añadido nuevos dolores y nuevos sufrimientos que hubieran podido evitarse.

## LA MANO DEL EXTRANJERO[*]

¿Qué presión han ejercido los intereses y los agentes extranjeros en la determinación y en el desarrollo de la crisis parlamentaria italiana, concluida hoy sólo provisionalmente y de mala manera?[1] A este propósito, como es fácil comprender, nosotros sólo podemos disponer de indicios muy vagos y genéricos: la multiplicidad de los indicios representa sin embargo, por sí misma, un documento de elevado valor histórico y de carácter probativo.

Después de la caída del primer ministerio Nitti, los partidarios del político basilisco afirmaron que en la nueva orientación de la política italiana no eran extrañas las influencias de Francia. El *Resto del Carlino*, entonces nittiano y antigiolittiano, publicó un documento impresionante: la prueba oficial de que el señor Clemenceau se había dirigido al señor Nitti para pedirle que a toda costa fuese reprimido el movimiento obrero italiano, y la “digna” respuesta de Nitti a Clemenceau. No obstante, el *Resto del Carlino* olvidó señalar que, inmediatamente después de la intromisión francesa, el primer ministro Nitti instituyó, *con decreto-ley*, la guardia regia, destinada únicamente a reprimir el movimiento obrero, esto es, olvidó señalar que Nitti, si por una parte respondió “dignamente” a la intromisión extranjera, en realidad obedeció la orden, pasando por encima de la Constitución del reino, que prohíbe la creación de milicias mercenarias, y de las “buenas normas parlamentarias”,

que habrían exigido al menos una discusión regular ante la Cámara de diputados.

Si cabe hacer a este propósito una distinción entre Nitti y Giolitti es una de carácter formal, no sustancial: Giolitti acepta más abiertamente la sumisión a los extranjeros, Nitti, por el contrarío, trata de “salvar la cara” y hace virtud de la necesidad. Giolitti es la “tradición” de la sumisión italiana; su actitud de mayo de 1915 no puede ser explicada de otra manera sino con los compromisos taxativos asumidos por él personalmente con el estado mayor prusiano. El suicidio del general Pollio, que se había dirigido a Berlín para firmar el acuerdo militar que en 1912 cambiaba radicalmente el viejo tratado de la Triple Alianza, fue el indicio más evidente de esta ruptura de contrato: que Giolitti conservaba un profundo rencor hacia la Corona por haber cedido a las nuevas presiones se demostró más tarde al establecer él, como punto principal de su programa de gobierno tras el armisticio, la abolición del artículo 5.º de la Constitución, que precisamente da a la Corona la prerrogativa de declarar las guerras.

Caída la dinastía Hohenzollern, y desvanecida cualquier posibilidad de su regreso, la orientación política de Giolitti cambió, sus rencores se aplacaron. Antes de la guerra, según la expresión de P. Bourget, en Europa existían tres baluartes de la “civilización clásica”: el Vaticano, el estado mayor alemán, la Cámara de los Lores británica. Después de la guerra, dos de estas instituciones se han derrumbado. El Vaticano ha cambiado radicalmente su estructura: su base tradicional, que era la vieja aristocracia terrateniente, ha desaparecido por la misma razón por la que han desaparecido el militarismo prusiano y la Cámara de los Lores, y ha sido sustituida por la clase de los pequeños y medianos campesinos. En Europa, la mayor fuerza de conservación está representada por el Parlamento francés, en el que aún domina la aristocracia terrateniente. Así como antes de la guerra el punto de vista de Giolitti era, en definitiva, el del *Junker* prusiano, así hoy es el del *hobereau*, vandeano, inmoral y cínico, Giolitti deja abiertamente que los franceses, mucho menos considerados que los alemanes, se las den de amos en nuestro país. Es natural que sus ruines agentes, los Pippo Naldi del periodismo, sean aún más cínicos e inmorales que su patrón y lleguen hasta el más descarado servilismo ante los funcionarios del Estado francés en Italia.

Aparte de los episodios de corrupción individual, la cuestión de las injerencias extranjeras en Italia es la cuestión fundamental de nuestra vida política. En sus términos esenciales puede definirse como sigue: la clase más conservadora, la de los grandes propietarios de tierras, aprovecha la crisis

industrial para reconquistar la supremacía en todos los Estados europeos. La reacción, en toda Europa, tiene un carácter marcadamente agrario. Francia, en donde los latifundistas conservan una fuerza política mayor, se convierte en centro reaccionario mundial. Los conservadores de todos los países se orientan hacia Francia y de ahí reciben sus órdenes. En Italia esta sumisión, debido a la mayor depresión general del país y por el mayor envilecimiento de las clases gobernantes, se manifiesta, en formas más brutales. Hemos visto a la *Stampa*. junto a lodos los demás diarios giolittianos, participar en la maniobra de los conservadores franceses para la caída de Briand durante la conferencia de Washington (publicación del telegrama de Pertinax sobre el incidente Briand-Sclianzer).[2] Hemos visto a la democracia giolittiana derribar al ministro Bonomi para posponer la conferencia de Génova, según los objetivos del señor Poincaré. ¿Pero acaso los nittianos actuarían diferentemente? El creador de la guardia real por decreto-ley, ciertamente lograría salvar las formas más que el señor Giolitti, pero su política no sería fundamentalmente distinta de la del viejo de Dronero.

## LA EXPERIENCIA DE LOS METALÚRGICOS A FAVOR DE LA ACCIÓN GENERAL[*]

El conflicto en que se encuentra actualmente empeñado el proletariado metalúrgico alcanza, por su dureza y su extensión, el nivel de las grandes luchas del pasado. El proletariado metalúrgico fue el primero, después del armisticio, en conquistar las ocho horas. El proletariado metalúrgico fue también el primero en conquistar para el obrero mejores condiciones de existencia en la fábrica y también el primero en sufrir el ataque inicial de la ofensiva industrial. Después de las jornadas de septiembre, arriadas las banderas rojas de las chimeneas de las fábricas, regresaron a éstas los patrones y ciertamente no con propósitos de conciliación con la clase obrera, que había intentado expropiarlos. Sería estúpido pretender que los capitalistas creen fáciles condiciones para la lucha de los obreros y que no piensen sobre todo en restaurar su propio poder, cuando éste se halla amenazado en sus bases. ¿Que podía suceder en las fábricas después de septiembre? Debía preverse: septiembre no fue para los obreros una victoria, sino una derrota. Como en todos los ejércitos que se repliegan, era misión de los dirigentes obreros preparar la retirada de forma que ésta no se realizase en desorden, que no provocase pánico en las filas de los combatientes. Llevada a cabo con habilidad, la retirada debía detenerse en una línea de defensa, a cuya

fortificación debían consagrarse todos los esfuerzos en la retaguardia. Por el contrario, después de septiembre la clase obrera ha sido abandonada a sí misma; se ha encontrado frente a las más difíciles situaciones sin una consigna precisa que le indicase la vía a seguir. La retirada de los obreros, producida inicialmente en el mayor desorden, no podía dejar de tener consecuencias funestas para la vida de las organizaciones, En efecto, surgieron las primeras luchas contra los despidos. Los metalúrgicos comprendieron que desde ese momento era preciso frenar la retirada y resistir a la presión del enemigo. Soportar los despidos, como querían los industriales, significaba prepararse en breve plazo a una disminución de salarios. La lucha aparecía como una necesidad urgente de defensa para todo el proletariado. Sin querer todavía indagar aquí lo que mil veces hemos expuesto, nos contentaremos con señalar que los obreros metalúrgicos fueron dejados solos ante el combate y también esta vez tuvieron que replegarse. Los despidos se produjeron, pero los patrones no estaban satisfechos aún con la fuerza reconquistada en las fábricas. Querían afirmar su poder de manera aún más brutal, y pensaban en nuevas humillaciones que infligir a la clase obrera. Y así les llegó el turno a los salarios. Los metalúrgicos resisten: en muchas partes se cruzan de brazos, firmes y decididos a combatir.

Pero también esta vez a los obreros les falta una consigna, puesto que se encuentran nuevamente desligados, inciertos en la lucha. Y los industriales, abusando de su fuerza, rompen los acuerdos, llevan a cabo reducciones de salarios, violan incluso las ocho horas. Sin embargo, esta situación no ha sido legalizada por ningún convenio. Los industriales siguen sintiéndose ligados por un contrato, por más que ya no lo respeten. Y por eso quieren que la organización reconozca este estado de hecho y dan la batalla por la abolición del subsidio debido al aumento del costo de la vida que debía incluirse en los nuevos contratos de trabajo. La lucha deja de ser subterránea y se hace visible, deja de ser tácita y estalla en toda su crudeza. En este punto la organización no puede seguir ignorando que se han hecho reducciones de salarios y que los industriales, después de romper los contratos, quieren ahora legitimar este estado de cosas establecido mediante la violencia. Para la organización el problema es uno solo: ¿consentir o luchar? Un año de experiencia del proletariado metalúrgico, al cual van ligados los destinos de todas las demás categorías obreras, demuestra que hoy ya no es posible posponer la lucha. Los industriales ya no respetan ningún contrato: actúan según lo fuertes que se sienten. La organización no puede ni siquiera confiar en los acuerdos que ella misma estipula con la partí; patronal, si ésta no se

hace consciente de su fuerza. La lucha es el único medio que queda a los obreros y a la organización, para poner un límite a la retirada de septiembre. Pero la lucha no debe ser entendida como el esfuerzo de una categoría. La realidad de estos meses ha demostrado hasta qué punto es falaz la táctica de conducir escalonadamente los obreros a la lucha. Los textiles, los obreros químicos, los metalúrgicos de Lombardía, de Liguria, de la Venecia Giulia saben lo que les ha costado el haber luchado solos contra la clase patronal. Ninguna propaganda por el frente único ha sido mejor que la hecha en estos últimos meses por la realidad de los acontecimientos mismos. Han caído diversos ministerios, se ha creído encontrar un límite a las pretensiones industriales, nombrando una comisión especial de investigación, pero todas las promesas, todos los intentos se han resuelto en este terreno en perjuicio de los obreros. Así pues, la realidad ha persuadido al proletariado de la necesidad de la lucha general. Bajo el impulso de esta convicción, penetrada en la conciencia de los obreros, incluso los más adversos al frente único han tenido que modificar su posición y orientarse, de buen o mal grado, hacia la acción de todas las fuerzas obreras, alineadas en un frente de lucha único. La misma fuerza sugestiva de la unidad ha dado origen en Italia al organismo de la Alianza del Trabajo, en el que los obreros tienen puestas hoy todas sus esperanzas de lucha. La Alianza del Trabajo es como la nueva fortaleza, en la cual la clase obrera espera hallar finalmente la razón de su seguridad. Por ello es muy importante la tarea de la Alianza del Trabajo en este momento decisivo para la vida del proletariado italiano. Los metalúrgicos de Piamonte y Lombardía, al solicitar la intervención de la Alianza del Trabajo, no lo han hecho de ninguna manera como una forma de amenaza, para obtener un acto de solidaridad muy vago, sino con la firme convicción de que sólo combatiendo bajo la bandera de la unidad proletaria es posible hoy hacer frente a la ofensiva patronal. Si esto no es comprendido por quienes tienen la responsabilidad de la destrucción definitiva de la clase obrera, ésta tiene todo el derecho de pedirles cuentas el día de mañana, haciéndoles expiar con sangre las culpas de vileza y de traición.

Todo está hoy a favor de la lucha general: la experiencia del pasado y la realidad presente, la voluntad de las masas y las condiciones de vida que querría imponerle a la clase patronal. No comprender esto, oponerse incluso hoy a la unidad de las fuerzas obreras, impedir con vanos compromisos su realización, significa hacerse culpables de un delito que en la historia se paga en forma personal.

# LOS ORÍGENES DEL GABINETE MUSSOLINI[*]

Los elementos de la crisis italiana, que ha tenido una solución violenta con la llegada del fascismo al poder, pueden resumirse brevemente de la siguiente manera.

La burguesía italiana ha conseguido organizar su Estado no tanto mediante su propia fuerza intrínseca sino por haber sido favorecida en su victoria sobre las clases feudales y semifeudales por toda una serie de circunstancias de orden internacional (la política de Napoleón III en 1852-60, la guerra austro-prusiana de 1866, la derrota de Francia en Serdán y el desarrollo que siguió, a consecuencia de este acontecimiento, el imperio alemán). El Estado burgués ha evolucionado así más lentamente y siguiendo un proceso que no es dado observar en muchos otros países. El régimen italiano no superaba en vísperas de la guerra los límites del puro régimen constitucional; no se había producido aún la división de los poderes; las prerrogativas parlamentarias eran muy limitadas; no existían grandes partidos políticos parlamentarios. En aquel momento la burguesía italiana debía defender la unidad e integridad del Estado contra los repetidos ataques de las fuerzas reaccionarias, representadas sobre todo por la alianza de los grandes propietarios de tierras con el Vaticano. La gran burguesía industrial y comercial, guiada por Giovanni Giolitti, trató de resolver el problema con una alianza de todas las clases urbanas (la primera propuesta de colaboración gubernamental fue hecha en Turati en los primeros años del siglo XX) con la clase de los jornaleros agrícolas; no se trataba sin embargo, de un progreso parlamentario; se trataba más bien de concesiones paternalistas de orden inmediato que el régimen hacía a las masas trabajadoras organizadas en sindicatos y cooperativas agrícolas.

La guerra mundial arrasó todos estos intentos. Giolitti, de acuerdo con la Corona, se comprometió en 1912 a actuar al lado de Alemania en la guerra de 1914 (el acuerdo militar firmado en Berlín en 1912 por el general Pollio, jefe de estado mayor italiano, entró en vigor exactamente el 2 de agosto de 1914; el general se suicidó durante el periodo de neutralidad italiana, apenas la Corona se mostró favorable a la nueva orientación política pro *Entente*). Giolitti fue violentamente desplazado por los nuevos dirigentes, representantes de la industria pesada, de la gran propiedad agrícola y del estado mayor, que incluso llegó a urdir una conjura para hacerlo asesinar.

Las nuevas fuerzas políticas, que debían hacer su aparición después del armisticio, se consolidaron durante la guerra. Los campesinos se reagruparon

en tres organizaciones muy poderosas: el partido socialista, el partido popular (católico) y la asociación de excombatientes. El partido socialista organizaba a más de un millón de braceros agrícolas y de medieros en Italia central y septentrional; el partido popular agrupaba otros tantos pequeños propietarios y campesinos medianos en las mismas zonas; las asociaciones de excombatientes se desarrollaron sobre todo en Italia meridional y en las regiones atrasadas que no tenían tradiciones políticas. La lucha contra los grandes terratenientes se intensificó muy rápidamente en todo el territorio italiano: las tierras fueron invadidas, los propietarios tuvieron que emigrar a las cabezas de distrito de las regiones agrícolas, a Bolonia, Florencia, Bari, Nápoles; a partir de 1919 estos últimos comenzaron a organizar escuadras de burgueses para luchar contra la “tiranía de los campesinos” en las zonas rurales. A este inmenso levantamiento de las clases trabajadoras en las zonas rurales le faltaba una consigna clara y precisa, una orientación única, decidida y determinada, un programa político concreto.

El partido socialista hubiera debido dominar la situación, pero se la dejó quitar de las manos. El sesenta por ciento de los afiliados al partido eran campesinos; entre los 150 diputados socialistas en el Parlamento, 110 habían sido elegidos en las zonas rurales; de 2 500 administraciones comunales conquistadas por el Partido Socialista italiano, 2 000 eran exclusivamente campesinas; cuatro de cada cinco cooperativas administradas por los socialistas eran cooperativas agrícolas. El partido socialista reflejaba en su ideología y en su programa el caos que reinaba en el campo: toda su actividad se reducía a declamaciones maximalistas, a declaraciones ruidosas en el Parlamento, a fijar manifiestos en las paredes, a cantos y fanfarrias. Todos los intentos hechos en el interior del partido socialista por imponer las cuestiones obreras y la ideología proletaria fueron combatidos encarnizadamente con las armas más desleales; así, en la sesión del consejo nacional socialista celebrada en Milán en abril de 1920, Serrati llegó a decir que la huelga general que acababa de estallar en Piamonte, y que era apoyada por obreros de todas las categorías, había sido provocada artificialmente por agentes irresponsables del gobierno de Moscú.

En marzo de 1920, las clases propietarias comenzaron a organizar la contraofensiva. El 7 de marzo fue convocada en Milán la primera conferencia nacional de los industriales, que creó la Confederación General de la Industria Italiana. En el curso de esta conferencia se elaboró un plan preciso y completo de la acción capitalista unificada; todo estaba previsto en él, desde la organización disciplinada y metódica de la clase de los fabricantes y los

comerciantes hasta el estudio minucioso de todos los instrumentos de lucha contra los sindicatos obreros, hasta la rehabilitación política de Giovanni Giolitti. En los primeros días de abril la nueva organización obtuvo ya su primer triunfo político: el partido socialista declaraba anárquica e irresponsable la gran huelga de Piamonte que había estallado en defensa de los consejos de fábrica y para obtener el control obrero de la industria; el partido amenazó con disolver la sección de Turín, que había dirigido la huelga. El 15 de junio Giolitti formaba su ministerio de compromiso con los agrarios y con el estado mayor, representado por Bonomi, ministro de la guerra. Comenzó entonces un febril trabajo de organización revolucionaria frente a la amenaza de ocupación de las fábricas, prevista incluso por los dirigentes reformistas reunidos en la conferencia de la federación de obreros metalúrgicos (FIOM), que se celebró en Génova en el mismo año. En julio, el ministerio de la guerra, con Bonomi a su cabeza, inició la desmovilización de cerca de 60 000 oficiales del modo siguiente: los oficiales desmovilizados conservaban cuatro quintos de su paga; en su mayor parte fueron enviados a los centros políticos más importantes, con la obligación de afiliarse a los "*fasci* de combate"; estos últimos habían permanecido hasta aquel momento como una pequeña organización de elementos socialistas, anárquicos, sindicalistas y republicanos, favorables a la participación de Italia en la guerra del lado de la Entente. El gobierno Giolitti hizo esfuerzos enormes para aproximar la confederación de la industria a las asociaciones de agrarios, especialmente a aquellas de Italia central y septentrional. En este periodo fue cuando aparecieron las primeras escuadras armadas de fascistas y cuando se produjeron los primeros episodios terroristas. Pero la ocupación de las fábricas por parte de los obreros metalúrgicos tuvo lugar en un momento en el que todo este trabajo estaba en gestación; el gobierno Giolitti se vio obligado a adoptar una actitud conciliadora y recurrir a una cura homeopática más bien que a una operación quirúrgica.

# NUESTRA ORIENTACIÓN SINDICAL[*]

En el *Sindicato Rosso* del 15 de septiembre el compañero Nicola Vecchi[1] vuelve a plantear una de sus viejas tesis: “Es preciso constituir un organismo nacional sindical de clase, autónomo e independiente de todos los partidos y transitoriamente independiente de todas las Internacionales”.

¿Cuál debe ser nuestra actitud ante semejante proposición? ¿Cuál debe ser la directiva de propaganda de los comunistas para canalizar en medio de las masas posibles corrientes de opinión de acuerdo con la tesis del compañero Vecchi? ¿Cuál es, concretamente, en la actual situación, nuestra orientación sindical; es decir, de qué manera pretendemos mantenernos en contacto con las grandes masas proletarias, para interpretar sus necesidades, para resumir y concretar su voluntad, para ayudar al proceso de desarrollo del proletariado hacia su emancipación, que continúa a pesar de todas las represiones y toda la violencia de la oprobiosa tiranía fascista?

Nosotros estamos, *por principio*, contra la creación de nuevos sindicatos. En todos los países capitalistas el movimiento sindical se ha desarrollado en un sentido determinado, dando lugar al nacimiento y progresivo desarrollo de una determinada gran organización, que se ha encarnado en la historia, la tradición, los hábitos, los modos de pensar de la gran mayoría de las masas proletarias. Cada intento hecho por organizar aparte los elementos sindicales revolucionarios ha fracasado y sólo ha servido para fortalecer las posiciones hegemónicas de los reformistas en la gran organización. ¿Qué ventajas han obtenido los sindicalistas en Italia de la creación de la Unión Sindical? No han logrado influir más que parcialmente y sólo en forma episódica en la masa de los obreros industriales, esto es, en la clase más revolucionaria de la población trabajadora. Durante el periodo que va desde el asesinato de Umberto I hasta la guerra libia, han conquistado la dirección de grandes masas agrarias de la llanura paduana y de las Puglias, obteniendo este único resultado: estas masas, apenas acabadas de entrar en el campo de la lucha de clases (en aquel periodo precisamente se verificó una transformación de los cultivos agrícolas que aumentó en cerca del 50 por ciento la masa de jornaleros), se alejaron ideológicamente del proletariado de las fábricas y, sindicalistas anárquicos hasta la guerra libia, esto es, en el periodo en el que el proletariado se radicalizaba, se convirtieron en reformistas, constituyendo después del armisticio y hasta la ocupación de las fábricas la masa pasiva de

maniobra que los dirigentes reformistas, en cada ocasión decisiva, lanzaban en contra de la vanguardia revolucionaria.

El ejemplo norteamericano es aún más característico y significativo que el ejemplo italiano. Ninguna organización ha llegado al nivel de abyección y de servilismo contrarrevolucionario de la organización de Gompers. ¿Pero acaso esto quería decir que los obreros norteamericanos eran abyectos y siervos de la burguesía? Ciertamente no, aunque permanecían adheridos a la organización tradicional. Los IWW[2] (sindicalistas revolucionarios) fracasaron en su intento de conquistar desde el exterior a las masas controladas por Gompers, se apartaron de éstas, se hicieron masacrar por las guardias blancas. Al contrario, el movimiento dirigido por el compañero Foster,[3] dentro de la federación norteamericana del trabajo, con consignas que interpretaban la situación real del movimiento y los sentimientos más profundos de los obreros norteamericanos, conquista un sindicato tras otro y muestra claramente hasta qué punto es débil e incierto el poder de la burocracia de Gompers.

Así pues, nosotros estamos por principio contra la creación de nuevos sindicatos. Los elementos revolucionarios representan a la clase en su conjunto, son el aspecto más altamente desarrollado de su conciencia a condición de que permanezcan con las masas, que compartan sus errores, sus ilusiones, sus desengaños. Si una arden de los dictadores reformistas obligase a los revolucionarios a salir de la Confederación General del Trabajo y a organizarse aparte (lo que naturalmente no puede excluirse), la nueva organización debería presentarse y ser verdaderamente dirigida para el fin único de obtener la reintegración, de obtener nuevamente la unidad entre la clase y su vanguardia más consciente.

La Confederación General del Trabajo en su conjunto representa aún a la clase obrera italiana. Pero ¿cuál es el actual sistema de relaciones entre la clase obrera y la confederación? Responder exactamente a esta pregunta quiere decir, a mi juicio, encontrar la base concreta de nuestro trabajo sindical, y por lo tanto establecer nuestra función y nuestras relaciones con las grandes masas.

La Confederación General del Trabajo ha sido reducida, como organización sindical, a sus límites mínimos, tal vez a un décimo de su potencialidad numérica de 1920. Pero la fracción reformista que dirige la confederación ha conservado casi intactos sus cuadros organizativos, ha mantenido en el puesto de trabajo a sus militantes más activos, más inteligentes, más capaces y que, digamos francamente la verdad, saben

trabajar mejor, con mayor tenacidad y perseverancia que nuestros compañeros.

Una gran parte, la casi totalidad de los elementos revolucionarios que en años pasados habían adquirido capacidades organizativas y directivas y hábitos de trabajo sistemático han sido asesinados, o han emigrado, o están dispersos.

La clase obrera es como un gran ejército que ha sido privado de golpe de todos sus oficiales subalternos; en un ejército semejante sería imposible mantener la disciplina, la solidaridad, el espíritu de lucha, la unidad de orientación, con la única existencia de un estado mayor. Toda organización es un conjunto articulado que funciona sólo si existe una relación numérica proporcional entre las masas y los dirigentes. Nosotros no tenemos cuadros, no tenemos enlaces, no tenemos servicios para abarcar con nuestra influencia a la gran masa, para potenciarla, para volver a convertirla en un instrumento eficaz de lucha revolucionaria. Los reformistas están en condiciones infinitamente mejores que nosotros en este aspecto y aprovechan hábilmente su situación.

La fábrica sigue subsistiendo y organiza naturalmente a los obreros, los agrupa, los pone en contacto. El proceso de producción ha mantenido su nivel de los años 1919-20, caracterizado por una función cada vez mayor del capitalismo y por lo tanto por una importancia del obrero cada vez más decisiva. El aumento de los precios de costo, determinado por la necesidad de mantener permanentemente movilizados a 500 000 capataces fascistas, no es ciertamente una prueba brillante de que el capitalismo haya reconquistado su juventud industrial. Así pues, el obrero es naturalmente fuerte en la fábrica, es concentrado y organizado en la fábrica. Por el contrario, está aislado, disperso y es débil fuera de la fábrica.

En el periodo anterior a la guerra imperialista se daba la relación inversa. El obrero estaba aislado en la fábrica y era agrupado fuera de ella: desde el exterior presionaba para obtener una mejor legislación laboral, para disminuir el horario de trabajo, para conquistar la libertad industrial.

La fábrica obrera está representada hoy por la comisión interna. De inmediato surge espontáneamente la pregunta: ¿por qué los capitalistas y los fascistas, que quisieron la destrucción de los sindicatos, no destruyen también las comisiones internas? Es un hecho que en casi todas las fabricas italianas se ha conseguido esto: que exista una sola comisión interna; que todos los obreros, y no sólo los organizados, voten en las elecciones de la comisión interna. Así pues, toda la clase obrera está hoy organizada en las comisiones

internas que han perdido así definitivamente su carácter estrictamente corporativo.

Ésta es, objetivamente, una gran conquista de enorme significación: sirve para indicar que, a pesar de todo, en el dolor y bajo la opresión de la bota de hierro de los mercenarios fascistas, la clase obrera, aunque sea molecularmente, evoluciona hacia la unidad, hacia una mayor homogeneidad organizativa.

¿Por qué los capitalistas y los fascistas han permitido y siguen permitiendo que se haya formado y permanezca semejante situación? Para el capitalismo y para el fascismo es necesario que la clase obrera sea privada de su función histórica de guía de las otras clases oprimidas de la población (campesinos, especialmente del Mediodía y de las islas, pequeñoburgueses urbanos y rurales), es necesario que se destruya la organización externa a la fábrica y concentrada territorialmente (sindicatos y partidos) que ejerce una influencia revolucionaría en todos los oprimidos y quita al gobierno la base democrática del poder. Pero los capitalistas, por razones industriales, no pueden querer que sea destruida toda forma de organización: en la fábrica es posible la disciplina y la buena marcha de la producción sólo si existe al menos un mínimo de constitucionalidad, un mínimo de consenso por parte de los trabajadores.

Los fascistas más inteligentes, como Mussolini, están convencidos, ellos los primeros, de la no expansividad de su ideología "superior a las clases" más allá de los estrechos límites de aquel estrato pequeñoburgués que, no teniendo ninguna función en la producción, no tiene conciencia de los antagonismos sociales. Mussolini está convencido de que la clase obrera no perderá jamás su conciencia revolucionaria y juzga necesario permitir un mínimo de organización. Mantener, mediante el terror, dentro de límites estrechísimos a las organizaciones sindicales, significa dar el poder de la confederación a los reformistas; conviene que la confederación exista como embrión y que se inserte en un sistema esparcido de comisiones internas, de manera que los reformistas controlen a toda la clase obrera, sean los representantes de toda la clase obrera.

Ésta es la situación italiana, éste es el sistema de relaciones que existe hoy entre nosotros entre la clase proletaria y las organizaciones. Las indicaciones para nuestra táctica son claras:

1] trabajar en la fábrica para construir grupos revolucionarios que controlen las comisiones internas y las empujen a ampliar cada vez más su esfera de acción;

2] trabajar para crear enlaces entre las fábricas, para imprimir a la actual situación un movimiento que afirme la dirección natural de desarrollo de las organizaciones de fábrica: desde la comisión interna basta el consejo de fábrica. Sólo así nos mantendremos en el terreno de la realidad, en estrecho contacto con las grandes masas-

Sólo así, en el trabajo laborioso, en el crisol más ardiente de la vida obrera, conseguiremos recrear nuestros cuadros organizativos, hacer brotar de las grandes masas los elementos capaces, conscientes, plenos de ardor revolucionario por estar conscientes de su propio valor y de su indestructible importancia en el mundo de la producción.

## ¿QUÉ HACER?[*]

Queridos amigos de la *Voce*,

En el n. 10 (15 de septiembre) de la *Voce* he leído la interesante discusión entre el compañero G. P. de Turín y el compañero S. V. ¿Está cerrada la disensión? ¿Sería posible pedir que la discusión permanezca abierta durante muchos números más, e invitar a todos los jóvenes obreros de buena voluntad a participar en ella, manifestando, con sinceridad y honradez intelectual, sus opiniones sobre el tema?

### *Cómo se plantea el problema*

Comienzo yo, y afirmo sin más que, al menos a mi parecer, el compañero S. V. no ha planteado bien el problema y ha caído en algunos errores, gravísimos desde su mismo punto de vista.

¿Por qué ha sido derrotada la clase obrera italiana? ¿Por qué carecía de unidad? ¿Por qué el fascismo ha logrado derrotar, no sólo físicamente, sino también ideológicamente, al partido socialista que era el partido tradicional del pueblo trabajador italiano? ¿Por qué el partido comunista no se ha desarrollado rápidamente en los años 1921-22 y no ha logrado agrupar en torno suyo a la mayoría del proletariado y de las masas campesinas?

El compañero S. V. no se plantea estas preguntas. Responde a todas las angustiosas inquietudes que se manifiestan en la carta del compañero G. P. con la afirmación de que hubiera bastado la existencia de un verdadero partido revolucionario y que su organización futura bastará en el futuro, cuando la clase-obrera haya recuperado la posibilidad de movimiento. ¿Pero

es verdad todo esto o, al menos, en qué sentido y dentro de cuáles límites es verdad?

El compañero S. V. sugiere al compañero G. P. que no siga pensando dentro de determinados esquemas, sino que piense dentro de otros esquemas que no precisa. Es necesario precisar. Y esto es lo que resulta necesario hacer inmediatamente, éste debe ser el “principio” del trabajo para la clase obrera: es preciso hacer una despiadada autocrítica de nuestra debilidad, es preciso comenzar por preguntarse por qué hemos perdido, quiénes éramos, qué queríamos, a dónde queríamos llegar. Pero antes todavía es necesario hacer otra cosa (siempre se descubre que el inicio tiene siempre otro… inicio): es necesario establecer los criterios, los principios, las bases ideológicas de nuestra misma crítica.

*¿Tiene una ideología la clase obrera*

¿Por qué los partidos proletarios italianos han sido siempre débiles desde el punto de vista revolucionario? ¿Por qué han fracasado cuando debían pasar de la palabra a la acción? No conocían la situación en la que debían actuar, no conocían el terreno en el que habrían debido dar la batalla. Piensen esto: en más de treinta años de vida, el partido socialista no ha producido un libro que estudie la estructura económico-social de Italia. No existe un libro que estudie los partidos políticos italianos, sus vínculos de clase, su significado. ¿Por qué en el valle del Po el reformismo se arraigó tan profundamente? ¿Por qué el partido popular católico, tiene más éxito en la Italia septentrional y central que en la Italia del sur, donde sin embargo, la población está más atrasada y por lo tanto debería seguir más fácilmente a un partido confesional? ¿Por qué en Sicilia los grandes propietarios agrícolas son autonomistas y no lo son los campesinos, mientras que en Cerdeña son autonomistas los campesinos y no los grandes propietarios? ¿Por qué en Sicilia, y no en otro lugar, se ha desarrollado el reformismo de los De Felice, Drago, Tasca de Cutò y similares? ¿Por qué en la Italia del sur ha habido una lucha armada entre fascistas y nacionalistas que no se ha dado en otras partes? Nosotros no conocemos Italia. Peor aún: carecemos de los instrumentos adecuados para conocer Italia tal como es realmente, y por lo tanto estamos en la casi imposibilidad de hacer previsiones, de orientarnos, de establecer líneas de acción que tengan cierta posibilidad de ser exactas. No existe una historia de la clase obrera italiana. No existe una historia de la clase campesina. ¿Qué importancia tuvieron los sucesos de Milán del 98? ¿Qué enseñanza nos

dejaron? ¿Qué importancia tuvo la huelga general de Milán de 1904? ¿Cuántos obreros saben que allí, por primera vez, se afirmó explícitamente la necesidad de la dictadura proletaria? ¿Qué significado ha tenido en Italia el sindicalismo? ¿Por qué ha tenido éxito entre los obreros agrícolas y no entre los obreros industriales? ¿Qué valor tiene el partido republicano? ¿Por qué donde hay anarquistas hay también republicanos? ¿Qué importancia y qué significado ha tenido el fenómeno del paso de elementos sindicalistas al nacionalismo antes de la guerra de Libia y la repetición del fenómeno a escala mayor para el fascismo?

Basta plantearse estas preguntas para darse cuenta de que somos completamente ignorantes, que estamos desorientados. Parece como si en Italia nunca se hubiera pensado, ni estudiado, ni investigado. Parece como si Ja clase obrera italiana nunca hubiera tenido una concepción propia sobre la vida, la historia, el desarrollo de la sociedad humana. Y sin embargo, la clase obrera sí tiene una concepción propia: el materialismo histórico; y sin embargo, la clase obrera ha tenido grandes maestros (Marx, Engels) que han demostrado cómo deben examinarse los hechos, las situaciones, y cómo de) examen se extraen las orientaciones para la acción.

Ésta es nuestra debilidad, ésta es la razón principal de la derrota de los partidos revolucionarios italianos: no haber tenido una ideología, no haberla difundido entre las masas, no haber fortalecido las conciencias de los militantes con certidumbres de carácter moral y psicológico. ¿Cómo asombrarse de que algunos obreros se hayan hecho fascistas? Cómo asombrarse de esto, si el mismo S. V. dice en cierto punto: “¿Quién sabe sí incluso nosotros, convencidos, podríamos volvernos fascistas?” (Estas afirmaciones no se nacen ni siquiera en broma, ni siquiera como hipótesis… de propaganda). ¿Cómo asombrarse de esto, sí en otro artículo del mismo número de la *Voce*, se dice: “Nosotros no somos anticlericales”? ¿No somos anticlericales? ¿Qué significa esto? ¿Qué no somos anticlericales en el sentido masónico, desde el punto de vista racionalista de los burgueses? Es preciso decirlo, pero es preciso decir que nosotros, la clase obrera, somos anticlericales por cuanto somos materialistas, que nosotros tenemos una concepción del mundo que supera a todas las religiones y a todas las filosofías surgidas hasta ahora en el terreno de la sociedad dividida en clases. Pero por desgracia… la concepción no la tenemos, y ésta es Ja razón de todos estos errores teóricos, que tienen además un reflejo en la práctica, y que nos han conducido a la derrota y a la opresión fascista.

*El inicio… ¡del inicio!*

¿Qué hacer entonces? ¿Por dónde comenzar? Veamos: a mí juicio es preciso comenzar precisamente por esto, por el estudio de la doctrina que es propia de la clase obrera, que es la filosofía de la clase obrera, que es la sociología de la clase obrera, por el estudio del materialismo histórico, por el estudio del marxismo. He aquí un objetivo inmediato para los grupos de amigos de la *Voce*: reunirse, comprar libros, organizar lecciones y conversaciones sobre este tema, formarse criterios sólidos de investigación y de examen y criticar el pasado, para ser más fuertes en el futuro y vencer.

La *Voce* debería ayudar en todas las formas posibles, publicando esquemas de lecciones y de conversaciones, dando indicaciones bibliográficas racionales, respondiendo a las preguntas de los lectores, estimulando su buena voluntad. Cuanto menos se haya hecho basta ahora, más necesario resulta hacerlo, y con la máxima rapidez posible. Los hechos apremian: la pequeña burguesía italiana, que puso en el fascismo sus esperanzas y su fe, ve cómo cada día que pasa va derrumbándose su castillo de naipes. La ideología fascista ha perdido su expansividad, incluso pierde terreno; despuntan nuevamente los primeros albores de la nueva jornada proletaria.

## PARLAMENTARISMO Y FASCISMO EN ITALIA[*]

El 10 de diciembre fue promulgado un decreto real, que puso fin a la sesión parlamentaria abierta en mayo de 1921: aún no se sabe si el cierre de la sesión significa también el cierre de la legislatura. Esto dependerá menos de la situación política general que de la situación interna del partido fascista.

En el momento en que escribimos, en todos los *fasci* locales, bajo el control de los prefectos y la vigilancia directa de los carabineros, están en curso las elecciones de los nuevos dirigentes del partido. Si las elecciones, como es probable, dadas las medidas preventivas del gobierno y del comité central provisional del partido fascista, tienen como resultado la victoria del mussolinismo, las elecciones se celebrarán la próxima primavera. Si el gobierno tiene la certeza de poder establecer listas relativamente homogéneas de candidatos fascistas, y de hacer elegir a una mayoría de la cual no deba temer, una vez celebradas las elecciones, situaciones imprevistas, le será más fácil reducir al mínimo la oposición y obtener un voto popular clamoroso a favor de los nuevos amos del país. El gobierno ha empezado ya a tomar medidas a fin de que la voluntad popular pueda manifestarse sobre bases

ampliadas: para comenzar, ha suprimido aquel poco de prensa legal que aún le quedaba al partido comunista.

La legislatura que está por concluir ha visto la liquidación progresiva de todos los partidos tradicionales de la gran y pequeña burguesía. Se abrió bajo el gobierno Giolitti que, con el brillante concurso de D'Aragona, Turati y Modigliani, consiguió poco después hacer restituir a los capitalistas las fábricas ocupadas por los obreros metalúrgicos. Al principio la cámara no contaba más que con un grupito de una treintena de fascistas; en una de sus últimas votaciones se ha mostrado dispuesta a renovar los plenos poderes a Mussolini con una mayoría aplastante, en la cual entraron incluso los votos del grupo parlamentario del partido popular.

Nunca, en ningún Estado burgués, se había visto caer tan bajo a una asamblea legislativa. Nacida para sofocar bajo una avalancha de boletas electorales, la guerra civil que en mayo de 1921 se había desencadenado con extraordinaria violencia en toda Italia, esta cámara sólo ha servido para demostrar la incapacidad absoluta de la democracia frente al fascismo, al cual la cámara ni siquiera ha logrado impedir dar apariencia de legalidad a un golpe de fuerza ejecutado con ayuda de elementos de derecha.

A decir verdad, debe reconocerse retrospectivamente que los tres gobiernos que precedieron el ascenso del fascismo al poder tenían la buena intención de obstaculizar el desarrollo del movimiento fascista y de restablecer una cierta legalidad democrática. Giolitti se engañó pretendiendo tratar el morbo fascista con la misma cura homeopática usada en septiembre de 1920 contra los obreros. Después de separar fácilmente a D'Annunzio del fascismo, creyó poder controlar a este último amenazando a Mussolini con revelaciones sensacionales. No obstante su decreto de julio de 1921, que elevó hasta los límites del absurdo las tarifas aduanales haciendo grandes concesiones a los capitalistas y a los agrarios, Giolitti fue obligado a batirse en retirada por la voluntad irreductible de la derecha reaccionaria.

El gabinete Bonomi que le sucedió pareció aún más decidido: en Sarzana los carabineros, en Módena la guardia regia dispararon sobre algunas docenas de fascistas que habían intentado suplantar a las autoridades legales. Pero frente a la ofensiva inmediata de la reacción que empujó al suicidio al general D'Amelio, comandante de la guardia regia, el gobierno Bonomi, viéndose privado de todos los medios, no pudiendo ya ni siquiera emplear las fuerzas armadas para garantizar la seguridad personal de los diputados antifascistas, se limitó a crear, bajo cuerda y con el concurso de los nittianos y de los

reformistas del grupo Modigliani, una organización armada de tipo fascista, la de los “*arditi* del pueblo”.

Así cayó también el gabinete Bonomi tras haber logrado, con sus medidas a medias, hacer más decisiva la avanzada fascista. El tercer gabinete, el de Facta, coronó la obra de sus dos predecesores. Facta, un abogaducho de provincia, Giolitti, un político insignificante, debían enmascarar las grandes maniobras estratégicas de la democracia, defendida por un grupo considerable de industriales y banqueros de la Italia del norte, para sofocar, de ser necesario con ayuda del ejército, al fascismo. Pero evidentemente era demasiado tarde: las fuerzas de que disponía la democracia eran insuficientes. Hacia mediados de 1922, el gobierno Facta trató de reducir los efectivos de los carabineros —que estaban bajo el control directo del ministro de la guerra, el agrario fascista príncipe Di Scalea— para hacer pasar a la mitad de ellos, cerca de 30 000, a la guardia regia, subordinada a la dirección general de policía, entonces en manos de los giolittianos. Hacia mediados de octubre el jefe de estado mayor, general Badoglio, creía poder afirmar aún que el fascismo podía ser liquidado en quince días con los medios ordinarios de la policía y el ejército.

Los periódicos anunciaron para el 4 de noviembre (1922) un gran discurso de Gabriele D’Annunzio en Roma, del cual se decía que provocaría, paralelamente a la acción de los generales giolittianos, un “movimiento de masas”. Pero los fascistas estaban en condiciones de parar, tanto desde el punto de vista político como desde el militar, el golpe preparado. Consiguieron engañar incluso a Giolitti, al cual dejaron creer que la crisis inminente podía ser conjurada mediante una solución parlamentaria; se hablo de constituir un nuevo gobierno en el que no debían entrar más de tres o cuatro fascistas. Igualmente consiguieron atemorizar al rey, separarlo de Facta y de Giolitti y, aprovechando la confusión provocada por estas maniobras políticas, el 29 de noviembre hicieron marchar sus tropas sobre la capital.

La mayoría parlamentaria que había sido favorable a la política de los giolittianos contra el fascismo e incluso, en rigor, a la formación de un gobierno de izquierda, abierta y decididamente antifascista, cayó súbitamente de rodillas bajo el torniquete de Mussolini: le concedió los plenos poderes que ya él se había tomado; encajó, sin pestañear, los insultos de los triunfadores; no esbozó ni el más mínimo gesto de protesta contra los métodos de intimidación y de venganza personal del nuevo gobierno. Estos excesos alcanzaron su punto culminante con el saqueo de la casa de Nitti y con el

intento de asesinato del mismo hombre político en vísperas de la renovación de los plenos poderes a Mussolini.

Obviamente, esta situación en el Parlamento italiano ha tenido repercusiones de diversa naturaleza en la pequeña fracción revolucionaria de la cámara. Las medidas adoptadas por el comité ejecutivo del partido comunista contra el compañero Bombacci son muy significativas a este propósito, Bombacci consideró necesario emplear con el gobierno fascista, en ocasión de la disensión sobre las relaciones comerciales entre Italia y Rusia, un lenguaje banalmente cortés y digno de un politicastro de pequeño calibre. Sin embargo, la situación imponía claramente a todo representante del proletariado revolucionario, una actitud determinada. Después de año y medio de tergiversaciones, el gobierno italiano se decidió a someter a la cámara un proyecto de acuerdo comercial con Rusia que, aun constituyendo un gran progreso sobre el proyecto precedente, no implicaba todavía el reconocimiento de jure de la República de los soviets, aunque el consejo de comisarios del pueblo se hubiese negado a ratificar el tratado anterior, precisamente porque no incluía el reconocimiento de jure. El gobierno fascista, entrando en esta nueva fase de las negociaciones, cedió ante la presión ejercida por los capitalistas italianos, los cuales, ante el naufragio inminente del capitalismo alemán, veían amenazado el equilibrio económico europeo y veían surgir nuevos peligros económicos y políticos del lado de Francia. La política francesa tendía, en efecto, a imponer a Italia una especie de vasallaje. Los tratados entre Italia y Rusia, en este momento, están inspirados mucho más por el deseo de ejercer una presión sobre Francia e Inglaterra que por la voluntad real de establecer relaciones comerciales con la República de los soviets.

Así pues, el terreno era extraordinariamente favorable para una ofensiva comunista que debía establecer de forma inequívoca:

1] el fracaso de la política exterior del gobierno fascista que, estrechamente ligado a Francia, contribuyó a provocar la catástrofe económica de Alemania y, en consecuencia, el sometimiento de Italia a Francia.

2] la política seguida por la Confederación General de la Industria Italiana contra el gobierno fascista y la manera como éste fue obligado a aceptar el punto de vista de los industriales;

3] la función antimperialista de la República de los soviets y la necesidad, para las naciones económicamente débiles que deseen salvaguardar su

independencia, de encontrar un terreno de colaboración económica y política con la Unión Soviética.

Los capitalistas, a través del órgano del señor Olivetti, secretario general de la confederación industrial, sostenían que las nuevas negociaciones con Rusia no habían alcanzado los resultados actuales sólo porque en Rusia el capitalismo ha sido "completamente restablecido", porque los mismos bolcheviques demuestran que la civilización moderna significa y no puede significar más que *régimen capitalista*.

El compañero Bombacci, en vez de llevar a la discusión la voz orgullosa y digna del proletariado internacional, victorioso en Rusia donde conserva firmemente el poder en sus manos, dejando sobrevivir por propia conveniencia algunas formas de economía privada que no representan más que una ínfima parte de la economía nacional, se rebajó hasta la adulación de la revolución fascista y de la manía de grandeza de Mussolini, con lugares comunes de una banalidad desconsoladora. Es oportuno recordar ahora que, ya desde los comienzos de la participación en la vida parlamentaria de la fracción fascista, los obreros vieron con dolor y asombro que Bombacci no sabía tener con estos individuos, cuyas manos están manchadas de sangre proletaria, otras relaciones que las marcadas por una deplorable cordialidad.

La amistosa cortesía de Bombacci con respecto a sus "colegas" fascistas ha sido ampliamente explotada por los periódicos oportunistas en sus polémicas contra nuestro partido. En una reciente reunión fascista, el secretario general del *fascio*, Giunta, hablando de la "curiosa costumbre" de Bombacci, llegó al punto de proponer, medio en serio y medio en broma, que se concediera a Bombacci el carnet de afiliación al partido de Mussolini.

El Partido Comunista Italiano debía poner término a este espectáculo indecoroso provocado por la debilidad e incapacidad de un compañero enviado a la cámara por el heroico proletariado de Trieste para que hiciera parlamentarismo revolucionario…

# EL FRACASO DEL SINDICALISMO FASCISTA[*]

La conferencia de los dirigentes de la industria italiana y de los principales exponentes del sindicalismo fascista, celebrada el 19 de diciembre pasado en Roma, bajo los auspicios y en presencia del presidente del consejo, Mussolini, ha dado reconocimiento formal al fracaso del programa y los métodos del fascismo en el terreno sindical.

Todos recuerdan los intentos desesperados del fascismo, antes y después de llegar al poder, para crear un movimiento sindical a su servicio. Todos recuerdan igualmente cómo estos intentos, aun habiendo dado resultados relativamente positivos entre los trabajadores agrícolas, fracasaron completamente entre los obreros. Ha sido fácil para los fascistas, dadas las condiciones de vida y de trabajo de los campesinos pobres y de los braceros, dispersos en las aldeas y unidos únicamente por débiles vínculos sindicales, destruir las organizaciones socialistas de los trabajadores agrícolas y obligar a las masas trabajadoras de las zonas rurales a entrar en las corporaciones fascistas mediante el terror y el boicot económico.

Las cosas han tomado un giro totalmente distinto con los empleados industriales, exceptuando a los ferrocarrileros, expuestos a las medidas coercitivas del Estado, sobre cuyas cabezas pende siempre la amenaza del despido, y de los trabajadores portuarios que ya tenían una organización de carácter fundamentalmente corporativo, que dependía, en sus acciones, de la situación del tráfico marítimo, del movimiento de los puertos italianos que ofrecen grados desiguales de prosperidad, en relación directa con el balance de las exportaciones y las importaciones y las considerables compras periódicas de granos, carbón y café.

En las grandes ciudades industriales los fascistas solamente han logrado reunir grupos dispersos, constituidos siempre por desocupados y elementos criminales, a los cuales el carnet de afiliación al *fascio* les asegura la impunidad para los actos de sabotaje, los robos y actos de violencia contra los dirigentes de las fábricas. Para la política fascista, pues, era necesaria la conquista de las masas proletarias.

El gobierno fascista puede mantenerse en el poder solamente haciendo la vida imposible a todas las organizaciones no fascistas. Mussolini ha establecido su poder sobre los estratos profundos de aquella pequeña burguesía que, no teniendo ninguna función en la producción e ignorando, por consiguiente, los antagonismos y las contradicciones que brotan del régimen

capitalista, creían firmemente que la lucha de clases era una invención diabólica de los socialistas y los comunistas. Toda la concepción “jerárquica” del fascismo nace de este espíritu pequeñoburgués. De ahí el concepto de una sociedad moderna constituida por una serie de pequeñas corporaciones organizadas bajo el control de la élite fascista, en la cual se hallan concentrados todos los prejuicios y todas las veleidades utópicas de la ideología pequeñoburguesa. De ahí la necesidad de crear un sindicalismo “Integral”, que es una síntesis revisada del sindicalismo cristiano demócrata, en el que la idea de la nación, elevada a divinidad, sustituye a la idea religiosa.

Este bello programa fue repudiado por los industriales, que se negaron a dar su adhesión a las corporaciones *nacionales* fascistas, en pocas palabras a someterse al control de los Kossoni y compañía. Los fascistas, en respuesta al rechazo de los industriales, se lanzaron, desde hace algunos meses, a una propaganda demagógica en gran estilo, que ha llegado hasta a incitar a los obreros metalúrgicos y textiles a preparar una huelga general. Esta campaña contra los industriales alcanzó su punto culminante después de Ja visita de Mussolini a la Fiat de Turín, en ocasión del aniversario de la marcha sobre Roma. Los seis o siete mil obreros de la Fiat, reunidos en un patio de la fábrica para escuchar a Mussolini, dieron al jefe del fascismo una acogida claramente hostil. Los fascistas acusaron entonces a los industriales turineses de cultivar el antifascismo en las masas, de preferir tratar con los sindicatos reformistas, de despedir a los obreros fascistas, de impedir a las corporaciones nacionales que se desarrollen, etcétera. Llegaron incluso a agredir al director de la Fiat, el senador Giovanni Agnelli, en un café de Turín.

La situación se ha puesto muy seria tanto para los industriales como para el gobierno. El comité sindical del partido comunista ha intervenido en la lucha para invitar a las masas obreras a participar en la lucha contra los industriales, aunque ésta haya sido desencadenada por iniciativa de los fascistas y a ampliar el movimiento. Pero la acción fue bruscamente interrumpida por orden de los dirigentes fascistas, y a esto siguió la conferencia del 19 de diciembre. En el discurso pronunciado en esta conferencia, Mussolini reconoció la imposibilidad de agrupar en un solo sindicato a obreros y patronos. El “sindicalismo integral”, según Mussolini, solamente puede aplicarse en el campo de la agricultura. Los fascistas deben respetar la independencia de las organizaciones industriales esforzándose por impedir los conflictos de clase. El sentido de este discurso está claro. Los fascistas renuncian no sólo a una apariencia de lucha contra los industriales,

sino también al intento de conciliar, bajo su arbitraje y control, los intereses de clase; se proponen únicamente como tarea organizar a los obreros… para entregarlos atados de pies y manos a los capitalistas.

Éste es el principio del fin del sindicalismo fascista. Inmediatamente después de la conferencia, numerosos propietarios de tierras han elevado enérgicas protestas contra el diferente trato que dan los fascistas a la industria y a la agricultura. Han denunciado las violencias cometidas por las organizaciones sindicales fascistas en perjuicio de los propietarios para obligarles a respetar los contratos de trabajo, impugnados por estos últimos, obviamente, como absurdos y contrarios a los intereses de la nación; han impuesto la reconstrucción de la confederación de la agricultura, absorbida por la corporación fascista.

En Parma, los conflictos entre fascistas y agrarios han provocado ya toda una serie de incidentes. En Reggio Emilia el diputado Corgini, ex-subsecretario del interior del gobierno Mussolini, fue expulsado por los fascistas. Es evidente, pues, el éxito de la táctica adoptada por nuestro partido para desenmascarar ante las masas a los dirigentes fascistas que no son avaros de gestos grandilocuentes contra los industriales. Los fascistas tienen aún, ciertamente, la satisfacción de ver a miles de obreros asistir a sus reuniones, pero se ha logrado arrinconarlos contra la pared, obligarlos a desdecirse de sus reivindicaciones, desacreditarlos incluso a los ojos de los elementos más atrasados de las masas trabajadoras. Si esta táctica se generaliza y se extiende a las zonas rurales, se acelerará tanto la descomposición del fascismo como la reorganización de las fuerzas revolucionarias.

Esta táctica, ciertamente, es hostilizada por los reformistas y maximalistas instalados en la dirección de las centrales de los sindicatos legales, dueños además de los únicos periódicos proletarios que todavía se publican en Italia. Socialistas y maximalistas demuestran así, una vez más, no querer realmente combatir el fascismo. Sin duda que correrían un grave riesgo si pretendiesen afrontar el fascismo para disputarle, en el seno de sus mismas organizaciones, el control y la dirección de las masas. Pero ¿es esa una razón para renunciar? Por otra parte, es cierto que grandes masas, no sólo de obreros agrícolas sino también de obreros fabriles, al carecer de cualquier otro medio para luchar contra la burguesía, se dejarían arrastrar por la demagogia fascista esperando así imponerse a los patrones. La intransigencia de los reformistas y los maximalistas no se desarrolla en realidad contra el fascismo, sino contra la parte más pobre y atrasada del proletariado. Para colmo, esta intransigencia

carece de lógica y admite demasiadas concesiones prácticas a los detentadores fascistas del poder.

## ITALIA Y YUGOSLAVIA[*]

El tratado de amistad firmado entre Italia y Yugoslavia, que liquida la cuestión de Fiume y abre una nueva era en las relaciones entre los dos países, ha sido determinado principalmente por tres causas:

1] La proximidad de la campaña electoral en Italia. El gobierno fascista pretende quitar una de sus cartas principales a la oposición, la cual no deja de subrayar, en los círculos burgueses, el completo fracaso de la política exterior fascista, cuyo único resultado ha sido el aislamiento de Italia.

2] La formación del gobierno Venizelos en Grecia. El gobierno Mussolini se ha convencido de que no puede matar dos pájaros de un tiro. Venizelos es el hombre político que, después del tratado de Versalles, más se ha opuesto a los planes expansionistas del imperialismo italiano. En su conflicto con Yugoslavia, Italia tenía en su contra los tratados. En su conflicto con Grecia, Italia tiene los tratados de su parte. El convenio establecido entre los gobiernos de Roma y Belgrado prueba sus intenciones de querer respetar el *statu quo* vigente. A todas estas causas se suma la política de Francia con respecto a la Pequeña Entente. Si, como hacían creer las apariencias hace algunas semanas, el conflicto por Fiume se hubiera agravado, Francia, uniéndose a la Pequeña Entente, hubiera constituido un peligro para Italia.

3] El nuevo plan de política exterior que hasta 1922 era personal de Mussolini, pasa a ser del gobierno italiano. A este plan se añaden las negociaciones hispano-italianas, la política de acercamiento a los soviets, el conflicto entre Italia (débilmente sostenida por España) e Inglaterra y Francia a propósito de Tánger. El preludio de esta nueva política fue la ocupación de Corfú, una reacción un tanto exagerada a la muerte del general Tellini.

La convicción personal de Mussolini fue siempre la de que Italia, en vez de hipnotizarse con Fiume y Dalmacia, comprometiendo su seguridad en el Adriático, debe adquirir esta seguridad a través de concesiones a Yugoslavia las cuales, además, le dejarían las manos libres en el oriente mediterráneo. (A este respecto se ha aproximado más a la política del Corriere delta Sera, de la *Stampa* y de la tendencia Nitti que a la de la gran mayoría de los fascistas y sobre todo de los nacionalistas, últimos llegados al fascismo).

La cuestión dálmata estaba liquidada de hecho desde el día en que el triunfo de los partidos reaccionarios en Yugoslavia y la represión del

movimiento campesino en los latifundios de los grandes propietarios italianos de la región, dieron a estos últimos la certeza de que sus derechos no serían sacrificados a los campesinos croatas.

En Dalmacia la situación es bastante análoga a la de Galizia y de los países bálticos. Los propietarios de tierras y la masa de los campesinos pertenecen a nacionalidades distintas. El primer discurso de la Corona, pronunciado en Belgrado después del regreso de la dinastía, anunció la expropiación de los latifundistas dálmatas, la liberación de los campesinos del yugo feudal y el reparto de las tierras. Hoy todo ha cambiado. El año pasado las tropas italianas de ocupación se retiraron de ciertas zonas del país sin que nada desagradable sucediese a los propietarios. La campaña de prensa comenzada contra ellos por los agrarios ha cesado; el tratado italo-yugoslavo concluido recientemente ha cambiado la situación.

¿El tratado italo-yugoslavo va dirigido contra los intereses británicos o contra los intereses franceses? A esta cuestión, planteada hoy por una parte de la prensa, responderán los hechos. Un examen objetivo de la situación y el conocimiento de las opiniones sostenidas por Mussolini en el curso de su carrera de periodista fascista nos autorizan a creer que la política italiana se volverá cada vez más anglófoba, aun manteniendo una apariencia de equilibrio entre Francia y Gran Bretaña. Es preciso tener en cuenta también el hecho de que el partido fascista, masa pequeñoburguesa nacionalista, influye en la política gubernamental. Los fascistas quisieran instaurar una política de completa independencia frente a las grandes potencias que pretenden dominar el mundo. La debilidad política de Italia obliga, sin embargo, a compromisos entre las declaraciones, de las que es pródiga la propaganda interna, y la acción práctica. Por ello, la política exterior fascista seguirá basándose en el *bluff* y seguirá inclinándose a las aventuras.

## EL PROBLEMA DE MILÁN[*]

Es preciso, con gran precisión y gran franqueza, plantear a los obreros de Milán el problema… de Milán. ¿Por qué en Milán, gran ciudad industrial, con un proletariado que es el más numeroso entre los centros industriales italianos, que por sí solo representa más de un décimo de los obreros fabriles de toda Italia, por qué en Milán no ha surgido una gran organización revolucionaria, mientras el movimiento siempre ha sido revolucionario? ¿Por qué en Milán no ha habido nunca más de 3 000 miembros organizados en el partido socialista? ¿Por qué en Milán, incluso cuando el movimiento estaba

en su punto más elevado, mandaban efectivamente los reformistas? ¿Por qué en Milán todas las asociaciones obreras, sindicales, cooperativas, mutuas, han estado siempre en manos de los reformistas o semirreformistas, incluso cuando las masas salían a las calles enardecidas por el más entusiasta impulso revolucionario?

Es preciso plantear clara y francamente el problema de las masas, y llamarlas a resolverlo con sus propios medios, con su voluntad, con sus sacrificios. El problema es vital, es el problema más importante de la revolución italiana. ¿Es posible pensar en una revolución italiana si la aplastante mayoría del proletariado milanos no es primero conquistada sin Teservas a una concepción precisa y aguda de lo que será la dictadura proletaria, de los sacrificios y esfuerzos mandatos que exigirá a las masas trabajadoras? En Milán se encuentran los mayores centros vitales del capitalismo italiano: el capitalismo italiano sólo puede ser decapitado en Milán.

Para la revolución italiana existe ya un problema lleno de incógnitas: el de Roma, capital política y administrativa, donde no existe un proletariado industrial numeroso que pueda dominar a la numerosa burguesía. Los fascistas han mostrado una de las soluciones que puede tener el problema de Roma. Pero ésta sería utópica para la revolución proletaria sin una clara victoria en Milán, si en Milán no se crea una situación tal que decenas y decenas de miles de obreros devotos, entusiastas y que tengan ideas muy claras y objetivos muy precisos puedan ser armados y encuadrados sólidamente. El problema de Milán no es, pues, una cuestión local: es un problema nacional y en cierto sentido también internacional. Los obreros de Milán deben convencerse de esto y, de la comprensión de los deberes formidables que pesan sobre ellos, deben sacar toda la energía y todo el entusiasmo que son necesarios para llevar a cabo la tarea necesaria.

No sería difícil rastrear las causas remotas y próximas por las que se creó en Milán la actual situación, en la cual, es inútil ocultarlo, son los reformistas quienes tienen el control efectivo de las masas. Pocas grandes fábricas, número infinito de pequeñas y pequeñísimas empresas, gran cantidad de pequeñoburgueses dedicados al comercio, gran número de empleados, tradición democrática fortísima en los obreros viejos, etcétera, etcétera. Pero a nosotros nos basta recordar el impulso revolucionario demostrado siempre por las masas obreras milanesas para llegar a estas conclusiones:

1] la situación actual se ha creado por los errores del partido socialista en los años posteriores a la guerra;

2] es posible, con un trabajo asiduo, paciente, de todos los días, de todas las horas, con la más devota abnegación de los mejores obreros, cambiar la situación.

El partido socialista no se ha preocupado de la enorme importancia que Milán debería tener en la revolución y no ha procurado nunca crear una gran organización política. En los años 1919-20, para estar a la altura de sus obligaciones como centro organizativo de la economía nacional, Milán habría debido tener una sección socialista de, por lo menos, 30-40 000 socios: cosa muy posible en una ciudad que cuenta con cerca de 300 000 trabajadores, cuando la gran mayoría sigue al partido que dice querer la revolución. Por el contrarío, en Milán parecía como si los obreros fuesen premeditadamente mantenidos alejados de la organización de partido. Los círculos distritales no tenían más que una importancia mínima y para colmo sólo acogían a los inscritos en el partido. En la sección los elementos obreros no tenían la posibilidad de hacer escuchar sus voces. La tribuna estaba siempre ocupada por los grandes ases de la demagogia reformista y maximalista, que hablaban horas y horas sobre los grandes problemas de la política internacional o… comunal; no una discusión seria sobre los problemas más íntimamente obreros, como los consejos de fábrica, las cédulas de empresa, el control obrero, en cuyo análisis incluso el más sencillo obrero habría tenido competencia y puntos de vista que exponer. Quienes trabajaban eran los reformistas: todo el esqueleto de la organización obrera milanesa estaba constituido por los reformistas. Sabiamente distribuidos en todos los puntos estratégicos más importantes, sabiendo trabajar silenciosa y metódicamente, sabiendo plegarse y desaparecer cuando el remolino revolucionario se hacía más violento, los reformistas forjaron fortísimas cadenas dentro de las cuales circula hoy la clase obrera milanesa sin siquiera darse cuenta. Era típico de Milán y extraordinariamente significativo de la ausencia de una organización revolucionaria, el hecho de que cuando el movimiento popular alcanzaba su máximo, cuando de todos los puntos de la ciudad bullía la masa incluso en sus elementos más miserables y apáticos, los anarquistas tomaban ventaja en la dilección; cuando el movimiento era de potencia regular y bastaban las palabras fuertes, entonces los maximalistas eran los leones; cuando, por el contrario, había estancamiento y sólo las fuerzas más activas organizadas estaban vivas, entonces la dirección era de los reformistas. El régimen fascista ha reducido a sus términos mínimos el movimiento de clase: los reformistas triunfan en toda la línea.

¿Qué significa todo esto? Que nosotros, los obreros revolucionarios, trabajamos muy mal. Sólo por nuestra incapacidad, sólo por nuestra pereza, los reformistas son fuertes y parece que representan a las masas. Es preciso, pues, aprender a trabajar, es preciso plantearse en cada fábrica, en cada casa, en cada barrio, el problema de cómo trabajar para ganarse las simpatías de las grandes masas, de la parte más pobre de la clase obrera que es también la más numerosa y que dará a la revolución las filas de soldados más fieles y apretadas.

Y hay que discutir y hacer discutir. Nuestras columnas tienen también, y especialmente, este propósito.

## EL PARTIDO POPULAR[*]

El trabajo al que la preparación política electoral somete al partido popular merece ser seguido con un poco de seriedad y examinado con atención superior a la que le prestan no sólo los órganos del fascismo, sino también los de las demás corrientes políticas italianas. Se ha adquirido la costumbre de considerar las fracciones en que se divide el partido popular de un modo muy mecánico, independientemente de cualquier examen de las fuerzas reales que sirven de base a estas corrientes. Y sin embargo, el caso del partido popular es precisamente uno en el cual las expresiones “derecha, izquierda y centro” no significan nada por sí solas, sino que adquieren significado sólo en relación con la estructura de los grupos sociales que se han confundido durante cierto tiempo en el organismo unitario del partido. El problema que debe plantearse, a nuestro juicio, no es el del predominio de la derecha o la izquierda, sino el de ver si la preparación política de las elecciones podrá ofrecer a estos diversos grupos sociales la ocasión de encontrar cada uno de ellos su propia definición y su propio camino.

El fascismo considera como un gran triunfo el haber obtenido la separación del tronco unitario del partido de un grupo de “extrema derecha”. Sin embargo, eso puede discutirse. El “grupo de extrema derecha” es el grupo de los viejos católicos reaccionarios: aristocracia clerical, propietarios de tierras, ligados ya no tanto al respeto a la Constitución del Estado italiano sino a la conservación del orden social existente. Que se trata de grupos constitucionales, en el sentido estricto de la palabra, lo demuestra el hecho de que fueron el alma de la oposición clerical al Estado italiano en sus primeras décadas de vida y que se vincularon al Estado italiano sólo cuando pareció y fue necesario sostenerlo para evitar la acción de los obreros y campesinos en

su contra. Pero Giolitti, el típico hombre de Estado conservador italiano, resolvió el problema de atar así estos grupos en forma mucho más brillante que la puesta en práctica hoy por el fascismo. Su solución permitía a los católicos reaccionarios mantener las adherencias de masas que a ellos les ofrecía el aparato democrático de la Iglesia, explotar este aparato en el periodo electoral para la lucha contra los partidos de clase y transformar las fuerzas así agrupadas en sostén permanente del Estado. El "pacto Gentiloni" fue la esquematización evidente de este sistema.

Mientras la extrema derecha reaccionaria permaneciese en el seno del partido popular estaba siempre abierta la puerta para una solución de este tipo. Su salida y su constitución como grupo político autónomo puede que haya sido un triunfo parlamentario contra el autoritarismo de don Sturzo, pero ha planteado el problema del partido popular y sobre todo de las masas que lo respaldan en forma muy diferente a la anterior.

En el partido popular hay siempre una "derecha", y en esta derecha nosotros incluimos también el llamado "centro". Es una derecha de profesionistas, de burgueses medios y pequeños, la cual en la posguerra ha ejercido con respecto a las masas populares una función análoga a la que los reaccionarios católicos ejercían con las masas de sus partidarios a través de la organización de la Iglesia. Ésta ha hecho aceptar a dichas masas un programa "reformista" con respecto al Estado italiano, o sea, les ha hecho creer que la satisfacción de sus necesidades de liberación económica y política podría obtenerse sin destruir la máquina del Estado, sin sustituir un Estado burgués, supuestamente liberal, por un Estado de los obreros y los campesinos, sin plantear a los obreros y a los campesinos el problema de la conquista del poder político. Ciertamente, este grupo es responsable de la derrota cuyas consecuencias sufren hoy tanto los campesinos (populares) como los campesinos socialistas; y sus dificultades políticas se hacen mayores de día en día, porque de día en día los mismos campesinos se están convenciendo de que hoy un programa "reformista" no tiene ya ningún significado. El fascismo tiende a dar a la dictadura de clase de la burguesía una estabilidad y una permanencia que derivan de la transformación abierta del Estado supuestamente liberal de otro tiempo en órgano y forma de esta dictadura. Cualquiera que tenga un interés económico de clase que defender encuentra el camino inexorablemente cerrado ante sí. Por ello, cada campesino popular debe sacar hoy la misma conclusión que sacamos nosotros: que no es posible ninguna conquista, sino como consecuencia de una lucha que se proponga quitar de en medio el obstáculo único de la dictadura del fascismo. El grupo

burgués que ha encuadrado y dirigido políticamente a las masas populares en la posguerra llega de este modo a ver agotada su propia función. El contraste entre su mentalidad y su programa y la mentalidad y el programa de las masas que aún siguen al partido, está destinado a hacerse cada vez más profundo, a medida que el fascismo avanza por su camino, y la profundización sólo podrá darse en el sentido indicado por nosotros.

La verdadera crisis del partido popular está aquí. A su cabeza está un grupo que ya no es capaz de comprender y resolver el problema de las masas que lo siguen. Está también la izquierda, pero seguramente valen para ella las mismas cosas que hemos dicho de la derecha. La única manifestación política de la izquierda ha sido la propuesta de abstenerse en las elecciones, esto es, una propuesta que es un indicio de mentalidad exclusivamente parlamentarista, contraria a aquella que debería ser la propia de un partido de masas.

El partido popular sigue siendo, sin embargo, un partido de masas y no puede prescindir de la vida que estas masas llevan y de la mentalidad que se crea en ellas. Es inevitable que su actitud de oposición al fascismo aparezca ante las masas en un aspecto bien distinto al que imaginan los dirigentes, aparezca como el indicio de intención de lucha que en los dirigentes no existe; y es inevitable que la divergencia deba acabar por conducir a crisis mucho más profundas que las actuales. Una solución clarificadora se tendrá únicamente cuando en el seno mismo del partido baya un grupo con el valor de reconocer que el programa “reformista” de los años pasados no tiene hoy ningún valor, y que sí es cierto que las masas tienen hoy necesidad de legalidad y libertad para proseguir y desarrollar sus conquistas económicas, también es cierto que la libertad y la igualdad se conquistan hoy solamente abatiendo la dictadura del fascismo. También para los populares, o al menos para aquellos que actúan en beneficio de las masas que los sostienen, el programa “reformista” debe resolverse en un programa de lucha, y de lucha no por conquistas y reivindicaciones personales.

## GIODA O EL ROMANTICISMO[*]

He leído la más reciente pieza de prosa de Mario Gioda, la carta abierta que Mario Gioda, único animador y jefe del fascismo turinés, después de la desaparición de Cesare Maria De Vecchi, ha enviado a Fragola, director del gran diario *Piemonte*. He leído y he saboreado. He leído, saboreándolas voluptuosamente, palabras y frases que ya no leía desde hace años y años

(¡cuánto tiempo ha pasado!); “Un gozquecillo gruñidor y desdentado”, “La pelota anónimamente lanzada recae sobre el hocico…” del gozquecillo, “Sofocantes balandronadas plumíferas”…

Mario Gioda, Gioda Mario, Paolo Valera, el amigo de Vautriu, Ulisse Barbieri, sangre, sangre, sangre, cuartos de derrotistas colgados de los ganchos de las carnicerías públicas, un escupitajo de Francesco Barberis sobre la plataforma del tranvía, el cuarto mosquetero, el hombre que se despierta de una siestecilla con un bigote rizado a la Guillermo, Mario Gioda, Gioda Mario…

Mario Gioda es un microcosmos. La vida de los hombres y de las cosas, la historia de los pueblos y de la naturaleza han tenido un solo fin: crear a Mario Gioda. La inteligencia de este hombre es un filtro portentoso que retiene todo el polvo de oro de la corriente universal de la vida y de la historia. Pero todo hombre, y con mayor razón toda criatura elegida, tiene su grano de locura, tiene su debilidad: Mario Gioda echa mano a la espada del mosquetero, echa mano al venablo del cazador de Ossian, echa mano a la lívida navaja del vagabundo que surge siempre de las cloacas de los bajos fondos sociales, y descuartiza, perfora barrigas, cuelga de los ganchos de su fantástica carnicería los miembros sanguinolentos de los enemigos, si los enemigos le recuerdan que él ha sido empleado de una empresa cuya modernidad escapa a todos los romanticismos de mercachifles ambulantes.

Se dice —todos los entendidos profundos, todos los escrutadores atentos del fascismo lo repiten— que el fascismo es un movimiento romántico, que el fascismo es, más aún, el romanticismo italiano. Aun estando convencido de que el fascismo es un movimiento social, o sea político-económico, que en Italia se ha producido y ha podido triunfar por una coyuntura histórica excepcional, no me animo a rechazar esta profunda visión sintética del fascismo. El ambiente en que se formaron los individuos fascistas, la ideología de que se nutrieron abundantemente, pueden ser llamados romanticismo; pero hablo de los fascistas como Mario Gioda, no como Cesare Maria De Vecchi, como Massimo Rocca, como Cesare Forni, fascistas del viejo mussolinismo, fascistas que eran anarquistas, sindicalistas, socialistas revolucionarios hasta agosto de 1914, que se volvieron intervencionistas por la guerra revolucionaría, que se volvieron fascistas de la primera hora, etcétera, etcétera, no de los fascistas de origen agrario, que después han conquistado el fascismo y no lo quieren soltar por nada del mundo. Massimo Rocca era empleado de la editorial Sonzogno; tradujo y colaboró en la difusión de miles y decenas de miles de novelas de Ponson du Terrail, de

Ettore Malot, de Enrico Richebourg, de Eugenio Sué. Mario Gioda era el "Amico de Vautrin" de la *Folla* de Paolo Valera, era el discípulo más genial y prometedor de Paolo Valera, debe guardar aún en algún cajón una voluminosa novela sobre los bajos fondos de Turín, una novela, como *Los misterios de París* de E. Sué, una novela en la cual, con el método literario de Carolina Invernizio, una pacífica ciudad provinciana de honrados trabajadores, de pacíficos pequeñoburgueses pensionados por el Estado, se convierte en una sentina de vicios, un acuario de serpientes de mar, una corte de los milagros de todos los monstruos sociales. He ahí el romanticismo, he ahí el ambiente romántico en el que se formó el alma fascista. ¿Por qué la novela por entregas, tipo editorial Sonzogno, era tan popular en Italia antes de la guerra? ¿Por qué *Il Secolo* era el periódico más difundido? ¿Por qué Carolina Invernizio era la (o el) novelista más leída? ¿Por qué sigue teniendo tanto éxito el teatro de Bario Niccodemi? ¿Por qué el "subversivismo" italiano era antes de la guerra predominantemente "criminalista", y el fin de la revolución parecía ser el reformar las prisiones y los manicomios? ¿Por qué el mayor esfuerzo teórico u oratorio de Filippo Turati fue dirigido a conseguir el voto para las prostitutas, llamadas con extrema elegancia "asalariadas del amor"? La novela por entregas, la ideología por la que ha nacido y ha tenido enorme éxito la novela por entregas, es el romanticismo. Víctor Hugo fue un gran romántico y el más grande escritor de novelas por entregas: *Scampolo* es la hermana de Gavroche; Mario Gioda, Massimo Rocca se hicieron anarquistas leyendo las luchas de Jean Valjean contra Javert, conmoviéndose con el idilio de Mario, el heroísmo materno de Fantina, la capitulación de la nobleza ante el derecho del pueblo, generoso incluso en su abyección y en sus delitos. Mario Gioda y Massimo Rocca han fortalecido sus convicciones en las novelas de Eugenio Sué, se han vuelto anticlericales leyendo *El judío errante*, han absorbido las teorías sobre la delincuencia de Eugenio Sué, el más completo representante y grandiosamente imbécil de todo este movimiento romántico, sí señores, romántico y profundamente romántico y ampliamente romántico y socialmente romántico. El romanticismo francés de 1848 lanzó también a una parte de la pequeña burguesía a las barricadas, junto a la clase obrera: pero la clase obrera era todavía débil, no logró tomar el poder; el poder fue tomado por Luis Bonaparte, la pequeña burguesía romántica se volvió cesárea. Éste es el lado romántico del movimiento fascista, de los fascistas como Mario Gioda, Massimo Rocca, Curzio Suckert, Roberto Farinacci, etcétera, etcétera, una fantasía desequilibrada, un estremecimiento de furores heroicos, una inquietud psicológica que no tienen otro contenido

ideal que los sentimientos difusos en las novelas por entregas del romanticismo francés del 48: anarquistas, imaginaban la revolución como un capítulo de Los miserables, con sus Grautavin, el Aigle de Meaux y compañía, con aderezo de Gavroche y de Jean Valjean; fascistas, quieren ser los "príncipes Rodolfo" del buen pueblo italiano. La coyuntura histórica ha permitido que este romanticismo se convirtiese en "clase dirigente", que toda Italia se convirtiese en una novela por entregas…

## "JEFE"[*]

Todo Estado es una dictadura. Ningún Estado puede prescindir de un gobierno, constituido por un número restringido de hombres, que a su vez se organizan en torno a uno dotado de mayor capacidad y de mayor visión. Mientras sea necesario el Estado, mientras sea históricamente necesario gobernar a los hombres, cualquiera que sea la clase dominante, se planteará el problema de tener jefes, de tener un "jefe". El que los socialistas, los cuales dicen aún ser marxistas y revolucionarios, digan además que quieren la dictadura del proletariado, pero que no quieren la dictadura de los "jefes", que no quieren que el manilo se individualice, se personalice, que se diga, esto es, que se quiere la dictadura, pero que no se la quiere en la única forma en que es históricamente posible, sólo revela toda una orientación política, toda una preparación teórica "revolucionaria".

En la cuestión de la dictadura proletaria el problema esencial no es el de la personificación física de la función de mando. El problema esencial consiste en la naturaleza de las relaciones que los jefes o el jefe tienen con el partido de clase obrera, en las relaciones que existen entre este partido y la clase obrera: ¿son éstas puramente jerárquicas, o son de carácter histórico y orgánico? El jefe, el partido, son elementos de la clase obrera, son una parte de la clase obrera, representan sus intereses y sus aspiraciones más profundas y vitales, o son una excrecencia, o son una simple superposición violenta? ¿Cómo se ha formado este partido, cómo se ha desarrollado, mediante cuál proceso se ha llevado a cabo la selección de los hombres que lo dirigen? ¿Por qué se ha convertido en partido de la clase obrera? ¿Y ha sucedido esto por casualidad? El problema pasa a ser el de todo el desarrollo histórico de la clase obrera, que lentamente se constituye en la lucha contra la burguesía, registra algunas victorias y sufre muchas derrotas; y no sólo de la clase obrera de un solo país, sino de toda la clase obrera mundial, con sus diferencias

superficiales aunque tan importantes en cada momento aislado, y con su sustancial mudad y homogeneidad.

El problema resulta ser el de la vitalidad del marxismo, de su ser o no ser la interpretación más segura y profunda de la naturaleza y de la historia, de la posibilidad de que dé a la intuición genial del hombre político también un método infalible, un instrumento de extrema precisión para explorar el futuro, para prever los acontecimientos de masas, para dirigirlos y por lo tanto controlarlos.

El proletariado internacional ha tenido y tiene todavía un viviente ejemplo de un partido revolucionario que ejerce la dictadura de la clase; ha tenido y no tiene ya, desdichadamente, el ejemplo viviente más característico y expresivo de lo que es un jefe revolucionario: el compañero Lenin.

El compañero Lenin fue el iniciador de un nuevo proceso de desarrollo de la historia, pero lo fue porque él era también el exponente y el último aspecto más individualizado de todo un proceso de desarrollo de la historia pasada, no sólo de Rusia, sino del mundo entero. ¿Fue casual que llegara a ser jefe del partido bolchevique? ¿Fue casual que el partido bolchevique se convirtiera en el partido dirigente del proletariado ruso y, por lo tanto, de la nación rusa? La selección duró treinta años, fue muy fatigosa, a menudo asumió las formas aparentemente más extrañas y absurdas. Se produjo, en el campo internacional, en contacto con las más avanzadas civilizaciones capitalistas de Europa central y occidental, en la lucha de los partidos y fracciones que constituían la II Internacional antes de la guerra. Continuó en el seno de la minoría del socialismo internacional, quedando al menos parcialmente inmune al contagio socialpatriótico. Prosiguió en Rusia la lucha para conseguir la mayoría del proletariado, la lucha para comprender e interpretar las necesidades y aspiraciones de una clase campesina innumerable, dispersa sobre un inmenso territorio. Continúa aún, día tras día, porque cada día es preciso comprender, prever, proveer. Esta selección ha sido una lucha de fracciones, de pequeños grupos, ha sido una lucha individual, ha significado escisiones y unificaciones, arrestos, exilio, prisión, atentados. Ha sido resistencia contra el desaliento y contra el orgullo, ha significado sufrir hambre teniendo a su disposición millones en oro, ha significado conservar el espíritu de un simple obrero en el trono de los zares, no desesperar ni siquiera cuando todo parecía perdido, sino recomenzar, con paciencia, con tenacidad, conservando toda la sangre fría y la sonrisa en los labios cuando los otros perdían la cabeza. El partido comunista ruso, con su jefe Lenin, se fusionó de tal forma con todo el desarrollo de su proletariado ruso, con todo el desarrollo

de toda la nación rusa, que no es posible imaginar siquiera al uno sin el oro, al proletariado clase dominante sin que el partido comunista sea el partido del gobierno y, por lo tanto, sin que el comité central del partido sea el inspirador de la política del gobierna, sin que Lenin sea el jefe del Estado. La misma actitud de la gran mayoría de los burgueses rusos que decían: “una república con Lenin como jefe pero sin el partido comunista sería nuestro ideal”, tenía un gran significado histórico. Era la prueba de que el proletariado ejercía no sólo un dominio físico, sino que dominaba también espiritualmente. En el fondo, confusamente, también el burgués ruso comprendía que Lenin no hubiera podido llegar a ser, ni hubiera podido seguir siendo, jefe del Estado sin el dominio del proletariado, sin que el partido comunista fuese el partido del gobierno; su conciencia de clase les impedía reconocer más allá de su derrota física, inmediata, también su derrota ideológica e histórica; pero la duda ya existía en ellos, y la duda se manifestaba en aquella frase.

Se presenta otra cuestión. ¿Es posible, hoy, en el periodo de la revolución mundial, que existan “jefes” fuera de la clase obrera, que existan jefes no marxistas, los cuales no estén estrechamente ligados a la clase que encarna el desarrollo progresivo de todo el género humano? En Italia tenemos el régimen fascista, tenemos como jefe del fascismo a Benito Mussolini, tenernos una ideología oficial en la cual el “jefe” es divinizado, es declarado infalible, es preconizado como organizador e inspirador de un nuevo sacro imperio romano. Vemos en los periódicos, todos los días, decenas y centenares de telegramas de homenaje al “jefe” en nombre de las vastas tribus locales. Vemos las fotografías: la máscara más endurecida de un rostro que ya vimos en los comicios socialistas. Conocemos ese rostro, conocemos ese girar de los ojos en las Órbitas que en el pasado debían, con su feroz mecánica, hacer estremecer a la burguesía y hoy al proletariado. Conocemos ese puño siempre cerrado y amenazador. Conocemos todo este mecanismo, todo este instrumental y comprendemos que puede impresionar y producir palpitaciones a la juventud de las escuelas burguesas; es verdaderamente impresionante incluso visto de cerca y causa asombro. Pero ¿“jefe”? Vimos la semana roja de junio de 1914. Más de tres millones de trabajadores estaban en las calles, acudiendo al llamado de Benito Mussolini, quien desde hacía casi un año, desde la matanza de Roccagorga, los venía preparando para el gran día, con todos los medios oratorios y periodísticos a disposición del “jefe” del partido socialista de entonces, de Benito Mussolini: desde la viñeta de Scalarini hasta el gran proceso en la Corte de Milán. Tres millones de trabajadores se lanzaron a las calles: faltó el “jefe”, que era Benito Mussolini.

Faltó como "jefe", no como individuo, porque cuentan que él era valiente como individuo y que en Milán desafió los mosquetes de los carabineros. Faltó como "jefe" porque no era tal, porque, según su propia confesión, en el seno de la dirección del partido socialista, no lograba ni siquiera impedir las miserables intrigas de Arturo Vella o de Angelina Balabanov.

Él era entonces, como lo es hoy, el tipo concentrado del pequeñoburgués italiano, rabioso, feroz mezcla de todos los detritos dejados sobre el suelo nacional por varios siglos de dominación de extranjeros y curas: no podía ser el jefe del proletariado; se convirtió en el dictador de la burguesía, que ama los rostros feroces cuando se vuelve borbónica, que espera ver en la clase obrera el mismo terror que ella sentía por aquel girar de los ojos y aquel puño cerrado en gesto de amenaza.

La dictadura del proletariado es expansiva, no represiva. Un continuo movimiento se verifica de abajo hacía arriba, un continuo intercambio a través de todas las capilaridades sociales, una continua circulación de hombres. El jefe que hoy lloramos encontró una sociedad en descomposición, un polvillo humano, sin orden ni disciplina, porque en cinco años de guerra se había agotado la producción, fuente de toda vida social. Todo fue reordenado y reconstruido, desde la fábrica basta el gobierno, con los medios, ]a dirección y el control del proletariado, de una clase nueva, es decir, desde el gobierno hasta la historia.

Benito Mussolini ha conquistado el gobierno y lo conserva con la represión más violenta y arbitraria. No ha tenido que organizar una clase, sino sólo el personal de una administración. Ha desmontado algunas piezas del Estado, más para ver cómo estaba hecho y familiarizarse con el oficio que por una necesidad original. Su doctrina está toda en la máscara física, en el girar de los ojos en sus órbitas, en el puño cerrado siempre en gesto de amenaza…

Para Roma no son nada nuevo estos escenarios polvorientos. Vio a Rómulo, vio a César Augusto y vio, en su decadencia, a Rómulo Augusto.

## LAS ELECCIONES[*]

En un reciente artículo editorial de *Avanti!*[1] fue publicada esta declaración hecha por Mussolini a un organizador socialista: "Para arrancarme el poder será necesario atravesar lagos de sangre". Esta declaración y el discurso hecho por el señor Mussolini a la asamblea plenaria de los innumerables mandarines fascistas[2] han acabado por convencer al *Avanti!* (o al menos por hacerle publicar) que en Italia no es posible esperar un cambio legal del

gobierno. Naturalmente, sin embargo, *Avanti!* no saca de esta constatación todas las consecuencias que, por el contrario, un revolucionario debe sacar: y no hay que asombrarse de ello. Todavía en 1920, después de las primeras empresas terroristas del fascismo, después que las primeras sentencias de los tribunales mostraron la obvia connivencia de la magistratura con el fascismo, después que fue evidente que al menos una parte de los funcionarios estatales adscritos a la seguridad pública se había vuelto fascista, tenía su credencial del *fascio*, participaba en las expediciones fascistas, juraba en falso ante los jueces para proteger al fascismo, en el mismo *Avanti!* (pero en su edición turinesa) nosotros sacamos la conclusión de que el fascismo habría tratado de conquistar el poder gubernamental a cualquier costo, para legalizar su pasado criminal, para asegurar la impunidad a sus afiliados y especialmente a sus cómplices que ocupaban elevadas posiciones en la jerarquía estatal. Un gobierno de izquierda se había hecho imposible en Italia desde aquel tiempo. Cualquier estrategia reformista que hubiese tenido la finalidad de organizar un gobierno de izquierda sin que se realizase simultáneamente una potencialidad organizativa, militar y política de la clase obrera, habría acelerado el golpe de Estado fascista, o a falta de un acuerdo entre el fascismo, los industriales y la Corona, habría determinado un golpe de Estado militarista, con un Cadorna, un Caviglia, un Giardino a su cabeza. Un gobierno de izquierda habría debido, para conquistarse el favor popular, liquidar el fascismo mediante tribunales de derecho común: todo el mundo sabía, por otra parte, que las comisarías, las prefecturas, las procuradurías recogían y archivaban todo el material necesario para esta futura acción penal, apenas el fascismo, según la concepción policíaca de Giolitti, se hubiese agotado en sí mismo como movimiento revolucionario después de la ocupación de las fabricas. Es la cosa más natural del mundo, y la más fácilmente previsible, que un movimiento como el fascista, que no tiene ninguna raíz en la economía, que es el resultado organizado de una descomposición social, se afirma sólo con la violencia individual y con el terrorismo sistemático: que, por esto mismo, debía tomar el poder a toda costa y que una vez a caballo, debe tratar de mantenerse en la silla hasta que la sangre le llegue al cuello y lo sofoque. En 1920 era preciso liberarse de los reformistas y dejarlos maniobrar por cuenta propia, hubiera sido preciso que la mayoría del partido socialista permaneciese unida en torno a la bandera de la Internacional Comunista, que organizase al proletariado y a la clase campesina, que incluso después de la fracasada ocupación de las fábricas y de

las tierras eran aún muy fuertes objetivamente, que luchase contra el fascismo, que pasase a la contraofensiva y que tomase el poder.

En 1924 la situación no es ya tan simple y fácil como entonces. Las masas están dispersas, gran parte de ellas es prisionera del fascismo en las corporaciones nacionales; la milicia nacional, centralizada, con los cuadros seleccionados, con un armamento más abundante y "más pesado", es mucho más fuerte que los grupos de choque. Nuestras tareas y nuestros deberes se han vuelto cien veces más difíciles y más cargados de responsabilidad. El *Avanti!* y el partido socialista han dado un paso atrás incluso respecto a las posiciones que ocupaban en 1921. En 1921 el *Avanti!* y el partido socialista eran contrarios a la acción general propuesta por los comunistas y la sabotearon en todas las formas hasta la catástrofe de la huelga "legal" de agosto de 1922,**[3]** que tuvo como único resultado empujar a los industriales y a la Corona hacia el fascismo y hacer que Mussolini se decidiese a dar el golpe de Estado; pero al menos el *Avanti!* y el partido socialista aceptaban la acción caso por caso, admitían que al menos cuando el fascismo la tenía directamente agarrada del cuello, la clase obrera debía hacer algo. Hoy, por el contrario, piensan en el abstencionismo de las elecciones, se alinean con reformistas en contra de los comunistas, porque los comunistas quieren en todo caso participar en la lucha electoral junto *a los obreros y los campesinos que, en Lodo caso, los fascistas obligarán a votar*.

¿Qué consecuencias tendría la abstención? Daría la posibilidad teórica de hacer propaganda en el exterior para debilitar el resultado de las elecciones, para "demostrar" que el fascismo no es un gobierno de mayoría. Pero si se considera que el fascismo no puede ser sustituido legalmente, ni siquiera por una democracia liberal; si se considera que el gobierno de Mussolini ha abierto en Italia un proceso activo revolucionario; si se considera que el fascismo sólo podrá ser derribado por una insurrección popular, ¿qué es lo más conveniente: hacer propaganda en el exterior, seguros de que tal cosa no evitará en ninguna forma el atravesar los lagos de sangre previstos por Mussolini, o hacer propaganda en el interior, entre las masas obreras y campesinas, sacudiéndolas de su inercia, de su pasividad, con el ejemplo de un partido que se lanza a la lucha, que afronta los peligros, que no teme al fascismo, contribuyendo así a disipar esta atmósfera de pánico indistinto, apocalíptico, este estupor idiota de las masas con que el fascismo ha sustituido a las nieblas democráticas para oprimir y someter al pueblo trabajador? Éste es el único significado que puede tener la participación en las elecciones para todos los obreros que no hayan renegado de sus ideales y de

la voluntad de lucha tenaz e implacable para liberar a su clase. Los sepulcros pintados de rojo del *Avanti!* y del partido socialista han renegado de todo aquello ya desde 1920, y por eso han formado nuevamente un bloque único con los reformistas y en contra de los comunistas.

## FASCISMO Y FUERZAS BURGUESAS TRADICIONALES[*]

[…] Respecto al contenido de las tesis, quiero conocer su parecer, porque la falta de contacto directo con los acontecimientos italianos, que sólo conozco por la lectura de los diarios más importantes, me hace siempre temer Ja falacia de mis conclusiones. Diré brevemente lo que pienso.

Debemos insistir poco en el pasado, especialmente por lo que concierne a nuestro partido.[1] Aludiremos a la extrema confusión que se ha producido en Italia por el fenómeno fascista, determinado por la falta de unidad de la nación, por la disolución del Estado debido a la entrada en la vida histórica de enormes masas populares que no sabían contra quién luchar, por la debilidad de desarrollo del capitalismo que de hecho no ha sometido a su control la economía del país, porque existen aún en Italia un millón de artesanos y la inmensa mayoría de la agricultura es precapitalista. Por otra parte, la cuestión de las relaciones entre la ciudad y el campo se plantea en Italia, polla cuestión meridional, sobre una base netamente territorial, determinando el nacimiento de partidos autonomistas o de partidos como la democracia social, de tipo original. Esta confusión la usamos para explicar la incertidumbre de muchas actitudes del partido y de un cierto sectarismo que había paralizado al partido. La situación se ha aclarado, eso es indudable. El fascismo ha determinado su carácter. Las elecciones han permitido llevar la situación de los partidos a cierta claridad. Examen de los partidos pequeñoburgueses: popular y republicano para Italia septentrional y central, representantes de los campesinos y los artesanos, de la democracia social en el Mediodía, con sus apéndices de “nittismo”, “amendolismo”, etcétera; significado de la entrada en la lista de Orlando y De Nicola, santones meridionales que representan el intento del capitalismo burgués por encontrar una cierta unificación en el fascismo o por impedir que la unidad parezca quebrantada siquiera por un solo instante. Distinción entre fascismo y fuerzas burguesas tradicionales que no se dejan “ocupar”: *Corriere*, *Stampa*, los bancos, el estado mayor, la Confederación General de la Industria. Estas fuerzas, que en el período 1921-22 aseguraron el triunfo del fascismo para evitar el derrumbe del Estado, vale decir que se crearon con el fascismo, aquellas fuerzas de masas

populares que habían defeccionado en 1919-20 con la irrupción de las masas más elementales y pasivas en la vida histórica —estas fuerzas se resienten hoy por la situación internacional, son un aspecto italiano de la situación internacional, que tiende hacia la izquierda, por el reconquistado dominio de sí de la burguesía. Se producen dos corrientes: una, la de la *Stampa*, que plantea abiertamente la cuestión de la colaboración con los socialistas, que no sería siquiera ajena a un experimento MacDonald, en Italia, en las formas y modos que la situación italiana permite; la otra, la del Corriere, que está más apegada al conservadurismo burgués y que realizaría la alianza con los socialistas, pero sólo tras el paso de estos bajo muchas horcas caudinas. La *Stampa*, en una palabra, tiende a conservar la hegemonía septentrional piamontesa sobre Italia y, con tal de lograr su objetivo, no es contraria a hacer entrar a la aristocracia obrera en el sistema hegemónico. El Corriere tiene una concepción más italiana, más unitaria, —más comercial y menos industrial— de la situación, y así como apoyó a Salandra y Nitti, los dos primeros presidentes de gobierno meridionales (los sicilianos son meridionales, por así decirlo), lo mismo apoyaría a Amendola, o sea a un gobierno en el cual la pequeña burguesía meridional, y no la aristocracia obrera del norte, participe en las fuerzas realmente dominantes. ¿Cómo evolucionará la situación? El solo hecho de que el fascismo existe como gran organización armada, determina esta evolución. ¿Llegarán al golpe de Estado las fuerzas que he descrito? No lo creo. No tienen confianza en que los reformistas, en caso de golpe de Estado, sean capaces, participando en el gobierno, de frenar el movimiento de masas que inevitablemente se desencadenará. Los reformistas no han tenido el valor de unirse a estas fuerzas, que querían actuar en los meses de septiembre-octubre de 1922 y que confiaron al general Badoglio el encargo de abrir el fuego contra el fascismo. Cierto que los reformistas lo intentarán aún más hoy que los fascistas son más fuertes militarmente y tienen el gobierno en sus manos. Quizá Modigliani prácticamente y… Rigola teóricamente son los únicos dos reformistas favorables a tal situación […]

## EL VATICANO[*]

El Vaticano es sin duda la más vasta y poderosa organización privada que haya existido jamás. En ciertos aspectos posee el carácter de un Estado, y es reconocido como tal por cierto número de gobiernos. No obstante que el desmembramiento de la monarquía austrohúngara haya disminuido considerablemente su influencia, sigue siendo todavía una de las fuerzas

políticas más eficientes de la historia moderna. La base organizativa del Vaticano está en Italia: aquí residen los órganos diligentes de las organizaciones católicas, cuya compleja red cubre gran parte del globo.

En Italia el aparato eclesiástico del Vaticano se compone de cerca de 200 000 personas; cifra imponente, sobre todo cuando se considera que comprende a miles y miles de personas dotadas de inteligencia, cultura, habilidad consumada en el arte de la intriga y en la preparación y conducción metódica y silenciosa de los proyectos políticos. Muchos de estos hombres encarnan las más viejas tradiciones de organización de las masas y, por consiguiente, la más grande fuerza reaccionaria existente en Italia, fuerza tanto más temible por ser insidiosa e inaprensible. El fascismo, antes de intentar su golpe de Estado, tuvo que llegar a un acuerdo con ella. Se dice que el Vaticano, aunque muy interesado en el ascenso del fascismo al poder, hizo pagar muy caro el apoyo al fascismo. El salvamento del Banco de Roma, donde estaban depositados todos los fondos eclesiásticos, costó, por lo que se dice, más de mil millones de liras al pueblo italiano.

Como a menudo se habla del Vaticano y de su influencia sin conocer exactamente su estructura y fuerza de organización real, no carece de interés procurarnos una idea precisa. El Vaticano es un enemigo internacional del proletariado revolucionario. Es evidente que el proletariado italiano tendrá que resolver en gran parte con sus propios medios el problema del papado, pero es igualmente evidente que no lo conseguirá solo, sin la ayuda eficaz del proletariado internacional. La organización eclesiástica del Vaticano refleja su carácter internacional. Constituye la base del poder del papado en Italia y en el mundo. En Italia se encuentran dos tipos distintos de organización católica: 1] la organización de masas, religiosa por excelencia, oficialmente basada en la jerarquía eclesiástica: es la *Unión popular de católicos italianos* o, como es llamada corrientemente en los periódicos, la *Acción Católica*; 2] un partido político, el Partido Popular Italiano, que por poco no ha entrado en conflicto abierto con la Acción Católica. Tal partido se convertía cada vez más en la organización del bajo clero y de los campesinos pobres, mientras que la Acción Católica está en manos de la aristocracia, de los grandes propietarios y de las altas autoridades eclesiásticas, reaccionarias y simpatizantes del fascismo.

El papa es el jefe supremo tanto del aparato eclesiástico como de la Acción Católica. Esta última ignora los congresos nacionales y cualquier otra forma de organización democrática. Ignora también, al menos oficialmente, tendencias, fracciones y corrientes de ideas diferentes. Está construida

jerárquicamente de la base al vértice. Al contrario, el partido popular es oficialmente independiente de las autoridades eclesiásticas, acoge en sus filas también a los no católicos —aun teniendo en su programa, entre otras cosas, la defensa de la religión—, sufre todas las vicisitudes a que está sometido un partido de masas, ha conocido ya más de una escisión, es el terreno de lucha de tendencias apasionadas que reflejan los conflictos de clase de las masas rurales italianas.

Pío XI, el papa actual, 260.º sucesor de San Pedro, antes de ser elegido papa, era cardenal de Milán. Desde el punto de vista político, pertenecía a aquella especie de reaccionarios italianos que son conocidos con el nombre de “moderados lombardos”, grupo compuesto de aristócratas, grandes propietarios de tierras y grandes industriales que se sitúan más a la derecha que el *Corriere della Sera*. El papa actual, cuando aún se llamaba Felice Ratti y era cardenal de Milán, manifestó repetidas veces su simpatía por el fascismo y Mussolini. Los “moderados” milaneses intervinieron ante Ratti, ya elegido papa, para asegurar su apoyo al fascismo, en el momento del golpe de Estado.

En el Vaticano el papa es asistido por el sacro colegio, compuesto por 60 cardenales nombrados por el mismo papa, que a su vez designan al papa cada vez que el trono de San Pedro queda vacante. De estos 60 cardenales, por Jo menos 30 son siempre elegidos entre el clero italiano para asegurar la elección de un papa de nacionalidad italiana. Después vienen los españoles con 6 cardenales, los franceses con 5, etcétera. La administración internacional de la Iglesia está encomendada a un colegio de patriarcas y arzobispos que dirigen los diversos ritos nacionales oficialmente reconocidos. La corte pontificia recuerda la organización gubernamental de un gran Estado. Cerca de 200 funcionarios eclesiásticos presiden los diversos departamentos y secciones, o forman parte de distintas comisiones, etcétera. La más importante entre las secciones es, sin duda, la secretaría de Estado que dirige los asuntos políticos y diplomáticos del Vaticano. A su cabeza se encuentra el cardenal Pietro Gasparri, que ya ejerció las funciones de secretario de Estado junto a los dos predecesores de Pío XI. El partido popular fue constituido bajo su elevada protección: es un hombre poderoso, muy dotado y, según se dice, de espíritu democrático. La verdad es que ha sido blanco de furiosos ataques por parte de los periódicos fascistas, que incluso han llegado a pedir su dimisión.

Veintiséis Estados tienen representantes ante el Vaticano, que a su vez está representado ante 37 Estados.

En Italia, en particular en Roma, se encuentra la dirección central de las 215 órdenes religiosas, 89 masculinas y 126 femeninas, gran parte de las

cuales existen desde hace mil e incluso mil quinientos años, que tienen conventos y congregaciones en todos los países. Los benedictinos, por ejemplo, que se han especializado en la instrucción, contaban en su orden, en 1920, con 7 100 monjes, distribuidos en 160 conventos, y 11 800 monjas. La orden masculina está dirigida por un primado y cuenta con los siguientes dignatarios: un cardenal, 6 arzobispos, 9 obispos, 121 priores. Los benedictinos administran 800 iglesias y 170 escuelas. ¡Y ésta no es más que una de las 215 órdenes católicas! La santa sociedad de Jesús cuenta oficialmente con 17 540 miembros, entre los cuales hay 8 586 curas, 4 957 estudiantes y 3 997 hermanos laicos. Los jesuitas son muy poderosos en Italia. Gracias a sus intrigas consiguen algunas veces hacer sentir su influencia incluso entre las filas de los partidos proletarios. Durante la guerra, a través de Francesco Ciccotti, entonces corresponsal del *Avanti!* en Roma y hoy nittiano, trataron (Je obtener de Serrati que el *Avanti!* interrumpiera la campaña contra su orden, que se había adueñado de todas las escuelas privadas de Turín.

También en Roma reside la Congregación para la Propagación de la Fe, que con sus misioneros busca difundir el catolicismo en todos los países. Tiene a su servicio 16 000 misioneros y 30 000 misioneras, 6 000 sacerdotes indígenas y 29 000 catequistas. Administra, además, 30 000 iglesias, 147 seminarios con 6 000 alumnos, 24 000 escuelas populares, 409 hospitales, 1 183 dispensarios médicos, 1 263 orfanatos y 63 imprentas.

La gran institución mundial llamada el Apostolado de la Oración es creación de los jesuitas; abarca 26 millones de afiliados divididos en grupos de 15 personas, cada uno de los cuales tiene a su cabeza a un “celador” y una “celadora”. Distribuye una publicación periódica central que sale en 51 ediciones distintas en 39 idiomas, entre los cuales se cuentan seis dialectos indostanos, uno de Madagascar, etcétera, tiene un millón y medio de suscriptores y un tiraje de diez millones de ejemplares. El Apostolado de la Oración es indudablemente una de las mejores organizaciones de propaganda religiosa. Sería muy interesante estudiar sus métodos. Con medios muy simples consigue ejercer una influencia enorme en grandes masas de la población rural, excitando su fanatismo religioso y sugiriendo la política que más conviene a los intereses de la Iglesia. Una de sus publicaciones, ciertamente la más difundida, costaba antes de la guerra dos centavos al año; era un folleto ilustrado de carácter tanto religioso como político. Recuerdo haber leído en 1912 el pasaje siguiente: “Recomendamos a todos nuestros lectores orar por los fabricantes de azúcar traiduramente atacados por los

llamados antiproteccionistas, es decir, los francmasones y los descreídos". Era la época en que el partido democrático en Italia conducía una enérgica campaña contra el proteccionismo aduanal, dañando así los intereses de los azucareros. Los propagandistas del libre cambio eran atacados frecuentemente en aquella época por Sos campesinos, inspirados por los jesuitas del Apostolado de la Oración.

## BONOMI Y SUS AMIGOS[*]

Se quiere revalorizar a Bonomi, el Pier Soderiní de la democracia italiana, Sus amigos personales publican recopilaciones de viejos artículos de Bonomi, ascendidos a la gloria de documento histórico. Los periódicos de la oposición constitucional reproducen de la *Azione*, órgano del clan Bonomi, los fragmentos apologéticos del gran estadista Bonomi, las demostraciones sobre la inutilidad histórica del fascismo en Italia después del Ministerio Bonomi, hechas por Bonomi, etcétera, etcétera, etcétera. Estos episodios tienen su importancia, tienen su significado en el cuadro general de las fatigas a que se somete la democracia burguesa para reconstruir su élite dirigente, para poner en alguna forma un dique a la acción corrosiva del fascismo y abrirse nuevas vías hacia el futuro: Bonomi es un ex-socialista; no obstante llevar el distintivo de la Annunziata,[*] algunas veces aún se permite llamarse socialista. Turati tiene en gran estima a Bonomi, cree que Bonomi todavía es socialista; puesto que todo el reformismo turatiano se ha aproximado a Bonomi, podría, globalmente, adornarse con un gran distintivo de la Annunziata. Bonomi-Amendola son y serán cada vez más los dos eslabones más fuertes de la cadena que va desde el estado mayor hasta el *Corriere della Sera*, al *Mondo*, a la *Stampa*, al Partido Socialista Unitario.

Así pues, es necesario hablar ele Bonomi y de sus amigos para que quede más claro el significado del "bloque de la libertad" y de los fines reales que éste se propone; es preciso hablar de Bonomi para recordar especialmente:

1] que fue ministro de la guerra en el gabinete constituido por Giolitti en la primera mitad de 1920, después de la constitución de la Confederación General de la Industria. Los giolittianos no querían a Bonomi, de ninguna manera, a ningún precio: hasta la víspera de su "investidura", la *Stampa* condujo una campaña violentísima, atroz, contra Bonomi. Bonomi fue "impuesto" a Giolitti, y esta imposición era en sí misma elocuentísima, dada la situación de entonces; Bonomi fue impuesto como ministro de la guerra, para el ministerio en torno al cual en todas las formaciones ministeriales de

1920 a 1922 se desarrollaron las luchas más violentas (hasta recordar el episodio Amendola-Di Scalea en el Ministerio Facta)[1] entre reacción y democracia, entre fascismo y antifascismo. Bonomi representó, en el gabinete Giolitti, el centinela avanzado del militarismo, de la Corte, de la reacción más negra que existiese entonces en Italia, cuando el fascismo se disfrazaba aún con programas y palabras demagógicas.

2] Bonomi procedió, en julio de 1920, a la desmovilización de los oficiales que quedaban después del armisticio. Es conocido el plan de esta desmovilización: fue el plan de preparación de la guerra civil que debía ser desencadenada contra el proletariado y contra los campesinos a fines de 1920. Los oficiales desmovilizados entraron en los *fasci* por orden de sus superiores, para aplicar el plan elaborado en el ministerio de la guerra, del cual era titular Bonomi. Esta masa militarizó el fascismo mediante la constitución de las “disperate” y de los grupos de choque distritales mandados por los miembros de las “disperate”, según mi plan que ya había sido aplicado en Rusia por los socialrevolucionarios, ayudados también éstos por los elementos “técnicos” proporcionados por la oficialidad zarista. Bonomi y el estado mayor sabían servirse de la experiencia internacional, y en el ministerio de la guerra estaba el ruso encargado de funcionar como enlace. ¿Qué significado tuvo la maniobra política de Mussolini conocida con el nombre de “tendencia republicana”? Tuvo justamente este significado: impedir que el fascismo se convirtiese en simple instrumento de Bonomi y del estado mayor, conservar a los dirigentes del fascismo —Mussolini y consortes — el predominio y la iniciativa de la reacción, quitar a los oficiales *comisionados* las funciones directivas que habían conquistado rápidamente, especialmente en el valle paduano y en Italia central: la maniobra mussoliniana concluyó, en efecto, con la disolución de las “disperate” y con la revaloración de los elementos políticos del fascismo. Bonomi fue derrotado entonces por Mussolini, pero se consoló porque el fascismo había hecho suyo su programa reaccionario, porque Mussolini, con tal de mandar, de destacar, había aceptado la nueva situación creada en “su” fascismo e incluso se proponía llevarla hasta sus más extremas consecuencias.

Éste fue el oficio de Bonomi en los primeros tiempos del fascismo, ésta fue su contribución al desarrollo de la reacción en Italia. El pasado indica claramente su función actual, explica el significado de los intentos que se hacen para volverlo a poner a flote, para darle un puesto de líder de la democracia renacida en el bloque de la libertad. A Hitler-Mussolini, el *Corriere della Sera* prefiere Noske-Bonomi; eso es todo.

# EL MEDIODÍA Y EL FASCISMO[*]

Hecho saliente de la actual lucha política italiana es el intento de solución que el Partido Nacional Fascista ha querido dar a las relaciones cutre el Estado-gobierno y el Mediodía.[1]

El Mediodía se ha convertido en la reserva de la oposición constitucional. El Mediodía ha manifestado una vez más su distinción “territorial” del resto del Estado, su voluntad de no dejarse absorber impunemente en un sistema unitario exasperado —lo que sólo significaría el aumento de las antiguas opresiones y las viejas explotaciones— atrincherándose tras una serie de posiciones constitucionales, parlamentaristas, de democracia formal, que deben tener su valor y su significado si el Partido Nacional Fascista ha considerado oportuno, sólo para decapitar al movimiento de sus santones, Orlando, De Nicola, hacer las concesiones que ha hecho. Mussolini, en suma, no ha hecho más que aplicar la táctica giolittiana, en una situación nueva, extraordinariamente más difícil y complicada que todas las situaciones pasadas, coa una población que al menos parcialmente ha despertado y ha comenzado a participar en la vida pública, en un periodo en el cual la disminuida emigración plantea con mayor violencia los problemas de clase que tienden a convertirse en problemas “territoriales”, porque el capitalismo se presenta como extraño a la región, y como extraño se presenta el gobierno que administra los intereses del capitalismo.

Muchos compañeros se preguntan a menudo, con asombro, el por qué de la actitud de oposición al fascismo de los dos grandes periódicos de Italia septentrional, el *Corriere della Sera* y la *Stampa*. ¿Acaso no ha creado el fascismo la situación que estos dos periódicos querían? ¿No han contribuido poderosamente estos dos periódicos al triunfo del fascismo en los años 1920-1921? ¿Por qué actúan hoy en sentido inverso, trabajando para privar al fascismo de su base popular, para minar el terreno bajo sus pies, creando confusión y orientando a las masas pequeñoburguesas hacía los “ideales de libertad”?

Evidentemente el *Corriere* y la *Stampa* no son dos periódicos “puros”, que sólo tienden a mantener y ampliar el círculo de sus suscriptores y lectores insistiendo en motivos apreciados por la mentalidad de masa: si así fuese, a estas horas los dos periódicos conocerían ya el hierro y la gasolina de las escuadras fascistas y la “ocupación” por parte de redactores subordinados a los nuevos amos. El *Corriere*, la *Stampa*, no han sido ocupados, no se han dejado ocupar porque no han sido ocupados y no se han dejado ocupar estos

tres órdenes de "instituciones" nacionales: el estado mayor, los bancos (o sea la banca, la Banca Comercial, que ejerce un indisputado monopolio), la Confederación General de la Industria.

La *Stampa*, y el *Corriere* son tradicionalmente los dos representantes de estas "instituciones", los dos partidos de estas instituciones nacionales. La *Stampa*, más "izquierdista", plantea hoy abiertamente la cuestión de un gobierno radical-socialista como posible sucesor del fascismo, no sería siquiera ajena a un experimento "MacDonald" en Italia; la *Stampa* ve el peligro meridional y trata de resolverlo determinando la entrada de la aristocracia obrera en el sistema de hegemonía gubernamental septentrional piamontesa, esto es, trata de obtener que las fuerzas revolucionarias del Mediodía sean decapitadas nacionalmente, que se vuelva imposible una alianza entre las masas campesinas del sur, que por sí solas nunca podrán derrocar al capitalismo, y la clase obrera del norte, comprometida y deshonrada en una alianza con los explotadores. El *Corriere* tiene una concepción más "unitaria", más "italiana" por así decirlo —más comercial y menos industrial— de la situación. El *Corriere* ha apoyado a Balandra y a Nitti, los dos primeros presidentes meridionales (los presidentes sicilianos representaban a Sicilia, no al Mediodía, porque la cuestión siciliana es notoriamente distinta a la cuestión del Mediodía), era favorable a la *Entente* y no a Alemania, como la *Stampa*, es librecambista permanente y no sólo en los periodos electorales giolittianos, como la *Stampa*; no se asustaba, como la *Stampa*, durante la guerra, de que el aparato estatal pasase de las manos de la burocracia masónica giolittiana a las manos de los "puglieses" de Salandra. El *Corriere* está más apegado al conservadurismo, se aliaría incluso con los reformistas, pero sólo después del paso de estos últimos bajo muchas horcas caudinas; el *Corriere* quiere un gobierno "Amendola", o sea que la pequeña burguesía meridional, y no la aristocracia obrera del norte, pase oficialmente a formar parte del sistema de fuerzas realmente dominantes; quiere en Italia una democracia rural, que tenga en Cadorna a su jefe militar y no en Badoglio, como querría la *Stampa*, que tenga en el terreno político a un Poincaré italiano, y no a un Briand italiano. El *Corriere* no se asusta, como la *Stampa*, de que tengamos nuevamente un periodo como el decenio 1890-1900, un periodo en el cual las insurrecciones de los campesinos meridionales se liguen, automáticamente, a las insurrecciones obreras de las ciudades industriales, en la cual a los "*fasci* sicilianos" corresponda un 98 milanos: el *Corriere* tiene fe en las "fuerzas naturales" y en los cánones de Bava-Beccaris. La *Stampa* cree que Turati-D'Aragona-Modigliani son armas

mucho más seguras que los cañones para domar las revueltas de los campesinos y para hacer evacuar las fábricas ocupadas.

A las concepciones precisas y orgánicas del *Corriere* y de la *Stampa*, el fascismo contrapone discursos y medidas puramente mecánicas y ridículamente coreográficas.

El fascismo es responsable de la destrucción del sistema de proteccionismo obrero conocido con el nombre de “cooperativismo reggiano” de “evangelismo prampoliniano”, etcétera, etcétera. El fascismo ha quitado a los “demócratas” el arma más fuerte para hacer desviar sobre los obreros el odio de las masas campesinas que debe dedicarse a los capitalistas. El “succionismo rojo” ya no existe; pero las condiciones del Mediodía no han mejorado por ello. Al “succionismo rojo” lo ha sucedido el “succionismo tricolor”; ¿como evitar que el campesino meridional vea en el fascismo la síntesis concentrada de todos sus opresores y explotadores? ¿Una vez derribado el castillo de naipes del reformismo emiliano-romañolo, fue preciso disolver la guardia real, a la que ya no era posible dar a beber los alcoholes antiobreros. Los industriales hicieron algo para ayudar a Mussolini: la Confederación General de la Industria, en su conferencia de junio de 1923, habló así por la boca del presidente, *onorevole* Benni: “Así también sin duda pronto llegará a su término otra acción larga y compleja que iniciamos para el Mediodía de Italia. Queremos aportar nuestra contribución, con una acción práctica, al resurgimiento de la Italia meridional e insular, donde ya se manifiestan prometedores los primeros indicios de un saludable despertar económico. No es una tarea fácil; pero era necesario que la clase industrial se dedicase a ella, porque es interés de todos que la solidaridad de la nación se amalgame aún más sobre la base de los intereses económicos”. Los industriales ayudaron a Mussolini con bellas palabras, pero a las bellas palabras siguieron poco después hechos más expresivos que las palabras: la conquista de las sociedades algodoneras de la zona de Salerno y la transferencia de las máquinas, camufladas como chatarra, a la zona textil lombarda.

La cuestión meridional no puede ser resuelta por la burguesía sino transitoriamente, episódicamente, con la corrupción y a hierro y fuego. El fascismo ha exasperado la situación y en gran parte la ha aclarado. El no haberse planteado con claridad el problema en toda su amplitud y con todas sus posibles consecuencias políticas, ha obstaculizado la acción de la clase obrera y ha contribuido en gran parte al fracaso de la revolución de los años 1919-20.

Actualmente el problema es aún más complicado y difícil de lo que era en aquellos años, pero sigue siendo el problema central de toda revolución en nuestro país y de toda revolución que quiera tener un futuro, y por ello debe ser planteado en forma valiente y decidida. En la situación actual, con la depresión de las fuerzas proletarias que existe, las masas campesinas meridionales han asumido una importancia enorme en el campo revolucionario. O el proletariado, a través de su partido político, logra crearse en este periodo un sistema de aliados en el Mediodía, o bien las masas campesinas buscarán dirigentes políticos en su misma zona, esto es, se abandonarán completamente en manos de la pequeña burguesía amendoliana, convirtiéndose en una reserva de las contrarrevoluciones, llegando hasta el separatismo y el recurso a los ejércitos extranjeros en el caso de una revolución puramente industrial del norte. La consigna del gobierno obrero y campesino debe, por lo tanto, tener muy especialmente en cuenta al Mediodía, no debe confundir la cuestión de los campesinos meridionales con la cuestión en general de las relaciones entre ciudad y campo en un todo económico orgánicamente sometido al régimen capitalista: la cuestión meridional es también cuestión territorial, y desde este punto de vista es que debe ser examinada para establecer un programa de gobierno obrero y campesino que quiera encontrar amplia repercusión cu las masas.

## LAS ELECCIONES EN ITALIA[*]

Todos los partidos se declaran satisfechos con los resultados de las elecciones, porque todos ellos, hasta la víspera de las mismas, carecían de un método de juicio y se preguntaban hasta qué punto llegaría el terrorismo fascista. Esta constatación revela de golpe cuál es el punto central de la situación italiana: la desorganización de las masas, la imposibilidad de celebrar reuniones, la escasa difusión de los periódicos abiertamente hostiles al fascismo.

La debilidad real del fascismo, sin embargo, ha sido revelada por el triunfo de la oposición, acogido con tal rabia por los fascistas que en algunos casos ha provocado represalias inmediatas contra las organizaciones obreras y campesinas.

En toda Italia del norte el voto de los obreros ha demostrado la inconsistencia de las corporaciones nacionales fascistas. Los fascistas se han dado cuenta de ello inmediatamente y ya han procedido, en muchas localidades, a la disolución de sus sindicatos.

La actitud del *fascio* con respecto a la democracia podría describirse con la expresión bíblica: *Nec tecum nec sine, te vivere possum*: no puedo vivir ni contigo ni sin ti. Prácticamente la contradicción se resuelve en una enorme bufonada: los libres electores han ido a las urnas a manifestar su derecho soberano escoltados por auténticos pelotones de ejecución. ¡Tómense en cuenta los muertos, los emigrados, los presos que también han votado! Y Mussolini ha obtenido el 6 de abril 4 600 000 sufragios de 7 600 000 y 400 representantes de cerca de 536.

Pero estas elecciones han tenido gran importancia: sus resultados permiten darse cuenta de la orientación general de la vida política italiana.

Antes del 6 de abril, estaba ampliamente extendida entre los obreros la opinión de que la burguesía progresiva radical haría su "revolución antifascista". Se decía que la clase obrera debería ceder el lugar en la escena política durante algún tiempo a la oposición constitucional, necesaria en este momento histórico. La táctica de la abstención propuesta por los reformistas (Turati) y el repudio por parte de los reformistas y los maximalistas a la propuesta comunista de un bloque obrero y campesino eran sugeridos por esta convicción. Así se explica también la táctica del partido comunista que, por su cuenta y riesgo, tuvo que romper con el estado de ánimo "liquidacionista" de las grandes masas. Las elecciones izan demostrado que la oposición constitucional (Bonomi-Amendola) no tiene ninguna fuerza en el país: en toda Italia septentrional y central no ha obtenido más que los sufragios de una ínfima minoría antifascista; solamente ha tenido un triunfo relativo en la Italia meridional, entre los campesinos de Campania y Sicilia, lo que se explica por el hecho de que el partido popular (católico) en estas regiones es débil y está sometido a los grandes propietarios. Las elecciones casi han aniquilado las perspectivas del bloque burgués-socialista (Turati) y reforzado las posiciones del partido comunista, al cual se le abre la posibilidad de una intensa campana por un gobierno obrero y campesino.

La resistencia y la combatividad de la clase obrera han demostrado ser superiores a lo previsto. Los tres partidos proletarios han obtenido en conjunto 1 120 000 votos (reformistas 470 000, maximalistas 340 000, comunistas 310 000). En Milán los votos obreros han sido más numerosos que los del Partido Socialista Unificado en las elecciones de 1919, o sea en la época del más alto desarrollo revolucionario. De los 56 000 votos de 1919 se ha pasado a los 66 000 votos en 1924. En todas las ciudades grandes y pequeñas (exceptuando Milán) la lista fascista se ha encontrado incluso en minoría respecto a todas las oposiciones reunidas, entre las cuales los partidos

obreros ocupan el primer lugar. El proletariado ha recuperado brillantemente su función histórica de adversario principal ce la reacción: de estas elecciones resulta que no es posible ninguna oposición eficaz contra el fascismo fuera de la oposición revolucionaria. Esto lo confirma el brillante triunfo del partido comunista, que tenía 13 representaciones en el Parlamento anterior y que tendrá 18 en la nueva legislatura, mientras que los reformistas bajan de 83 a 25 y los maximalistas de 46 a 22. En la mayor parte de las ciudades industriales el partido comunista ha obtenido más votos que los maximalistas; en el sur los comunistas han tenido más votos que los maximalistas y reformistas juntos. En Milán, donde los maximalistas eran particularmente fuertes, gracias a la acción de *Avanti!*, los comunistas han conquistado sin embargo, dos curules.

La masa campesina parece estar completamente disgregada. Ha desertado del partido popular, reducido de 106 a 36 representantes, y ha formado, para sustraerse al terrorismo, toda una serie de agrupaciones políticas locales que se han presentado en las urnas como filofascistas. En su gran mayoría la masa rural ha votado por la lista fascista: en las aldeas donde el voto de cada uno de los electores es fácilmente controlable, los fascistas han obtenido el 100 por ciento de los sufragios e incluso más, ya que han "votado" hasta los muertos y los emigrados.

Así ha triunfado el fascismo, y el gobierno Mussolini ha salido de las urnas fortalecido en el interior y en el extranjero. (El cambio italiano es hoy más favorable). Las consecuencias serán múltiples. La nueva cámara tratará de adoptar el carácter de Constituyente fascista, de crear una legalidad fascista, de abrogar el estatuto y las libertades democráticas; ya se anuncian medidas rigurosas contra Ja piensa de oposición. No es improbable —como ha dado a entender Amendola en un discurso programático— que la oposición constitucional plantee la cuestión prejudicial de nuevas elecciones para una Constituyente, y en este caso su consigna será la del bloque burgués-socialdemócrata.

El partido comunista sale fortalecido de las elecciones para asumir en un futuro próximo tareas de primer plano. En los centros urbanos sus organizaciones se han afirmado en posiciones sólidas. Las directivas dadas por la dirección del partido han sido seguidas con perfecta disciplina. Menos fuerte es la organización comunista entre los asalariados agrícolas, particularmente numerosos en nuestro país. En las zonas puramente agrícolas (Italia meridional) no hemos sufrido aún más pérdida de curules: hemos conquistado tres en Sicilia, Puglia y Campania. En Sicilia y en Puglia los

votos son exclusivamente campesinos, lo cual les confiere un significado particular; han sido superiores a nuestras esperanzas. La condición económica de la población en estas regiones es espantosa: la emigración se ha vuelto imposible por la reciente ley norteamericana, lo cual provoca una congestión demográfica en el momento en que los grandes propietarios reducen la superficie cultivada. Sólo el terrorismo fascista impide que se desencadene una oleada de revueltas análoga a las de 1860-70 y 1890-1900.

Una vez celebradas las elecciones, nuestro partido cuenta con mayores posibilidades de agitación. Sus tareas son esencialmente las siguientes: 1] obligar al partido maximalista a salir del equívoco y a decidirse por el bloque con los comunistas o por la fusión con los reformistas; 2] elaborar un programa de gobierno obrero y campesino susceptible de satisfacer a las masas campesinas que son las más afectadas por el terror fascista.

La campaña sistemática por la puesta en práctica de estas consignas debe apresurar sobre todo la solución de la crisis en el partido popular, el cual, bajo la presión de las masas campesinas y a pesar de los esfuerzos de sus dirigentes, está apartándose de la política del Vaticano, mientras Tura ti se esfuerza por someter a la derecha burguesa una parte de los obreros. Destruir todos estos planes y estrechar sólidos vínculos con los campesinos del sur y de las islas: éste es el deber de nuestro partido. El modo como nuestro partido sepa cumplir sus tareas determinará el carácter de todo un periodo de la historia de nuestro país.

## LA CRISIS DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA[*]

La crisis política provocada por el asesinato del *onorevole* Matteotti sigue en pleno desarrollo y no es posible decir aún cuáles serán sus resultados finales.

Esta crisis presenta diversos y múltiples aspectos. Señalemos ante todo la lucha que ha vuelto a estallar en torno al gobierno entre fuerzas adversas del mundo plutocrático y financiero para la conquista por parte de unos y la conservación por parte de los otros de una influencia predominante en el gobierno del Estado. A la oligarquía financiera, con la Banca Comercial a su cabeza, se oponen aquellas fuerzas que en otros tiempos se agrupaban en torno a la fracasada Banca de Descuento y hoy tienden a reconstituir un organismo financiero propio que debería socavar la influencia predominante de la primera. Su consigna es "constitución de un gobierno de reconstrucción nacional", con la eliminación del lastre (léase los patrocinadores de la actual política financiera). Se trata, en sustancia, de un grupo de tiburones no menos

nefastos que los otros, que bajo la máscara de la indignación por el asesinato de Matteotti y en nombre de la “justicia”, se lanzan al abordaje de las arcas del Estado. El momento es bueno y, naturalmente, tratan de no dejarlo escapar.

Desde el punto de vista de la clase obrera el hecho más importante, sin embargo, es otro, y es precisamente la enorme repercusión que han tenido los acontecimientos de estos días en las capas medias y pequeñoburguesas: la crisis de la pequeña burguesía se precipita.

Si se toman en cuenta los orígenes y la naturaleza social del fascismo, se comprenderá la enorme importancia de este elemento que viene a resquebrajar las bases de la dominación fascista. Este giro súbito y radical de la opinión pública, que se ha polarizado en torno a los partidos de la llamada “oposición constitucional”, sitúa a estos partidos en primera fila en la lucha política: ellos deben darse cuenta, como algunos estratos de la misma clase obrera, de las necesidades y las condiciones que impone esa lucha.

En el campo obrero no ha faltado la inmediata repercusión de este cambio de fuerzas: el proletariado tiene hoy la sensación de no estar ya aislado en líi lucha contra el fascismo y esto, además del inalterado espíritu antifascista que lo anima, determina en su ánimo la convicción de que la dictadura fascista podrá ser abatida y ello en un periodo mucho más breve de Jo que se pensaba en el pasado. El hecho de que la rebelión moral de toda la población contra el fascismo, en la clase obrera se ha manifestado con huelgas, aunque sean parciales, como forma enérgica de la lucha; el haber sentido la necesidad y haber considerado posible, en ciertas condiciones, la huelga general nacional contra el fascismo, demuestra que la situación va cambiando con una rapidez totalmente imprevista. Quien tenga dudas a este propósito acerqúese a los obreros y verá cómo son acogidos los melancólicos comunicados de la Confederación General del Trabajo implorando la calma, en los cuales se definen de “elementos irresponsables” y “agentes provocadores” a quienes hacen propaganda para la acción: hubo un tiempo en que estábamos acostumbrados a leer este lenguaje en los comunicados policíacos…

Basándose en la actitud y la conducta de los diversos partidos alineados hoy en el frente de la lucha antifascista puede hacerse de inmediato una primera deducción: la impotencia de la oposición constitucional.

Estos partidos, en el pasado, con la oposición al fascismo tendían evidentemente a atraerse a la pequeña burguesía y, en parte, a aquellos estratos de la burguesía que, viviendo al margen de la plutocracia dominante, resienten en parte las consecuencias de su predominio absoluto y aplastante

en la vida económica y financiera del país. Estos partidos tienden hacia sistemas de gobierno menos dictatoriales. Hoy, estos partidos pueden decir que han alcanzado el objetivo, que constituye para ellos la premisa para llevar a fondo la lucha contra el fascismo. Pero su acción, que en la situación actual debería tener un valor decisivo, se muestra incierta, equívoca e insuficiente. En sustancia refleja la impotencia de la pequeña burguesía para afrontar por sí sola la lucha contra el fascismo, impotencia determinada por un conjunto de razones, de las cuales se deriva también la actitud característica de estas capas eternamente oscilantes entre el capitalismo y el proletariado.

Estos partidos cultivan la ilusión de resolver la lucha contra el fascismo en el terreno parlamentario, olvidando que la naturaleza fundamental del gobierno fascista es la de una dictadura armada, a pesar de todos los adornos constitucionales que trata de colgar a la milicia nacional. Por otra parte, ésta no ha eliminado la acción del escuadrismo y del ilegalismo: el fascismo está constituido en su verdadera esencia por las fuerzas armadas que operan directamente por cuenta de la plutocracia capitalista y de los agrarios. Abatir el fascismo significa, en definitiva, destruir definitivamente estas fuerzas, y esto no se puede obtener más que en el terreno de la acción directa. Cualquier solución parlamentaria será impotente. Cualquiera que sea el carácter del gobierno que pudiera derivarse de tal solución, tanto si se trata de la recomposición del gobierno de Mussolini como del establecimiento de un gobierno supuestamente democrático (lo que por otra parte es muy difícil), 3a clase obrera no podrá tener ninguna garantía de que sus intereses y sus derechos más elementales serán protegidos, ni siquiera en los límites permitidos por un Estado burgués y capitalista, hasta que aquellas fuerzas no sean eliminadas.

Para obtener esto, es necesario luchar contra ellas en el terreno en el que es posible triunfar en serio, esto es, en el terreno de la acción directa. Sería una ingenuidad confiar esta tarea al Estado hurgues, el cual, aunque sea liberal y democrático, no titubearía en recurrir a su ayuda en el caso de que no se sintiera lo bastante fuerte para defender el privilegio de la burguesía y mantener sometido al proletariado.

De todo lo anterior se deriva la conclusión de que una oposición real al fascismo sólo puede ser conducida por la clase obrera. Los hechos demuestran hasta qué punto se apegaba a la realidad la oposición asumida por nosotros en ocasión de las elecciones generales, oponiendo a la oposición constitucional la “oposición obrera” como única base real y eficaz para abatir al fascismo. El hecho de que fuerzas no obreras confluyan en el frente de

lucha antifascista, no cambia nuestra afirmación, según la cual la clase obrera es la única clase que puede y debe ser la guía directiva en esta lucha.

La clase obrera, sin embargo, debe encontrar su unidad, en la cual recobrará toda la fuerza necesaria para afrontar la lucha. De ahí la propuesta del partido comunista a todos los organismos proletarios para una huelga general, contra el fascismo; ¡de ahí nuestra posición, frente a los impotentes llorones socialdemócratas;

## EL DESTINO DE MATTEOTTI[*]

Hay una expresión incisiva del compañero Rádek, usada por él al conmemorar, en una asamblea de comunistas en el congreso de la Internacional, a un militante del nacionalismo alemán fusilado en el Ruhr por nacionalistas franceses.[1] que nos vuelve a la mente cada vez que pensamos en el destino de Giacomo Matteotti. "Peregrino de la nada" llamaba el compañero Rádek al combatiente desafortunado, pero tenaz basta el sacrificio de sí mismo, de una idea que no puede conducir a sus creyentes y militantes más que a un inútil círculo vicioso de luchas, de agitaciones, de sacrificios sin resultado y sin vía de escape. "Peregrino de la nada" nos parece Giacomo Matteotti cuando consideramos su vida y su fin en relación con todas las circunstancias que les dan un valor ya no "personal", sino de indicio general y de símbolo.

Existe una crisis de la sociedad italiana, una crisis que tiene su origen en los factores mismos que constituyen esta sociedad y en sus irreductibles contrastes; existe una crisis que la guerra ha acelerado, profundizado, vuelto insuperable. Por una parte hay un Estado que no se sostiene porque le falta la adhesión de las grandes masas y le falta una clase dirigente que sea capaz de conquistarle esta adhesión; por otra parte hay una masa de millones de trabajadores que lentamente han venido despertándose a la vida política, los cuales exigen tomar parte activa en ella, los cuales quieren convertirse en la base de un "Estado" nuevo en el que se encarne su voluntad. Por una parte hay un sistema económico que no logra ya satisfacer las necesidades elementales (le la enorme mayoría de la población, porque ha sido construido para satisfacer los intereses particulares y exclusivistas de algunas restringidas categorías privilegiadas; por la otra parte hay centenares de miles de trabajadores que ya no pueden seguir viviendo si este sistema no es modificado desde sus bases. Desde hace cuarenta años la sociedad italiana está buscando en vano la forma de salir de estos dilemas.

Pero la forma de salir es una sola. Es que los centenares de miles de trabajadores, que la gran mayoría de la población trabajadora italiana sea conducida a superar el contraste destruyendo los cuadros del orden político y económico actual y sustituyéndolos por un orden de cosas nuevo, en el cual los intereses y la voluntad de quienes trabajan y producen encuentren satisfacción y expresión completas. El despertar de los obreros y los campesinos de Italia que se inició, bajo la guía de animosos pioneros, hace algunas décadas, permitía esperar que este camino estaba a punto de ser emprendido y seguido, sin titubeos ni incoherencias, hasta el fin.

También Giacomo Matteotti fue, si no por edad, sí por la escuela política a la que perteneció, uno de estos pioneros. Fue uno de aquellos a quienes el proletariado italiano pedía, ser guiado para crear en sí mismo su propia economía, su propio Estado, su propio destino: fue de aquellos de quienes dependía la solución, la única solución posible, de la crisis italiana. Recordar cómo la guía, prácticamente, ha desaparecido, y cómo el movimiento se ha agotado en sí mismo, dejando abierto el camino al triunfo descarado de sus más feroces enemigos, es hoy seguramente superfluo, a no ser para señalar la contradicción interna, incurable, que viciaba desde sus fundamentos ¡a concepción política e histórica de estos primeros dirigentes de la insurrección de los obreros y los campesinos de Italia, que condenaba la acción a un fracaso trágico, espantoso. El despertar a la vida civil, a las reivindicaciones económicas y a la lucha política de decenas y centenares de miles de campesinos y obreros es cosa vana, si no se concluye con la indicación de los medios y de las vías por las que las fuerzas de las masas trabajadoras, ya despiertas, podrán llegar a una afirmación de sí concreta y completa. Los pioneros del movimiento insurreccional de los trabajadores italianos no supieron llegar a esta conclusión. Su acción, mientras destruía los puntales de un sistema económico, no preveía la creación de otro sistema diferente, en el que los límites del primero fuesen superados y abatidos para siempre. Iniciaba una serie de conquistas y no pensaba en su defensa. Daba a una clase conciencia de sí y de sus destinos propios, y no le daba la organización de combate sin la cual estos destinos nunca se podrán realizar. Planteaba las premisas de una revolución, y no creaba un movimiento revolucionario. Sacudía las bases de un Estado, y creía poder eludir el problema de la creación de un Estado nuevo. Desencadenaba la rebelión, y no sabía guiarla a la victoria. Hablaba de un deseo generoso de redención total, y se agotaba miserablemente en la nada de una acción sin vías de salida, de una política sin perspectivas, de una rebelión condenada, pasado el primer instante de

asombro y debilidad de los adversarios, a ser sofocada en la sangre y el terror de la revancha reaccionaria.

El sacrificio heroico de Giacomo Matteotti es para nosotros la última expresión, la más evidente, la más trágica y elevada, de esta contradicción interna que durante años y años ha padecido todo el movimiento obrero italiano. Pero si el ímpetu de la insurrección y los esfuerzos tenaces del pasado han podido ser vanos, si ha podido derrumbarse pavorosamente, en tres años, el edificio tan fatigosamente construido pieza por pieza, no debe, no puede ser en vano este sacrificio supremo, en el que se resume toda la enseñanza de un pasado de dolores y errores.

Ayer, mientras los restos de Giacomo Matteotti descendían a la tumba, y al triste rito dirigían sus pensamientos de todas las tierras de Italia, todos los trabajadores de las fábricas y del campo, del Polesino y el Ferrarese esclavos llegaban en grupos numerosos para estar presentes en la ceremonia, los obreros y campesinos que aún no desesperan de su redención, ayer, conmemorando a Matteotti, un grupo de obreros reformistas solicitaba su afiliación en el Partido Comunista de Italia, Y nosotros sentimos que en este acto hay algo que rompe el círculo vicioso de los esfuerzos vanos y los sacrificios inútiles, que supera las contradicciones para siempre, que indica al proletariado italiano qué enseñanza debe sacarse del fin del pionero caído sobre sus propias huellas, sin tener ya ningún camino abierto ante sí.

La semilla arrojada por quien ha trabajado por el despertar de la clase trabajadora italiana no puede perderse.

Una clase que se ha despertado de la esclavitud no puede renunciar a combatir por su redención. La crisis de la sociedad italiana que ha sido agudizada hasta la exasperación por este despertar no se supera con el terror; no concluirá más que con la llegada al poder de los campesinos y los obreros, con el fin del poder de las castas privilegiadas, con la construcción de una nueva economía, con la fundación de un nuevo Estado. Pero para esto es preciso que se cree mía organización de combate, a la que sigan con entusiasmo y convicción los mejores elementos de la clase trabajadora, en torno a la cual las grandes masas se agrupen confiadas y seguras. Es necesaria una organización en la que tome cuerpo y figura una voluntad clara de lucha, de aplicación de todos los medios que la lucha exija, sin los cuales jamás se logrará ninguna victoria total. Una organización que sea revolucionaria no sólo en sus palabras y en sus aspiraciones genéricas, sino en su estructura, en su modo de trabajar, en sus fines inmediatos y lejanos. Una organización cuyo propósito de reivindicación y liberación de las masas sea algo concreto y

definido, sea capacidad de trabajo político ordenado, metódico, seguro; capacidad no sólo de conquistas inmediatas y parciales, sino de defensa de cada conquista realizada y de paso a conquistas cada vez más altas y a aquella que lo garantizará todo: la conquista del poder, la destrucción del Estado de los burgueses y los parásitos, su sustitución por un Estado de campesinos y obreros.

Esto es lo que han entendido los obreros reformistas que en recuerdo a BU jefe caído han solicitado entrar en nuestro partido.

El sacrificio de Matteotti —les dicen a sus compañeros— se celebra trabajando en la creación del único instrumento con el que la idea que lo impulsaba, la idea de la redención completa de los trabajadores, puede hacerse real: el partido de clase de los obreros, el partido de la revolución proletaria.

El sacrificio de Matteotti es celebrado en la única forma digna y profunda por los militantes que en las filas del partido y de la internacional Comunista cierran filas para prepararse para todas las luchas del futuro. Sólo por ellos la clase obrera dejará de ser “peregrina de la nada”, dejará de ir de decepción en decepción, de derrota en derrota, de sacrificio en sacrificio, por querer resolver el contradictorio problema de crear un mundo nuevo sin hacer pedazos este viejo mundo que nos oprime; sólo por ellos la clase obrera será libre y dueña de sus propios destinos.

## LA CRISIS ITALIANA[*]

La crisis radical del régimen capitalista, iniciada en Italia, como en todo el mundo, con la guerra, no ha sido eliminada por el fascismo. El fascismo, con su método de gobierno represivo, hizo muy difícil e, incluso, casi impidió totalmente las manifestaciones políticas de la crisis general capitalista; pero no ha conseguido una detención de ésta, y mucho menos una recuperación y un desarrollo de la economía nacional. Generalmente se dice e incluso nosotros los comunistas solemos afirmar que la actual situación italiana se caracteriza por la ruina de las clases medías: esto es cierto, pero debe ser entendido en todo su significado. La ruina de las clases medias es deletérea porque el sistema capitalista no se desarrolla, sino que por el contrario sufre una contracción: no es un fenómeno en sí, que pueda ser examinado y a cuyas consecuencias pueda proveerse independientemente de las condiciones generales de la economía capitalista; ésta es la misma crisis del régimen capitalista que no logra ya y ya no podrá lograr satisfacer las exigencias

vitales del pueblo italiano, que no logra asegurar a la gran masa de italianos el pan y el techo. El que la crisis de las clases medias esté hoy en primer plano es sólo un hecho político contingente, y sólo la forma del periodo que precisamente por esto llamamos “fascista”. ¿Por qué? Porque el fascismo surgió y se ha desarrollado en el terreno de esta crisis en su fase incipiente, porque el fascismo ha luchado contra el proletariado y ha llegado al poder explotando y organizando la inconsciencia y el borreguismo de la pequeña burguesía ciega de odio contra la clase obrera que, con la fuerza de su organización, lograba atenuar los contragolpes de la crisis capitalista.

Porque el fascismo se agota y muere precisamente porque no ha mantenido ninguna de sus promesas, no ha satisfecho ninguna esperanza, no ha aliviado ninguna miseria. Ha quebrantado el impulso revolucionario del proletariado, ha disuelto los sindicatos de clase, ha disminuido los salarios y aumentado los horarios; pero eso no bastaba para asegurar una vitalidad ni siquiera restringida al sistema capitalista; por ello era necesaria también una disminución del nivel de vida de las clases medias, el despojo y el saqueo de la economía pequeñoburguesa y con ello el sofocamiento de toda libertad y no sólo de las libertades proletarias, y de ahí la lucha no sólo contra los partidos obreros, sino también y especialmente, en una fase determinada, contra todos los partidos políticos no fascistas, contra todas las asociaciones no controladas directamente por el fascismo oficial.

¿Por qué en Italia la crisis de las clases medias ha tenido consecuencias más radicales que en los demás países y ha hecho nacer y llevado al poder del Estado al fascismo? Porque entre nosotros, dado el escaso desarrollo de la industria y dado el carácter regional de la misma industria, no sólo la pequeña burguesía es muy numerosa, sino que es también la única clase “territorialmente” nacional: la crisis capitalista asumió también en los arios siguientes a la guerra la forma aguda de una descomposición del Estado unitario y en consecuencia favoreció el renacimiento de una ideología confusamente patriótica y no quedaba otra solución salvo la fascista, después de que en 1920 la clase obrera fracasó en su misión de crear con sus medios un Estado capaz de satisfacer también las exigencias nacionales unitarias de la sociedad italiana.

El régimen fascista muere porque no sólo no ha conseguido detener, sino que ha contribuido a acelerar la crisis de las clases medias iniciada después de la guerra. El aspecto económico de esta crisis consiste en la ruina de la pequeña y mediana empresa: el número de quiebras se ha multiplicado rápidamente en estos dos años. El monopolio del crédito, el régimen fiscal, la

legislación sobre los arrendamientos han triturado a la pequeña empresa comercial e industrial: se ha verificado un autentico paso de riqueza de la pequeña y mediana burguesías a la gran burguesía, sin desarrollo del aparato de producción; el pequeño productor no es ni siquiera proletario, es sólo un hambriento permanente, un desesperado sin previsiones para el futuro. La aplicación de la violencia fascista para obligar a los ahorradores a invertir su5 capitales en una determinada dirección no ha dado muchos frutos para los pequeños industriales: cuando han tenido éxito, no ha hecho más que rebotar los efectos de la crisis de una capa a otra, extendiendo el descontento y la desconfianza ya grandes en los ahorradores respecto al monopolio existente en el campo bancario, agravado por la táctica de los golpes de mano a que deben recurrir los grandes empresarios para asegurarse crédito en medio de la angustia general.

En las zonas rurales el proceso de la crisis está más estrechamente ligado a la política fiscal del Estado fascista. De 1920 a hoy el balance medio de una familia de aparceros o de pequeños propietarios ha sido agravado con un pasivo aproximado de 7 000 liras por aumento de impuestos, empeoramiento de las condiciones contractuales, etcétera. En forma típica se manifiesta la crisis de la pequeña empresa en la Italia septentrional y central. En el Mediodía intervienen nuevos factores, de los cuales el principal es la ausencia de emigración y el consiguiente aumento de la presión demográfica; esto va acompañado por una disminución de la superficie cultivada y por consiguiente también de la cosecha. La cosecha de granos fue el año pasado de 68 millones de quintales en toda Italia, o sea, en escala nacional ha sido superior a la media, pero ha sido inferior a la media del Mediodía. Este año la cosecha ha sido inferior a la media en toda Italia; ha fracasado completamente en el Mediodía. Las consecuencias de semejante situación no se han manifestado aún en forma violenta, porque en el Mediodía existen condiciones de economía atrasada, las cuales impiden a la crisis revelarse de modo profundo, como sucede en los países de capitalismo avanzado: sin embargo, ya se han producido en Cerdeña episodios graves de descontento popular provocado por el malestar económico.

La crisis general del sistema capitalista no ha sido, pues, frenada por el régimen fascista. En el régimen fascista, las posibilidades de existencia del pueblo italiano han disminuido. Se ha realizado una restricción del aparato productivo propio, al mismo tiempo en que aumentaba la presión demográfica por las dificultades de la emigración transoceánica. El aparato industrial restringido ha podido salvarse de la ruina total sólo por una disminución del

nivel de vida de la clase obrera presionada por la reducción de los salarios, por el aumento de la jornada de trabajo, por el encarecimiento de la vida: esto ha determinado una emigración de obreros calificados, o sea un empobrecimiento de las fuerzas productivas humanas que eran una de las mayores riquezas nacionales. Las clases medias, que pusieron todas sus esperanzas en el régimen fascista, han sido arrastradas por la crisis general, aún más, se han convertido precisamente ellas en la expresión de la crisis capitalista en este periodo.

Estos elementos, rápidamente señalados, sirven sólo para recordar todo el alcance de la situación actual que no tiene en sí misma ninguna virtud de restablecimiento económico. La crisis económica italiana sólo puede ser resuelta por el proletariado. Sólo uniéndose a una revolución europea y mundial el pueblo italiano puede recuperar la capacidad para hacer valer sus fuerzas productivas humanas y reactivar el aparato nacional de producción. El fascismo solamente ha retardado la revolución proletaria, no la ha hecho imposible; ha contribuido también a ampliar y profundizar el terreno de la revolución proletaria, que después del experimento fascista será verdaderamente popular.

La disgregación social y política del régimen fascista tuvo su primera manifestación de masas en las elecciones del 6 de abril. El fascismo quedó en clara minoría en la zona industrial italiana, o sea ahí donde reside la fuerza económica y política que domina a la nación y el Estado. Las elecciones del 6 de abril, al mostrar en qué medida la estabilidad del régimen es sólo aparente, reanimaron a las masas, determinaron cierto movimiento en su seno, marcaron el comienzo de aquella oleada democrática que culminó en los días inmediatamente siguientes al asesinato del *onorevole* Matteotti y que todavía hoy caracteriza la situación. Las oposiciones adquirieron después de las elecciones una enorme importancia política: la agitación llevada a cabo por ellas en los periódicos y en el Parlamento para discutir y negar la legitimidad del gobierno fascista, actuaba poderosamente para disolver todos los organismos del Estado controlados y dominados por el fascismo, repercutía en el seno del mismo Partido Nacional Fascista, resquebrajaba la mayoría parlamentaria. De ahí la inaudita campaña de amenazas contra las oposiciones y el asesinato del diputado unitario. La oleada de repudio provocada por el delito sorprendió al partido fascista que se estremeció de pánico y se perdió: los tres documentos escritos en aquel instante angustioso por el *onorevole* Finzi, Filippelli y Cesarino Rossi[1] y dados a conocer a las oposiciones, demuestran que las mismas cimas del partido habían perdido toda seguridad y

acumulaban errores sobre errores; desde aquel momento el régimen fascista entró en agonía; sigue sostenido aún por las fuerzas llamadas “sustentadoras”, pero es sostenido tal como la cuerda sostiene al ahorcado.

El delito Matteotti dio la prueba definitiva de que el partido fascista no logrará nunca convertirse en un partido de gobierno normal, que Mussolini no posee del estadista y del dictador más que algunos pintorescos gestos exteriores: no es un elemento de la vida nacional, es un fenómeno de folclore campesino, destinado a pasar a la historia en la categoría de las distintas máscaras provincianas italianas más que en la categoría de los Cromwell, los Bolívar, los Garibaldi.

La oleada popular antifascista provocada por el delito Matteotti encontró forma política en la secesión del aula parlamentaria de los partidos de oposición. La asamblea de las oposiciones se convirtió de hecho en un centro político nacional, en torno al cual se organizó la mayoría del país: la crisis que había estallado en el campe sentimental y moral, adquirió así un marcado carácter institucional; se creó un Estado en el Estado, un gobierno antifascista contra el gobierno fascista. El partido fascista fue impotente para frenar la situación: la crisis lo golpeó de plano, devastando las filas de su organización: el primer intento de movilización de la indicia nacional falló absolutamente, respondiendo al llamado sólo el veinte por ciento; en Roma sólo ochocientos militares se presentaron en los cuarteles. La movilización dio resultados importantes sólo en unas pocas provincias agrarias, como Grosseto y Perugia, permitiendo así que llegaran a Roma algunas legiones decididas a hacer frente a una lucha sangrienta.

Las oposiciones siguen siendo aún el punto de apoyo del movimiento popular antifascista; representan políticamente la oleada de democracia que es característica de la fase actual de la crisis social italiana. Al comienzo incluso la opinión, de la gran mayoría del proletariado se orientó hacia las oposiciones. Era deber de nosotros los comunistas tratar de impedir que tal estado de cosas se consolidase permanentemente. Por ello nuestro grupo parlamentario entró a formar parte del comité de las oposiciones aceptando y subrayando el señalado carácter que asumía la crisis política de existencia de dos poderes, de dos parlamentos. Si hubiesen querido cumplir con su deber, tal como lo indicaban las masas en movimiento, las oposiciones habrían dado una forma política definida al estado de cosas objetivamente existente, pero se negaron. Hubiera sido necesario lanzar un llamado al proletariado, que es el único capaz de sostener un régimen democrático, hubiera sido necesario profundizar el movimiento espontáneo de huelgas que empezaba a delinearse.

Las oposiciones tuvieron miedo de ser arrastradas por una posible insurrección obrera: por ello no quisieron salir del terreno puramente parlamentario cu las cuestiones políticas ni del terreno del proceso por el asesinato del *onorevole* Matteotti en la campaña para mantener activa la agitación en el país. Los comunistas, que no podían aceptar la forma de bloque de partidos dada al comité por ¡as oposiciones, fueron puestos en la puerta.

Nuestra participación en un primer momento en el comité y nuestra salida en un segundo tiempo han tenido las siguientes consecuencias:

1] nos ha permitido superar la fase más aguda de la crisis sin perder el contacto con las glandes masas trabajadoras; permaneciendo aislado, nuestro partido habría sido arrollado por la oleada democrática; 2] hemos destruido el monopolio de la opinión pública que las oposiciones amenazaban con instaurar: una parte cada vez mayor de la clase trabajadora va convenciéndose de que el bloque de las oposiciones representa un semifascismo que quiere reformar, suavizándola, la dictadura fascista, sin hacer perder al sistema capitalista ninguno de los beneficios que el terror y la ilegalidad le han asegurado en los últimos años con el empeoramiento del nivel de vida del pueblo italiano.

La situación objetiva, después de dos meses, no ha cambiado. D e hecho aún existen dos gobiernos en el país que luchan uno contra otro para disputarse las fuerzas reales de la organización estatal burguesa. El resultado de la lucha dependerá de los reflejos que la crisis general provoque en el seno del Partido Nacional Fascista, de la actitud definitiva de los partidos que constituyen el bloque de las oposiciones, de la acción del proletariado revolucionario guiado por nuestro partido.

¿En qué consiste la crisis del fascismo? Se dice que para comprenderla es necesario definir primero la esencia del fascismo, pero la verdad es que no existe una esencia del fascismo en el fascismo mismo. La esencia del fascismo la daba en los años 1922-23 un determinado sistema de relaciones de fuerza existente en la sociedad italiana; hoy este sistema está profundamente transformado y la “esencia” se ha evaporado un tanto. El hecho característico del fascismo consiste en haber logrado constituir una organización de masas de la pequeña burguesía. Es la primera vez en la historia que sucede tal cosa. La originalidad del fascismo consiste en haber hallado la forma de organización adecuada para una clase social que siempre fue incapaz de tener solidaridad y mía ideología unitaria: esta forma de organización es el ejército en el campo. La milicia es, pues, el eje del Partido

Nacional Fascista: no es posible disolver la milicia sin disolver también todo el partido. No existe un partido fascista que convierta la cantidad en calidad, que sea un aparato de selección política de una clase o una capa: sólo existe un agregado mecánico indiferenciado e indiferenciable desde el punto de vista de las capacidades intelectuales y políticas, que sólo vive porque ha adquirido en la guerra civil un fortísimo espíritu de cuerpo, toscamente identificado con la ideología nacional. Fuera del terreno de la organización militar el fascismo no ha dado y no puede dar nada, e incluso en este terreno lo que puede dar es muy relativo.

Así fabricado por las circunstancias, el fascismo no está en condiciones de conseguir ninguna de sus premisas ideológicas. El fascismo dice hoy que quiere conquistar el Estado; al mismo tiempo dice que quiere convertirse en un fenómeno predominantemente rural. Es difícil comprender cómo pueden conjugarse ambas afirmaciones. Para conquistar el Estado es preciso estar en condiciones de sustituir a la clase dominante en las funciones que tienen una importancia esencial para el gobierno de la sociedad. En Italia, como en lodos los países capitalistas, conquistar el Estado significa ante todo conquistar la fábrica, significa tener la capacidad de superar a los capitalistas en el gobierno de las fuerzas productivas del país. Esto puede ser realizado por la clase obrera, no puede ser hecho por la pequeña burguesía que no tiene ninguna fuerza esencial en el campo productivo, que en la fábrica, como categoría industrial, ejerce una función predominantemente policíaca no productiva. La pequeña burguesía sólo puede conquistar el Estado aliándose con la clase obrera, sólo aceptando el programa de la clase obrera: sistema sovietista en vez de Parlamento en la organización estatal, comunismo y no capitalismo en la organización de la economía nacional e internacional.

La fórmula “conquista del Estado” carece de sentido en boca de los fascistas o tiene un solo significado: invención de un mecanismo electoral que dé la mayoría parlamentaría a los fascistas siempre a cualquier costo. La verdad es que toda la ideología fascista es un engañabobos. Es una improvisación diletanlesea, que en el pasado, con la situación favorable, podía engañar al vulgo, pero que hoy está destinada a caer en el ridículo ante los mismos fascistas. El único residuo activo del fascismo es el espíritu militar de cuerpo reforzado por el peligro de un estallido de venganza popular: la crisis política de la pequeña burguesía, el paso de la inmensa mayoría de esta clase bajo la bandera de las oposiciones, el fracaso de las medidas generales anunciadas por los dirigentes fascistas pueden reducir notablemente la eficacia militar del fascismo, no pueden anularla.

El sistema de las fuerzas democráticas antifascistas recibe su mayor fuerza de la existencia del comité parlamentario de las oposiciones, que ha conseguido imponer cierta disciplina a toda una gama de partidos que va desde el maximalista basta el popular. Que maximalistas y populares obedezcan una misma disciplina y trabajen en un mismo plan programático, es el rasgo más característico de la situación. Este hecho hace lento y fatigoso el proceso de desarrollo de los acontecimientos y determina la táctica del conjunto de las oposiciones, tácticas de expectativa, de lentas maniobras envolventes, de paciente desmantelamiento de todas las posiciones del gobierno fascista. Los maximalistas, con su pertenencia al comité y con la aceptación de la disciplina común, garantizan la pasividad del proletariado, aseguran a la burguesía, aún titubeante entre fascismo y democracia, que una acción autónoma de la clase obrera no será posible sino mucho más tarde, cuando el nuevo, gobierno esté ya constituido y reforzado, cuando un nuevo gobierno esté ya en condiciones de aplastar una insurrección de las masas desengañadas tanto del fascismo como del antifascismo democrático. La presencia de los populares garantiza una solución intermedia fascista-popular como la de octubre de 1922, que sería muy probable, por ser impuesta por el Vaticano, en el caso de que los maximalistas se separasen del bloque y se aliaran con nosotros.

El mayor esfuerzo de los partidos intermedios (reformistas y constitucionales) ayudados por los populares de izquierda ha ido dirigido a este fin: mantener en un mismo lado a los dos extremos. El espíritu servil de los maximalistas ha aceptado el papel de bobo en la comedia: los maximalistas han aceptado valer en las oposiciones lo mismo que el partido de los campesinos o los grupos de *Revolución liberal*.

Las fuerzas más numerosas son aportadas a las oposiciones por los populares y los reformistas que tienen amplia acogida en las ciudades y el campo. La influencia de estos dos partidos es integrada por los constitucionales amendolianos, que llevan al bloque la adhesión de amplios estratos del ejército, de los combatientes, de la corte. La división del trabajo de agitación se realiza entre los diversos partidos según su tradición y su tarea social. Los constitucionales, como la táctica del bloque tiende a aislar al fascismo, tienen la dirección política del movimiento. Los populares conducen la campaña moral sobre la base del proceso y de sus concatenaciones con el régimen fascista, con la corrupción y la criminalidad que florecen en torno al régimen. Los reformistas adoptan estas dos posiciones y tratan de pasar inadvertidos para hacer olvidar su pasado

demagógico, para parecer redimidos y una misma cosa con el *onorevole* Arnendola y con el senador Albertini.

La postura solidaria y unitaria de las oposiciones experimentó éxitos notables: indudablemente es un triunfo haber provocado la crisis del “apoyadurismo”, esto es, haber obligado a los liberales a diferenciarse activamente del fascismo y a ponerles condiciones. Esto ha tenido ya y seguirá teniendo en el futuro repercusiones en el seno del fascismo, y ha creado un dualismo entre el partido fascista y la organización central de los combatientes. Pero esto ha empujado aún más a la derecha el punto de equilibrio del bloque de las oposiciones, o sea ha acentuado el carácter conservador del antifascismo: los maximalistas no se han dado cuenta, los maximalistas están dispuestos a hacer de tropas de maniobra no sólo de Arnendola y de Albertini, sino también de Salandra y de Cadorna.

¿Cómo se resolverá este dualismo de poderes? ¿Habrá un compromiso cutre el fascismo y las oposiciones? Y si el compromiso resulta imposible ¿tendremos una lucha armada?

No hay que excluir absolutamente el compromiso, aunque es muy improbable. La crisis que atraviesa el país no es un fenómeno superficial; curable con medidas pequeñas y pequeños expedientes: es la crisis histórica de la sociedad capitalista italiana, cuyo sistema económico se revela insuficiente para las necesidades de la población. Todas las relaciones están exasperadas: masas inmensas de la población esperan algo muy distinto a un simple compromiso. Si esto se realízase, significaría el suicidio de los mayores partidos democráticos; en el orden del día de la vida nacional se inscribiría inmediatamente la insurrección armada con los fines más radicales. El fascismo, por la naturaleza de su organización, no soporta colaboradores con paridad de derechos, sólo quiere siervos encadenados: no puede existir una asamblea representativa en el régimen fascista, cualquier asamblea se convierte de inmediato en una fiesta de soldados o en la antecámara de un prostíbulo para oficiales subalternos borrachos. La crónica cotidiana registra por eso sólo una sucesión de episodios políticos que denotan la descomposición del sistema fascista, el alejamiento lento pero inexorable del sistema fascista de todas las fuerzas periféricas.

¿Se producirá, entonces, un choque armado? Una lucha en gran estilo será evitada tanto por las oposiciones como por el fascismo. Se dará el fenómeno inverso al ocurrido en octubre de 1922: entonces la marcha sobre Roma fue la parada coreográfica de un proceso molecular por el cual las fuerzas reales del Estado burgués (ejercito, magistratura, policía, prensa, Vaticano, masonería,

Corte, etcétera) se pasaron al lado del fascismo. Si el fascismo quisiera resistir, sería destruido en una larga guerra civil en la que no podrían dejar de tomar parte el proletariado y los campesinos. Oposiciones y fascismo no desean y evitarán sistemáticamente que se inicie una lucha a fondo. El fascismo tenderá por el contrario a conservar una base de organización armada eme se pueda volver a lanzar al campo apenas se perfile una nueva oleada revolucionaría, lo que está muy lejos de disgustar a los Amendola y los Albertini e incluso a los Turati y a los Treves.

El drama se desarrollará a fecha fija, con toda probabilidad; está dispuesto para el día cu que debería reabrirse la Cámara de Diputados. La coreografía militarista de octubre de 1922 será sustituida por una más sonora coreografía democrática. Si las oposiciones no vuelven a entrar en el Parlamento, y los fascistas, como dicen, convocan a la mayoría como constituyente fascista, tendremos una reunión de las oposiciones y una apariencia de lucha entre las dos asambleas.

Es posible, sin embargo, que la solución se presente en la misma aula parlamentaria, donde las oposiciones volverán a entrar en el caso muy probable de una escisión de la mayoría, por la que el gobierno de Mussolini quede claramente en minoría. Tendremos en este caso la formación de un gobierno provisional de generales, senadores y ex-presidentes del consejo, la disolución de la cámara y el estado de sitio.

El terreno en que se desarrollará la crisis seguirá siendo el proceso por el asesinato de Matteotti. Tendremos aún fases agudamente dramáticas a propósito, cuando se hagan públicos los tres documentos de Finzi, de Filippelli, de Rossi, y las más altas personalidades del régimen sean arrolladas por la pasión popular. Todas ¡as fuerzas reales del Estado, y especialmente tas fuerzas armadas, en torno a las cuales ya se empieza a discutir, deberán alinearse definitivamente de una u otra parte, imponiendo la solución ya delineada y concertada.

¿Cuál debe ser la actitud política y la táctica de nuestro partido en la situación actual? La situación es “democrática” porque las grandes masas trabajadoras están desorganizadas, dispersas, pulverizadas en el pueblo indistinto. Por ello, cualquiera que pueda ser la evolución inmediata de la crisis, nosotros sólo podemos prever un mejoramiento en la posición política de la clase obrera, no su lucha victoriosa por el poder. La tarea esencial de nuestro partido consiste en la conquista de la mayoría de la clase trabajadora, la fase que atravesamos nosotros es la de la lucha directa por el poder, pero una fase preparatoria, de transición a la lucha por el poder, una fase, en suma, de agitación, de

propaganda, de organización. Esto no excluye, naturalmente, que puedan producirse luchas violentas y que nuestro partido no deba prepararse inmediatamente y estar pronto a afrontarlas, todo lo contrario: pero también estas luchas deben ser vistas en el cuadro de la fase de transición, como elementos de propaganda y de agitación para la conquista de la mayoría. Si existen en nuestro partido grupos y tendencias que quieren, por fanatismo, forzar la situación, será preciso luchar contra ellas en nombre de todo el partido, de los intereses vitales y permanentes de la revolución proletaria italiana. La crisis Matteotti nos ha proporcionado muchas enseñanzas a este propósito. Nos ha enseñado que las masas, después de tres años de terror y opresión, se han vuelto muy prudentes y no quieren forzar el paso. Esta prudencia se llama reformismo, se llama maximalismo, se llama “bloque de las oposiciones”. Está destinada a desaparecer, con toda seguridad e incluso en no mucho tiempo; pero por el momento existe y sólo puede ser superada si nosotros poco a poco, en toda ocasión, en todo momento, aunque avanzando, no perdemos el contacto con la totalidad de la clase trabajadora. Así debemos luchar contra toda tendencia de derecha, que quisiera un compromiso con las oposiciones, que intentase impedir los avances revolucionarios de nuestra táctica y el trabajo de preparación para la fase siguiente.

La primera tarea de nuestro partido consiste en el ejercitarse en forma de hacerse idóneo a su misión histórica. En toda fábrica, en toda aldea debe existir una célula comunista, que represente al partido y a la Internacional, que sepa trabajar políticamente, que tenga iniciativa. Por ello es preciso luchar contra una cierta pasividad que existe aún en nuestras filas, contra la tendencia a tener apretadas las filas del partido. Debemos, por el contrario, convertirnos en un gran partido, debemos tratar de atraer a nuestra organización al mayor número posible de obreros y campesinos revolucionarios para educarlos en la lucha, para formar organizadores y dirigentes de masa, para elevarlos políticamente. El Estado obrero y campesino puede ser edificado sólo si Ja revolución dispone de muchos elementos calificados políticamente; la lucha por la revolución puede ser conducida victoriosamente sólo si las grandes masas, en todas sus formaciones locales, son encuadradas y guiadas por compañeros honrados y capaces. De otro modo se vuelve verdaderamente, como gritan los reaccionarios, a los años 1919-20, o sea a los años de la impotencia proletaria, a los años de la demagogia maximalista, a los años de la derrota de las clases trabajadoras. Tampoco los comunistas queremos volver a los años 1919-20.

El partido debe realizar un gran trabajo en el campo sindical. Sin grandes organizaciones sindicales no se sale de la democracia parlamentaria. Los reformistas pueden querer sindicatos pequeños, pueden tratar de formar solamente corporaciones de obreros calificados. Nosotros los comunistas queremos lo contrario que los reformistas y debemos luchar para reorganizar a las grandes masas. Claro que es necesario plantear el problema concretamente y no sólo como forma. Las masas han abandonado el sindicato, porque la Confederación General del Trabajo, que sin embargo tiene una gran eficacia política (es nada menos que el partido unitario), no se preocupa por los intereses vitales de las masas. Nosotros no podemos proponernos crear un nuevo organismo que tenga como objetivo suplir la ausencia de la confederación; pero sí podemos y debemos plantearnos el problema de desarrollar, a través de las células de las fábricas y de los pueblos, una verdadera actividad. El partido comunista representa la totalidad de los intereses y de las aspiraciones de la clase trabajadora: nosotros no somos un simple partido parlamentario. Nuestro partido desempeña, pues, una auténtica labor sindical, se pone a la cabeza de las masas incluso en las pequeñas luchas cotidianas por el salario, por la jornada laboral, por la disciplina industrial, por la habitación, por el pan. Nuestras células deben impulsar a las comisiones internas a incorporar en su funcionamiento todas las actividades proletarias. Por lo tanto, es preciso provocar un amplio movimiento de las fábricas que pueda desarrollarse hasta dar lugar a una organización de comités proletarios de ciudad elegidos por las masas directamente, los cuales, en la crisis social que se perfila, se convertirán en representantes de los intereses generales de todo el pueblo trabajador. Esta acción real en la fábrica y en la aldea revalorizará el sindicato, volviéndole a dar un contenido y una eficacia, si paralelamente se produce el regreso a la organización de todos los elementos de vanguardia para la lucha contra los dirigentes actuales reformistas y maximalistas. Quien se mantiene lejos de los sindicatos es hoy un aliado de los reformistas, no un militante revolucionario: podrá hacer fraseología anarcoide, pero no cambiará en nada las férreas condiciones en que se desarrolla la lucha real.

La medida en que el partido en su conjunto, o sea toda la masa de los afiliados, logre desempeñar su tarea esencial de conquista de la mayoría de los trabajadores y de transformación molecular de las bases del Estado democrático, será la medida de nuestros progresos en el camino de la revolución, permitirá el paso a una fase sucesiva de desarrollo. Todo el partido, en todos sus organismos, pero especialmente con su prensa, debe

trabajar unido para obtener el máximo rendimiento del trabajo de cada uno. Hoy estamos alineados para la lucha general contra el régimen fascista. A las insensatas campañas de los periódicos de las oposiciones respondemos demostrando nuestra voluntad real de abatir no sólo el fascismo de Mussolini y Farinacci, sino también el semifascismo de Amendola, Sturzo, Turati. Para lograr esto es preciso reorganizar a las grandes masas y convertirnos en un gran partido, el único partido en el que la población trabajadora vea la expresión de su voluntad política, el representante de sus intereses inmediatos y permanentes en la historia.

## DEMOCRACIA Y FASCISMO[*]

¿En que sentido debe afirmarse que fascismo y democracia son dos aspectos de una misma realidad, dos formas distintas de una misma acción, la acción que la clase burguesa emprende para frenar en su camino a la clase proletaria? La afirmación de esta verdad se halla contenida en las tesis de la Internacional Comunista, pero sólo la historia italiana de los últimos años ofrece de ella una demostración sin equívocos. Entre fascismo y democracia ha habido en Italia, durante los últimos años, una perfecta división del trabajo.

La imposibilidad para la burguesía italiana de continuar rigiéndose según un régimen democrático resultó evidente después de la guerra. Antes de la guerra, sin embargo, la democracia italiana era ya un régimen bastante singular. Era un régimen que ignoraba la libertad económica, no conocía libertades políticas sustanciales, se esforzaba, mediante la corrupción y la violencia, por impedir cualquier libre desarrollo de fuerzas nuevas, tanto si afectaban perjudicialmente al marco del Estado como si no, y restringía la clase dirigente a una minoría inepta para sostenerse sin la ayuda activa de los esbirros y los carabineros. Durante el régimen democrático italiano, antes de la guerra, cada año caían en las calles algunas decenas de obreros, y los campesinos eran mandados a vendimiar, en algunos lugares, con bozal, por miedo a que pudiesen tocar la cosecha. La democracia consistía sólo en esto, pava los campesinos y para los obreros: que ellos tenían, en la base, la posibilidad de crear una red de organizaciones y de desarrollarlas, en forma difusa, hasta abarcar a la mayoría de los elementos decisivos de la clase trabajadora, incluso en este sencillísimo hecho estaba implícita, para el régimen democrático, una sentencia de muerte. La crisis de la posguerra la hizo explícita.

La existencia y el desarrollo de una organización clasista de los trabajadores crean un estado de cosas que no se puede remediar ni con la violencia de Estado que todo régimen democrático se concede, ni con el empleo sistemático del método de la corrupción política de los dirigentes. Esto se vio en Italia después de las primeras elecciones hechas con el sufragio universal y el sistema proporcional. Después de éstas la burguesía democrática se sintió impotente para resolver el problema de no dejar escapar el poder. Incluso fuera de la voluntad de los jefes y no obstante la ausencia de una guía consciente, el movimiento obrero no pudo por menos de adquirir un ritmo y una evolución decisivos. Los apretones de manos a Filippo Turati, los guiños de ojos a D'Aragona y los favores bajo cuerda a los mandarines de la cooperación ya no fueron suficientes para contener un movimiento que tomaba impulso del empuje de millones de hombres encuadrados, aunque fuese en forma ilógica y primordial, en una organización, de millones de hombres movidos por el estímulo de necesidades elementales incrementadas e insatisfechas. En ese punto, los demócratas que hubieran deseado ser coherentes se plantearon el problema de "hacer adherir las masas al Estado". Insoluble problema, mientras no exista un Estado del que las masas sean carne y sangre, un Estado que a través de un proceso orgánico, de creación, surja de las masas y se vincule a ellas. En realidad, en ese punto la democracia comprendió que debía hacerse a un lado, y dejar el campo libre a una fuerza distinta. Era la hora del fascismo.

¿Qué servicio ha prestado el fascismo a la clase burguesa y a la "democracia"? Se ha propuesto reducir incluso aquel mínimo a que se reducía, entre nosotros, el régimen democrático: esto es, la posibilidad concreta de crear en la base un vínculo organizativo entre los trabajadores y extender gradualmente este vínculo hasta abarcar a las grandes masas en movimiento. Se ha propuesto aniquilar los resultados ya obtenidos en este terreno. El fascismo ha alcanzado estos dos objetivos, y con una acción perfectamente adecuada. El fascismo no ha maniobrado nunca como hubiera podido hacerlo el Estado reaccionario en 1919 y 1920, contra un gran movimiento popular. Incluso ha aguardado para moverse a que la organización obrera hubiese entrado en un periodo de pasividad, y se ha arrojado contra ella, golpeándola como tal, no por lo que ella "hacía" sino por lo que ella "era", o sea como fuente de vínculos capaces de dar a las masas una forma y una fisonomía. La fuerza y la capacidad de lucha de los trabajadores se derivan en su mayor parte de la existencia de estos vínculos, aunque de por sí no sean aparentes. Se trata de la posibilidad de reunirse, de

disentir, de dar a las reuniones y a las discusiones mía regularidad, de elegir, a través de ellas, a sus dirigentes, de sentar las bases de una formación orgánica elemental, de una liga, de una cooperativa, de una sección de partido. Se trata de la posibilidad de dar a estas formaciones orgánicas una funcionalidad continua, de convertirlas en la trama de un movimiento organizado. El fascismo ha actuado, en forma sistemática, para destruir estas posibilidades. Su acción más eficaz ha sido, por tanto, la ejercida en la periferia, en la base del edificio organizativo de la clase trabajadora, en las provincias, en los centros rurales, en los laboratorios y en las fábricas. El despido de los obreros subversivos, el destierro y el asesinato de los “cabecillas” obreros y campesinos, la prohibición de las reuniones, la prohibición de permanecer fuera de casa después de las horas de trabajo, el impedimento puesto de esta suerte a cualquier actividad “social” de los trabajadores, y luego la destrucción de las sedes de las Cámaras del Trabajo y de todos los demás centros de unidad orgánica de la clase obrera y campesina, y el terror difundido en las masas, todo ello ha tenido mayor valor que una lucha política a través de la cual la clase obrera hubiera sido privada de los “derechos” que la Constitución garantiza en el papel. Después de tres años de una acción de este género la clase obrera ha perdido toda forma y toda organicidad, está reducida a una masa desligada, pulverizada, dispersa. Sin ninguna transformación sustancial de la Constitución, las condiciones políticas del país han cambiado del modo más profundo, porque se ha quitado toda eficacia a la fuerza de los obreros y los campesinos.

Cuando la clase obrera se ve reducida a este estado, la situación política es “democrática”. En estas condiciones, de hecho, los grupos burgueses seudo liberales pueden, sin miedo a repercusiones fatales para la solidez del Estado y la sociedad:

1] deslindar su responsabilidad de la del fascismo al cual ellos armaron, favorecieron e incitaron a la lucha contra los obreros;

2] restablecer “el imperio de la ley”, o sea un estado de cosas en el que no se niegue la posibilidad de la existencia de una organización de trabajadores.

Lo primero pueden hacerlo porque los obreros, dispersos y desorganizados, no están en condiciones de introducir su fuerza en el litigio burgués en forma tan profunda que lo transforme en una crisis general de la sociedad, preludio de la revolución. Lo segundo es posible porque el fascismo ha creado, con la destrucción de los resultados de un trabajo organizativo de treinta años, las condiciones para la primera. La libertad de organizarse es concedida por los burgueses a los trabajadores sólo cuando tienen la

seguridad de que los trabajadores están reducidos al grado de no poder servirse de ella más que para reanudar un trabajo elemental de organización, trabajo que ellos esperan que no tenga consecuencias políticas sino a largo plazo.

En sustancia, la "democracia" ha organizado el fascismo cuando ha sentido que ya no podía resistir más, aunque sólo fuese en condiciones de libertad formal, a la presión de la clase trabajadora. El fascismo, disgregando a la clase obrera, ha devuelto a la "democracia" su posibilidad de existir.

En la intención de los burgueses, la división del trabajo debería realizarse de modo perfecto; el alternarse de fascismo y democracia debería lograr excluir toda posibilidad de revancha obrera para siempre. Pero no sólo los burgueses piensan de esta forma. Lo ven desde el mismo punto de vista los reformistas, los maximalistas, todos aquellos que afirman que para los trabajadores de Italia las condiciones actuales son análogas a las de hace unos treinta años, las de 1890 y aún antes, las del periodo durante el cual nuestro movimiento obrero dio los primeros pasos; todos aquellos que creen que la recuperación deberá darse según las mismas directivas y en las mismas formas de entonces; todos aquellos que ven la disensión entre burguesía "democrática" y fascismo, del mismo modo como entonces se veían las disensiones entre burgueses radicales y conservadores, todos aquellos que hablan de "libertades constitucionales" o de "libertad de trabajo" del mismo modo como en los inicios del movimiento obrero se podía hablar de ellas. Adoptar este punto de vista significa cerrar inexorablemente en torno a la clase trabajadora el círculo vicioso en que la burguesía quiere apresarla. Si escuchamos a los reformistas, los obreros y los campesinos de Italia hoy no tienen otra cosa que esperar que la misma burguesía les restituya la libertad de reconstruir su organización y hacerla vivir; la libertad de reconstituir los sindicatos, las ligas, las secciones del partido, las Cámaras del Trabajo y luego las federaciones, las cooperativas, los consorcios de colocación, las oficinas de control de la mano de obra, los consejos destinados a limitar en la fábrica la libertad del patrón, y más, y más, hasta que el empuje de las masas reanimadas por las organizaciones, y el de las organizaciones mismas, por superar los límites de la sociedad burguesa sea tan fuerte, que la "democracia" no pueda resistirlo ni tolerarlo y armará una vez más, para destruir la amenaza, un ejército de camisas negras.

¿Cómo se rompe el círculo vicioso? Resolver este problema equivale a resolver, prácticamente, el problema de la revolución. No hay más que un

camino: lograr reorganizar las grandes masas obreras durante el desarrollo mismo de la crisis política burguesa, y no por concesión de los burgueses, sino por iniciativa de una minoría revolucionaría y en torno a ésta. El partido comunista, desde el día en que el régimen fascista entró en crisis, no se ha propuesto más que esta tarea. ¿Es ésta una tarea de carácter “organizativo” en el sentido estricto de la palabra, o bien es una tarea “política”? Las cosas que dijimos más arriba sirven para demostrar que sólo en la medida en que el partido comunista llegue a realizarla es que conseguirá modificar los términos de la situación real. “Reorganizar” a la clase obrera, en este caso, quiere decir prácticamente “crear” y hacer intervenir en la escena política una fuerza nueva, una fuerza que ahora no se toma en cuenta, como sí ya no existiese. Organización y política se convierten, por tanto, la una en la oirá.

La tarea del partido comunista se ve facilitada por dos condiciones fundamentales:

1] por el hecho de que la disgregación de la clase trabajadora operada por el fascismo ha dejado subsistir al partido comunista mismo, como fracción organizada de la clase, como organización de una minoría revolucionaria y de los cuadros de un gran partido de masas. El valor de la línea seguida por los comunistas en los primeros años del partido está aquí, así como está del todo aquí el valor de la actividad de simple organización técnica realizada después del golpe de Estado durante un año;

2] por el hecho de que el alternarse del fascismo a la democracia y de la democracia al fascismo no es un proceso abstracto de los restantes hechos económicos y políticos, sino que se produce simultáneamente a la extensión y profundización de la crisis general de la economía capitalista, y de las relaciones de fuerza construidas sobre ella. Existe, pues, un poderoso estímulo objetivo para el reingreso en el campo de las masas de la lucha de clase.

Estas dos condiciones no existen para los otros partidos supuestamente obreros. De hecho todos ellos están de acuerdo, no sólo en negar el valor de la organización consciente de partido, sino en aceptar la tesis burguesa del progresivo reajuste de la economía capitalista después de la crisis de la guerra.

Pero la función política del partido comunista se revela y se explica con mayor claridad y con mayor eficacia por el hecho de que solamente él es capaz; de lanzar la consigna de la creación de una organización la cual, superando al mismo tiempo los confines de la organización estrictamente de partido y de la organización sindical, realice la unidad de la clase obrera en el terreno más vasto de la preparación de una lucha política en que la clase

vuelva al campo de la lucha alineada en forma autónoma tanto contra los burgueses fascistas como contra los burgueses democráticos y liberales. Esta organización es dada por los "comités obreros y campesinos" para la lucha contra el fascismo.

Para encontrar en la historia del movimiento italiano una analogía con los "comités obreros y campesinos", es preciso remontarse hasta los consejos de fábrica de 1919 y 1920 y al movimiento surgido de ellos. En el consejo de fábrica el problema de la unidad de clase y el de su acción revolucionaria para el derrocamiento del régimen burgués eran considerados y resueltos a un mismo tiempo. El consejo de fábrica realizaba la unidad organizativa de todos los obreros y simultáneamente llevaba la lucha de clases a tal agudizamiento que hacía inevitable el choque decisivo. No sólo la fábula de la colaboración y la utopía de la paz social, sino la estúpida leyenda de la organización que se desarrolla con el permiso de los burgueses, en el seno de la sociedad capitalista, hasta llegar a superar sus límites y vaciarla gradualmente de su contenido, encontraban en el consejo de fábrica una negación total. La unidad obrera se realizaba en el terreno revolucionario, destruyendo desde su base la organización económica y política de la sociedad capitalista.

¿Hasta qué punto la función revolucionaria ejercida un día por los consejos de fábrica puede ser desempeñada hoy por los comités obreros y campesinos? *L'Ordine Nuovo*, que en el primer periodo de su existencia se dedicó a desarrollar en forma particular las tesis concernientes al movimiento de los consejos y a dar impulso a la creación espontánea y al desarrollo de estos organismos, pone ahora en la base de su obra de propaganda y de agitación este otro problema, que es al que hoy se aboca el partido comunista. La continuidad entre uno y otro, cuáles son los puntos de acuerdo y de contraste entre consejos y comités, está en el esfuerzo de llevar el movimiento reivindicativo de las grandes masas a expresarse en una forma orgánica y a encontrar en ella el germen del nuevo orden de cosas que queremos crear. La alternativa odiosa y la torpe división del trabajo entre fascismo y democracia tendrá fin solamente en la medida en que este esfuerzo llegue a un resultado.

## LA CAÍDA DEL FASCISMO[*]

Primero: existe un problema político contingente, y éste es cómo se derriba el ministerio presidido por Benito Mussolini. Las oposiciones burguesas, que han planteado este problema en la forma más limitada posible, creyendo tener así una tarea más fácil de resolver, se debaten desde el mes de junio en un

callejón sin salida. Pensar en reducir la crisis del Ministerio Mussolini a una crisis ministerial cualquiera es completamente absurdo. Ante todo está la milicia que obedece sólo a Mussolini y lo sitúa absolutamente fuera del terreno de una maniobra política normal. Para superar el obstáculo de la milicia se ha luchado durante muchos meses, pero en un terreno inadecuado. Se ha trabajado el ejército, se ha descubierto al rey. Pero al fin nos hemos encontrado en el punto de partida. Mussolini no se va. Aún más, suponiendo que con la milicia se pudiera llegar a un acuerdo conveniente, apenas se plantea en forma concreta la cuestión de la eliminación de Mussolini del gobierno, se presenta un problema no sólo más grave sino de carácter todavía más decisivo: ¿Quién hará el proceso Matteotti? Un gobierno Mussolini no puede dejar que tenga lugar el proceso Matteotti. Los motivos son conocidos. Pero Mussolini no puede tampoco marcharse y no se irá mientras no esté seguro de que el proceso no se hará, ni por él ni por nadie. También aquí, los motivos todos los conocen. No hacer el proceso (y no hacer el proceso quiere decir liberar, antes o después y seguramente más bien antes que después, a los actuales arrestados) significa enfrentarse a una insurrección de la opinión pública, quiere decir poner el gobierno a merced de cualquier extorsionador o divulgador de documentos reservados y mantenerse erguidos sobre el filo de una espada. No hacer el proceso quiere decir dejar una llaga siempre abierta, con la posibilidad de una "oposición moral" mucho más importante y eficaz, en determinadas ocasiones, que cualquier oposición política. Ahora bien, el que la burguesía, en "todas" sus fracciones, esté dispuesta a no hablar ni del delito ni del proceso, con tal de devolver la solidez a su régimen, es algo que no puede dudarse. Se dice que el tema incluso ya se ha discutido, en reuniones de las oposiciones. Pero igualmente es que la campaña sobre el delito y por el proceso no puede ser dejada en herencia a grupos antiburgueses, por ejemplo, a un partido proletario. No volver a mencionar el asunto, no significaría en absoluto que 39 millones de italianos se olviden de él. Ninguna novedad, pues, por vías normales. La política del fascismo y de la burguesía reaccionaria ha tropezado —el día en que la opinión pública se rebeló unánimemente por el delito Matteotti, y Mussolini fue trastornado por esta insurrección hasta el punto de realizar algunos movimientos que debían tener y tendrán consecuencias incalculables—, con un obstáculo insuperable. Por algo similar y mucho menos grave, en la época del proceso Dreyfus, la sociedad y el Estado francés llegaron al borde de una revolución. Pero estaba en juego, se dice, algo más profundo que una cuestión moral, estaba en juego

un problema de rotación de clases y categorías sociales en el gobierno. Pero también en Italia, y con las debidas agravantes, es así.

Y llegamos ya al segundo aspecto del problema, al problema sustancial, no del Ministerio Mussolini, o de la milicia, o del proceso, o cosas semejantes, sino del régimen del que la burguesía ha tenido que servirse para aplastar las fuerzas del movimiento proletario. Este segundo aspecto es el esencial, para nosotros y para todos, pero está vinculado al primero inseparablemente. Aún más, todos los dilemas y las incertidumbres y dificultades que hacen imposible la previsión de una solución de carácter limitado, como tienen en mente las oposiciones y todos los burgueses, son un síntoma de contrastes sustanciales profundísimos. En la base de todo está el problema mismo del fascismo, movimiento que la burguesía consideraba que debía ser un simple "instrumento" de reacción en sus manos y, por el contrario, una vez evocado y desencadenado, es peor que el diablo, y no se deja ya dominar, sino que sigue adelante por su propia cuenta. El asesinato de Matteotti, desde el punto de vista de la defensa del régimen, fue un gravísimo error. El *affaire* del proceso, que nadie logra liquidar en forma limpia, es como una herida en el flanco del régimen tal como ningún movimiento revolucionario, en junio de 1924, hubiera sido capaz de abrir. Por lo demás esto no es más que la tendencia del fascismo a no actuar ya como simple "instrumento" de la burguesía, sino continuar su serie de supercherías, violencias, delitos, según su propia razón interna, que acaba por ya no tomar en cuenta los intereses de conservación del régimen actual.

Y este último punto es el que nosotros debemos examinar y juzgar más atentamente, para tener una guía directiva en la solución del problema que estamos discutiendo. La tendencia del fascismo que hemos tratado de caracterizar rompe la alternativa normal de periodos de reacción y periodos de "democracia" de manera que en un principio puede parecer favorable a la conservación de una línea reaccionaria y a una defensa más rígida del régimen capitalista, pero en realidad puede resolverse en lo contrario. De hecho, hay elementos que influyen en la situación de manera decididamente contraria a cualquier plan de conservación del régimen burgués y del orden capitalista. Existe la crisis económica, existe el malestar de las grandes masas, existe la exasperación provocada por la presión fascista y policíaca. Existe una situación tal que, mientras los centros políticos de la burguesía no logran realizar sus maniobras de salvamento, se hace cada vez más posible la intervención de las fuerzas de la clase trabajadora, y el dilema fascismo-democracia tiende a convertirse en el otro: fascismo-insurrección proletaria.

La cuestión puede traducirse también en términos muy concretos. En junio, inmediatamente después del delito Matteotti, el golpe sufrido por el régimen fue tan fuerte que una intervención inmediata de una fuerza revolucionaria habría puesto en peligro su destino. La intervención no fue posible porque en su mayoría las masas eran o incapaces de moverse o bien se orientaban hacia soluciones intermedias, bajo la influencia de los demócratas o los socialdemócratas. Seis meses de incertidumbre y de crisis sin vía de escape han acelerado inexorablemente el proceso de alejamiento de las masas de los grupos burgueses y de adhesión al partido y a las tesis revolucionarias. La liquidación completa de la posición de las oposiciones, la cual resulta cada día más cierta, dará a este proceso un impulso definitivo. Entonces, incluso frente a las masas, el problema de la caída del fascismo se presentará en sus verdaderos términos.

# DESPUÉS DEL DISCURSO DEL 3 DE ENERO[*]

*Situación política*

En la última reunión del comité central se dijo que la situación política y general es tal que hace pensar que la consigna de los comités obreros y campesinos podría transformarse de consigna de agitación en consigna de acción: podría, esto es, entrar en la fase de la realización concreta. Nosotros ya habíamos afirmado antes que a esta realización debía encaminarse la actividad del partido y de sus órganos; hasta hoy, sin embargo, no habíamos obtenido grandes resultados en este terreno.

¿Cómo ha evolucionado la situación política en este periodo? Las oposiciones pensaron efectivamente provocar un movimiento antifascista, el cual habría debido tener su conclusión en Milán, con el cual llegar a la caída del fascismo y a la instauración de la dictadura militar. Pero cuando se trató de afrontar concretamente el problema de la ejecución de este plan, en el comité de las oposiciones se manifestaron divergencias y desacuerdos, naturalmente difíciles de superar, y en realidad no se llegó a ninguna conclusión seria. El fascismo, conocedor de este plan de las oposiciones, reaccionó con una acción que tuvo como punto culminante el famoso discurso de Mussolini; y el gobierno, con las medidas relativas a la prensa, las cuales hicieron imposible la publicación de los documentos escandalosos que servían a la oposición para su campaña entre las masas populares, quitó al Aventino su única fuerza y liquidó sin más las oposiciones.

Las oposiciones habían confiado en el rey; pero con su acción empujaron al rey a ligarse aún más a Mussolini, porque el rey tuvo miedo de la situación que las oposiciones estaban provocando, tanto es así que incluso algunos elementos de la Corte desaconsejaron la publicación del memorial Rossi que marcó el principio de la contraofensiva fascista.

Destruidas así las esperanzas de las oposiciones, su acción fue transmitida a Giolitti, Salandra y Orlando, quienes tomaron posiciones contra la ley electoral, y en torno a los cuales se determinó la formación de un gran bloque democrático-popular con Giolitti a la cabeza.

El Aventino ha concluido hoy su función histórica: la parte burguesa del mismo adopta una posición propia y nueva y da lugar a la formación de un centro liberal-constitucional con fisonomía y programa político propios. En el

seno del Aventino existen todavía elementos que tienden a otras metas: estos elementos saben que las fuerzas constitucionales del Aventino quieren solamente suceder a Mussolini y que se servirán del comité de acción de las oposiciones únicamente como de un comité de provocación (el cual, sin embargo, hará muy poco porque Giolitti quiere evitar toda acción violenta); pero creen poder quedarse con las fuerzas constitucionales de la oposición, para utilizar sus disponibilidades financieras y materiales, y poder ampliar y agudizar conspirativamente la acción de forma de conducirla a soluciones distintas a las planteadas por esas fuerzas constitucionales. En este sentido han hablado con nosotros esos elementos e incluso nos han hecho proposiciones. Nosotros no tenemos ninguna confianza en estos elementos, no obstante, creemos necesario seguir atentamente su actividad, ponerlos ante problemas concretos y plantearles claramente la que podría ser nuestra plataforma de acción. Por lo demás, las fuerzas de estos grupos son escasas y se reducen a pocos republicanos, a los partidarios de la "Italia libre", a los migliolistas y unos cuantos unitarios.

Por parte del fascismo o, mejor, de Mussolini, se tiende a obtener, con la nueva ley electoral, un resultado electoral igual al del pasado 6 de abril, pero en forma pacífica y sobre una plataforma mussoliniana antes que fascista. Mussolini cuenta hoy, más que con los elementos extremistas de su partido, con una reorganización de la Confederación General de la Industria que cambie la situación; en realidad él acepta el programa de los "sustentadores", por más que se haya separado de ellos en el campo parlamentario. Liberándose de los elementos escuadristas extremistas, Mussolini formará un partido conservador y, con la nueva ley electoral, logrará sin dificultad formarse una mayoría mussoliniana antes que fascista, sin violencia física y sustituyendo esa violencia con el engaño.

Entre las fuerzas antifascistas, las confederadas son ciertamente las mayores, pero toda la táctica confederada va dirigida a eliminar las fuerzas revolucionarias de modo que parezca que han desaparecido.

La táctica confederada, por otra parte, hace más evidente ante las masas la necesidad de que los comités obreros y campesinos se conviertan en una realidad, porque las masas obreras, como clase, no pueden dejar de buscar los órganos y las formas en que les sea posible hallar una expresión política propia. Cuando, en 1919, los sindicatos abandonaron el terreno de clase, las masas encontraron en el consejo de fábrica su expresión política, con la que afirmaban una voluntad diferente a la que expresaban los dirigentes sindicales con sus organismos sindicales. Hoy los confederados obligan nuevamente a

los obreros a buscar su camino y su medio de expresión, por lo cual nuestra consigna de los comités obreros y campesinos resulta más viva y real que nunca.

La táctica confederada crea también la tendencia a no organizarse y hacer converger todo nuestro trabajo, incluso en el campo sindical, hacía la organización de los comités obreros y campesinos.

La situación económica general y, sobre todo, el aumento del precio del pan nos dan los mejores argumentos para nuestra propaganda y nuestra campaña.

En el curso de este último periodo, no se le ha presentado al partido la posibilidad de hacer propuestas a las oposiciones. En general, las masas ya no creían en las oposiciones y, por otra parte, sentían que en las oposiciones alguien habría debido hacer algo. Por eso se produjo aquel estado de incertidumbre y desintegración característico de estos últimos tiempos y en el cual las iniciativas encontraron un terreno desfavorable.

Una situación idéntica se determinó también en el campo parlamentario. Nosotros retornamos al Parlamento en la forma que sabéis y con el discurso de Grieco,[1] que desbarató muchas leyendas puestas en circulación por las oposiciones acerca de nosotros, y que tuvo buena repercusión entre las masas. Pero nuestra última intervención no tuvo el éxito que tuvo nuestra primera intervención en la Cámara. El Parlamento ha perdido ya toda importancia ante el país, y el momento de nuestro retorno había perdido mucho del dramatismo del primer momento del reinicio parlamentario. Por otra parte también los fascistas, incluidos los menos inteligentes, han aprendido en este periodo a convertirse en hombres políticos, y eso consiste en saber tragarse aunque fuesen sapos con tal de obtener determinados fines políticos; y esto ha aumentado la dificultad de nuestra intervención, que desde el punto de vista parlamentario y por lo que se refiere al modo como se verificó no ha tenido gran éxito. En el mecanismo parlamentario nosotros no estamos aún suficientemente adiestrados.

En conclusión, podemos decir que este último periodo ha tenido el valor de conducir a una mayor clarificación de la situación y de las posiciones políticas: hoy nos hallamos frente a la formación del partido conservador que permitirá a Mussolini permanecer en el poder, a la formación de un centro liberal-constitucional que agrupa a todas las fuerzas constitucionales de la oposición, a una izquierda representada por maestro partido. Todos los demás, grupos pierden de día en día toda importancia, van desapareciendo y estáis destinados a desaparecer. El Aventino está disgregado, si bien sigue viviendo,

más que nada, como un conjunto de bloques; los populares disgregaron el Aventino con aquella afirmación de que cada partido de las oposiciones pedía hacer declaraciones programáticas y de principio. Los unitarios se han situado completamente en el terreno constitucional; en cuanto a los maximalistas, sienten que las oposiciones querrían arrojarlos de su seno para formar un bloque electoral del cual deben, naturalmente, ser excluidos los grupos políticos que, aunque sólo sea verbalmente, hacen afirmaciones anticonstitucionales; pero los maximalistas harán lo posible por encontrar un compromiso y para permanecer en las oposiciones.

Con quienes, en el seno de la oposición, quieren la insurrección, nosotros debemos mantener relaciones: ante todo porque ello nos es útil desde el punto de vista informativo, y además porque es bueno seguir ciertas corrientes que se van determinando y de las cuales se escuchan, por ejemplo, declaraciones como la siguiente: ya no hay vía intermedia entre el fascismo y el comunismo, y nosotros elegimos el comunismo. Afirmaciones de este tipo, además de tener un valor real, son también indicios no despreciables de la disgregación que va produciéndose y profundizándose en el Aventino.

Particularmente nos interesan las posiciones de Miglioli y de Lussu. Miglioli reanuda la publicación de su periódico[2] y, con la solicitud de recursos que nos dirige, se liga a nosotros, mientras acepta mía redacción formada en parte por elementos nuestros. En este periódico, que permanecerá temporalmente como órgano extremista popular, Miglioli hará una campaña a favor de la adhesión a la Internacional roja de los campesinos; en el campo de la organización, organizará convenciones campesinas en las que participarán representantes nuestros y de la Internacional roja de los campesinos.

También la posición de Lussu, que solicita ir a Moscú y hace declaraciones interesantes, demuestra un cambio de fuerzas en las masas campesinas «que presionan a los dirigentes y que para nosotros posee un valor.

En general, la disgregación del Aventino ha fortalecido las tendencias revolucionarias y revela un cambio de las masas en la base: en estos meses no ha sido posible obtener en formas organizativas la demostración de este cambio, pero se ha producido, y hacia nosotros; en forma molecular, pero se ha producido.

¿Cuál será la tarea práctica que el partido deberá desempeñar en base al examen de la situación?

Nosotros debemos intensificar la actividad encaminada a ilustrar en medio de las masas el significado y el valor de nuestra consigna de los comités

obrelitis y campesinos.

Debemos plantear la lucha política en forma más clara para todos los obreros.

Debemos poner en el orden del día (como preparación concreta y no como solución inmediata) el problema de la preparación de la insurrección. Los últimos acontecimientos públicos señalan el comienzo de una fase en que la insurrección se vuelve una posibilidad, se vuelve el único medio de expresión de Ja voluntad política de las masas a las cuales se les ha quitado cualquier otra forma de expresión. El partido tiene el deber de suministrar a las masas los medios adecuados. Por consiguiente debemos:

ampliar las bases de nuestra organización;

organizar las células de manzana, las cuales deben tener también una misión de control de toda la vida de la población de las grandes ciudades, de mudo que en el momento útil nos sea posible dar los golpes decisivos que aseguren el triunfo de la insurrección;

plantearnos el problema del armamento, el cual debe ser considerado bajo dos aspectos: la organización de los hombres y la preparación necesaria para la compra y almacenamiento de las armas. Esta segunda parte del problema podrá resolverse con mayor facilidad si el partido, como masa, trabaja convenientemente en las células de manzana;

indicar a las células de manzana el trabajo político que deben realizar también en relación a la consigna de los comités obreros y campesinos, los cuales no pueden estar constituidos únicamente por los obreros de empresas, sino que deben convertirse en organismos de masas, con la participación de toda la población que no está concentrada en las empresas y con la intervención de las mujeres.

En todo nuestro trabajo político debemos observar el principio fundamental: no lanzar nunca consignas demasiado alejadas de las fuerzas de que disponemos; hacer coincidir con cada consigna una preparación real y material adecuada.

Por otra parte, es preciso ampliar el centro del partido. Es preciso que el partido pueda disponer de un comité ejecutivo político (en el sentido de que esté dedicado extensamente al trabajo político que hoy es necesario desarrollar) y de los órganos adecuados para el trabajo de organización. Nuestras fuerzas organizativas son insuficientes, y debemos plantearnos el problema de aumentarlas. El Comintern quiere que el partido destine a cada federación un funcionario: esto no será posible, por ahora; pero debemos al menos llegar a la creación de secretarios regionales para todas las regiones de

Italia, y especialmente para aquellas donde el movimiento está menos desarrollado y por lo tanto se precisa de un trabajo mayor y una mayor actividad continua.

El trabajo de las células es insuficiente. Sería preciso lograr que cada célula hiciese una relación semanal a su zona; que la zona hiciese una relación quincenal a las federaciones; y que las federaciones enviasen al menos una vez al mes al ejecutivo una amplia relación sobre el trabajo político realizado y sobre la situación local. Sobre la base de estas relaciones el comité ejecutivo debería enviar continuamente a las federaciones instrucciones e indicaciones y sugerencias que hiciesen más amplio y completo y provechoso el trabajo en cada lugar. Éste debería ser el principal trabajo político del ejecutivo entre la masa del partido.

El trabajo de carácter organizativo debería ser confiado a otros órganos.

Cuando se lanza una consigna importante como la de los comités obreros y campesinos, se sigue toda una gradación de conceptos. Entre la fase de la agitación y propaganda y la de la realización de tal consigna, transcurre un periodo por así decirlo crepuscular, que es precisamente el que nosotros definimos como de "poco éxito"; pero que no significa en absoluto que la consigna de los comités obreros y campesinos haya sido o deba ser abandonada. Después de los últimos acontecimientos se ha vuelto aún más radical, y sigue siendo nuestra consigna, el centro de nuestra acción, en torno a la cual se debe, naturalmente, desarrollar todo aquel trabajo de agitación al que alude el compañero Valle. Yo ya he dado instrucciones en este sentido a nuestras federaciones: todas las federaciones y las secciones, además, deben ser encargadas de estudiar la situación local y las necesidades particulares de los obreros de los diversos lugares: este examen preliminar constituye el trabajo preparatorio de partido. A continuación nuestros organismos locales deben organizar reuniones de empresa en las que se planteen los problemas de la vida obrera para resumirlos en la consigna organizativa general de la creación de los comités obreros y campesinos —organizaciones de masa— encargados de la dirección de las agitaciones y las manifestaciones obreras. Todo nuestro trabajo debe desarrollarse según esta directiva.

Ciertamente, debemos hacer presión sobre las necesidades de las masas, pero para organizarías en una forma que las resuma, y que es la de los comités obreros y campesinos. Nosotros debemos ser los motores de esta formación: el proceso es lento, pero llega; y ya desde hoy nuestra propaganda y nuestra agitación coinciden con algunas primeras realizaciones, aunque aún inciertas.

En cuanto a nuestra acción sindical entre las masas, yo considero que debe desarrollarse también entre las masas no organizadas sindicalmente. Esto nos coloca frente a la amenaza de una escisión sindical, que formalmente debemos evitar, pero que no nos debe inmovilizar. Conseguiremos superarla en la medida en que consigamos hacer dirigir el movimiento a los combés obreros y campesinos, en las fábricas y […] ciudadanos.

Por lo que se refiere al partido maximalista, el compareño Serrati ha hecho el opúsculo, que será publicado y difundido.[3] Es cierto que debemos hacer algo para ilustrar la posición del partido maximalista. Para determinar una mayor actividad en la izquierda del partido socialista y acelerar la disgregación del partido, creo que debemos atacar a la misma izquierda.

Serrati exagera cuando dice que la situación ha cambiado radicalmente del último comité central hasta hoy. Las oposiciones tenían una influencia sobre las masas, pero nosotros sabemos, y siempre lo hemos afirmado, que la burguesía está vinculada al fascismo: los burgueses y el fascismo tienen entre sí una relación igual a la que los obreros y campesinos tienen con el partido comunista ruso.

*Serrati*: Dije que había cambiado en el sentido de la esperanza que existía en las masas.

*Gramsci*: Tampoco eso es exacto.

*Serrati*: Al menos es más exacto.

*Gramsci*: Las masas estaban influidas por la burguesía, pero con gran oscuridad y confusión; ahora bien, frente a cien de confusión, diez de claridad representa una ventaja para nosotros.

*Serrati*: Tienes razón.

*Gramsci*: Hoy las clases han tomado posiciones a escala nacional. El fascismo ha devuelto a la burguesía una conciencia y una organización de clase. En este proceso de homogeneización que se ha realizado, la clase obrera también ha logrado un progreso: se ha uniformado. La alianza entre los obreros y los campesinos ha dado un paso adelante: la actitud de Miglioli y de Lussu no es más que un indicio de esto, y en ese sentido tiene un valor y merece nuestra atención. Por cuanto se ha creado un nuevo orden en las fuerzas sociales del país, debemos reconocer que se ha logrado un progreso.

La actividad del partido ha tenido fallas. Pero no es posible dejar de reconocer un notable mejoramiento en el partido en general, una mayor iniciativa cu las organizaciones locales. El partido es hoy un instrumento de lucha mejor que en el pasado y mejorará en el movimiento y en cuanto la acción se intensifique.

El compañero Longo pide indicaciones precisas acerca de la creación de los comités obreros y campesinos y sobre la función de las células. Quien no tiene ganas de trabajar dice: denme un modelo preciso y yo empiezo el trabajo. En realidad las células se frenaron en el momento en que habían comenzado a trabajar. Cualquier definición no conduciría más que a la pasividad y a la inacción.

La situación actual es una situación que requiere una agitación general: la insuficiencia de nuestra organización, naturalmente, la obstaculiza. Es preciso intensificar nuestra labor en todos los campos de la organización y de la agitación.[4]

Por lo que se refiere a] partido maximalista, estoy de acuerdo con Serrati: presentaremos a las masas la situación del partido socialista, pero a los fines de agitación, como agitación y nada más.

*Cuestión sindical*

El comité sindical debe convertirse en un organismo de masas, el cual dirija a las masas obreras organizadas en la Confederación General del Trabajo y a aquellas que están fuera: evitando, naturalmente, las escisiones y las disputas con la confederación, pero sin renunciar a ninguna acción por temor a estas disputas. Debemos servirnos de nuestro aparato sindical para generalizar, agudizar y dirigir todo movimiento, hasta la creación de los comités obreros y campesinos.

El estatuto actual de la confederación tiende a impedir que cualquier miembro de la confederación sea responsable de los movimientos de masa. Nosotros debemos eludir este intento. El estatuto de la confederación no nos permitirá nunca conquistar este organismo: como en Rusia, nosotros debemos crear una organización centralizada de los consejos de fábrica que sustituirá a la organización actual sindical por la movilización y la acción de las masas.

Nuestro comité sindical será modificado en el sentido de que el compañero Azzario será sustituido por el compañero Germanetto. Al compañero Azzario debemos decirle que su moción ha violado la disciplina o, mejor, las directivas del partido. Ciertamente, la confederación del trabajo no esperaba más que un pretexto para expulsarnos, y seguramente cualquier moción habría tenido el resultado de la que se presentó, pero la primera parte de esta moción es indudablemente contraria a las directivas dadas por el comité sindical.

Debemos reaccionar contra la tendencia a no organizarse que el acto de la

Confederación General del Trabajo alimenta ciertamente entre los obreros.

*Cuestión Trotsky*

La moción debería remitirse a la cuestión de la bolchevización de los partidos, cuestión planteada en el orden del día del Ampliado. [Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, en su conferencia de junio de 1922].

Debería contener la exposición del pensamiento de Trotsky: sus previsiones acerca del supercapitalismo norteamericano, el cual tendría uno de sus brazos en Europa, en Inglaterra, y que produciría una prolongada esclavitud del proletariado bajo el predominio del capital norteamericano. Nosotros rechazamos estas previsiones, las cuales, posponiendo la revolución por tiempo indefinido, transformarían toda la táctica de la Internacional Comunista, que debería volver a la acción de propaganda y de agitación entre las masas. Y transformaría también la táctica del Estado ruso, porque si se pospone la revolución europea durante toda una fase histórica, esto es, si la clase obrera rusa no pudiera, durante largo tiempo, contar con el apoyo del proletariado de otros países, es evidente que la revolución rusa debe modificarse. En este sentido es que se recibe con tanto beneplácito la democracia sostenida por Trotsky.

Por otra parte, en la moción debería decirse que las concepciones de Trotsky y, sobre todo, su posición, representan un peligro, por cuanto que la falta cíe unidad en el partido en un país en el que existe un solo partido, escinde al Estado. Esto produce un movimiento contrarrevolucionario, lo cual no significa, sin embargo, que Trotsky sea un contrarrevolucionario, pues en tal caso deberíamos pedir su expulsión.

De la cuestión Trotsky, por último, deberíamos deducir enseñanzas para nuestro partido. Trotsky, antes de los últimos acontecimientos, se encontraba en la posición en que actualmente se encuentra Bordiga en nuestro partido: tenía en el comité central un papel puramente figurativo. Su posición constituía un estado tendencial de fracción, así como la posición de Bordiga mantiene en nuestro partido una situación fraccionista objetiva. Aunque Bordiga tenga razón formalmente, políticamente se ha equivocado. El Partido Comunista Italiano necesita conservar su homogeneidad y que sea abolida esta situación potencial de fracción.

La posición de Bordiga, como la de Trotsky, tiene repercusiones desastrosas: cuando un compañero que tiene el valor de Bordiga se aparta,

nace en los obreros una desconfianza en el partido, y en consecuencia surge el derrotismo. Así como en Rusia, cuando Trotsky adoptó aquella posición, muchos obreros pensaron que en Rusia todo estaba en peligro. Lo cual, por fortuna, no parece ser cierto.

## LA LEY SOBRE LAS ASOCIACIONES SECRETAS[*]

El proyecto de ley contra las sociedades secretas ha sido presentado a la Cámara como proyecto de ley contra la masonería; éste es el primer acto real del fascismo para afirmar la que el partido fascista llama su revolución. Nosotros, como partido comunista, queremos buscar no sólo el porqué de la presentación del proyecto de ley contra las organizaciones en general, sino también el significado de por qué el partido fascista ha presentado esta ley preferentemente contra la masonería.

Nosotros nos contamos entre los pocos que han tomado en serio al fascismo, incluso cuando el fascismo parecía ser únicamente una farsa sangrienta, cuando en torno al fascismo se repetían sólo lugares comunes sobre la "psicosis de guerra", cuando todos los partidos trataban de adormecer a la población trabajadora presentando al fascismo como un fenómeno superficial, de brevísima duración.

En noviembre de 1920 predijimos que el fascismo llegaría al poder —cosa inconcebible entonces para los mismos fascistas— si la clase obrera no se daba prisa en frenar, con las armas, su avance sanguinario.

Así pues, el fascismo afirma hoy prácticamente su intención de "conquistar el Estado". ¿Qué significa esta expresión convertida ya en lugar común? ¿Y qué significado tiene, en este sentido, la lucha contra la masonería?

Como nosotros pensamos que esta fase de la "conquista fascista" es una de las más importantes que atraviesa el Estado italiano, por lo que nos concierne a nosotros, que somos conscientes de representar los intereses de la gran mayoría del pueblo italiano, los obreros y campesinos, creemos necesario un análisis, aunque sea apresurado, de la cuestión.

¿Qué es la masonería? Ustedes han hablado mucho sobre el significado espiritual, sobre las corrientes ideológicas que la masonería representa, etcétera, pero todas estas son formas de expresión de las que sólo se sirven para engañarse recíprocamente, sabiendo que lo hacen.

La masonería, dado el modo como Italia se constituyó en unidad, dada la debilidad inicial de la burguesía capitalista italiana, la masonería ha sido el

único partido real y eficiente que la clase burguesa ha tenido durante largo tiempo. No hay que olvidar que poco menos de veinte años después de la entrada en Roma de los piamonteses, el Parlamento fue disuelto y el cuerpo electoral de cerca de tres millones de electores se redujo a ochocientos mil.

Esta fue la confesión explícita por parte de la burguesía de ser una ínfima minoría de la población, si tras veinte años de unidad se ha visto obligarla a recurrir a los medios más extremos de dictadura para mantenerse en el poder, para aplastar a sus enemigos de clase, que eran los enemigos del Estado unitario.

¿Quiénes eran estos enemigos? Era predominantemente el Vaticano, eran los jesuitas, y es preciso recordar al *onorevole* Martire**[1]** cómo, junto a los jesuitas que visten el hábito talar, existen jesuitas laicos, los cuales no tienen ninguna identificación especial que indique su orden religiosa.

En los primeros años después de la fundación del reino, los jesuitas declararon expresamente en toda una serie de artículos publicados en *Civiltà Cattolica* cuál era el programa político del Vaticano y de las clases entonces representadas por el Vaticano, o sea de las viejas clases semifeudales, tendencialmente borbónicas en el sur, o tendencialmente austriacófilas en el Lombardo-Véneto, fuerzas sociales numerosísimas que la burguesía capitalista no ha logrado nunca contener, por más que en el periodo del *Risorgimento* ésta representaba un progreso, y un principio revolucionario. Los jesuitas de la *Civiltà Cattolica*, o sea el Vaticano, tenían como primer objetivo de su política el sabotaje del Estado unitario, a través de la abstención parlamentaria, el obstaculizamiento del Estado liberal en todas sus actividades que pudieran corromper y destruir el viejo orden; como segundo punto, la creación de un ejército de reserva rural que oponer al avance del proletariado, porque ya desde 1871 los jesuitas preveían que en el terreno de la democracia liberal nacería el movimiento proletario, que se desarrollaría como movimiento revolucionario.

El *onorevole* Martire ha declarado hoy que finalmente, a costa de la masonería, se ha alcanzado la unidad espiritual de la nación italiana.

Puesto que en Italia la masonería ha representado la ideología y la organización de la clase burguesa capitalista, quien está contra la masonería está contra el liberalismo, está contra la tradición política de la burguesía italiana. Las clases rurales que eran representadas en el pasado por el Vaticano, son representadas hoy predominantemente por el fascismo; es lógico, por lo tanto, que el fascismo haya sustituido al Vaticano y a los jesuitas en la misión histórica, y que las clases más atrasadas de la población

pongan bajo su control a la clase que fue progresista en el desarrollo de la civilización; he aquí el significado de la recién alcanzada unidad espiritual de la nación italiana, que habría sido un fenómeno de progreso hace cincuenta años, y que es hoy, por el contrario, el fenómeno más grande de regresión…

La burguesía industrial no ha sido capaz de frenar el movimiento obrero, no ha sido capaz de controlar ni al movimiento obrero, ni al rural revolucionario. Por ello, la primera consigna instintiva y espontánea del fascismo, después de la ocupación de las fábricas, ha sido ésta: “Los agrarios controlarán a la burguesía urbana, que no sabe ser fuerte contra los obreros”.

Si no me engaño, entonces, *onorevole* Mussolini, no era ésta su tesis, y entre el fascismo rural y el fascismo urbano usted decía preferir el fascismo urbano…

[*Interrupciones*].

*Mussolini*; Debo interrumpirle para recordarle un artículo mío de gran elogio al fascismo rural de 1921-22.

*Gramsci*: Pero éste no es un fenómeno puramente italiano, aunque en Italia, por la mayor debilidad del capitalismo, haya tenido su máximo desarrollo: es un fenómeno europeo y mundial, de extraordinaria importancia para comprender la crisis general de la posguerra, tanto en el dominio de la actividad práctica como en el dominio de las ideas y de la cultura.

La elección de Hindenburg en Alemania, la victoria de los conservadores en Inglaterra, con la liquidación de los respectivos partidos liberales democráticos, son lo correspondiente al movimiento fascista italiano; las viejas fuerzas sociales, no absorbidas completamente en él, han tomado la delantera en la organización de los Estados, llevando a la actividad reaccionaria todo el fondo de ferocidad y despiadada decisión que siempre fue su característica; pero en sustancia tenemos un fenómeno de regresión histórica que no carece y no carecerá de resultados para el desarrollo de la revolución proletaria. Examinada en este terreno, la actual ley contra las asociaciones ¿será una fuerza o está destinada, por el contrario, a ser completamente nula y vana? ¿Corresponderá a la realidad, podrá ser el medio para una estabilización del régimen capitalista, o será sólo un nuevo instrumento perfeccionado dado a la policía para arrestar a Fulano, Zutano y Perengano?… Por lo tanto, el problema es éste: la situación del capitalismo en Italia ¿se ha fortalecido o se ha debilitado después de la guerra, con el fascismo? ¿Cuáles eran las debilidades de la burguesía capitalista italiana antes de la guerra, debilidades que han llevado a la creación de aquel determinado sistema político masónico que existía en Italia, y que tuvo su

máximo desarrollo en el giolittismo? Las máximas debilidades de la vida nacional italiana eran en primer lugar la falta de materias primas, o sea la imposibilidad para la burguesía de crear en Italia una industria que tuviese su raíz profunda en el país y que pudiera evolucionar progresivamente, absorbiendo la mano de obra superabundante. En segundo lugar, la falta de colonias ligadas a la metrópoli, y por tanto la imposibilidad para la burguesía de crear una aristocracia obrera que pudiese ser aliada permanente de la misma burguesía. Tercero la cuestión meridional, o sea la cuestión de los campesinos, estrechamente vinculada al problema de la emigración, que es la prueba de la incapacidad de la burguesía italiana para mantener… [*Interrupciones*].

*Mussolini*: También los alemanes han emigrado por millones.

*Gramsci*: El significado de la emigración en masa de los trabajadores es éste; el sistema capitalista, que es el sistema predominante, no está en condiciones de dar alimento, alojamiento y vestido a la población, y una parto no pequeña de esta población se ve obligada a emigrar…

*Rossoni*: Por eso la nación debe expandirse en interés del proletariado.

*Gramsci*: Nosotros tenemos nuestra propia concepción del imperialismo y del fenómeno colonial, según la cual son ante todo una exportación de capital financiero. Hasta ahora el “imperialismo” italiano ha consistido solamente en esto: que el obrero italiano emigrado trabaja para beneficio de los capitalistas de los otros países, o sea que hasta ahora Italia ha sido sólo un medio para la expansión del capital financiero no italiano. Ustedes se llenan siempre la boca con las afirmaciones más pueriles de una pretendida superioridad demográfica de Italia sobre los demás países; ustedes dicen siempre, por ejemplo, que Italia es demográficamente superior a Francia. Ésta es una cuestión que sólo las estadísticas pueden resolver adecuadamente, y yo algunas veces me ocupo de estadísticas; ahora bien, una estadística publicada en la posguerra, nunca desmentida, y que no puede ser desmentida, afirma que la Italia de antes de la guerra se encontraba ya, desde el punto de vista demográfico, en la misma situación que Francia después de la guerra; esto es determinado por el hecho de que la emigración aleja del territorio nacional a tal masa de población masculina, productivamente activa, que las relaciones demográficas se vuelven catastróficas. En el territorio nacional se quedan los viejos, las mujeres, los niños, los inválidos, o sea la parte pasiva de la población, que grava sobre la población trabajadora en una medida superior a la de cualquier otro país, incluso a la de Francia.

Esta es la debilidad fundamental del sistema capitalista italiano, por lo que el capitalismo italiano está destinado a desaparecer tanto más rápidamente cuanto menos funciona ya el sistema capitalista mundial para absorber la emigración italiana, para explotar el trabajo italiano, que nuestro capitalismo doméstico es impotente para encuadrar.

Los partidos burgueses, la masonería, ¿cómo han tratado de resolver estos problemas?

En la historia italiana de los últimos tiempos conocemos dos planes políticos de la burguesía para resolver la cuestión del gobierno del pueblo italiano. Tuvimos la práctica giolittiana, el colaboracionismo del socialismo italiano con el giolittismo, o sea el intento de establecer una alianza de la burguesía industrial con una cierta aristocracia obrera septentrional para oprimir, para someter a esta formación burguesa-proletaria la masa de los campesinos italianos, especialmente en el Mediodía. El programa no tuvo éxito. En la Italia septentrional se constituyó de hecho una coalición burguesa proletaria a través de la colaboración parlamentaria y la política de las obras públicas a las cooperativas; en la Italia meridional se corrompe la capa dirigente y se domina a la masa con la violencia… [*Interrupción del diputado Greco*]. Ustedes los fascistas han sido los principales artífices del fracaso de este proyecto político, porque han nivelado en una misma miseria a la aristocracia obrera y a los campesinos pobres de toda Italia.

Tuvimos el programa que podemos llamar del *Corriere della Sera*, periódico que representa una fuerza no indiferente en la política nacional: 800 000 lectores son también un partido.

*Voces*: Menos…

*Mussolini*: ¡La mitad! Y además los lectores de periódicos no cuentan. Nunca han hecho una revolución. ¡Los lectores de periódicos se han equivocado casi siempre!

*Gramsci*: El *Corriere della Sera* no quiere hacer la revolución.

*Farinacci*: ¡Tampoco *L'Unità!*

*Gramsci*: El *Corriere della Sera* ha apoyado sistemáticamente a todos los hombres políticos del Mediodía, desde Salandra a Orlando, a Nitti, a Amendola; frente a la solución giolittiana, opresiva no sólo de clases, sino también de territorios enteros, como el Mediodía y las islas, y por lo tanto tan peligrosa como el actual fascismo para la unidad material del Estado italiano, el *Corriere della Sera* ha defendido siempre una alianza entre los industriales del norte y una cierto vaga democracia rural predominantemente meridional en el terreno del libre cambio. Tanto una como otra solución tendían a dar al

Estado italiano una base más amplia que la original, tendían a desarrollar las "conquistas" del *Risorgimento*.

¿Qué oponen los fascistas a estas soluciones? Ellos oponen hoy la llamada ley contra la masonería; ellos dicen que así quieren conquistar el Estado. En realidad el fascismo lucha contra la única fuerza organizada eficientemente que la burguesía tenía en Italia, para suplantarla en la ocupación de los puestos que el Estado da a sus funcionarios. La "revolución" fascista no es más que la sustitución de un personal administrativo por otro personal.

*Mussolini*: ¡De una clase por otra, como ha sucedido en Rusia, como sucede normalmente en todas las revoluciones, como nosotros haremos metódicamente! [*Aprobaciones*].

*Gramsci*: Sólo es revolución la que se basa en una nueva clase. El fascismo no se basa en ninguna clase que no esté ya en el poder…

*Mussolini*: Pero si gran parte de los capitalistas están en contra nuestra, si puedo citar importantísimos capitalistas que votan contra nosotros, que están en la oposición: los Motta, los Conti…

*Farinacci*: ¡Y subsidian los periódicos subversivos! [*Comentarios*].

*Mussolini*: ¡La gran banca no es fascista, ustedes lo saben!

*Gramsci*: La realidad es que la ley contra la masonería no es principalmente contra la masonería; con los masones el fascismo llegará fácilmente a un compromiso.

*Mussolini*: ¡Los fascistas han quemado las logias de los masones antes de hacer la ley! Así que no hay necesidad de compromisos.

*Gramsci*: Contra la masonería el fascismo aplica, intensificándola, la misma táctica que ha aplicado a todos los partidos burgueses no fascistas: en un primer tiempo crea un núcleo fascista en estos partidos; en un segundo periodo trata de extraer de los otros partidos las fuerzas mejores que le convienen, al no lograr obtener el monopolio como se proponía…

*Farinacci*: ¿Nos llama estúpidos?

*Gramsci*: No serían estúpidos sólo si fuesen capaces de resolver el problema de la situación italiana…

*Mussolini*: Lo resolveremos. Ya hemos resuelto bastantes.

*Gramsci*: El fascismo no ha logrado realizar completamente la absorción de todos los partidos en su organización. Con la masonería ha empleado la táctica política del *noyautage*, luego el sistema terrorista del incendio de las logias, y por último emplea hoy la acción legislativa, por lo que determinadas personalidades de la gran banca y de la gran burocracia acabarán por aliarse a los dominadores para no perder sus puestos, pero con la masonería el

gobierno fascista tendrá que llegar a un compromiso. ¿Cómo se hace cuando un enemigo es fuerte? Primero se le rompen las piernas, luego se hace el compromiso en condiciones de evidente superioridad.

*Mussolini*: ¡Primero se le rompen las costillas, luego se le hace prisionero, como ustedes han hecho en Rusia! ¡Han hecho prisioneros y luego los conservan, les sirven! [*Comentarios*].

*Gramsci*: Hacer prisioneros significa precisamente hacer un compromiso: por eso decimos que en realidad la ley está hecha especialmente contra las organizaciones obreras. Preguntamos por qué, desde hace muchos meses a esta parte, sin que el partido comunista haya sido declarado asociación delictiva, los carabineros arrestan a nuestros compañeros cada vez que los encuentran reunidos en número de sólo tres…

*Mussolini*: Hacemos lo que ustedes hacen en Rusia…

*Gramsci*: En Rusia hay leyes que se respetan; ustedes tienen sus leyes…

*Mussolini*: Ustedes hacen redadas formidables. ¡Y hacen bien! [*Se ríe*].

*Gramsci*: En realidad el aparato policíaco considera ya al partido comunista como una organización secreta.

*Mussolini*: ¡No es verdad!

*Gramsci*: Se arresta sin ninguna acusación específica a cualquiera que sea encontrado en una reunión de tres personas, solamente por ser comunista, y se le mete en la cárcel.

*Mussolini*: Pero se les suelta enseguida. ¿Cuántos están en la cárcel? ¡Los pescamos solamente para conocerlos!

*Gramsci*: Es mía forma de persecución sistemática que anticipa y justificará la aplicación de la nueva ley. El fascismo adopta los mismos métodos del gobierno de Giolitti. Ustedes hacen lo mismo que hacían en el Mediodía los matones giolittianos que arrestaban a los electores de la oposición… para conocerlos.

*Una voz*: Fue un caso aislado. Usted no conoce el sur.

*Gramsci*: ¡Soy del sur!

*Mussolini*: ¡A propósito de violencias electorales quiero recordarle un artículo de Bordiga que las justifica plenamente!

*Paolo Greco*: Usted, *onorevole* Gramsci, no ha leído ese artículo.

*Gramsci*: No la violencia fascista, la nuestra. Nosotros estamos seguros de representar a la mayoría de la población, de representar los intereses más esenciales de la mayoría del pueblo italiano; por eso, la violencia proletaria es progresista y no puede ser sistemática. Su violencia es sistemática y sistemáticamente arbitraria porque ustedes representan a una minoría

destinada a desaparecer. Nosotros debemos decir a la población trabajadora en qué consiste su gobierno, para organizaría contra ustedes, para ponerla en condiciones de vencerles. Es muy probable que también nosotros nos veamos obligados a emplear sus mismos sistemas, pero como transición, de tiempo en tiempo [*Rumores, interrupciones*]. Seguro: a adoptar sus mismos métodos, con la diferencia de que ustedes representan a la minoría de la población, mientras que nosotros representarnos la mayoría. [*Interrupciones, rumores*].

*Farinacci*: Pero entonces, ¿por qué no hacen la revolución? ¡Usted está destinado a terminar como Bombacci![2] ¡Lo expulsarán del partido!

*Gramsci*: Cuando la burguesía italiana hizo la unidad era una minoría de la población, pero como representaba los intereses de la mayoría, aunque ésta no la siguiese, así pudo mantenerse en el poder. Ustedes han vencido con las armas, pero no tienen ningún programa, no representan nada nuevo ni progresivo. Sólo han enseñado a la vanguardia revolucionarla que sólo las armas, en último análisis, determinarán el triunfo de los programas y de los no programas… [*Interrupciones, comentarios*].

*Presidente*: ¡No interrumpan!

*Gramsci*: Esta ley no servirá de ningún modo para frenar el movimiento que ustedes mismos preparan en el país. Porque la masonería se pasará cu masa al partido fascista y constituirá una de sus tendencias, está claro que con esta ley esperan impedir el desarrollo de grandes organizaciones obreras y campesinas. Éste es el valor real, el verdadero significado de la ley.

Algún fascista recuerda aún nebulosamente las enseñanzas de sus viejos maestros, de cuando era revolucionario y socialista, y cree que una clase no puede seguir siéndolo permanentemente y desarrollarse hasta la conquista del poder sin que tenga un partido y una organización que agrupe a su parte mejor y más consciente. Hay algo de cierto en esta turbia perversión reaccionaria de las enseñanzas marxistas. Ciertamente es muy difícil que una clase pueda llegar a la solución de sus problemas y al logro de aquellos fines inscritos en su existencia y en la fuerza general de la sociedad, sin que) se constituya una vanguardia que conduzca a esta clase hasta la conquista de tales fines.

¡Pero no es cierto que esta definición sea siempre verdadera, en su mecánica exterior para uso de la reacción! Esta es una ley que sirve para Italia, que deberá ser aplicada en Italia, donde la burguesía no ha logrado de ninguna manera y no logrará jamás resolver en primer lugar la cuestión de los campesinos italianos, resolver la cuestión de la Italia meridional. No por nada esta ley es presentada simultáneamente a algunos proyectos concernientes a la recuperación del Mediodía.

*Una voz*: Hable de la masonería.

*Gramsci*: Quieren que hable de la masonería. Pero en el título de la ley ni siquiera se alude a la masonería, se habla sólo de organizaciones en general. En Italia el capitalismo ha podido desarrollarse en la medida en que el Estado ha presionado a las poblaciones campesinas, especialmente en el sur. Hoy sienten la urgencia de tales problemas, por eso prometen mil millones para Cerdeña, prometen obras publicas y cientos de millones a todo el Mediodía; ¡pero para hacer una labor seria y concreta deberían empezar por restituir a Cerdeña los 100-150 millones de impuestos que cada año extorsionan a la población sarda! Deberían restituir al Mediodía los cientos de millones de impuestos que cada año extorsionan a la población meridional.

*Mussolini*: ¡En Rusia no hacen pagar los impuestos!…

*Una voz*: ¡En Rusia roban, no pagan impuestos!

*Gramsci*: No es ésta la cuestión, distinguido colega, que debería conocer al menos los informes parlamentarios que existen en las bibliotecas sobre tales cuestiones. No se trata del mecanismo normal burgués de los impuestos: se trata del hecho de que cada año el Estado extorsiona a las regiones meridionales una suma de impuestos que no restituye de ningún modo, ni con servicios de ninguna clase…

*Mussolini*: ¡No es verdad!

*Gramsci*:…sumas que el Estado extorsiona a las poblaciones campesinas meridionales para dar una base al capitalismo de la Italia septentrional. [*Interrupciones, comentarios*]. En este terreno de las contradicciones del sistema capitalista italiano se formará necesariamente, no obstante la dificultad de constituir grandes organizaciones, la unión de los obreros y los campesinos contra el enemigo común.

Ustedes fascistas, tú gobierno fascista, a pesar de toda la demagogia de sus discursos, no han superado esta contradicción que ya era radical; incluso la han hecho sentir más duramente a las clases y a las masas populares. Han actuado en esta situación, por las necesidades de esta situación. Han añadido nuevos problemas a los ya acumulados por el desarrollo de la sociedad capitalista, y creen poder suprimir con una ley contra las organizaciones los efectos más dañinos de su propia actividad. [*Interrupciones*]. ¡Esta es la cuestión más importante en la discusión de esta ley!

Pueden “conquistar” el Estado, pueden modificar los códigos, pueden tratar de impedir a las organizaciones que existan en la forma como existen ahora; no pueden prevalecer sobre las condiciones objetivas en que están obligados a actuar. No harán más que forzar al proletariado a buscar una

orientación distinta a la que está hoy más difundida en el terreno de la organización de masas. Eso es lo que queremos decirle al proletariado y a las masas campesinas italianas desde esta tribuna: que las fuerzas revolucionarias italianas no se dejarán aplastar, que el turbio sueño de ustedes no logrará realizarse, {*Interrupciones*]. Es muy difícil aplicar a una población de cuarenta millones de habitantes los sistemas de gobierno de Tsankov.**[3]** En Bulgaria hay pocos millones de habitantes y sin embargo, a pesar de las ayudas del exterior, el gobierno no logra imponerse sobre la coalición del partido comunista y las fuerzas campesinas revolucionarias, y en Italia hay cuarenta millones de habitantes.

*Mussolini*: ¡El partido comunista tiene menos afiliados que el partido fascista italiano!

*Gramsci*; Pero representa a la clase obrera.

*Mussolini*: ¡No la representa!

*Farinacci*: La traiciona, no la representa.

*Gramsci*: El suyo es un consenso obtenido a golpes.

*Farinacci*: ¡Habla de Miglioli!

*Gramsci*: Precisamente. El fenómeno Miglioli tiene gran importancia precisamente en el sentido de lo que dije antes: que las masas campesinas, incluso las católicas, se orientan hacia la lucha revolucionaria. Y los periódicos fascistas no hubieran protestado contra Miglioli si el fenómeno Miglioli no tuviese esta gran importancia de indicar una nueva orientación de las fuerzas revolucionarias a consecuencia de la presión de ustedes sobre las clases trabajadoras.

Para concluir: ¡la masonería es la pequeña bandera que sirve para hacer pasar la mercancía reaccionaria antiproletaria! ¡No es la masonería lo que les importa! La masonería se convertirá en un ala del fascismo. La ley debe servir para los obreros y para los campesinos, los cuales lo comprenderán muy bien por la aplicación que se hará de esa ley. A esas masas nosotros queremos decirles que ustedes no lograrán sofocar las manifestaciones organizativas de su vida de clase, porque contra ustedes está todo el desarrollo de la sociedad italiana. [*Interrupciones*].

*Presidente*: ¡Pero no interrumpan! Déjenle hablar. ¡Pero usted, *onorevole* Gramsci, no ha hablado de la ley!

*Rossoni*: ¡La ley no es contra las organizaciones!

*Gramsci*: *Onorevole* Rossoni, usted mismo es un inciso de la ley contra las organizaciones. Los obreros y los campesinos deben saber que no lograrán impedir que el movimiento revolucionaria se fortalezca y se radicalice.

[*Interrupciones, rumores*]. Porque sólo eso representa hoy la situación de nuestro país… [*Interrupciones*].

*Presidente*: *Onorevole* Gramsci, este concepto lo ha repetido tres o cuatro veces. ¡Tenga la bondad! ¡No somos jurados, a los que hay que repetir muchas veces las mismas cosas!

*Gramsci*: Al contrario, es necesario repetirlas, es necesario que lo escuchen hasta la náusea. El movimiento revolucionario vencerá al fascismo. [*Comentarios*].

## LA NUEVA SITUACIÓN[*]

La nueva situación del país y las condiciones en que quedará nuestro partido con la aplicación de la ley sobre las asociaciones secretas nos impondrán cuanto antes una revisión completa de toda la actividad organizativa del partido. Si, en la situación de hace un año, fue adecuado desarrollar una acción de reclutamiento, la situación opuesta de hoy nos planteará el problema de la revisión de nuestros cuadros organizativos y de cómo hacer, fracasar el ataque legal dirigido contra el partido. El tratamiento de estos problemas organizativos importantísimos exigirá una sesión especial de la Central.

En cuanto al problema de aumentar la actividad y la capacidad política del partido, debe reconocerse que es importante y que debe ser examinado a fondo. La desaparición de la Confederación General del Trabajo hace necesario un trabajo mayor por nuestra parte, una actividad más amplia por parte de la sección de agitación y propaganda, que consiga adaptar las consignas generales a las situaciones locales con el fin de traducirlas efectivamente en acción concreta y continua. La propuesta de la compañera Silvia de hacer más eficientes las oficinas centrales de trabajo para este fin y de aumentar las relaciones entre el centro y la periferia es buena. El conocimiento de todas las situaciones locales exigiría al centro, sin embargo, una atenta investigación y el examen de la prensa de los diversos centros; limitando por1 ahora este campo de actividad a los centros mayores, eso puede lograrse. Así, será ciertamente útil mantener un contacto directo con las células mayores y más importantes; incluso, de esta tarea particular podrá encargarse un compañero. Sin duda, todas las formas de nuestra actividad y nuestro trabajo, así como las directivas de organización del partido, tendrán que ser reexaminadas con respecto a la nueva situación.

Acerca de los sucesos de Turín, si es cierto que el compañero Boschi cometió el error de obrar por cuenta propia, sin ninguna consulta ni a la masa, ni a la organización del partido, ni a las células de la Fiat y ni siquiera a las mismas comisiones internas y descuidando toda agitación y acción política entre Tos obreros y con respecto a la Fiat, debe reconocerse, sin embargo, que en su conjunto los resultados fueron buenos y que Ta situación objetiva que se produjo fue favorable para nosotros. El acuerdo concluido por las comisiones internas comunistas de la Fiat fue el último acuerdo concluido por una organización obrera: esto tiene su importancia y también tendrá un valor para la historia del movimiento obrero turinés e italiano.

*Situación política,*

Con el golpe Zaniboni se ha cerrado un cielo de la historia de nuestro país, el ciclo que se abrió con la ocupación de las fábricas. Quienes creyeron resolver la cuestión del movimiento proletario en forma oportunista han sido aplastados: con el atentado de Zaniboni el partido reformista ha sido disuelto.

Toda la acción de *Avanti!* ha concluido con un fracaso completo. El proceso de fascistización de la prensa puede considerarse ya completo; la masonería, como gran fuerza política que tuvo un largo predominio en Italia, está liquidada.

En el campo burgués los fascistas han dominado completamente. El fascismo ha llegado ya a la cúspide de su parábola y va unificando en torno suyo a la burguesía, y reduciendo por tanto al mínimo las debilidades organizativas de la misma burguesía. El Gran Consejo Fascista se ha convertido en el órgano central de la burguesía que lo domina todo, Y esta unificación suya en torno al fascismo permite a la burguesía mantenerse aunque sus bases económicas estén superadas históricamente, porque la organización puede permitir a una clase, por cierto tiempo, mantener el poder aun cuando le falte la base económica.

Las contradicciones económicas, naturalmente, no han sido resueltas por el fascismo, ni pueden serlo; incluso se han agudizado. Las fuerzas económicas, que en Italia siempre han sido insuficientes, no han aumentado. Actualmente se verifica una concentración económica que provocará o acelerará la separación de las clases medias de la burguesía. Plasta hoy, la pequeña burguesía tuvo en Italia una función económica: la función del ahorro. El pequeño ahorro de la Italia meridional tenía gran importancia; en una época era invertido en bonos del tesoro, luego se acumuló en la Banca de

Descuento, y en estos últimos tiempos en los dos bancos de emisión de Italia meridional: el Banco de Nápoles y el Banco de Sicilia. Hoy el fascismo quiere unificar la emisión para absorber los dos bancos meridionales y realizar la máxima concentración de capital. Esto es, al monopolio político corresponde el monopolio económico completo de la gran burguesía representada por el fascismo.

Esto tendrá consecuencias, especialmente en la Italia meridional: el golpe asestado a los bancos meridionales y a las fuerzas políticas que se apoyaban en ellos y a toda la economía meridional no dejará de provocar reacciones y enfrentamientos.

El modo como se resolvió la cuestión del pago de las viejas deudas, y la de los prestamos norteamericanos, también tendrá consecuencias graves: más de la mitad de la industria italiana caerá en manos de extranjeros; por lo que los obreros serán doblemente explotados y doblemente empujados a las agitaciones y a la lucha; y en la pequeña burguesía se producirá, como reacción a esta colonización de Italia, un renacimiento del sentimiento nacional en oposición al fascismo.

La pequeña burguesía, además, con la liquidación del *rassismo*.[*] pierde los privilegios que creía haber conquistado y poder conservar, manteniendo el poder en sus manos. En el seno mismo del fascismo, por lo tanto, que recluta en sus cuadros organizados especialmente elementos provenientes de la pequeña burguesía, se producirán luchas. El fascismo, por último, con las recientes leyes relativas a las administraciones comunales y a las organizaciones sindicales, ha destruido todos los organismos de masa, ha anulado toda fuerza de manifestación de la voluntad popular, ha anulado, de hecho, los poderes representativos. Los fascistas llevarán a cabo una especie de rastreo entre los campesinos, atrayendo a los elementos más corruptibles con cargos directivos; y también en el campo industrial reclutarán un estrato de obreros, formado por elementos directivos, a los que corromperán con la concesión de determinados privilegios (cargos en las corporaciones, etcétera). Los elementos que estaban con los reformistas se pasarán a los fascistas; y ello dará cierta eficacia real a la organización fascista y resolverá momentánea y aparentemente la situación. Pero en realidad preparará una situación aún más grave. Entre los campesinos la administración comunal tiene una importancia enorme; y las nóminas de los dirigentes ocasionarán luchas durísimas, incluso en el seno del mismo fascismo, hasta determinar una situación de insurrección terrible. Y, por otra parte, el esfuerzo fascista por disgregar a las masas proletarias creando una aristocracia obrera con

elementos proletarios corrompidos, no logrará contener la presión de las masas excesivamente explotadas y acicateadas por las necesidades económicas; especialmente si nosotros conseguimos dar a estas masas una organización.

En Italia la situación es revolucionaria cuando el proletariado del norte es fuerte; si el proletariado del norte es débil los campesinos se uncen a la pequeña burguesía; y recíprocamente los campesinos de Italia meridional representan un elemento de fuerza y de impulso revolucionario para los obreros del norte. Los obreros septentrionales y los campesinos meridionales son, pues, las dos fuerzas revolucionarias inmediatas (los campesinos del sur están controlados por los curas en un 80 por ciento) a las cuales debemos dirigir toda nuestra atención.

Debemos organizar a los obreros del norte: especialmente con la desaparición de la Confederación General del Trabajo esta tarea se impone en toda su integridad. Regresaremos sobre este tema cuando tratemos de la cuestión sindical.

En la Italia meridional el fascismo ha eliminado en parte un estrato de antiguos dirigentes que controlaban a gran parte de las masas campesinas y representaron la mayor fuerza del antifascismo. La formación de un partido meridional no es posible. Se manifiesta, por el contrario, una tendencia que podríamos llamar un “migliolismo” meridional y que debe ser utilizada por nosotros en toda su amplitud. Si logramos dar una organización a los campesinos meridionales, habremos ganado la revolución; en el momento de la acción decisiva un traslado de las fuerzas armadas burguesas del norte hacia el sur para oponerse a la insurrección de los campesinos meridionales aliados con los proletarios septentrionales, asegurará mayor posibilidad de acción para los obreros. Así pues, nuestra tarea general está clara: organizar a los obreros del norte y a los campesinos meridionales y establecer su alianza revolucionaria.

La línea general de nuestra política en esta última fase ha sido confirmada. Todavía tendremos intentos de parte de las viejas capas dirigentes que no se resignarán tan fácilmente a haber perdido el poder, y debemos prepararnos para las repercusiones consiguientes. Indudablemente nos veremos frente a luchas muy graves y violentas, que exigirán una sólida organización del partido, en torno al cual las masas se agrupan cada vez más. Y deberemos resolver en la forma más completa el problema de la vinculación con estas masas. Deberemos salvaguardar al partido de cualquier debilitamiento derivado de la lucha de fracciones.

Plantear siempre con exactitud las directivas del partido y lograr explicar el juego de las distintas fuerzas, en vez de limitarnos a la repetición de las fórmulas usuales sobre la lucha de clase sin una correspondencia de contenido con la realidad cotidiana y compleja. El caso Zaniboni, por ejemplo, nos explica la posición de muchos partidos: la posición del *Avanti!* en la cuestión de los empréstitos norteamericanos y la aproximación entre los republicanos y los maximalistas. En estos partidos existían ilusiones de triunfo en sus extraños proyectas y métodos de lucha. Y el *Avanti!* se presentaba, respecto a determinadas cuestiones, con un programa de gobierno, enfrentaba ciertos problemas desde el punto de vista de quien se plantea la solución práctica e inmediata.

Debemos, sobre todo, resolver el gran problema sindical.

Y reforzar la propaganda para crear cuadros periféricos más eficientes políticamente. Ampliar nuestras escuelas de partido: hoy debemos proponernos dar a gran número de compañeros una escuela de dos días que desarrolle estos dos temas esenciales: la situación italiana; naturaleza y tareas del partido.

Y deberemos, por último, aumentar nuestra actividad literaria: deberán hacerse al menos dos publicaciones en el tiempo más breve posible: una sobre la historia del movimiento obrero italiano, otra sobre la situación italiana, las fuerzas sociales de nuestro país, etcétera.

*Situación sindical*

El fascismo ha destruido, de hecho, todas las organizaciones que habían surgido espontáneamente en el campo obrero. Nosotros debemos hoy plantearnos dos problemas:

1] ¿qué actitud debemos tener con respecto a la Confederación General del Trabajo?

2] ¿cuál debe ser nuestra acción práctica sindical?

La Confederación General del Trabajo procederá con respecto a la organización confederada como en 1923 con respecto al sindicato de ferrocarrileros. Esto es, se propondrá asegurarse de que, en cualquier eventual reanudación del movimiento sindical, el control de tal movimiento siga en manos de los actuales dirigentes confederados. Nosotros debemos, pues, mientras afirmamos que la Confederación General del Trabajo debe seguir siendo la organización base del proletariado, conducir una acción sindical

concreta, una acción reconstructiva sindical en torno a nosotros, de modo que el movimiento sindical resurja controlado por nosotros.

En 1923, los fascistas se propusieron en el campo sindical un programa máximo: el monopolio sindical que hubiera debido ser complementado con las representaciones fascistas de fábrica. Hasta hoy los organismos de fábrica permanecieron en manos de los obreros. De ahora en adelante los industriales harán los contratos con las corporaciones fascistas; pero éstas se verán obligadas después a hacer los arreglos necesarios con las masas de las fábricas. Los industriales no desean una gran organización sindical externa, pero quieren una cierta organización de los obreros porque ello sirve al buen funcionamiento de la fábrica, y sobre este terreno real en que han planteado la cuestión del pacto con los fascistas. De ello se deriva que la única organización obrera efectiva está en la fábrica, y que nuestra acción en la fábrica adquiere una importancia decisiva.

Los reformistas no harán nada en las fábricas: la consulta de las masas, a medida que se aproxima a la fábrica, se inclina más a la izquierda, y ello facilita y hace más provechoso nuestro trabajo.

Como los fascistas, con la ley electoral y con la introducción de los alcaldes han abolido toda posibilidad de manifestación de vida política para la clase obrera, ésta debe crear sus medios propios de expresión. Así pues, el partido comunista tiene la tarea de estimular la creación de organismos que constituyan tales medios: la misma situación conjura y hace necesaria y posible la creación de comités obreros que desde las formas más embrionarias lleguen a adoptar las formas más completas, que partiendo de la fábrica se extiendan entre las masas, convirtiéndose en organismos representativos de la masa.

El trabajo sindical pasa a ser de tal suerte el único trabajo político cotidiano de nuestras secciones comunistas, el comité sindical se convierte en la sección del partido; hasta hoy el comité sindical era presentado a las masas como un organismo opuesto a la Confederación General del Trabajo; de ahora en adelante se convierte en un organismo de trabajo del partido y que, por lo tanto, debe estar más vinculado con el partido.

El comité sindical debe hacer un plan de trabajo en relación a la estructura organizativa que le será dada al partido, poniendo a cargo de los trabajos importantes a elementos capaces, de manera que la capacidad prevalezca sobre la elegibilidad.

Será necesario también precisar nuestra acción con respecto a la Confederación General del Trabajo en el caso de que ésta quiera trasladarse al

extranjero, tomando en cuenta que se trata de una cuestión delicada y que es absolutamente necesario no prestarse al juego de los reformistas, los cuales querrán hacernos pasar por provocadores.

Los industriales buscarán obstaculizar en todas las formas nuestra acción de penetración y de conquista en las fábricas y tratarán incluso de modificar la composición de las masas obreras más avanzadas. Antes de la guerra emigraban de Italia los braceros y pocos obreros calificados; después de la llegada del fascismo ha sucedido lo contrario: muchos obreros calificados se han marchado al extranjero donde su trabajo es muy apreciado. Hoy, la Fiat y Gualiuo se proponen despedir a gran número de obreros, los cuales tendrán que emigrar, y contratar en cambio obreros no calificados vénetos y sicilianos. Esto modifica la composición de la clase obrera turinesa y la debilita: da a los industriales la posibilidad de hacer creer en mía solución por su parte de la cuestión meridional; los industriales contratarían a los campesinos meridionales imposibilitados para emigrar. Por otra parte, esto puede provocar entre los obreros turineses y los sicilianos luchas que representarían una debilidad para las masas y una ventaja para los industriales. Estas eventualidades deben preocupar y deben atraer nuestra atención y nuestra vigilancia hacia cuanto sucede en la Fiat.

Frente al intento de los fascistas de hacer aceptar sus acuerdos por las comisiones de fábrica es preciso conducirnos con gran habilidad: si nos oponemos abiertamente expondremos a los compañeros a ser despedidos; es preciso agitar y movilizar a las masas. No se puede establecer una regla constante para nuestra acción en este campo, la cual debería ser dictada por la situación de las masas obreras en las distintas ocasiones y circunstancias. Lo importante es que nosotros agitemos entre los obreros las reivindicaciones que interesan a las masas y que nos presentemos como defensores de los intereses de los trabajadores, y especialmente de aquellos más explotados y menos retribuidos, y que nos oponemos a la creación de una situación de privilegio para una aristocracia obrera en perjuicio del resto de la masa; que nos oponemos, por ejemplo, al destajo colectivo privilegiado, el cual da lugar a la formación de nuevas estratificaciones obreras.

Nosotros no debemos crear cuadros organizativos para la Confederación General del Trabajo,**[1]** o para sus dirigentes; sino que debemos desarrollar en las fábricas una acción de defensa sindical en el sentido de mantener en los obreros el concepto de la organización sindical de clase, de crear en torno a nosotros la organización sindical que, en un momento de eventual reanudación del movimiento, restablezca sobre nuestras bases políticas y

sobre nuestras directivas la máxima organización proletaria, dejando fuera a la actual burocracia dirigente. Los dirigentes confederados, especialmente si se encuentran en el extranjero, no harán nada en la masa de las fábricas; mantendrán un esqueleto debilísimo de organizaciones, representado por cierto número de comités nominales de extraños a las masas. Nosotros, por el contrario, reconstruiremos entre los obreros de las empresas el movimiento sindical real, sobre la base de nuestros principios y en forma de asegurarnos el control futuro.

Los problemas prácticos de organización deberán ser resueltos apenas se presenten. Hoy es necesario fijar la dirección y los objetivos de nuestra acción sindical. Hoy no podemos más que limitarnos a una tarea de agitación con la consigna de la defensa sindical obrera, contra la organización corporativista. A continuación veremos si es posible y cómo y dónde organizar completamente las fuerzas sindicales. Pero en todo caso debemos ser contrarios a la formación de sindicatos de fábrica, los cuales obstaculizarían el trabajo de nuestras células, haciéndonos aparecer como escisionistas.

*Morelli*:**[2]** Debemos también agitar la consigna de la lucha contra los reformistas de los sindicatos y por la unidad sindical internacional.

*Gramsci*: Esta consignas permanecen naturalmente como contenido general de la nuestra […]**[3]**

Pero, hoy, nuestra acción sindical debe desarrollarse en nombre de la defensa sindical de clase: el hecho mismo de que esta acción y la acción reconstructiva del movimiento sindical sean conducidas por nosotros, y sólo por nosotros, constituye la forma mejor y más real de luchar contra los reformistas y contra la influencia reformista de los sindicatos.

Los organismos que encuadrarán las fuerzas sindicales, reconstruidas serán los comités de defensa sindical; en un primer tiempo, puesto que se tratará más que nada de desarrollar la agitación, de esta acción sindical entre los obreros podrán encargarse también los mismos comités de agitación en las fábricas. Pero a medida que se vayan obteniendo algunos resultados prácticos, será preciso diferenciar la función de los comités de agitación de la de los comités de defensa sindical.

No hay que olvidar que en las fábricas y entre las masas obreras nosotros tendremos que hacer vivir y actuar, cada uno en su propio campo, a tres organismos distintos y con funciones propias: las células, que constituyen la organización política del proletariado: el partido comunista;

los comités de agitación, organismos de masas, que a través de las confidencias de empresa se amplían en los organismos de masas más

completos: los comités obreros y campesinos;

los comités de defensa sindical, organismos sindicales, que parten como base del trabajo de la fábrica y que podrán tener a su cabeza, en cada ciudad, un comité único de defensa sindical, el cual corresponderá a las Cámaras del trabajo de otros tiempos.

Estos diversos organismos, que responden a tres diversos campos de actividad, no deben ser jamás confundidos entre sí.

# EL FASCISMO Y SU POLÍTICA[*]

15. El fascismo, como movimiento de reacción armada que se propone el objetivo de disgregar y desorganizar a la clase obrera para inmovilizarla, entra en el cuadro de la política tradicional de las clases dirigentes italianas, y en la lucha del capitalismo contra la clase obrera. Por esta razón es favorecido en sus orígenes, en su organización y en su camino indistintamente por todos los viejos grupos dirigentes, aunque preferentemente por los agrarios, los cuales sienten más amenazadora la presión de la plebe rural. Socialmente, sin embargo, el fascismo tiene su base en la pequeña burguesía urbana y en una nueva burguesía agraria surgida de una transformación de la propiedad rural en algunas regiones (fenómenos de capitalismo agrario en Emilia, origen de una categoría de intermediarios campesinos, "bolsas de la tierra", nuevos repartos de terrenos). Este hecho, y el hecho de haber encontrado una unidad ideológica y organizativa en las formaciones militares en las que revive la tradición de la guerra (*arditismo*) y que sirven para la guerrilla contra los trabajadores, permiten al fascismo concebir y llevar a cabo un plan de conquista del Estado en contraposición a las viejas capas dirigentes. Es absurdo hablar de revolución. Las nuevas categorías que se agrupan en torno al fascismo tienen, por su origen, una homogeneidad y una mentalidad común de "capitalismo naciente". Esto explica cómo es posible la lucha contra los hombres políticos del pasado y cómo es que pueden justificarla con una construcción ideológica contraria a las teorías tradicionales de Estado y de sus relaciones con los ciudadanos. En sustancia el fascismo modifica el programa de conservación y de reacción que siempre dominó la política italiana, solamente por una forma diferente de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. Sustituye la táctica de los acuerdos y los compromisos con el propósito de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía y un solo organismo político bajo el control de una central única que debería dirigir al mismo tiempo el partido, el gobierno y el Estado. Este propósito corresponde a la voluntad de resistir a fondo cualquier ataque revolucionario, lo que permite al fascismo obtener la adhesión de la parte más decididamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los agrarios.

16. El método fascista de defensa del orden, de la propiedad y del Estado es, más aún que el sistema tradicional de los compromisos y de la política de izquierda, disgregador de la solidaridad social y de sus superestructuras

políticas. Las reacciones que provoca deben ser examinadas en relación a su aplicación tanto en el campo económico como en el campo político.

En el campo político, sobre todo, la unidad orgánica de la burguesía en el fascismo no se realiza inmediatamente después de la conquista del poder. Fuera del fascismo permanecen los centros de una oposición burguesa al régimen. Por una parte, no es absorbido el grupo que se mantiene fiel a la solución giolittiana del problema del Estado. Este grupo se vincula a una sección de la burguesía industrial y, con un programa de reformismo "laborista", ejerce influencia sobre estratos de obreros y pequeñoburgueses. Por otra parte, el programa de fundar el Estado sobre ima democracia rural del Mediodía y sobre la parte "sana" de la industria septentrional (*Corriere della Sera*, libre cambio, Nitti) tiende a convertirse en el programa de una organización política de oposición al fascismo con bases de masas en el Mediodía (Unión Nacional).

El fascismo se ve obligado a luchar contra estos grupos supervivientes con gran energía, y a luchar con energía aún mayor contra la masonería, a la que justamente considera como centro de organización de todas las fuerzas tradicionales de apoyo al Estado. Esta lucha que es, quieran o no, el indicio de una grieta en el bloque de las fuerzas conservadoras y antiproletarias, puede favorecer en determinadas circunstancias el desarrollo y la afirmación del proletariado como tercer y decisivo factor de una situación política.

En el campo económico, el fascismo actúa como instrumento de una oligarquía industrial y agraria, para poner en manos del capitalismo el control de todas las riquezas del país. Esto no puede dejar de provocar un descontento en la pequeña burguesía la cual, con el advenimiento del fascismo, creía llegada la era de su dominio.

El fascismo adopta toda una serie de medidas para favorecer una nueva concentración industrial (abolición del impuesto de sucesión, política financiera y fiscal, endurecimiento del proteccionismo), y a ellas corresponden otras medidas a favor de los agrarios y contra los pequeños y medianos cultivadores (impuestos, derecho sobre el grano, "batalla del grano"). La acumulación que determinan estas medidas no es un aumento de riqueza nacional, sino que es expoliación de una clase en beneficio de otra, esto es, de las clases trabajadoras y medias en beneficio de la plutocracia. El propósito de favorecer a la plutocracia aparece descaradamente en el proyecto de legalizar en el nuevo código de comercio el régimen de las acciones privilegiadas; de esta manera, un puñado de financieros es puesto en condiciones de poder disponer sin control de ingentes masas de ahorro

provenientes de la mediana y pequeña burguesía y estas categorías son expropiadas del derecho a disponer de su riqueza. En el mismo plan, pero con consecuencias políticas más vastas, entra el proyecto de unificación de las bancas de emisión, esto es, en la práctica, de supresión de los dos grandes bancos meridionales. Estos dos bancos ejercen hoy la función de absorber los ahorros de Mediodía y las remesas de los emigrados (600 millones), o sea la función que en el pasado ejercía el Estado con la emisión de bonos del tesoro y la Banca de Descuento en interés de una parte de la industria pesada del norte. Los bancos meridionales han sido controlados hasta ahora por las mismas clases dirigentes del Mediodía, las cuales encontraban en este control una base real para su dominio político. La supresión de los bancos meridionales como bancos de emisión hará pasar esta función a la gran industria del norte que controla, a través de la Banca Comercial, al Banco de Italia, y de este modo se acentuará la explotación económica "colonial" y el empobrecimiento del Mediodía, así como se acelerará el lento proceso de separación del Estado también de la pequeña burguesía meridional.

La política económica del fascismo se completa con las medidas encaminadas a elevar el curso de la moneda, a sanear el balance del Estado, a pagar las deudas de guerra y a favorecer la intervención del capital inglés-norteamericano en Italia. En todos estos campos el fascismo pone en práctica el programa de la plutocracia (Nitti) y de una minoría industrial-agraria en perjuicio de la gran mayoría de la población, cuyas condiciones de vida empeoran progresivamente.

Como remate de toda su propaganda ideológica, de la acción política y económica del fascismo, está su tendencia al "imperialismo". Esta tendencia es la expresión de la necesidad sentida por las clases dirigentes industriales-agrarias italianas de encontrar fuera del campo nacional los elementos para la solución de la crisis de la sociedad italiana. En ella se encuentran los gérmenes de una guerra que se planteará, en apariencia, por la expansión italiana, pero en la cual, en realidad, la Italia fascista será un instrumento en manos de uno de los grupos imperialistas que se disputan el dominio del mundo.

17. A consecuencia de la política del fascismo se plantean profundas reacciones de las masas. El fenómeno más grave es el alejamiento cada vez más marcado de las poblaciones agrarias del Mediodía y de las islas del sistema de fuerzas que sostienen el Estado. La vieja clase dirigente local (Orlando, Di Cesarò, De Nicola, etcétera) no ejerce ya en forma sistemática su función de enlace con el Estado. La pequeña burguesía tiende, en

consecuencia, a aproximarse a los campesinos. El sistema de explotación y de opresión de las masas meridionales es llevado al extremo por el fascismo; esto facilita la radicalización incluso de las categorías intermedias y plantea la cuestión meridional en sus términos reales, como cuestión que sólo será resuelta por la insurrección de los campesinos aliados con el proletariado en la lucha contra los capitalistas y contra los agrarios.

También los campesinos medios y pobres de las otras partes de Italia adquieren una función revolucionaria, aunque en forma más lenta. El Vaticano —cuya función reaccionaria ha sido asumida por el fascismo— ya no controla a las poblaciones rurales de manera completa a través de los curas, ]a Acción Católica y el partido popular. Hay una parte de los campesinos, que ha despertado a las luchas por la defensa de sus intereses por las mismas organizaciones autorizadas y dirigidas por las autoridades eclesiásticas, y que ahora, bajo la presión económica y política del fascismo, acentúa su propia orientación de clase y comienza a sentir que su destino no es separable del de la clase obrera. Indicio de esta tendencia es el fenómeno Miglioli. Otro síntoma bastante interesante es también el hecho de que las organizaciones blancas, que siendo parte de la Acción Católica obedecen directamente al Vaticano, han tenido que entrar en los comités intersindicales con las Ligas Rojas, expresión de aquel periodo proletario que los católicos indicaban desde 1870 como inminente para la sociedad italiana.

En cuanto al proletariado, la actividad disgregadora de sus fuerzas encuentra un límite en la resistencia activa de la vanguardia revolucionaria y en una resistencia pasiva de la gran masa, la cual sigue siendo fundamentalmente clasista y tiende a volver a movilizar apenas se afloja la presión física del fascismo y se hacen más fuertes los estímulos del interés de clase. El intento de llevar a su seno la escisión, con los sindicatos fascistas, puede considerarse fracasado. Los sindicatos fascistas, cambiando su programa, se convierten ahora en instrumentos directos de opresión reaccionaria al servicio del Estado.

18. A los peligrosos cambios y a los nuevos reclutamientos de fuerzas provocados por su política el fascismo reacciona haciendo gravar sobre toda la sociedad el peso de una fuerza militar y un sistema de opresión que mantiene a la población atada al hecho mecánico de la producción sin posibilidad de tener vida propia, de manifestar su propia voluntad y de organizarse para la defensa de sus propios intereses.

La llamada legislación fascista no tiene otro propósito que el de consolidar y hacer permanente este sistema, La nueva ley electoral política,

las modificaciones del ordenamiento administrativo con la introducción del *podestà* para las comunas rurales, etcétera, pretenden poner fin a la participación de las masas en la vida política y administrativa del país. El control de las asociaciones impide cualquier forma permanente "legal" de organización de las masas. La nueva política sindical quita a la confederación del trabajo y a los sindicatos de clase la posibilidad de concluir acuerdos para excluirlos del contacto con las masas que se habían organizado en torno a ellos. La prensa proletaria es suprimida. El partido de clase del proletariado es reducido a una vida totalmente ilegal. Las violencias físicas y las persecuciones policíacas son adoptadas sistemáticamente, sobre todo en las zonas rurales, para imponer el terror y mantener una situación de estado de sitio.

El resultado de esta compleja actividad de reacción y de opresión es el desequilibrio entre la relación real de las fuerzas sociales y la relación de las fuerzas organizadas, por lo que a un aparente retorno a la normalidad y a la estabilidad corresponde un agudizamiento de contrastes prontos a irrumpir a cada instante por nuevas vías.

18 bis. La crisis que siguió al delito Matteotti ha dado un ejemplo de la posibilidad de que la aparente estabilidad del régimen fascista se vea turbada desde sus bases por la irrupción repentina de contrastes económicos y políticos que se profundizaron inadvertidamente. Al mismo tiempo ha dado una prueba de la incapacidad de la pequeña burguesía para llevar a cabo, en el actual periodo histórico, la lucha contra la reacción industrial-agraria.

## LA CUESTIÓN SARDA Y EL FASCISMO[*]

*Carissimo Lussu,*

te adjunto el cuestionario anunciado. Respóndeme como te parezca más oportuno y si lo consideras necesario políticamente añade algunas cuestiones y modifica y suprime algunas de las expuestas.

Saludos

*Antonio Gramsci*

1] La política económica que el grupo fascista representado por el *onorevole* Paolo Pili[1] trata de poner en práctica en Cerdeña, ¿qué resultados prácticos ha tenido? ¿Ha logrado hacer conquistar al fascismo y al gobierno el consenso al menos de una parte de los campesinos y los pastores sardos? Y si

no ha conquistado un consenso activo, ¿ha determinado siquiera alguna forma de expectación pasiva que pueda justificarse objetivamente como favorable al fascismo y al gobierno?

2] ¿Cómo reaccionan contra la actividad del *onorevole* Pili los viejos grupos de especuladores y de acaparadores, bien sean sardos o continentales?

3] ¿Cuál es la actitud del partido sardo frente a este momento político dado que el *onorevole* Pili tiende a realizar algunas reivindicaciones del programa tradicional del sardismo?

¿La política del *onorevole* Pili ha provocado en las filas sardistas una inclinación a la izquierda para la búsqueda de una mayor difusión del fascismo?

4] La política de opresión ejercida por el régimen fascista, que ha llevado a la supresión del régimen representativo en el noventa por ciento de los municipios sardos, ¿ha conducido objetivamente a hacer más agudo el problema regionalista y a plantear la cuestión de la autonomía en un terreno más radical de reivindicaciones de tipo nacional?

5] Puesto que la experiencia de la posguerra ha demostrado la imposibilidad de que el problema regional sardo pueda ser resuelto por las masas populares de Cerdeña, si estas masas no están aliadas a determinadas fuerzas sociales y políticas del continente italiano, ¿a cuáles fuerzas sociales y políticas cree necesario aliarse el Partido Sardo de Acción?

6] Puesto que la cuestión regional sarda está ligada indisolublemente al régimen burgués capitalista que necesita, para subsistir, no sólo explotar a la clase de los obreros industriales a través de su trabajo asalariado, sino también hacer pagar a las masas campesinas del Mediodía y de las islas una tasa aduanal y una tasa fiscal, y puesto que la coalición de los partidos democráticos de izquierda y socialdemócratas no puede incluir en su programa la expropiación de la burguesía industrial y de los grandes propietarios de tierras, ¿no le parece claro al Partido Sardo de Acción que el único aliado continental de la población trabajadora sarda puede ser el bloque revolucionario obrero y campesino sostenido por la Internacional de los campesinos?

7] ¿Cuáles son las opiniones extendidas entre los sardistas a propósito del programa de la Internacional de los campesinos? ¿Por qué el directorio del Partido Sardo de Acción no ha respondido, aunque friese por vía interna, al manifiesto transmitido en el Congreso de Macomer de 1925 por la Internacional de los campesinos?

8] ¿Cuál es la opinión inedia de los campesinos y los pastores sardos acerca de la revolución obrera y campesina que se ha afirmado victoriosamente en Rusia? ¿Existe una corriente popular que juzgue a la revolución rusa como victoria política de los campesinos de todo el mundo y, por lo tanto, también de los campesinos sardos más avanzados?

## UN EXAMEN DE LA SITUACIÓN ITALIANA[*]

### I

De la situación política italiana es preciso examinar tres elementos fundamentales.

1] El elemento positivo revolucionario, es decir, los progresos realizados por la táctica del frente único. La situación actual de la organización de los comités de unidad proletaria y las tareas de las fracciones comunistas en estos comités.

2] El elemento político representado por la tendencia a constituir un bloque democrático de izquierda que tiene su eje en el partido republicano, en cuanto que es la cuestión republicana la que debe constituir el terreno de esta coalición democrática.

El examen del primer punto debe hacerse también a fin de verificar la corrección de la línea política fijada por el III Congreso. Lo que caracteriza al III Congreso de nuestro partido es el hecho de que no sólo ha planteado genéricamente el problema de la necesidad de la dirección del partido comunista en el seno de la clase obrera y de la clase obrera en el seno de la población trabajadora italiana, sino que también ha tratado de concretar prácticamente los elementos políticos a través de los cuales esta dirección habría podido realizarse, esto es, ha tratado de identificar a aquellos partidos y aquellas asociaciones a través de las cuales se manifiesta la influencia burguesa o pequeñoburguesa sobre las clases trabajadoras y que pueden ser objeto de una transformación, de un vuelco de los valores clasistas. Igualmente es preciso verificar por los resultados la corrección del terreno organizativo establecido por el partido como el más adecuado para el agrupamiento inmediato de las fuerzas puestas en movimiento por la táctica del frente único, o sea los comités de agitación.

Positivamente puede afirmarse que nuestro partido ha logrado conquistar una ciara posición de iniciativa política entre las masas trabajadoras. En este último periodo todos los órganos periodísticos de los partidos que controlan a

las masas populares italianas se han visto llenos de polémicas contra la acción de conquista de nuestro partido. Todos estos partidos están a la defensiva contra nuestra acción, y en realidad son indirectamente guiados por nosotros, ya que al menos el sesenta por ciento de su actividad está dedicada a rechazar nuestras ofensivas o está determinada en el sentido de dar a sus masas una satisfacción que las aleje de nuestra influencia.

Es evidente que en las condiciones de opresión y de control representadas por la política fascista los resultados de nuestra táctica no pueden SBT calculados estadísticamente sobre la escala de grandes masas. Sin embargo, es innegable que cuando determinados elementos de partidos democráticos y socialdemócratas se inclinan aunque sea molecularmente hacia el terreno táctico preconizado por los comunistas, esta inclinación no puede ser casual y de significado puramente individual. Prácticamente la cuestión puede plantearse así: en todo partido, pero especialmente en los partidos democráticos y socialdemócratas en los cuales el aparato organizativo está muy relajado, existen tres estratos. El estrato superior muy restringido, que generalmente está constituido por parlamentarios e Intelectuales estrechamente ligados a la clase dominante. El estrato inferior constituido por obreros y campesinos, por pequeñoburgueses urbanos, como masa de partido o como masa de población influida por el partido. Un estrato Intermedio que en la situación actual tiene una importancia superior aún a la importancia que tenía en los periodos normales por cuanto frecuentemente representa el único estrato activo y políticamente vivo de estos partidos. Este estrato intermedio es el que mantiene el vínculo entre el grupo dirigente superior y las masas del partido y de la población influida por el partido. Con la solidez de este estrato medio es con lo que cuentan los grupos dirigentes para una futura recuperación de los diversos partidos y para una reconstrucción de estos partidos sobre una base amplia. Ahora bien, sobre una parte importante de estos estratos medios de los diversos partidos de carácter popular es precisamente que se ejerce la influencia del movimiento por el frente único. Es en este estrato medio donde se verifica este fenómeno molecular de disgregación de las viejas ideologías y de los viejos programas políticos y donde se ven los inicios de una nueva formación política sobre el terreno del frente único. Viejos obreros reformistas o maximalistas que ejercen una amplia influencia en ciertas fábricas o en ciertas zonas urbanas, elementos campesinos que en las aldeas o ciudades de provincia representan las personalidades más avanzadas del mundo rural, a los cuales los campesinos de la aldea o el pueblo recurren sistemáticamente para recibir consejos o

directivas prácticas; pequeños Intelectuales de ciudad que como exponentes del movimiento católico de izquierda irradian sobre la provincia una influencia que no puede y no debe ser medida por su modestia, sino que debe ser medida por el hecho de que en la provincia aparecen como una tendencia de aquel partido al que los campesinos estaban acostumbrados a seguir. Éstos son los elementos sobre los que nuestro partido ejerce una atracción constantemente creciente y cuyos exponentes políticos son un indicio seguro de movimientos en la base, a menudo más radicales de lo que permitan suponer estos cambios de inclinación personales.

Debe concederse especial atención a la función que desempeña nuestra juventud en la actividad por el frente único. Por esto es necesario tener presente que en la acción de la juventud debe permitirse una mayor elasticidad ele la que se permite al partido. Es evidente que el partido no puede llegar a fusiones con los otros grupos políticos o a aceptaciones de nuevos miembros, sobre la base del frente único que tiende a crear la unidad de acción de la clase obrera y la alianza entre obreros y campesinos y no puede ser la base de formación del partido. Para los jóvenes, sin embargo, la cuestión se plantea diferentemente. Por su misma naturaleza los jóvenes representan la etapa elemental de formación del partido. Para entrar en la "juventud" no se puede exigir ser ya comunistas en el sentido completo de la palabra, sino sólo tener una voluntad de lucha y querer hacerse comunistas. Por ello este punto debe servir como referencia general para establecer mejor la táctica propia de los jóvenes. Un elemento que hay que tener muy en cuenta porque posee un valor histórico no indiferente es éste: si tiene importancia el hecho de que un maximalista, un reformista, un republicano, un popular, un sardista, un demócrata meridional se adhieran al programa del frente único proletario y de la alianza entre obreros y campesinos, mucha mayor importancia tiene el hecho de que a tal programa se adhiera mi miembro de la Acción Católica como tal. De hecho, los partidos de oposición, aunque sea en formas inadecuadas y viscosas, tienden a crear y mantener una separación entre las masas populares y el fascismo. La Acción Católica representa hoy, por el contrario, una parte integrante del fascismo, tiende a través de la ideología religiosa a dar al fascismo el consenso de vastas masas populares, y está destinada en cierto sentido, en la intención de una tendencia fortísima del partido fascista (Federzoni, Rocco, etcétera), a sustituir al mismo partido fascista en la función de partido de masas y de organismo de control político de la población. Por lo tanto nuestro actual éxito en el campo de la Acción Católica, aunque sea limitado, significa que conseguimos impedir el

desarrollo de la política fascista en un campo que parecía cerrado a cualquier iniciativa proletaria.

Concluyendo con este punto podemos afirmar que la línea política del III Congreso ha sido comprobada como justa y el balance de nuestra acción para el frente único es ampliamente eficaz.

Es preciso establecer un punto especial para la acción sindical, tanto en el sentido de la posición ocupada actualmente por nosotros en los sindicatos de clase, como en el sentido de una actividad real sindical a desarrollar en nuestra posición con respecto a las corporaciones.

Acerca del segundo punto es preciso establecer con exactitud la situación interna del bloque burgués agrario fascista y de la organización fascista propiamente dicha.

*Las dos tendencias del fascismo*

Por una parte la tendencia Federzoni, Rocco, Volpi, que quiere sacar las conclusiones de todo este periodo después de la marcha sobre Roma. Ésta quiere liquidar el partido fascista como organismo político e incorporar en el aparato estatal la fuerza burguesa creada por el fascismo en sus luchas contra todos los demás partidos. Esta tendencia actúa de acuerdo con la Corona y con el estado mayor. Quiere incorporar en las fuerzas centrales del Estado por una parte a la Acción Católica, o sea el Vaticano, poniendo término de hecho y posiblemente también de derecho a las divergencias entre la casa de Saboya y el Vaticano y por otra parte los elementos más moderados del ex-Aventino, Es cierto que mientras el fascismo en su ala nacionalista, dado el pasado y las tradiciones del viejo nacionalismo italiano, trabaja hacia la Acción Católica, del otro lado la casa Saboya busca una vez más aprovechar sus tradiciones para atraer a las esteras gobernantes a los hombres del grupo de Di Cesarò y del grupo Amendola.

La otra tendencia está representada oficialmente por Farinacci. Representa objetivamente dos contradicciones del fascismo. 1] La contra dicción entro agrarios y capitalistas en las divergencias de intereses especialmente aduanales. Es cierto que el fascismo actual representa típicamente el claro predominio del capital financiero en el Estado, capital que quiere someter a todas las fuerzas productivas del país. 2] La segunda contradicción es con mucho la más importante y es la que existe entre la pequeña burguesía y el capitalismo. La pequeña burguesía fascista ve en el partido el instrumento de su defensa, su Parlamento, su democracia. A través del partido quiere hacer

presión sobre el gobierno para evitar ser arrojada del capitalismo. Un elemento que hay que tener presente es el hecho del total sometimiento en que ha sido colocada Italia respecto a Estados Unidos. En la liquidación de la deuda de guerra tanto a Estados Unidos como a Inglaterra, el gobierno fascista no se ha preocupado por tener ninguna garantía sobre la comerciabilidad de las obligaciones italianas. La bolsa y las finanzas italianas están expuestas en todo momento al chantaje político de los gobiernos norteamericanos e inglés, que en cualquier momento pueden lanzar al mercado mundial enormes cantidades de valores italianos. Por otra parte, la deuda Morgan ha sido contratada en condiciones aún peores. De los cien millones de dólares del empréstito, el gobierno italiano solamente tiene a su disposición treinta y tres millones. De los otros sesenta y siete millones el gobierno italiano sólo puede disponer con d consentimiento personal de Morgan, lo que significa que el verdadero jefe del gobierno italiano es Morgan. Estos elementos pueden servir para dar a la pequeña burguesía en la defensa de sus intereses a través del partido fascista como tal una entonación nacionalista contra el viejo nacionalismo y la actual dirección del partido que ha sacrificado la soberanía nacional y la independencia política del país en interés de un grupo reducido de plutócratas. A este propósito, una de las tareas de nuestro partido debe ser la de insistir en forma particular sobre la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa como medio de iniciativa política entre las filas fascistas.

En general, puede decirse que la tendencia Farinacci en el partido fascista carece de unidad, de organización, de principios generales. Es más un estado de ánimo extendido que una tendencia auténtica. Al gobierno no le resultará muy difícil disgregar sus núcleos constitutivos. Lo que importa desde nuestro punto de vista es que esta crisis, por cuanto representa el alejamiento de la pequeña burguesía de la coalición burguesa agraria fascista, no puede ser otra cosa más que un elemento de debilidad militar del fascismo.

La crisis económica general es el elemento fundamental de la crisis política. Es preciso examinar los elementos de esta crisis porque algunos de éstos son inherentes a la situación general italiana y funcionarán negativamente incluso en el período de la dictadura proletaria. Estos elementos principales pueden establecerse como sigue: de los tres elementos que constituyen tradicionalmente el activo de la balanza italiana, dos, las remesas de los emigrados y la industria del turismo, se han derrumbado. El tercer elemento, la exportación, sufre una crisis. Si a los dos factores negativos —remesas de los emigrados e industria del turismo— y al tercer

factor parcialmente negativo —exportación— se añade la necesidad de fuertes importaciones de granos por el fracaso de la cosecha, es evidente que las perspectivas para los próximos meses se presentan como catastróficas. Es necesario tener en cuenta estos cuatro elementos para comprender la impotencia del gobierno y de la clase dirigente. Es cierto que, si bien el gobierno no puede hacer nada o casi nada para aumentar las remesas de los emigrados (tener presente la iniciativa presentada por el señor Giuseppe Zuccoli, presunto sucesor de Volpi en el Ministerio de Finanzas) ni para hacer prosperar la industria turística, sí puede hacer algo para aumentar la exportación. En este sentido todavía es posible una política que si no cura la herida tienda al menos a cicatrizarla. Algunos piensan en la posibilidad de cierta política de trabajo basada en el iníiacioinsmo. Naturalmente, no hay que excluir esta posibilidad en un sentido absoluto, pero: 1] aun cuando se realizase, sus resultados en el campo económico serían relativamente mínimos; 2] sus resultados serían catastróficos en el campo político. Por lo tanto, es preciso tomar en cuenta estos elementos:

1] En la balanza italiana la exportación representa sólo una parte de la actividad, dos tercios como máximo. 2] Para equilibrar la balanza no sólo se necesitaría llevar la actual base productiva a su máximo rendimiento, sino que se necesitaría ampliar esa misma base productiva comprando en el extranjero nuevas maquinarias, lo cual empeoraría aún más la balanza. 3] Las materias primas para la industria italiana son importadas del extranjero y deben ser pagadas con moneda no devaluada. Un aumento de la producción en gran escala conduciría a la necesidad de una enorme masa de capital circulante para la adquisición de las materias primas. 4] Hay que tener presente que el fascismo como fenómeno general, en Italia ha llevado al mínimo los salarios y los estipendios de la clase trabajadora. La inflación es comprensible en un país de salarios elevados, como sustituto del fascismo, para reducir el nivel de vida de las clases trabajadoras y con ello volver a dar elasticidad a la burguesía italiana. No es comprensible en Italia, donde el tenor de vida de la clase obrera está ya rozando el hambre.

Entre los elementos de la crisis económica: la nueva organización de las sociedades por acciones con votos privilegiados, que es uno de los elementos de ruptura entre la pequeña burguesía y el capitalismo, y el hecho del desnivel que se ha producido en estos últimos tiempos entre la masa del capital de las sociedades anónimas que se va concentrando en pocas manos y la masa del ahorro nacional. Este desnivel demuestra cómo ¡as fuentes del ahorro van

agotándose, porque los réditos actuales ya no son suficientes para las necesidades.

Sobre el tercer elemento político. Es evidente que en el campo de la democracia se produce un cierto agrupamiento con características más radicales que en el pasado. La ideología republicana se refuerza, entendiendo esto en el mismo sentido que para el frente único, o sea en los estratos medios de los partidos democráticos y en este caso también en buena parte de los estratos superiores.

Viejos dirigentes y ex-aventinianos han rechazado la invitación a reanudar los contactos con la casa real. Se dice que el mismo Arnendola en el último período de su vida se convirtió completamente en republicano, y que en este sentido hizo propaganda personal. Los populares se habrían hecho también tendencialmente republicanos, etcétera. Es verdad que se realiza una gran labor para determinar en el terreno republicano un reagrupamiento neodemocrático que debería tomar el poder en el momento de la catástrofe fascista e instaurar un régimen de dictadura contra la derecha reaccionaria y contra la izquierda comunista. A este renacimiento democrático republicano han contribuido los últimos acontecimientos europeos como la aventura Pilsudski en Polonia y los sobresaltos preagónicos del régimen francés. Nuestro partido debe plantearse el problema general de las perspectivas de la política nacional. Los elementos pueden establecerse como sigue: si bien es verdad que políticamente el fascismo puede tener como sucesor una dictadura del proletariado —porque ningún partido o coalición Intermedia está en condiciones de dar ni siquiera una mínima satisfacción a las exigencias económicas de las clases trabajadoras que irrumpirían violentamente en la escena política en el momento de la ruptura de las relaciones existentes—, no es cierto y ni siquiera probable que el paso del fascismo a la dictadura del proletariado sea inmediato. Es preciso tener en cuenta el hecho de que las fuerzas armadas existentes, dada su composición, no son conquistables inmediatamente y que ellas serán el elemento determinante de la situación. Pueden hacerse hipótesis a las que atribuir en cada circunstancia mayor carácter de probabilidad. Es posible que del gobierno actual se pase a un gobierno de coalición, en el cual hombres como Giolitti, Orlando, Di Cesarò, De Gasperi den una mayor elasticidad inmediata. Los últimos acontecimientos parlamentarios franceses demuestran de qué elasticidad es capaz la política burguesa para alejar la crisis revolucionaria, desubicar a los adversarios, perjudicarlos, disgregarlos. Una crisis económica repentina y fulminante, no improbable en una situación como la italiana, podría llevar al

poder a la coalición democrática republicana, dado que se presentaría ante los oficiales del ejército y una parte de la misma milicia y los funcionarios del Estado en general (elemento que hay que tener muy en cuenta en situaciones como la italiana) como capaz de frenar la revolución. Para nosotros estas hipótesis sólo tienen un valor general de perspectivas. Nos sirven para establecer los siguientes puntos:

1] Debemos restringir al mínimo desde hoy la influencia y la organización de los partidos que pueden constituir la coalición de izquierda, para hacer cada vez más probable una caída revolucionaria del fascismo, por cuanto los elementos enérgicos y activos de la población estarán en nuestro terreno en el momento de la crisis. 2] En todo caso, debemos tender a hacer lo más breve posible el intermedio democrático disponiendo desde hoy a nuestro favor el mayor número posible de condiciones favorables.

De estos elementos es que debemos extraer la indicación para nuestra actividad práctica inmediata. Intensificar la actividad general del frente único y la organización de cada vez más comités de agitación para centralizarlos al menos a escala regional y provincial. En los comités, nuestras fracciones deben buscar ante todo obtener el máximo de representaciones de las diversas corrientes políticas de izquierda evitando sistemáticamente todo sectarismo de partido. Las cuestiones deben ser planteadas por nuestras fracciones objetivamente, como expresiones de los intereses de la clase obrera y de los campesinos.

Táctica con respecto al partido maximalista.

Necesidad de plantear más enérgicamente el problema meridional. Si nuestro partido en el Mediodía no se pone a trabajar seriamente, el Mediodía será la base más fuerte de la coalición de izquierda.

Táctica con respecto al Partido Sardo de Acción, en vista de su próximo congreso.

Para Italia meridional y para las islas, creación de los grupos regionales de trabajo en el resto de Italia.

## II

Por lo que respecta a la situación internacional creo que se encuentra especialmente dominada por la cuestión de la huelga general inglesa y por las consecuencias a extraer respecto a la misma. La huelga inglesa ha planteado dos problemas fundamentales para nuestro movimiento.

1] El problema de las perspectivas generales, o sea el problema de una valoración precisa de la fase actual que atraviesa el régimen capitalista. ¿Ha concluido el periodo de la llamada estabilización? ¿En qué punto nos encontramos con respecto a la capacidad de resistencia del régimen burgués? Es evidente que no sólo desde el punto de vista teórico y científico, sino también desde el punto de vista práctico e inmediato, es interesante y necesario verificar con exactitud cuál es el punto preciso de la crisis capitalista. Pero también es evidente que sería errónea cualquier orientación política sobre la base de una apreciación distinta del grado preciso de la crisis capitalista, si esta distinta apreciación no se refleja inmediatamente en directivas políticas y organizativas realmente diferentes. A mi juicio, el problema que debe plantearse es éste: en el campo internacional, esto significa prácticamente dos cosas: 1] en el campo de aquel grupo de Estados capitalistas que son el eje del sistema burgués; 2] en el campo de aquellos Estados que representan la periferia del mundo capitalista: ¿estamos nosotros por pasar de la fase de organización política de las fuerzas proletarias a la fase de organización de la revolución? O de otra manera, ¿estamos por pasar de la primera de las dos fases mencionadas a una fase intermedia, en la cual una forma determinada de organización técnica puede acelerar la organización política de las masas y por lo tanto acelerar el paso a la fase resolutiva de la conquista del poder? A mi parecer, estos problemas deben ser puestos a discusión, pero es evidente que su solución no es posible en un plano puramente teórico: su solución sólo es posible sobre la base de datos concretos relativos a la eficiencia real de las fuerzas revolucionarias tanto como de las fuerzas burguesas.

Algunas series de observaciones y de criterios deben establecerse en la base de este examen:

1] La observación de que en los países de capitalismo avanzado la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no poseía, por ejemplo, en Rusia. Esto significa que ni siquiera las gravísimas crisis económicas tienen repercusiones inmediatas en el campo político. La política está siempre retrasada, y notablemente retrasada, con respecto a la economía. El aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo puede suponerse y en los momentos de crisis logra organizar más fuerzas fieles al régimen de lo que permitiría suponer la profundidad de la crisis. Esto se refiere especialmente a los Estados capitalistas más importantes. En los Estados periféricos, como Italia, Polonia, España y Portugal, las fuerzas estatales son menos eficaces. Pero en estos países se produce un fenómeno

que debe ser tenido muy en cuenta. El fenómeno, a mi juicio, consiste en lo siguiente: en estos países, entre el proletariado y el capitalismo se extiende un amplío estrato de clases intermedias las cuales quieren, y en cierto sentido consiguen, llevar adelante una política propia con ideologías que frecuentemente influyen a vastos estratos del proletariado, pero que tienen un poder de sugestión especial sobre las masas campesinas. También Francia, no obstante que ocupa una posición eminente en el primer grupo de los Estados capitalistas, participa por algunas de sus características de la situación de los Estados periféricos.

Lo que me parece característico de la fase actual de la crisis capitalista consiste en el hecho de que, a diferencia de lo que sucedía en los años 1920, 1921 y 1922, hoy las formaciones políticas y militares de las clases medias tienen un carácter radical de izquierda, o al menos se presentan ante las masas como radicales de izquierda. La evolución de la situación italiana, dadas sus características peculiares, me parece que en cierto sentido puede servir de modelo para las diversas fases atravesadas por los otros países. En 1919 y 1920 las formaciones militares y políticas de las clases medias estaban representadas entre nosotros por el fascismo primitivo y por D'Annunzio. Es sabido que en aquellos años tanto el movimiento fascista como el movimiento dannunziano estaban dispuestos incluso a aliarse con las fuerzas proletarias revolucionarias para derribar el gobierno de Nitti, que aparecía como intermediario del capital norteamericano pata sojuzgar a Italia (Nitti fue en Europa el precursor de Dawes). La segunda fase del fascismo —1921 y 1922 — es claramente reaccionaria. Desde 1923 se inicia un proceso molecular por el cual los elementos más activos de las clases medias se trasladan desde el campo reaccionario fascista al campo de las oposiciones aventinianas. Este proceso se precipita en una cristalización que podía ser fatal al fascismo en el periodo de la crisis Matteotti. Por la debilidad de nuestro movimiento, debilidad que por otra parte también tenía un significado, el fenómeno es interrumpido por el fascismo, y las clases medías son empujadas a una nueva pulverización política. Hoy, el fenómeno molecular ha recomenzado a una escala muy superior a la del que se inició en 1923 y va acompañado por un fenómeno paralelo de agrupamiento de las fuerzas revolucionarias en torno a nuestro partido, lo cual asegura que una nueva crisis tipo Matteotti difícilmente podrá tener un nuevo 3 de enero. Estas fases atravesadas por Italia, en una forma que llamaría clásica y ejemplar, las volvemos a encontrar en casi todos los países que hemos llamado periféricos del capitalismo. La fase actual italiana, o sea un agrupamiento a la izquierda de las clases medias,

la encontramos en España, en Portugal, en Polonia, en los Balcanes. Sólo en dos países, Checoslovaquia y Francia, encontramos una continuidad en la permanencia del bloque de izquierda, hecho que a mi juicio debería ser particularmente estudiado. La conclusión de estas observaciones, que naturalmente deberán ser perfeccionadas y expuestas en forma sistemática, me parece que puede ser ésta; realmente estamos entrando en una fase nueva del desarrollo de la crisis capitalista. Esta fase se presenta en formas distintas en los países de la periferia capitalista y en los países de capitalismo avanzado. Entre estas dos series de Estados, Checoslovaquia y Francia representan los dos eslabones de unión. En los países periféricos se plantea el problema de la fase que he llamado intermedia entre la preparación política y la preparación técnica de la revolución. En los otros países, Francia y Checoslovaquia incluidas, creo que el problema es todavía el de la preparación política. Para todos los países capitalistas se plantea un problema fundamental, el del paso de la táctica del frente único, entendido en sentido general, a una táctica determinada, que se plantee los problemas concretos de la vida nacional y actúe sobre la base de las fuerzas populares tal como están determinadas históricamente.

Técnicamente se trata del problema de las consignas y también de las formas de organización. Si no tuviese cierto temor de oír gritar al ordinovismo, diría que, hoy, uno de los problemas más importantes que se presentan especialmente en los grandes países capitalistas es el de los consejos de fábrica y del control obrero, como base de una agrupación nueva de la clase proletaria que permita una mejor lucha contra la burocracia sindical y permita encuadrar las masas inmensas que están desorganizadas no sólo en Francia, sino también en Alemania y en Inglaterra. Respecto a Inglaterra me parece, de todos modos, que el problema del agrupamiento de las masas proletarias puede plantearse también en el mismo terreno sindical. Nuestro partido inglés debe tener un programa de reorganización democrática de las *trade unions*. Sólo en la medida en que los sindicatos locales ingleses se coordinen como nuestras Cámaras del Trabajo y den a las Cámaras del Trabajo poderes adecuados, será posible: 1] liberar a los obreros ingleses de la influencia de la burocracia sindical; 2] reducir la influencia ejercida en el Labour Party por el partido de MacDonald (ILP) que hoy funciona precisamente como fuerza centralizadora local en la pulverización sindical; 3] crear un terreno en el que sea posible a los elementos organizados por nuestro partido ejercer directamente una influencia sobre la masa obrera inglesa. Yo pienso que una reorganización en tal sentido de las *trade unions*, bajo el

impulso de nuestro partido, tendría el significado y la importancia de una auténtica germinación sovietista. Por otra parte, esto estaría en la línea de la tradición histórica de ¡a clase obrera inglesa, desde el cartismo hasta los comités de acción de 1919.

El segundo problema fundamental planteado por la huelga general inglesa es el del Comité anglo-ruso. Yo pienso que no obstante la indecisión, la debilidad y, si se quiere, la traición de la izquierda inglesa durante la huelga general, el Comité anglo-ruso debe ser mantenido porque es el mejor terreno para revolucionar no sólo al mundo sindical inglés, sino también a los sindicatos de Amsterdam. Solamente en un caso debería producirse una ruptura entre los comunistas y la izquierda inglesa: si Inglaterra estuviese en vísperas de la revolución proletaria y nuestro partido fuese tan fuerte como para poder conducir por sí solo la insurrección.

*Apostilla*. Éstas no han sido escritas sólo para preparar el trabajo del comité directivo. Están muy lejos de ser definitivas, sino que representan únicamente el esquema para una primera discusión.

## SUBVERSIVO[*]

El concepto puramente italiano de “subversivo” puede ser definido así; una posición negativa y no positiva de clase: el “pueblo” siente que tiene enemigos y los identifica sólo empíricamente en los conocidos como señores. En el concepto de “señor” hay mucho de la antigua aversión del campo por la ciudad, y el vestido es un elemento de distinción fundamental; existe también la aversión contra la burocracia, en la que se ve únicamente al Estado: el campesino, incluso el mediano propietario, odia al “funcionario”, no al Estado, al que no comprende, y para él éste es el “señor” aun cuando económicamente el campesino sea superior a él, de donde nace la aparente contradicción de que para el campesino a menudo el señor es un “muerto de hambre”. Este odio “genérico” es aún de tipo “semifeudal”, no moderno, y no puede ser presentado como documento de conciencia de clase; es apenas su primer vislumbre, es sólo la posición negativa y polémica elemental; no sólo no se tiene conciencia exacta de la propia personalidad histórica, sino que ni siquiera se tiene conciencia de la personalidad histórica y de los límites precisos del propio adversario. Las clases dominadas, estando históricamente a la defensiva, no pueden adquirir conciencia de sí más que por negación, a través de la conciencia de la personalidad y de los límites de clase del adversario: pero precisamente este proceso es aún crepuscular, al menos a escala nacional.

Otro elemento para comprender el concepto de “subversivo” es el del estrato conocido con la expresión típica de los “muertos de hambre”. Los “muertos de hambre” no son un estrato homogéneo, y es posible cometer graves errores en su identificación abstracta. En las aldeas y en los pequeños centros urbanos de ciertas regiones agrícolas existen dos estratos distintos de “muertos de hambre”: uno es el de los “jornaleros agrícolas”; el otro, el de los pequeños intelectuales. Estos jornaleros no tienen como su característica fundamental su situación económica, sino su condición intelectual-moral. El campesino típico de estas regiones es el pequeño propietario o el aparcero primitivo (que paga el alquiler con la mitad, el tercio o incluso los dos tercios de la cosecha según la fertilidad y la posición de la propiedad), que posee algunos instrumentos de trabajo, la yunta de bueyes y la casita que a menudo se ha construido él mismo en las jornadas no laborables, y que se ha procurado el capital necesario o con algunos años de emigración, o yendo a trabajar a las minas, o con algunos años de servicio en los carabineros,

etcétera, o sirviendo algunos años como criado de un gran propietario, esto es, “industriándose” y ahorrando. El “jornalero”, por el contrario, no ha sabido o no ha querido industriarse y no posee nada, es un “muerto de hambre”, porque el trabajo por días es escaso y no permanente.

El “muerto de hambre” pequeñoburgués tiene su origen en la burguesía rural: la propiedad se ha fragmentado en familias numerosas y termina por ser liquidada, pero los elementos de la clase no quieren trabajar manualmente; así se forma un estrato famélico de aspirantes a pequeños empleos municipales, de escribanos, de comisionados, etcétera. Este estrato es un elemento perturbador en la vida rural, siempre ávido de cambios (elecciones, etcétera) y produce el “subversivo” local, y como está bastante difundido^ posee cierta importancia; se alía especialmente a la burguesía rural contra los campesinos, organizando a su servicio Incluso a los “jornaleros muertos de hambre”. En todas las regiones existen estos estratos, que tienen ramificaciones también en las ciudades, en donde confluyen con la mala vida profesional y con la mala vida fluctuante. Muchos pequeños empleados de las ciudades derivan socialmente de estos estratos y de ellos conservan la psicología arrogante del noble arruinado, del propietario que se ve forzado a trabajar. El “subversivismo” de estos estratos llene dos caras: hacia la izquierda y hacia la derecha, pero su faz izquierda es una forma de resentimiento: siempre van hacia la derecha en los momentos decisivos y su “valor” desesperado prefiere tener siempre a los carabineros como aliados.

Otro elemento que hay que examinar es el llamado “internacionalismo” del pueblo italiano. Éste es el correlativo del concepto de “subversivismo”. En realidad se trata de un vago “cosmopolitismo” ligado a elementos históricos fácilmente precisables: al cosmopolitismo y universalismo medieval y caótico, que tenía su sede en Italia y que se ha conservado por falta de una “historia política y nacional” italiana. Escaso espíritu nacional y estatal en sentido moderno. En otro lugar señalé que, sin embargo, ha existido y existe un particular chovinismo italiano, más difundido de lo que parece. Ambas observaciones no son contradictorias: en Italia la unidad política, territorial, nacional, posee escasa tradición, (o quizá ninguna tradición, porque antes de 1870 Italia no fue nunca Un cuerpo unido e incluso el nombre Italia^ que en tiempos de los romanos indicaba la Italia meridional y central hasta la Magra y el Rubicón, en el medievo perdió terreno frente al nombre Longobardia (véase el estudio de C. Cipolla sobre el nombre Italia, publicado en las *Actas de la Academia de Turín*). Sin embargo, Italia tuvo y conservó una cultura tradicional que no se remonta a la antigüedad clásica, sino al periodo entre los

siglos XIV y XVII y que estuvo ligada a la edad clásica del Humanismo y del Renacimiento. Esta unidad cultural fue la base, aunque en verdad muy débil, del *Risorgimento* y de la unidad para centrar en torno a la burguesía los estratos más activos e inteligentes de la población, y sigue siendo aún el sustrato del nacionalismo popular. Por la falta en este sentimiento del elemento político-militar y político-económico, esto es, de los elementos que se hallan en la base de la psicología nacionalista francesa o alemana o norteamericana, sucede que muchos de los llamados “subversivos” e “internacionalistas” son “chovinistas” en este sentido, sin que crean hallarse en una contradicción. Lo que debe observarse para comprender la virulencia que en ocasiones asume este chovinismo cultural, es esto: que en Italia una mayor floración científica, artística, literaria, coincidió con el periodo de decadencia política, militar, estatal (siglos XVI-XVII; explicar este fenómeno: cultura áulica, cortesana, esto es, cuando la burguesía de las comunas estaba en decadencia, y la riqueza se había transformado de productiva en usuraria, con concentraciones de “lujo”, preludio de la completa decadencia económica). El concepto de revolucionario y de internacionalista, en el sentido moderno de la palabra, es correlativo al concepto preciso de Estado y de clase: escasa comprensión del Estado significa escasa conciencia de clase (la comprensión del Estado existe no sólo cuando se le defiende, sino también cuando se le ataca para derribarlo); en consecuencia, escasa eficiencia de los partidos, etcétera. Las bandas gitanescas, el nomadismo político no son hechos peligrosos, y tampoco eran peligrosos el subversivismo y el internacionalismo italianos. El “subversivismo” popular es correlativo al “subversivismo” de arriba, o sea que nunca haya existido un “dominio de la ley”, sino sólo una política de arbitrio y de camarilla personal o de grupo.

Todas estas observaciones, naturalmente, no pueden ser categóricas y absolutas: sirven para tratar de describir ciertos aspectos de una situación, para evaluar mejor la actividad desarrollada para modificarla (o la no actividad, esto es, la no comprensión de las tareas propias) y para dar mayor relieve a los grupos que surgían de esta situación por haberla comprendido y modificado en su ámbito.

## LA CUESTIÓN DEL ARDITISMO[*]

La relación que existió en 1917-18 entre las formaciones de *arditi* y el ejército en su conjunto puede llevar y ha llevado a los dirigentes políticos a

planteamientos erróneos de los planes de lucha. Se olvida: 1] que los *arditi* son simples formaciones tácticas y presuponen sin duda un ejército poco eficiente, pero no completamente inerte: porque si la disciplina y el espíritu militar se han debilitado hasta el punto de aconsejar una nueva disposición táctica, siguen existiendo aún en cierta medida a la que precisamente corresponde la nueva formación táctica; de otro modo tendríamos sin más la descomposición y la fuga; 2] que no se debe considerar el *arditismo* como un signo de la combatividad general de la masa militar, sino al contrario, como un signo de su pasividad y de su relativa desmoralización. Esto sea dicho manteniendo implícito el criterio general de que los parangones entre el arte militar y la política deben siempre establecerse *cum grano salis*, es decir sólo como estímulos al pensamiento y como términos simplificadores *ad absurdum*: de hecho en la milicia política falta la sanción penal implacable para quien yerra o no obedece exactamente, falta la corte marcial, además del hecho de que el alineamiento político no es ni siquiera de lejos comparable al alineamiento militar.

En la lucha política, además de la guerra de movimiento y de la guerra de asedio o de posición, existen otras formas. El verdadero *arditismo*, o sea el *arditismo* moderno, es propio de la guerra de posición, tal como se reveló en 1914-18. También la guerra de movimiento y la guerra de asedio de los periodos precedentes tenían sus ardid, en cierto sentido; la caballería ligera y pesada, los *bersaglieri*, etcétera, las armas rápidas en general tenían en parte una función de *arditi*; así también en el arte de organizar las patrullas estaba contenido el germen del *arditismo* moderno. En la guerra de asedio más que en la guerra de movimiento estaba contenido este germen: servicio de patrullas más extenso y especialmente el arte de organizar salidas súbitas y súbitos asaltos con elementos escogidos.

Otro elemento que debe tenerse presente es éste: que en la lucha política es preciso no imitar los métodos de lucha de las clases dominantes, para no caer en fáciles emboscadas. En las luchas actuales este fenómeno se produce a menudo: una organización estatal debilitada es como un ejército desfallecido; entran en escena los *arditi*, o sea las organizaciones armadas privadas, que tienen dos misiones: emplear la ilegalidad, mientras el Estado parece permanecer en la legalidad, como medio para reorganizar al mismo Estado. Creer que a la actividad privada ilegal puede oponerse otra actividad similar, o sea combatir el *arditismo* con el *arditismo* es una idea estúpida; quiere decir creer que el Estado permanece eternamente inerte, lo cual nunca sucede, aparte las otras condiciones diversas. El carácter de clase conduce a una

diferencia fundamental: una clase que debe trabajar cada día con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas, como una clase que posee amplias disponibilidades financieras y no está atada, en todos sus miembros, a un trabajo fijo. A cualquier hora del día o de la noche, estas organizaciones ya profesionales, pueden asestar golpes decisivos y atacar de improviso. La táctica de los ardid, por lo tanto, no puede tener para ciertas clases la misma importancia que para otras: para ciertas clases es necesaria, porque le es propia la guerra de movimiento y de maniobra que, en el caso de la lucha política, puede combinar un útil y quizá indispensable empleo de la táctica de *arditi*. Pero apegarse al modelo militar es de necios: la política debe ser también aquí, superior a la parte militar. Sólo la política crea la posibilidad de la maniobra y del movimiento.

De todo lo dicho resulta que en el fenómeno del *arditismo* militar, es preciso distinguir entre función técnica de arma especial "vinculada a la moderna guerra de posición y función político-militar: como función de arma especial el *arditismo* ha existido en todos los ejércitos de la guerra mundial; como función político-militar ha existido en los países políticamente no homogéneos y debilitados que, por lo tanto, tienen como expresión un ejército nacional poco combativo y un estado mayor burocratizado y fosilizado en la carrera.

## GIOLITTI Y CROCE[*]

En la conmemoración de Giolitti (muerto el 17 de julio de 1928) escrita para el *Journal, des Débats*, Maurice Pernot dice: “Él tomó como punto de partida una idea original y seguramente justa: en el momento en que se delineaban en Italia dos fuerzas nuevas, esto es, una burguesía emprendedora y una clase obrera organizada, era preciso sustituir los viejos gobiernos de partido por un gobierno de opinión pública y hacer participar a estas dos fuerzas en la vida política del país”. La afirmación no es exacta ni en general ni en algunos de sus detalles. ¿Qué quiere decir “sustituir los gobiernos de partido por un gobierno de opinión pública”? Significa sustituir el gobierno de “ciertos” partidos por el gobierno de “otros” partidos. En este caso concreto, en Italia, significaba destruir las viejas camarillas y conventículos particularistas, que vivían parasitariamente apoyados en la policía estatal que defendía sus privilegios y su parasitismo, y determinar una participación más amplia de “ciertas” masas en la vida estatal a través del Parlamento. Para Giolitti, quien representaba al norte y a la industria del norte, era preciso destruir la fuerza

restrictiva y asfixiante de los propietarios de tierras, para dar a la nueva burguesía mayor cabida en el Estado, e incluso elevarla a la dirección del Estado. Giolitti obtuvo esto con las leyes liberales sobre la libertad de asociación y de huelga, y debemos señalar cómo en sus *Memorias* insiste especialmente en la miseria de los campesinos y en la avaricia de los propietarios. Pero Giolitti no creó nada: "comprendió" que era necesario conceder a tiempo para evitar males peores y para controlar el desarrollo político del país, y lo logró. En realidad, Giolitti fue un gran conservador y un hábil reaccionario, que impidió la formación de una Italia democrática, consolidó la monarquía con todas BUS prerrogativas y ligó a la monarquía más estrechamente a la burguesía mediante el fortalecido poder ejecutivo que permitía poner al servicio de los industriales todas las fuerzas económicas del país. Fue Giolitti quien creó así la estructura contemporánea del Estado italiano; y todos sus sucesores no han hecho más que continuar su obra, acentuando este o aquel elemento subordinado.

Que Giolitti desacreditó el parlamentarismo es verdad, pero no precisamente en el sentido que sostienen muchos críticos; Giolitti fue un antiparlamentarista, y trató sistemáticamente de evitar que el gobierno se convirtiese de hecho y de derecho en una expresión de la asamblea nacional (que por otra parte en Italia era débil por la existencia del Senado tal como está organizado); así se explica que Giolitti fuese el hombre de las "crisis extraparlamentarias". Que el contraste entre el Parlamento como se pretendía que era y como era realmente, o sea poco menos que nada, haya desacreditado al parlamentarismo, era inevitable que sucediese; pero fue la lucha contra el parlamentarismo por parte de Giolitti, y no el ser él parlamentarista, lo que desacreditó al parlamentarismo. (Un gesto "parlamentarista" de Giolitti fue el discurso de Cuneo sobre el artículo 5 de la Constitución, pero se trató de una maniobra para desconcertar a los adversarios políticos: de hecho Giolitti no hizo nada al respecto cuando subió al poder).

Puede observarse, y será preciso documentarlo cronológicamente, cómo Giolitti y Croce, uno en el orden de la política actual, el otro en el orden de la política cultural e intelectual, cometieron los mismos y exactos errores. Ni uno ni otro comprendieron a dónde iba la corriente histórica, y prácticamente ayudaron a lo que hubieran querido evitar y trataron de combatir. En realidad, así como Giolitti no comprendió los cambios introducidos en el mecanismo de la vida política italiana por el ingreso de las grandes masas populares, igualmente Croce no comprendió, prácticamente, qué influencia cultural (en el sentido de modificar los cuadros directivos intelectuales) tendrían las

pasiones inmediatas de estas masas. Desde este punto de vista hay que considerar la colaboración de Croce en la *Política* de F. Coppola (también De Ruggiero colaboró en ella en el mismo período): ¿cómo fue que Croce, que había asumido una posición determinada con respecto a Coppola y C. en el periodo 1914-15 con los artículos de *Italia nostra* y de la *Critica* (y Coppola era muy especialmente el blanco de las notas de *Italia nostra* escritas, según creo, por De Lollis) pudo en 1919-20 dar a este grupo el apoyo de su colaboración, precisamente con artículos en los que el sistema liberal era criticado y limitado, etcétera.

## LA FÁBULA DEL CASTOR[*]

(El castor, perseguido por los cazadores que quieren arrancarle los testículos de los cuales se extraen sustancias medicinales, para salvar la vida, se arranca por sí mismo los testículos). ¿Por qué no ha habido defensa? Poco sentido de la dignidad humana y de la dignidad política de los partidos: pero estos elementos no son dones naturales, deficiencias propias de un pueblo en forma permanentemente característica. Son "hechos históricos" que se explican con la historia pasada y con las condiciones sociales presentes. *Contradicciones aparentes*: dominada una concepción fatalista y mecánica de la historia (Florencia, 1917, acusación de bcrgsonismo) y no obstante se producían actitudes de un voluntarismo formalista desvaído y trivial: por ejemplo, el proyecto de constituir en 1920 un consejo urbano en Bolonia únicamente con los elementos de la organización, esto es, crear una copia inútil, sustituir un organismo histórico arraigado en las masas, como la Cámara del Trabajo, con un organismo puramente abstracto y libresco. ¿Existía al menos el fin político de dar una hegemonía al elemento urbano, que con la constitución del consejo venía a tener un centro propio, dado que la Cámara del Trabajo era provincial? Esta intención faltaba absolutamente y, por otra parte, el proyecto no fue realizado.

El discurso de Treves sobre la "expiación": este discurso me parece fundamental para entender la confusión política y el diletantismo polémico de los líderes. Detrás de estos forcejeos está el miedo a las responsabilidades concretas, tras este miedo la nula unión con la clase representada, la nula comprensión de sus necesidades fundamentales, de sus aspiraciones, de sus energías latentes: partido paternalista, de pequeñoburgueses que se integran a la comitiva como moscas labradoras. ¿Por qué no defensa? La idea de la psicosis de guerra, y que un país civilizado no puede "permitir" que se

produzcan ciertas escenas salvajes. También estas generalidades eran disfraces de otros motivos más profundos (por otra parte, estaban en contradicción con la afirmación repetida siempre después de cada crimen: ¡siempre dijimos que la clase dominante es reaccionaria!), que siempre se centran en el rechazo de la clase, es decir en las “dos clases”: no se consigue comprender qué sucederá si la reacción triunfa, porque no se vive la locha real, sino únicamente la lucha como “principio libresco”. Otra contradicción en torno al voluntarismo: si se está contra el voluntarismo debería apreciarse la “espontaneidad”. Pero no: lo que era “espontáneo” era cosa inferior, indigna de consideración y ni siquiera digna de ser analizada. En realidad, lo “espontáneo” era la prueba más aplastante de la ineptitud del partido, porque demostraba la escisión entre los programas sonoros y los hechos miserables. Pero mientras, se producían los hechos “espontáneos” (1919-20), dañaban intereses, perjudicaban posiciones adquiridas, suscitaban odios terribles en gente pacífica, hacían salir de la pasividad a estratos sociales estancados en la podredumbre: creaban, precisamente por su espontaneidad y por el hecho de que eran desaprobados, el “pánico” genérico, el “gran tenor” que no podían dejar de concentrar a las fuerzas represivas en el despiadado intento de sofocarlos.

Un documento excepcional de este alejamiento entre representantes y representados lo constituye el llamado pacto de alianza entre confederación y partido,[1] que puede ser parangonado a un concordato entre el Estado y la Iglesia. El partido, que es en embrión una estructura estatal, no puede admitir ninguna división de sus poderes políticos, no puede admitir que una parte de los miembros se presenten como poseedores de igualdad de derechos, como aliados del “todo”, así como un Estado no puede admitir que una parte de sus súbditos, fuera de las leyes generales, hagan con el Estado al que pertenecen y a través de una potencia extranjera, un contrato especial de convivencia con el Estado mismo. La admisión de semejante situación implica la subordinación de hecho y de derecho del Estado y del partido a la llamada mayoría de los representantes: en realidad, a un grupo que se presenta como anti-Estado y antipartido y que termina por ejercer indirectamente el poder. En el caso del pacto de alianza resultaba claro que el poder no pertenecía al partido.

Al pacto de alianza correspondían los extraños vínculos entre partido y grupo parlamentario, también éstos de alianza y de paridad de derechos. Este sistema de relaciones hacía que el partido no existiese concretamente como organismo independiente, sino sólo como elemento constitutivo de un organismo más complejo que tenía todas las características de un partido del

trabajo, descentrado, sin voluntad unitaria, etcétera. Así pues, ¿deben los sindicatos subordinarse al partido? Sería erróneo plantear así la cuestión. La cuestión debe ser planteada así: cada miembro del partido, cualquiera que sea la posición o cargo que ocupe, sigue siendo siempre un miembro del partido y está subordinado a su dirección. No puede haber subordinación entre sindicato y partido: si el sindicato ha elegido espontáneamente como su dirigente a un miembro del partido, significa que el sindicato acepta libremente las directivas del partido y, por consiguiente, acepta libremente (e incluso desea) el control sobre sus funcionarios. Esta cuestión no fue planteada correctamente en 1919, por más que existiese un gran precedente instructivo, el de junio de 1914; porque en realidad no existía una política de fracciones, o sea una política del partido.

## CONCORDATOS Y TRATADOS INTERNACIONALES[*]

La capitulación del Estado moderno que se verifica por los concordatos se disfraza identificando verbalmente concordatos y tratados internacionales. Pero un concordato no es un tratado internacional común: en el concordato se realiza de hecho una interferencia de soberanía en un solo territorio estatal, porque todos los artículos de un concordato se refieren a los *ciudadanos de uno solo* de los Estados contratantes, sobre los cuales el poder soberano de un Estado extranjero justifica y reivindica determinados derechos y poderes de jurisdicción (aunque sea mía determinada jurisdicción especial). ¿Qué poderes ha adquirido el *Reich* sobre la Ciudad del Vaticano en virtud del reciente concordato? Y además la fundación de la Ciudad del Vaticano da una apariencia de legitimidad a la ficción jurídica de que el concordato es un tratado bilateral internacional común. Pero ya se estipulaban concordatos incluso antes de que existiese la Ciudad del Vaticano, lo que significa que el territorio no es esencial para la autoridad pontificia (al menos desde este punto de vista). Una apariencia, porque mientras el concordato limita la autoridad estatal de una de las partes contrayentes, en su propio territorio, e influye y determina su legislación y su administración, no se señala ninguna limitación para el territorio de la otra parte: si acaso existe alguna limitación para esta parte, ella se refiere a la actividad desarrollada en el territorio del primer Estado, bien sea por parte de los *ciudadanos* de la Ciudad del Vaticano, o bien de los ciudadanos del otro Estado que se hacen representar por la Ciudad del Vaticano. El concordato, pues, es el reconocimiento explícito de una doble soberanía en un mismo territorio estatal. Ciertamente,

no se trata ya de la misma forma de soberanía supranacional (*suzeraineté*), tal cual era formalmente reconocida al papa en el medievo, hasta las monarquías absolutas y en otra forma incluso después, hasta 1848; pero sí es una derivación necesaria de compromiso.

Por otra parte, incluso en los periodos más espléndidos del papado y de su poder supranacional, las cosas no siempre marcharon sobre ruedas: la supremacía papal, aunque reconocida jurídicamente, de hecho era frecuentemente rechazada en forma muy violenta y, en la hipótesis más optimista, se reducía a los privilegios políticos, económicos y fiscales del episcopado de cada país.

Los concordatos afectan de manera esencial el carácter de autonomía de la soberanía del Estado moderno. ¿Obtiene el Estado una contrapartida? Ciertamente, pero la obtiene en su mismo territorio por lo que respecta a sus propios ciudadanos. El Estado obtiene (y en este caso sería mejor decir el gobierno) que la iglesia no obstruya el ejercicio del poder, sino que lo favorezca y lo sostenga, igual como una muleta sostiene a un inválido. La Iglesia se compromete con una determinada forma de gobierno (que es determinada desde el exterior, como lo prueba el mismo concordato) a promover aquel consenso de una parte de los gobernados que el Estado reconoce explícitamente no poder obtener con sus propios medios: he aquí en qué consiste la capitulación del Estado, porque de hecho acepta la tutela de una soberanía exterior cuya superioridad reconoce prácticamente. La misma palabra “concordato” es sintomática…

Los artículos publicados en los *Nuovi studi* sobre el concordato son de los más interesantes y se prestan más fácilmente a la refutación. (Recordar el “tratado” padecido por la república democrática georgiana tras la derrota del general Denikin).

Pero también en el mundo moderno, ¿qué significa prácticamente la situación creada en un Estado por las estipulaciones concordatarias? Significa el reconocimiento público a una casta de ciudadanos del mismo Estado de determinados privilegios políticos. La forma no es ya la medieval, pero la sustancia es la misma. En el desarrollo de la historia moderna, aquella casta vio atacado y destruido un monopolio de función social que explicaba y justificaba su existencia, el monopolio de la cultura y de la educación. El concordato reconoce nuevamente este monopolio, aunque atenuado y controlado, porque asegura a la casta posiciones y condiciones preliminares que con sus solas fuerzas, con la adhesión intrínseca de su concepción del mundo a la realidad práctica, no podría tener ni conservar.

Así se entiende la lucha sorda y sórdida de los Intelectuales laicos y laicistas contra los intelectuales de casta, para salvar su autonomía y su función, Pero es innegable su intrínseca capitulación y su alejamiento del Estado. El carácter ético de un Estado concreto, de un Estado determinado, es definido por su legislación en los hechos y no por las polémicas de los francotiradores de la cultura. Si éstos afirman: “El Estado somos nosotros”, sólo afirman que el llamado Estado unitario es sólo “así llamado”, porque de hecho existe en su seno una escisión muy grave, tanto más grave por cuanto es afirmada implícitamente por los mismos legisladores y gobernantes, los cuales, de hecho, dicen que el Estado es a un mismo tiempo dos cosas: el de las leyes escritas y aplicadas y el de las conciencias que no reconocen íntimamente aquellas leyes como eficaces y tratan sórdidamente de despojarlas (o al menos limitarlas en su aplicación) de contenido ético. Se trata de un maquiavelismo de pequeños politicastros; los filósofos del idealismo actual, especialmente de la sección de papagayos amaestrados de los *Nuovi studi*, pueden considerarse las víctimas más ilustres del maquiavelismo. Es útil estudiar la *división del trabajo* que se busca establecer entre la casta y los intelectuales laicos: a la primera se le deja la formación intelectual y moral de los más jóvenes (escuelas elementales y medias), a los otros el desarrollo posterior de los jóvenes en la universidad. Pero la escuela universitaria no está sometida al mismo régimen de monopolio al que en cambio está sometida la escuela elemental y media. Existe la universidad del Sagrado Corazón y podrán organizarse otras universidades católicas equiparadas en todo a las universidades estatales. Las consecuencias son obvias: la escuela elemental y media es la escuela popular y de la pequeña burguesía, estratos sociales que son monopolizados educativamente por la casta, puesto que la mayoría de sus elementos no llegan a la universidad, no conocerán la educación moderna en su fase superior crítico-histórica, sino que sólo conocerán la educación dogmática.

La universidad es la escuela de la clase (y del personal) dirigente, es el mecanismo a través del cual se produce la selección de los individuos de las otras clases para incorporarlos al personal gubernativo, administrativo, dirigente, Pero con la existencia y paridad de condiciones de las universidades católicas tampoco la formación de este personal será ya unitaria y homogénea. No sólo esto: sino que la casta, en sus universidades propias, realizará una concentración de cultura laico-religiosa, tal como desde hace muchas décadas no se veía ya, y de hecho se encontrará en condiciones mucho mejores que la concentración laico-estatal. En realidad, ni

remotamente es comparable la eficiencia de la Iglesia, que actúa como un solo bloque en apoyo de su universidad, con la eficacia organizativa de la cultura laica. Si el Estado (incluso en el sentido más amplio de sociedad civil) no se manifiesta en una organización cultural según un plan centralizado y ni siquiera puede hacerlo, porque su legislación en materia religiosa es la que es, y su ambigüedad no puede dejar de ser favorable a la Iglesia, dada la estructura masiva de ésta y el peso relativo y absoluto que representa esta estructura homogénea, y si los títulos de los dos tipos de universidad son equiparados, es evidente que se formará la tendencia a que las universidades católicas sean el mecanismo selectivo de los elementos más inteligentes y capaces de las clases inferiores a los que incluir entre el personal dirigente.

Favorecerán esta tendencia: el hecho de que no hay discontinuidad educativa entre las escuelas medias y la universidad católica, mientras que esa discontinuidad existe para las universidades laico-estatales; el hecho de que la Iglesia, en toda su estructura, está ya equipada para esta tarea de elaboración y selección desde abajo. La Iglesia, desde este punto de vista, es un organismo perfectamente democrático (en sentido paternalista): el hijo de un campesino o de un artesano, si es inteligente y capaz, y si es lo bastante dúctil para dejarse asimilar por la estructura eclesiástica y para sentir su particular espíritu de cuerpo y de conservación y la validez de los intereses presentes y futuros, puede, teóricamente, llegar a cardenal y a papa. Si en la alta jerarquía eclesiástica el origen democrático es menos frecuente de lo que podría ser, esto se debe a razones complejas, en las que sólo parcialmente incide la presión de las grandes familias aristocráticas católicas o la razón de Estado (internacional); una razón muy fuerte es ésta: que muchos seminarios están muy mal equipados y no pueden educar cumplidamente al muchacho inteligente del pueblo, mientras que el joven aristócrata recibe de su mismo ambiente familiar, y sin esfuerzo de aprendizaje, una serie de actitudes y de cualidades que son de primer orden para la carrera eclesiástica: la tranquila seguridad de la dignidad y autoridad propias, y el arte de tratar y gobernar a los demás.

Una causa de debilidad de la Iglesia en el pasado consistía en esto: que la religión daba pocas posibilidades de carrera fuera de la carrera eclesiástica, el mismo clero se veía deteriorado cualitativamente por las “escasas vocaciones”, o por las vocaciones solamente de parte de elementos intelectualmente subalternos. Esta crisis era ya muy visible antes de la guerra; era un aspecto de la crisis general de las carreras a renta fija con pasos lentos y pesados, o sea de la inquietud social del estrato intelectual subalterno

(maestros, educadores medios, curas, etcétera) en el cual operaba la competencia de las profesiones vinculadas al desarrollo de la industria y de la organización privada capitalista en general (periodismo, por ejemplo, que absorbe a muchos maestros, etcétera). Había comenzado ya la invasión de las escuelas de magisterio y de las universidades por parte de las mujeres y, con ellas, de los curas, a los cuales la Curia (después de las leyes Credaro) no podía prohibir que se procurasen un título público que les permitiera aspirar incluso a empleos del Estado y aumentar así las "finanzas" individuales. Muchos de estos curas, apenas obtenido el título público, abandonaron la Iglesia (durante la guerra, por la movilización y el contacto con ambientes de vida menos sofocantes y estrechos que los aclesiásticos, este fenómeno adquirió cierta amplitud).

La organización eclesiástica sufría, pues, una crisis constitucional que podía ser fatal a su potencia, sí el Estado hubiese mantenido íntegra su posición de laicismo, aun sin necesidad de la lucha activa. En la lucha entre las formas de vida, la Iglesia estaba a punto de perecer automáticamente, por agotamiento propio. El Estado salvó a la Iglesia.

Las condiciones económicas del clero fueron mejoradas repetidas veces, mientras el tenor de vida general, pero especialmente el de las capas medias, empeoraba. El mejoramiento ha sido tal que las "vocaciones" se han multiplicado maravillosamente, impresionando al mismo pontífice, quien las explicaba precisamente con la nueva situación económica. La base de la selección de los idóneos al clero ha sido, por consiguiente, ampliada, permitiendo mayor rigor y mayores exigencias culturales. Pero la carrera eclesiástica, si bien es el fundamento más sólido de la potencia vaticana, no agota sus posibilidades. La nueva estructura escolástica permite la introducción en el personal dirigente laico de células católicas que se irán fortaleciendo cada vez más, de elementos que deberán su posición únicamente a la Iglesia. Hay que pensar que la infiltración clerical en el cuerpo del Estado deberá aumentar progresivamente, porque en el arte de seleccionar los individuos y de tenerlos permanentemente atados a sí la Iglesia es casi insuperable. Controlando los liceos y las otras escuelas medias, a través de sus representantes, la Iglesia seguirá, con la tenacidad que la caracteriza, a los jóvenes más valiosos de las clases pobres, y los ayudará a proseguir los estudios en las universidades católicas. Bolsas de estudio, subsidiadas por colegios o institutos, organizados con la máxima economía, junio a las universidades, permitirán esta acción.

La Iglesia, en su fase actual, con el impulso dado por el actual pontífice a la Acción Católica, no puede conformarse nada más con crear curas: quiere permear el Estado (recordar la teoría del gobierno indirecto elaborada por Bellarmino) y para esto son necesarios los laicos, es necesaria una concentración de cultura católica representada por laicos. Muchas personalidades pueden convertirse en auxiliares de la Iglesia más valiosos como profesores de universidad, como altos funcionarios de la administración, etcétera, que como cardenales u obispos.

Ampliada la base de selección de las "vocaciones", semejante actividad laico-cultural tiene grandes posibilidades de extenderse. La universidad del Sagrado Corazón y el centro neoescolástico son sólo las primeras células de esta labor. También ha sido sintomático el congreso filosófico de 1929: ahí se encontraron idealistas actuales y neoescolásticos y éstos participaron en el congreso animados por un batallador espíritu de conquista. Después del concordato, el grupo neoescolástico quería especialmente parecer batallador, seguro de sí, para interesar a los jóvenes. Hay que tomar en cuenta que una de las fuerzas de los católicos consiste en que se ríen de las "refutaciones perentorias" de sus adversarios no católicos: como si no pasara nada, vuelven a adoptar imperturbables la tesis refutada. El "desinterés" intelectual, la lealtad y honestidad científica, o no las comprenden o las comprenden como debilidad y bobería de los otros. Cuentan con la fuerza de su organización mundial que se impone como si fuese una prueba de verdad, y con el hecho de que la gran mayoría de la población no es todavía "moderna", es aún "ptolomeica" como concepción del mundo y de la ciencia.

Si el Estado renuncia a ser centro activo y permanentemente activo de una cultura propia, autónoma, la Iglesia no puede más que triunfar sustancialmente. Pero el Estado no sólo no interviene como centro autónomo, sino que destruye a cualquier opositor de la Iglesia que tenga la capacidad de limitar su dominio espiritual sobre las multitudes. Puede preverse que las consecuencias de tal situación de hecho, permaneciendo invariable el cuadro general de las circunstancias, pueden ser de la máxima importancia.

La Iglesia es un Shylock aún más implacable que el Shylock shakespeariano: ella querrá su libra de carne, aun a costa de desangrar a su víctima, y cambiando de continuo y tenazmente sus métodos, tenderá a alcanzar su programa máximo. Según la expresión de Disraeli: "Los cristianos son los hebreos más inteligentes, que han comprendido lo que había que hacer para conquistar el mundo".

La Iglesia no puede ser reducida a su fuerza “normal” con la refutación en el terreno filosófico de sus postulados teóricos y con las afirmaciones platónicas de una autonomía estatal (que no sea militante): sino sólo con la acción práctica cotidiana, con la exaltación de las fuerzas humanas creadoras en toda el área social.

Un aspecto de la cuestión que es preciso evaluar correctamente es el de las posibilidades financieras del Centro Vaticano. La organización cada vez más desarrollada del catolicismo en Estados Unidos da la posibilidad de recolectar fondos muy considerables, además de las rentas normales ya aseguradas (pero que desde 1937 disminuirán en 15 millones al año por la conversión de la deuda pública del 5% al 3.5%) y del óbolo de San Pedro. ¿Podrían surgir cuestiones internacionales a propósito de la intervención de la Iglesia en los asuntos internos de los diferentes países, con el Estado que subsidia permanentemente a la Iglesia? La cuestión es elegante, como se dice. La cuestión financiera nace muy interesante el problema de la llamada indisolubilidad entre tratado y concordato proclamada por el pontífice. Admitiendo que el papa se encontrase en la necesidad de recurrir a este medio político de presión sobre el Estado, ¿no se plantearía de inmediato el problema de la restitución de las sumas percibidas (que están vinculadas precisamente al tratado y no al concordato)? Pero éstas son tan ingentes, y es de suponer que habrán sido gastadas en gran parte en los primeros años, que su restitución puede considerarse prácticamente imposible. Ningún Estado podría hacer un préstamo tan grande al pontífice para sacarlo de apuros, y mucho menos un particular o una banca. La denuncia del tratado desencadenaría tal crisis en la organización práctica de la Iglesia, que la solvencia de ésta, aunque fuese a largo plazo, quedaría aniquilada. La convención financiera anexa al tratado debe ser considerada, por lo tanto, como la parte esencial del tratado mismo, como garantía de una casi total imposibilidad de denuncia del tratado, planteada por razones polémicas y de presión política.

Fragmento de una carta de León XIII a Francisco José:[1] “Y no callaremos, que en medio de tantos obstáculos nos falta incluso la manera de subvenir *personalmente* a las incesantes y múltiples exigencias materiales, inherentes al gobierno de la Iglesia. Cierto es que acuden a socorrernos las ofertas espontáneas de la caridad; pero tenemos siempre presente *con dolor el pensamiento de que ellas constituyen un agravio* a nuestros hijos, y por otra parte, no se debe pretender que la caridad pública sea inagotable”. *“Personalmente”* significa “recaudación mediante impuestos” de los

ciudadanos de un Estado pontificio, por cuyos sacrificios no se experimenta dolor, según parece; se encuentra natural que las poblaciones italianas paguen los gastos de la Iglesia universal.

En el conflicto entre Bismarck y la Santa Sede pueden descubrirse los orígenes de una serie de cuestiones que podrían plantearse por el hecho de que el Vaticano tiene su sede en Italia y mantiene determinadas relaciones con el Estado italiano. Bismarck "hizo lanzar por sus juristas —escribe Salata, *op. cit.*, p. 271— la teoría de la responsabilidad del Estado italiano por los actos políticos del papa, al que Italia había colocado en tal condición de invulnerabilidad e irresponsabilidad por daños y ofensas causados por el pontífice a otros Estados".

## UGO OJETTI Y LOS JESUITAS[*]

La *Lettera al rev. padre Enrico Rosa de U. Ojetti*[1] ha sido publicada en el *Pegaso* de marzo de 1929 y reproducida en la *Civiltà cattolica* del 6 de abril siguiente, con la larga apostilla del mismo padre Rosa.

La carta de Ojetti es refinadamente jesuítica. Comienza así: "Reverendo padre, ha sido tanta desde el 11 de febrero la muchedumbre de los convertidos a un catolicismo de conveniencia y de moda que Usted permitirá a un romano, de familia, como se decía en otros tiempos papista, bautizado en Santa Maria in Via y educado en la religión precisamente en San Ignacio de Roma y por sus jesuitas, que converse media hora con Usted, o sea reposar de la gran batahola considerando a un hombre como Usted, íntegro y juicioso, que era ayer lo mismo que es hoy y lo que será mañana". Más adelante, recordando a sus primeros maestros jesuitas: "Y eran tiempos difíciles pues, decir jesuita era como decir poder fraudulento o tenebrosa iniquidad, mientras que allá dentro, en el último piso del Colegio romano, bajo los tejados [donde se hallaba la escuela de religión jesuita donde fue educado Ojetti], todo era orden, confianza, jovial benevolencia e, incluso en política, tolerancia y jamás una palabra contra Italia, y nunca, como desgraciadamente sucedía en las escuelas del Estado, el sumiso respeto a la supremacía verdadera o imaginada de esta o aquella cultura extranjera sobre nuestra cultura". Más adelante recuerda ser "viejo abonado" a la *Civiltà cattolica* y "fiel lector de los artículos que Usted publica en ella" y por esto "yo escritor me dirijo a usted escritor, y le declaro mi caso de conciencia".

No falta nada: la familia papista, el bautismo en la iglesia jesuita, la educación jesuítica, el idilio cultural de estas escuelas, los jesuitas únicos o

casi únicos representantes de la cultura nacional, la lectura de la *Civiltà cattolica*, el padre Rosa como viejo guía espiritual de Ojetti, el recurso de Ojetti, hoy, a su guía para un caso de conciencia. Así pues, Ojetti no es un católico de hoy, no es un católico del 11 de febrero, por conveniencia o por moda; él es un jesuita tradicional, su vida es un "ejemplo" que citar en los sermones, etcétera, Ojetti no ha sido nunca *made in Paris*, no ha sido nunca un *dilettante* del escepticismo y del agnosticismo, nunca ha sido volteriano, nunca ha considerado al catolicismo todo lo más como un simple contenido sentimental de las artes figurativas. Por esto el 11 de febrero lo ha encontrado preparado para acoger la Conciliación con "jovial benevolencia"; él no piensa siquiera (¡Dios nos libre!) que pueda tratarse de un *instrumentum regni*, porque él mismo ha sentido "qué fuerza es en el ánimo de los adolescentes el fervor religioso, y cómo, una vez encendido, lleva su calor a todos los demás sentimientos, desde el amor a la patria y a la familia hasta la dedicación para con los jefes, dando a la formación mora] del carácter, además, un premio y una sanción divina". ¿No es esto, en compendio, la biografía o, mejor aún, la autobiografía de Ojetti?

Pero, sin embargo: "¿Y la poesía? ¿Y el arte? ¿Y el juicio crítico? Volveréis todos a obedecer a los jesuitas?", le pregunta a Ojetti un duendecillo, en la persona de "un poeta francés, que es verdaderamente un poeta". Ojetti no por nada ha estado en la escuela de los jesuitas; para estas preguntas ha encontrado una solución exquisitamente jesuítica, salvo en un aspecto: en el de haberla divulgado y sacado a la luz. Ojetti debería mejorar aún más su "formación moral del carácter" con sanción y premio divino; éstas son cosas que se hacen y no se dicen. Veamos pues la solución de Ojetti: "[…] la Iglesia, firme en sus dogmas, sabe ser indulgente con la época y bien lo demostró en el Renacimiento [pero después del Renacimiento vino la Contrarreforma, de la que los jesuitas son campeones y representantes], y Pío XI, humanista, sabe cuánto aire necesita la poesía para respirar, y que ya, desde hace muchos años, sin aguardar a la Conciliación, también en Italia la cultura laica y la religiosa colaboran cordialmente en la ciencia y en la historia". "Conciliación no es confusión. El popado condenará, como es su derecho; el gobierno de Italia permitirá, como es su deber. Y Usted, si lo cree oportuno, explicará en la *Civiltà cattolica*, los motivos de la condena y defenderá las razones de la fe, y nosotros aquí, sin ira, defenderemos las razones del arte, si es que estamos convencidos, porque podrá darse, como a menudo sucedió desde Dante a Manzoni, desde Rafael a Canova, que también a nosotros la fe y la belleza nos parezcan dos lados del mismo rostro, dos

rayos de la misma luz. Y a veces será grato discutir educadamente. Baudelaire, por ejemplo, ¿es o no es un poeta católico?” “El hecho es que hoy el conflicto práctico e histórico está resuelto. Pero en el otro [”entre absoluto y relativo, entre espíritu y cuerpo", “eterno contraste que está en la conciencia de cada uno de nosotros”, dice Ojetti, cosa por la cual B. Croce y G. Gentile, no católicos, “estuvieron contra el modernismo (?), satisfechos (?) de verlo derrotado porque (?) habría sido una mala (?) Conciliación, un equívoco fraudulento hecho doctrina sacra”] que es íntimo y eterno [¿y si es eterno cómo puede ser conciliado?], no lo es, no puede serlo, y la ayuda que a cada uno puede dar y da cotidianamente la religión para resolverlo, a nosotros los católicos [¿cómo es posible ser católicos con el “contraste eterno”? ¡Todo lo más es posible ser jesuitas!] la religión lo daba incluso desde antes. Debilidad nuestra si no hemos logrado con aquella ayuda resolverlo de una vez por todas (!?); pero Usted sabe que precisamente del continuo resurgir, renovarse y reavivarse de aquel eterno conflicto brotan y centellean la poesía y el arte".

Documento verdaderamente pasmoso de jesuitismo y de bajeza moral. Ojetti puede crear una nueva secta superjesuita: ¡un modernismo estetizante jesuítico!

La respuesta del padre Rosa es menos interesante porque es jesuíticamente más anodina, Rosa se guarda bien de escudriñar detalladamente el catolicismo de Ojetti y el de los neoconversos. Demasiado pronto: está bien que Ojetti y C. se digan católicos y se restrieguen contra los jesuitas, sin duda a ellos no se les exigirá más. Dice bien el padre Rosa: “Conveniencia y moda sin embargo, digámoslo entre nosotros en confianza y de pasada, que seguramente es un mal menor y por lo tanto un cierto bien, respecto a aquella conveniencia y moda anterior, de fútil antielericalismo y de grosero materialismo, por los que muchos o interesados o tímidos se mantenían alejados de la profesión de la fe que, no obstante, guardaban en el fondo de sus almas naturalmente cristianas”.

## CURZIO MALAPARTE[*]

Su verdadero nombre es Kurt Erch Suckert, italianizado en 1924 como Malaparte, por un equívoco con Bonaparte.[1]

En la primera posguerra ostentó el nombre extranjero. Perteneció a la organización de Guglielmo Lucidi, que se asemejaba al grupo francés de *Clarté* de Henri Barbusse y al grupo inglés del *Control democrático;* en la colección de la revista de Lucidi titulada *Rassegna* (o *Rivista*) *internazionale*

publicó un libro de guerra, *La rivolta dei santi maledetti*, una exaltación del presunto comportamiento derrotista de los soldados italianos en Caporetto, brescianamente[**] corregida en sentido contrario en la edición sucesiva y luego retirada de la circulación.

El carácter predominante de Suckert es un desenfrenado arribismo, una desmesurada vanidad y un snobismo camaleonesco; para tener éxito Suckert era capaz de cualquier perfidia. Sus libros sobre la *Italia bárbara* y su exaltación de la Contrarreforma: nada menos serio y superficial que esas obras.

A propósito de la exhibición del nombre extranjero (que hasta cierto punto era contradictorio con las alusiones a un racismo y popularismo de pacotilla y fue por ello sustituido por el seudónimo, en el que Kurt [Conrado] fue latinizado como Curzio) hay que señalar una comente bastante difundida entre ciertos intelectuales italianos del tipo "moralistas" o moralizadores: éstos se inclinaban a pensar que en el extranjero eran más honestos, más capaces, más inteligentes que en Italia. Esta "extranjeromanía" adoptaba formas tediosas y a veces repugnantes en tipos invertebrados como Graziadei, pero estaba más difundida de lo que se cree y daba lugar a poses esnobistas nauseabundas; recordemos el breve coloquio con Giuseppe Prezzolini en Roma en 1924 y su desconsolada exclamación: "¡Hubiera debido proporcionar a tiempo a mis hijos la nacionalidad inglesa!" o cosa parecida. Tal estado de ánimo no parece haber sido sólo característico de algunos grupos intelectuales italianos, sino que en ciertas épocas de envilecimiento moral se ha producido también en otros países. De cualquier forma, es un síntoma importante de ausencia de espíritu nacional-popular, además que de estupidez. Se confunde a todo un pueblo con algunos estratos corruptos del mismo, especialmente de la pequeña burguesía (y además en realidad estos señores, ellos mismos, pertenecen esencialmente a esos estratos) que en los países esencialmente agrícolas, civilmente atrasados y pobres, está muy difundida y puede parangonarse al *Lumpenproletariat* de las ciudades industriales; la "camorra" y la "mafia" no son sino formas similares de la mala vida, que vive parasitariamente de los grandes propietarios y del campesinado. Los moralizadores caen en el pesimismo más necio, porque sus prédicas pierden el tiempo que encuentran; los tipos como Prezzolini, en vez de concluir en su propia ineptitud orgánica, encuentran más cómodo llegar a la conclusión de la inferioridad de todo un pueblo, por lo que no queda más que acomodarse: "¡Viva Francia, viva España, con tal que se coma!" Estos hombres, aunque a veces muestran un nacionalismo de los más exagerados,

deberían ser fichados por la policía como elementos capaces de actuar como espías contra su propio país.

Véase en la *Italia letteraria* del 3 de enero de 1932 el artículo de Malaparte: “Analisi cinica dell’Europa”. En los últimos días de 1931, en los locales de la *École de la paix* en París, el ex-presidente Herriot pronunció un discurso acerca de los mejores medios para organizar la paz europea. Después de Herriot habló Malaparte, contradiciéndole. “Puesto que también usted en ciertos aspectos [sic] es un revolucionario —dije entre otras cosas a Herriot— [escribe Malaparte en su artículo], creo que está usted en condiciones de comprender que el problema de la paz debería ser considerado no sólo desde el punto de vista del pacifismo académico, sino también desde el punto de vista revolucionario. Solamente el espíritu patriótico y el espíritu revolucionario (si es auténtico, como es auténtico, por ejemplo, en el fascismo, que lo uno no excluye lo otro) puede sugerir los medios para asegurar la paz europea. ‘Yo no soy un revolucionario —me contestó Herriot — soy simplemente un cartesiano. Pero usted, querido Malaparte, no es más que un patriota’”.

Así pues, para Malaparte, incluso Herriot es un revolucionario, al menos en ciertos aspectos, y entonces resulta aún más difícil comprender qué significa “revolucionario”, para Malaparte y en general. Si en el lenguaje común de ciertos grupos políticos “revolucionario” va asumiendo cada vez más el significado de “activista”, de intervencionista, de voluntarista, de “dinámico”, es difícil decir cómo Herriot pueda ser calificado así y por eso Herriot respondió ingeniosamente que es un “cartesiano”. Para Malaparte parece ser que “revolucionario” se ha convertido en un cumplido, como en otras épocas lo eran “gentilhombre” o “hidalgo” u "hombre de bien etcétera. También esto es brescianismo: después de 1848 los jesuitas se llamaban a sí mismos “verdaderos liberales” y a los liberales, libertinos y demagogos.

Véase el artículo de Curzio Malaparte, “Una specie di accademia”, en la *Fiera letteraria* del 3 de junio de 1928: el *Lavoro d’Italia* habría pagado 150 000 liras por la novela *Lo zar non è morto,* escrita en cooperación por el grupo de los *Diez*. “Por la ‘novela de los Diez’ los afiliados de la confederación, en su inmensa mayoría obreros, han tenido que desembolsar 150 000 liras. ¿Por qué? Por la sorprendente razón de que los autores son diez y que entre los Diez figuran además de los nombres del presidente y del secretario general de la ‘unión’ los del secretario nacional y de dos miembros del directorio del sindicato de autores y escritores… ¡Qué fortuna el sindicalismo intelectual de Giacomo di Giacomo!”. Y Malaparte añade aún:

"*Si aquellos dirigentes*, a los que se refiere nuestro discurso, *fuesen fascistas*, no importa si de vieja o de nueva cepa, habríamos seguido *otro camino* para denunciar los despilfarros y la extorsión: nos habríamos dirigido al secretario del PNF. Pero tratándose de personajes sin credencial, políticamente poco limpios y mal comprometidos algunos, y otros introducidos en los sindicatos a la hora de la comida, hemos preferido aclarar las cosas *sin escándalo* [!], con estas cuatro palabras dichas en público". Este fragmento no tiene precio.

En el artículo hay, además, un enérgico ataque contra Bodrero, entonces subsecretario de instrucción pública, y contra el ministro Fedele. En la *Fiera letteraria*, del 17 de junio, Malaparte publica un segundo artículo, "Coda di un'accademia", en el que vuelve a emprenderla socarronamente contra Bodrero y Fedele. (Fedele había mandado una carta sobre la cuestión Salgari, que fue el "plato fuerte" del sindicato de escritores y que hizo reír a medio mundo).

## GIOVANNI CENA[*]

La figura de Cena debe ser estudiada desde dos puntos de vista: como escritor y poeta "popular" (confrontar Ada Negri) y como hombre activo en la tarea de crear instituciones para la educación de los campesinos (escuelas del Agio romano y de las *Paludi pontine*, fundadas con Angelo y Anna Celli). Cena nació en Montanaro Canavese el 12 de enero de 1870, murió en Roma el 7 de diciembre de 1917. En 1900-1901 fue corresponsal de la *Nuova antologia* en París y Londres. Desde 1902 fue jefe de redacción de la revista hasta su muerte. Discípulo de Arturo Graf. En los *Candidati all'immortalità* de Giulio De Frenzi aparece publicada una carta autobiográfica de Cena.

Sobre Cena es muy interesante el artículo de Arrigo Cajumi, "Lo strano caso de Giovanni Cena" (*Italia letteraria*, 24 de noviembre de 1929).

Del artículo sobre Cena reproduzco algunos fragmentos: "Nacido en 1870, muerto en 1917, Giovanni Cena se nos presenta como una figura representativa del movimiento intelectual que la parte mejor de nuestra burguesía realizó a remolque de las nuevas ideas que venían de Francia y de Rusia; con una aportación personal más amarga y enérgica, causada por su origen proletario [¿o campesino?] y por los años de miseria. Autodidacta escapado por milagro al embrutecimiento del trabajo paterno y de la aldea natal, Cena entró inconscientemente en la corriente que en Francia, continuando una tradición [!] derivada [!] de Proudhon, poco a poco [!] a

través de Valles y los comuneros hasta los *Quatre évangiles* zolianos, el caso Dreyfus, las universidades populares de Daniel Halevy y que hoy continúa en Guéhenno [(!) más bien en Pierre Dominique y otros], fue definida como la marcha hacia el pueblo [Cajumi transporta al pasado una consigna actúa], de los populistas: en el pasado, entre pueblo y escritores no hubo nunca escisión en Francia después de la revolución francesa y hasta Zola: la reacción simbolista cavó una fosa cutre pueblo y escritores, entre escritores y vida y Anatole France es el tipo más logrado de escritor libresco y de casta]. El nuestro [Cena] venía del pueblo: de ahí la originalidad [!] de su posición, pero el ambiente de la lucha era el mismo de siempre, aquel donde se afirmó el socialismo de un Prampolini. Era la segunda generación pequeñoburguesa después de la unidad italiana (de la primera ha escrito magistralmente su crónica-historia Augusto Monti en los *Sanssoussi*), ajena a la política de las clases conservadoras dominantes, en literatura más vinculada a De Amicis, a Stecchetti que a Carducci, alejada de D'Annunzio, y que preferirá formarse en Tolstoi, considerado más como pensador que como artista, descubrirá a Wagner, creerá vagamente en los simbolistas, en la poesía social [¿simbolistas y poesía social?], en la paz perpetua, insultará a los gobernantes por ser poco idealistas, y no despertará de sus sueños ni siquiera con los cañonazos de 1914 [un poco amanerado y sofisticado todo esto]. "Crecido entre increíbles dificultades, se sabía anfibio, ni burgués ni hombre del pueblo: *'Cómo fue que me hice de una instrucción académica y cómo obtuve mis diplomas, es cosa que, cuando lo pienso, me hace perder toda la calma. Y cuando, pensando en ello, siento que podré perdonar, entonces tengo verdaderamente el sentimiento de ser un triunfador'. 'Siento profundamente que sólo el desahogo de la literatura y la fe en su poder de liberación y de elevación! me han salvado de convertirme en un Ravachol'*".

En el primer esbozo de los *Ammonitori*, Cena imaginó que el suicida se arrojase debajo de un automóvil real, pero en la edición definitiva no conservó la escena: "[…] Estudioso de cuestiones sociales, extraño a Croce, a Missiroli, Jaurès, Oriani, a las verdaderas exigencias del proletariado septentrional que él, campesino, no podía sentir. Turinés, era hostil al periódico que representaba a la burguesía liberal, incluso socialdemócrata. De sindicalismo no hay rastro, de Sorel falta el nombre. El modernismo no le preocupaba". Este pasaje muestra hasta qué punto es superficial la cultura política de Cajumi. Cena es de vez en vez hombre del pueblo, campesino, proletario. La *Stampa* es socialdemócrata, incluso existe una burguesía turinesa socialdemócrata. Cajumi imita en esto a ciertos hombres políticos

sicilianos, que fundaban partidos democrático-sociales o incluso laboristas, y cae en la trampa de muchos autores de risa que han cocinado la palabra socialdemocracia en todas las salsas. Cajumi olvida que, en Turín, la *Stampa* estaba, antes de la guerra, a la derecha de la *Gazzetta del popolo*, periódico democrático moderado. También es gracioso el acoplamiento Croce-Missiroli-Jaures-Oriani para los estudios sociales.

En el escrito *Che fare?*[1] Cena quería fusionar a los nacionalistas con los filosocialistas como él: pero en el fondo todo este socialismo pequeñoburgués a lo De Amicis ¿no era un embrión de socialismo nacional, o nacionalsocialismo, que en tantas formas trató de abrirse camino en Italia y que, en la posguerra, encontró un terreno propicio?[2]

## G. A. FANELLI[*]

Un volumen que puede ser considerado como la expresión límite teratológica de la reacción de los intelectuales de provincia a las tendencias "americanistas" de racionalización de la economía, es el de G. A. Fanelli (cuyo semanario representa la extrema derecha retrógrada en la situación italiana actual): *L'artigianato. Sintesi di un'economia corporativa*, Roma, ed. Spes, 1929, en 8.º, pp. XIX + 505, L. 30, del cual la *Civiltà cattolica* del 17 de agosto de 1929 publica una crítica en la sección *Problemi sociali* (del padre Brucculeri). Hay que señalar que el padre jesuita defiende la civilización moderna (al menos en algunas de sus manifestaciones) contra Fanelli.

Párrafos característicos de Fanelli citados por *Civiltà cattolica*: "El sistema [del industrialismo mecánico] presenta el inconveniente de reabsorber por vía indirecta, neutralizándola, la mayor parte de las ventajas materiales que pueda ofrecer. De los caballos de vapor instalados, tres cuartas partes están dedicados a los transportes rápidos, hechos indispensables por la necesidad de obviar los fáciles deterioros que ocasionan las grandes concentraciones de mercancías. De la cuarta parte, dedicada a la producción de mercancías, cerca de la mitad está empleada en la producción de máquinas, de manera que, en resumen, de todo el enorme desarrollo mecánico que oprime al mundo con el peso de su acero, no más de un octavo de los caballos instalados es empleado en la producción de manufacturas y sustancias alimenticias" (p. 205 del libro). "El italiano, temperamento asistemático, genial, creador, adverso a las racionalizaciones, no puede adaptarse a aquella metodicidad de la fábrica, en la que sólo cuenta el rendimiento del trabajo en

serie. Además, el horario de trabajo resulta para el puramente nominal, por el escaso rendimiento que da en un trabajo sistemático. Espíritu eminentemente musical, el italiano puede acompañarse con el solfeo en el trabajo libre, obteniendo de tal recreación nuevas fuerzas e inspiración. Mente abierta, carácter vivaz, corazón generoso, llevado al taller […] el italiano puede manifestar sus propias virtudes creativas, en las que, por lo demás, se apoya toda la economía del taller. Sobrio como ningún otro pueblo, el italiano sabe imponerse, en la independencia de la vida de taller, cualquier sacrificio o privación para hacer frente a las necesidades del arte, mientras que mortificado en su espíritu creador por el trabajo descalificado de la fábrica, despilfarra su paga en la compra de un olvido y una alegría que le abrevia la existencia" (p. 171 del libro).

En el plano intelectual y cultural el libro de Fanelli corresponde a la actividad literaria de ciertos poetas de provincia que todavía siguen escribiendo continuaciones, en octava rima, de la *Gerusalemme liberata e vittoriosa* (*conquistata*), aparte de cierto descaro altanero y burlesco. Debe señalarse que las "ideas" expuestas por Fanelli tuvieron gran difusión durante algunos años, lo que estaba en curioso contraste con el programa "demográfico" por una parte, y con el concepto de "nación militar" por la otra, porque no se puede pensar en cañones y acorazados construidos por artesanos o en la motorización con carretas de bueyes, ni en el programa de una Italia "artesana" y militarmente impotente en medio de Estados altamente industrializados con las correspondientes consecuencias militares: todo lo cual demuestra que los grupos intelectuales que expresaban todos estos disparates en realidad se burlaban, no sólo de la lógica, sino de la vida nacional, de la política y de todo el resto.

No es muy difícil responder a Fanelli. El mismo Brucculeri señala justamente que en la actualidad el artesanado está ligado a la gran industria y depende de ella: de ella recibe materias primas semielaboradas y utensilios perfeccionados. Que el obrero italiano (como promedio) dé una producción relativamente escasa puede que sea verdad: pero ello depende de que en Italia el industrialismo, abusando de la creciente masa de desocupados (que sólo en parte lograba absorber la emigración), ha sido siempre un industrialismo de rapiña, que ha especulado con los salarios bajos y ha descuidado el desarrollo técnico; la proverbial "sobriedad" de los italianos es sólo una metáfora para indicar que no existe un tenor de vida adecuado al consumo de energía exigido por el trabajo de fábrica (por ello también los bajos rendimientos), El "italiano" típico, presentado por Fanelli, es coreográfico y falso bajo

cualquier aspecto: en el orden intelectual son los italianos los que han creado la "erudición" y el paciente trabajo de archivo: Muratori, Tiraboschi, Baronio, etcétera, eran italianos y no alemanes; la "fábrica" como gran manufactura tuvo cu Italia sus primeras manifestaciones orgánicas y racionales. Por lo demás, toda esta charla de artesanado y artesanos se basa en un grosero equívoco: porque en el artesanado existe un trabajo en serie y estandarizado del mismo tipo "intelectual" que el de la gran industria racionalizada. El artesano produce muebles, arados, podaderas, cuchillos, casas de campesinos, telas, etcétera, siempre de un mismo tipo, que es conforme al gusto singular de un pueblo, de una circunscripción, de un distrito, de una provincia, todo lo más de una región. La gran industria *trata* de estandarizar el gusto de un continente o del mundo entero durante una estación o durante algunos años; el artesanado *sufre* una estandarización ya existente y momificada en un valle o un rincón del mundo. Un artesanado de "creación individual" arbitraria incesante es tan limitado que comprende sólo a los artistas en el sentido restringido de la palabra (y aún más: sólo a los "grandes" artistas que se convierten en "prototipos" de sus discípulos).

## AUTARQUÍA FINANCIERA DE LA INDUSTRIA[*]

Un notable artículo de Carlo Pagni, "A propósito di un tentativo di teoría pura del corporativismo" (en la *Riforma sociale* de septiembre de 1929) examina el libro de Massimo Fovel, *Economia e corporativismo* (Ferrara, Sate, 1929) y alude a otra obra del mismo Fovel, *Rendita e salario nello Stato sindicale* (Roma, 1928); pero no advierte o no señala expresamente que, en sus escritos, Fovel concibe el "corporativismo" como la premisa para la introducción en Italia de los sistemas norteamericanos más avanzados en el modo de producir y trabajar.

Sería interesante saber si Fovel escribe "sacándolo todo de su cerebro" o bien si tiene a sus espaldas (prácticamente y no sólo "en general") determinadas fuerzas económicas que lo apoyan e impulsan. Fovel no ha sido nunca un "científico" puro, que exprese ciertas tendencias así como los intelectuales, incluso los "puros" expresan siempre. Fovel pertenece en muchos aspectos a la gelería del tipo Ciccotti, Naldi, Bazzi, Preziosi, etcétera, pero es más complejo, por su innegable valor intelectual. Fovel aspiró siempre a convertirse en un gran líder político, y no lo ha logrado porque le faltan algunas dotes fundamentales: la fuerza de voluntad dirigida a un fin único y la no volubilidad intelectual del tipo Missiroli; además, muy a

menudo se ha ligado demasiado claramente a pequeños intereses. Empezó como “joven-radical”, antes de la guerra: pretendía rejuvenecer, dándole un contenido más concreto y moderno, al movimiento democrático tradicional, coqueteando un poco con los republicanos, especialmente federalistas y regionalistas (*Crítica política* de Oliviero Zuccarini). Durante la guerra fue neutralista giolittiano. En 1919 entra en el partido socialista en Bolonia, pero nunca escribió en *Avanti!* Antes del armisticio hace algunas escapadas a Turín. Los industriales turineses habían adquirido la vieja y desprestigiada *Gazzetta di Torino* para transformarla y hacer de ella su órgano directo. Fovel aspiraba a convertirse en director de la nueva combinación y ciertamente estaba en contacto con los ambientes industriales. Pero en vez de él, fue elegido como director Tommaso Borelli, “joven liberal”, al cual muy pronto sucedió Italo Minunni de la *Idea nazionale* (pero la *Gazzetta di Torino*, entonces bajo el nombre de *Paese* y no obstante las sumas prodigadas para desarrollarla, no prosperó y fue suprimida por sus sostenedores). Carta “curiosa” la de Fovel en 1919: escribe que “siente el deber” de colaborar en el *Ordine Nuovo* semanal; respuesta en la que se fijan los límites de su posible colaboración, después de lo cual, la “voz del deber” enmudece repentinamente. Fovel se agregó a la banda Passigli, Montelli, Gardenghi, que había hecho del *Lavoratore* de Trieste una fuente de negocios bastante lucrativos, y que debía tener contactos con el ambiente industrial turinés; intento de Passigli de transportar el *Ordine Nuovo* a Trieste con una gestión “comercialmente” rentable (véase a propósito la suscripción de 100 liras hecha por Passigli, quien viajó a Turín para hablar directamente); la cuestión era si un “caballero” podía colaborar en el *Lavoratore*. En 1921, en las oficinas del *Lavoratore* se encontraron cartas pertenecientes a Fovel y a Gardenghi, de las cuales resultaba que amitos compadres jugaban en la bolsa con valores textiles durante la huelga dirigida por los sindicalistas de Nicola Vecchi y dirigían el periódico según los intereses de su juego. Después de Livorno, Fovel no dio que hablar durante algún tiempo. Reapareció en 1925, como colaborador de *Avanti!* de Nenni y Gardenghi, y organizó una campaña favorable al sometimiento de la industria italiana a las finanzas norteamericanas, campaña que fue inmediatamente aprovechada (pero debía haber ya un acuerdo preventivo) por la *Gazzetta del popolo*, vinculada al ingeniero Ponti de la Sip. En 1925-26 Fovel colaboró con frecuencia en la *Voce republicana*. Hoy (1929) sostiene el corporativismo como premisa a una forma italiana de americanización, colabora en el *Corriere podano* de Ferrara,

en los *Nuovi studi*, en los *Nuovi Problemi*, en los *Problemi del lavoro* y enseña (según parece) en la universidad de Ferrara,

Lo que en la tesis de Foveh resumida por Pagni, parece significativo, es su concepción de la corporación como un bloque industrial-productivo autónomo, destinado a resolver en sentido moderno y acentuadamente capitalista el problema de un desarrollo ulterior del aparato económico italiano, contra los elementos semifeudales y parasitarios de la sociedad que extraen una porción demasiado grande de la plusvalía, contra los llamados "productores de ahorro". La producción del ahorro debería convertirse en una función interna (a menor costo) del mismo bloque productivo, a través de un desarrollo de la producción a costos decrecientes que permita, además de una suma mayor de plusvalía, salarios más elevados, con la consecuencia de un mercado interno más capaz, de un cierto ahorro obrero y de mayores ganancias. Así debería obtenerse un ritmo más acelerado de acumulación de capitales en el seno mismo de la hacienda y no a través del intermediario de los "productores de ahorro" que en realidad son devoradores de plusvalía. En el bloque industrial-productivo el elemento técnico: dirección y obreros, debería tener predominio sobre el elemento "capitalista" en el sentido más "mezquino" de la palabra, o sea que la alianza entre los capitanes de la industria y los pequeñoburgueses ahorradores debería ser sustituida por un bloque de todos los elementos directamente eficientes en la producción, que son los únicos capaces de agruparse en sindicato y constituir así la corporación productiva (de donde la consecuencia extrema a que llega Spirito, de la corporación propietaria). Pagni objeta a Fovel que su planteamiento no es una nueva economía política, sino sólo una nueva política económica; objeción formal, que puede tener importancia en cierto aspecto, pero que no toca el argumento principal; las otras objeciones, concretamente, no son más que la constatación de algunos aspectos atrasados del ambiente italiano con respecto a una transformación "organizativa" semejante del aparato económico. Las mayores deficiencias de Fovel consisten en pasar por alto la función económica que el Estado ha tenido siempre en Italia por la desconfianza de los ahorradores hacia los industriales; y en descuidar el hecho de que la orientación corporativa no tuvo su origen en las exigencias de una transformación de las condiciones técnicas de la industria, y ni siquiera en las de una nueva política económica, sino más bien en las exigencias de mi orden económico, exigencias agravadas por la crisis de 1929 y todavía en curso.

En realidad los obreros italianos, ni como individuos ni como sindicatos, ni activamente, ni pasivamente, se han opuesto nunca a las innovaciones

tendientes a una disminución de los costos, a la racionalización del trabajo, a la introducción de automatismos más perfectos y de más perfectas organizaciones técnicas del complejo fabril. Todo lo contrarío. Esto mismo ha sucedido en Estados Unidos y ha determinado la semiliquidación de los sindicatos libres y su sustitución por un sistema de organizaciones obreras de fábricas aisladas (entre sí). En Italia, por el contrario, cualquier intento, por mínimo y tímido que sea, de hacer de la fábrica un centro de organización sindical (recuérdese la cuestión de los fiduciarios de fábrica) ha sido combatido rudamente y aniquilado resueltamente. Un análisis cuidadoso de la historia italiana anterior a 1922 e incluso anterior a 1926, que no se deje engañar por el carnaval exterior, sino que sepa captar los motivos profundos del movimiento obrero, debe llegar a la conclusión objetiva de que precisamente los obreros han sido los portadores de las nuevas y más modernas exigencias industriales y, a su manera, las han afirmado valerosamente; puede decirse también que algunos industriales encendieron este movimiento y trataron de acapararlo (así puede explicarse el intento hecho por Agnelli de absorber el *Ordine Nuovo* y su palabra en el complejo Fiat, y de instituir así una escuela de obreros y técnicos especializados para una transformación industrial y del trabajo con sistemas “racionalizados”: la Ymca trató de organizar cursos de “americanismo” abstracto pero, a pesar de las fuertes sumas invertidas, los cursos fracasaron).

Aparte de estas consideraciones se presenta otra serie de problemas: el movimiento corporativo existe y en algunos aspectos las realizaciones jurídicas ya logradas han creado las condiciones formales en las que puede verificarse en gran escala la transformación técnica-económica, porque los obreros ni pueden oponerse a él ni pueden luchar para convertirse ellos mismos en sus abanderados. La organización corporativa puede llegar a ser la forma de tal transformación, pero preguntamos: ¿se producirá una de esas curiosas “astucias de la providencia” por las que los hombres, sin proponérselo y sin quererlo, obedecen a los imperativos de la historia? Por ahora, nos inclinamos a dudarlo. El elemento negativo del “orden económico” ha predominado hasta ahora sobre el elemento positivo de la exigencia de una nueva política económica que renueve, modernizándola, la estructura económico-social de la nación aun en el cuadro del viejo industrialismo. La forma jurídica posible es una de las condiciones, no la única condición y ni siquiera la más importante: es sólo la más importante de las condiciones inmediatas. La americanización exige un ambiente determinado, una determinada estructura social (o la decidida voluntad de crearla) y un cierto

tipo de Estado. El Estado es el Estado liberal, no en el sentido del libertarismo o de la efectiva libertad política, sino en el sentido más fundamental de la libre iniciativa y del individualismo económico que llega por sus propios medios, como “sociedad civil”, por el mismo desarrollo histórico, al régimen de la concentración industrial y del monopolio. La desaparición del tipo semifeudal del rentista es, en Italia, una de las principales condiciones de la revolución industrial (es, en parte, la revolución misma), no una consecuencia. La política económico-financiera del Estado es el instrumento de tal desaparición: amortización de la deuda pública, nominalividad de los títulos, mayor peso de la imposición directa sobre la indirecta en la formación de las entradas del balance. No parece que ésta sea o esté por ser la orientación de la política financiera. Por el contrario, el Estado crea nuevos rentistas, esto es, promueve las viejas formas de acumulación parasitaria del ahorro y tiende a crear cuadros sociales cerrados. En realidad, hasta ahora la orientación corporativa ha funcionado para sostener posiciones tambaleantes de las clases medias, no para eliminar a éstas, y se convierte cada vez más, por los intereses establecidos que surgen sobre la vieja base, en una máquina de conservación de lo existente tal como es y no en un motor de propulsión. ¿Por qué? Porque la orientación corporativa es también dependiente de la desocupación: defiende para los ocupados un cierto mínimo de vida que, si existiese la libre competencia, se hundiría también, provocando graves trastornos sociales, y crea empleos de nuevo tipo (organizativo y no productivo) a los desocupados de las ciases medias. Queda aún una vía de escape: la orientación corporativa, nacida en dependencia de una situación tan delicada, cuyo equilibrio esencial es preciso mantener, a toda costa, para evitar una enorme catástrofe, podría proceder en etapas lentísimas, casi insensibles, que modifiquen la estructura social sin sacudidas repentinas: incluso el bebé más firme y sólidamente fajado se desarrolla y crece. Por esto es que sería interesante saber si Fovel es la voz de sí mismo o es el exponente de fuerzas económicas que buscan a toda costa su camino. En todo caso, el proceso sería tan largo y encontraría tantas dificultades, que entre tanto pueden surgir nuevos intereses que presenten una oposición nueva y tenaz a su desarrollo hasta aplastarlo.

## LA COMPOSICIÓN DEMOGRÁFICA EUROPEA[*]

En Europa, los diversos intentos de introducir algunos aspectos del americanismo y del fordismo se han debido a la vieja capa plutocrática, que

querría conciliar aquello que, mientras no se demuestre lo contrario, parece inconciliable: la vieja y anacrónica estructura social demográfica europea con una forma modernísima de producción y de modo de trabajar tal como la que ofrece el tipo americano más perfeccionado, la industria de Henry Ford. Por ello la introducción del fordismo encuentra tantas resistencias “intelectuales” y “morales” y se presenta en formas particularmente brutales e insidiosas, a través de la coerción más extrema. Para decirlo en pocas palabras, Europa querría tener la bota llena y la mujer borracha,[1] todos los beneficios que produce el fordismo en el poder de competencia, pero conservando su ejército de parásitos que, devorando masas ingentes de plusvalía, agravan los costos iniciales y deprimen el poder de competencia en el mercado internacional. La reacción europea al americanismo debe, por tanto, ser examinada con atención; de su análisis resultará más de un elemento necesario para comprender la situación actual de una serie de Estados del viejo continente y los sucesos políticos de la posguerra.

El americanismo, en su forma más lograda, exige una condición preliminar, de la que los norteamericanos que han tratado estos problemas no se han ocupado, porque en Estados Unidos existe “naturalmente”: esta condición puede llamarse “una composición demográfica racional” y consiste en que no existen clases numerosas sin una función esencial en el mundo productivo, es decir, clases absolutamente parasitarias. La “tradición”, la “civilización” europea, al contrario, se caracteriza precisamente por la existencia de tales clases, creadas por la “riqueza” y “complejidad” de la historia pasada, que ha dejado un cúmulo de sedimentaciones pasivas a través de los fenómenos de saturación y fosilización del personal estatal y de los intelectuales, del clero y de la propiedad agraria, del comercio de rapiña y del ejercito primero profesional, después de leva, pero profesional para la oficialidad. Puede decirse incluso que cuanto más vetusta es la historia de un país, tanto más numerosas y gravosas son estas sedimentaciones de masas holgazanas e inútiles que viven del “patrimonio” de los “abuelos”, de estos pensionados de la historia económica. Una estadística de estos elementos económicamente pasivos (en sentido social) es dificilísima, porque es imposible encontrar la “voz” que los pueda definir a los fines de una investigación directa: es posible obtener indirectamente indicaciones iluminadoras, por ejemplo, de la existencia de determinadas formas de vida, nacional. El número relevante de grandes y medianos (e incluso pequeños) aglomerados de tipo urbano sin industria (sin fábricas) es uno de estos indicios y de los más relevantes.

El llamado “misterio de Nápoles”. Vale la pena recordar las observaciones hechas por Goethe sobre Nápoles y las “consoladoras conclusiones morales” que sacó Giustino Fortunato.[2] Goethe tenía razón en demoler la leyenda de la “holgazanería” orgánica de los napolitanos y en señalar por el contrario que son muy activos e industriosos. Pero la cuestión consiste en ver cuál es el resultado efectivo de esta industriosidad: no es productiva y no va dirigida a satisfacer las necesidades y exigencias de las clases productivas. Nápoles es la ciudad donde la mayor parte de los propietarios de tierras del Mediodía (nobles o no) gastan la renta agraria. En torno a algunas decenas de miles de estas familias de propietarios, de mayor o menor importancia económica, con sus cortes de sirvientes y de lacayos inmediatos, se organiza la vida práctica de una parte imponente de la ciudad, con sus industrias artesanales, con sus oficios ambulantes, con la pulverización inaudita de la oferta inmediata de mercancías y servicios a los truhanes que circulan por las calles. Otra parte importante de la ciudad se organiza en torno al tránsito y el comercio al por mayor. La industria “productiva” en el sentido de que crea y acumula nuevos bienes, es relativamente pequeña, no obstante que en las estadísticas oficiales Nápoles es la cuarta ciudad industrial de Italia, después de Milán, Turín y Génova.

Esta estructura económico-social de Nápoles (y hoy es posible, a través de las actividades de los consejos provinciales de la economía corporativa, tener informaciones suficientemente exactas) explica gran parte de la historia de la ciudad de Nápoles, tan llena de aparentes contradicciones y de espinosos problemas políticos. El caso de Nápoles se repite en glande para Palermo y Roma y para toda una serie numerosa (las famosas “cien ciudades”) de ciudades no sólo de Italia meridional y de las islas, sino de la Italia central e incluso de la septentrional (Bolonia, en buena parte, Parma, Ferrara, etcétera). Para muchas poblaciones de ese tipo de ciudades puede repetirse el proverbio popular: cuando un caballo caga, cien gorriones meriendan.

El hecho que no ha sido aún convenientemente estudiado es éste; que Ja mediana y pequeña propiedad agrícola no está en manos de campesinos cultivadores, sino de burgueses de las pequeñas ciudades o de los pueblos, y que esta tierra es dada cu aparcería primitiva (o sea en alquiler con retribución en especie y servicios) o en enfiteusis; existe así un volumen enorme (en relación a la renta bruta) de pequeña y mediana burguesía de “pensionados” y “rentistas”, que ha creado, en cierta literatura económica digna del *Cándido*, la figura monstruosa del llamado “productor de ahorro”, esto es, de un estrato de población económicamente pasiva que del trabajo primitivo de un número

determinado de campesinos extrae no sólo su propio sustento, sino que todavía consigue ahorrar; modo de acumulación de capital de los más monstruosos y malsanos, porque se basa en la inicua explotación usuraria de los campesinos mantenidos al borde de la desnutrición y porque es enormemente costoso; porque al poco capital ahorrado corresponde un gasto inaudito como es el necesario para sostener a menudo un nivel de vida elevado de tal masa de parásitos absolutos. (El fenómeno histórico por el que se ha formado en la península italiana, a oleadas, después de la caída de las comunas medievales y la decadencia del espíritu de iniciativa capitalista de la burguesía urbana, semejante situación anormal, determinadora del estancamiento histórico, es llamado por el historiador Niccolò "retorno a la tierra" y ha sido considerado incluso como índice de benéfico progreso nacional, a tal grado las frases hechas pueden embotar el sentido crítico).

Otra fuente de parasitismo absoluto ha sido siempre la administración del Estado. Renato Spaventa calculó que en Italia una décima parte de la población (4 millones de habitantes) vive del presupuesto estatal. Sucede incluso hoy que hombres relativamente jóvenes (de poco más de cuarenta años), con buenísima salud, en el pleno vigor de las fuerzas físicas e intelectuales, después de veinticinco años de servicio estatal, no se dedican ya a ninguna actividad productiva, sino que vegetan con pensiones más o menos grandes, mientras que un obrero puede gozar de la jubilación sólo después de los sesenta y cinco años, y para los campesinos no existe límite de edad en el trabajo (por eso un italiano medio se asombra cuando oye decir que un norteamericano multimillonario sigue activo hasta el último día de su vida consciente). Sí en una familia un cura llega a canónigo, inmediatamente el "trabajo manual" se convierte en "una vergüenza" para toda la parentela; todo lo más podrán dedicarse al comercio.

La composición de la población italiana se había vuelto ya "malsana" por la emigración a largo plazo y por la escasa ocupación de las mujeres en los trabajos productivos de nuevas mercancías; la relación entre población "potencialmente" activa y la pasiva era una de las más desfavorables de Europa.[3] Ésta es aún más desfavorable si se toma en cuenta: 1] las enfermedades endémicas (malaria, etcétera) que disminuyen la medía individual del potencial de fuerza de trabajo; 2] el estado crónico de desnutrición de muchos estratos inferiores campesinos (como resultado de las investigaciones del profesor Mario Camis publicadas en la *Riforma sociale* de 1926), cuyos promedios nacionales deberían ser descompuestos por medias de clase: si la media nacional alcanza apenas el estándar fijado por la ciencia

como indispensable, es obvio concluir la desnutrición crónica de un estrato no indiferente de la población. En la discusión en el Senado del balance preventivo para el año 1929-30, el *onorevole* Mussolini afirmó que en algunas regiones, por estaciones enteras, se vive solamente de hierbas;[4] 3] de la desocupación endémica existente en algunas regiones agrícolas, y que no puede resultar de las encuestas oficiales; 4] de la masa de población absolutamente parasitaria que es numerosísima y que para su servicio exige el trabajo de otra ingente masa parasitaria indirectamente; y de aquella "semiparasitaria" que lo es porque multiplica en forma anormal y malsana actividades económicas subordinadas, como el comercio y el intermediarismo en general.

Esta situación no existe sólo en Italia; en medida mayor o menor existe en todos los países de la vieja Europa y en forma peor aún existe en India y en China, lo que explica el estancamiento de la historia en estos países y su impotencia político-militar. (En el examen de este problema no se cuestiona inmediatamente la forma de organización económico-social, sino la racionalidad de las proporciones entre los diversos sectores de la población en el sistema social existente; cada sistema tiene su propia ley de las proporciones definidas en la composición demográfica, su propio equilibrio "óptimo" y desequilibrios que, de no ser enderezados mediante una legislación oportuna, pueden ser de por sí catastróficos, porque agotan las fuentes de la vida económica nacional, aparte de cualquier otro elemento de disolución). Estados Unidos no tiene grandes "tradiciones históricas y culturales" pero tampoco está aplastado por esta capa de plomo: y ésta es una de las principales razones (ciertamente más importante que la llamada riqueza natural) de su formidable acumulación de capitales, no obstante el tenor de vida superior, en las clases populares, al europeo. La no existencia de estas sedimentaciones viciosamente parasitarias, dejadas por las fases históricas pasadas, ha permitido una base sana a la industria y especialmente al comercio y permite cada vez más la reducción de la función económica representada por los transportes y el comercio a una actividad subalterna real de la producción, e incluso el intento de absorber estas actividades en la actividad productiva misma. Recordemos los experimentos hechos por Ford y los ahorros logrados por su empresa con la gestión directa del transporte y del comercio de la mercancía producida, ahorros que han influido en los costos de producción, o sea han permitido mejores salarios y precios de venta menores. Como ya existían esas condiciones preliminares, ya racionalizadas por el desarrollo histórico, ha sido relativamente fácil racionalizar la producción y el

trabajo, combinando hábilmente la fuerza (destrucción del sindicalismo obrero de base territorial) con la persuasión (salarios elevados, beneficios sociales diversos, propaganda ideológica y política habilísima) y consiguiendo afirmar toda la vida del país sobre la producción. La hegemonía nace de la fábrica y para ejercerse no necesita más que una cantidad mínima de intermediarios profesionales de la política y de la ideología.

El fenómeno de las "masas" que tanto impresiona a Romier no es más que la forma de este tipo de sociedad "racionalizada", en donde la "estructura" domina más inmediatamente las superestructuras y éstas son "racionalizadas" (simplificadas y disminuidas en número).

Club Rotario y masonería: el Rotario es una masonería sin pequeñoburgueses y sin la mentalidad pequeñoburguesa, Estados Unidos tiene el Rotario y el Ymca, Europa tiene la masonería y los jesuitas. Intentos de introducir el Ymca en Italia; ayuda dada por la industria italiana a estos intentos (financiamiento de Agnelli y reacción violenta de los católicos). Intentos de Agnelli para absorber al grupo del *Ordine Nuovo*, que mantenía una forma propia de "americanismo" aceptada por las masas obreras.

En Estados Unidos la racionalización ha determinado la necesidad de elaborar un nuevo tipo humano, conforme al nuevo tipo de trabajo y de proceso productivo, esta elaboración, hasta ahora, está sólo en su fase inicial y por ello (aparentemente) idílica. Es aún la fase de adaptación psicofísica a la nueva estructura industrial, buscada a través de los salarios altos; no se ha producido aún (antes de la crisis de 1929), sino esporádicamente quizá, alguna floritura "superestructural"; o sea, no se ha planteado aún la cuestión fundamental de la hegemonía. La lucha se lleva a cabo con las armas tomadas del viejo arsenal europeo y aún más degeneradas, por lo cual son "anacrónicas" con respecto al desarrollo de las "cosas". La lucha que se da en Estados Unidos (descrita por Philip) es aún por la propiedad del oficio, contra la "libertad industrial", o sea similar a la que tuvo lugar en Europa en el siglo XVIII, aunque en otras condiciones; el sindicato obrero norteamericano es más la expresión corporativa de la propiedad de los oficios calificados que otra cosa, y por ello la amputación que le exigen los industriales tiene un aspecto "progresista". La ausencia de la fase histórica europea, que incluso en el campo económico está marcada por la revolución francesa, ha dejado a las masas populares norteamericanas en estado bruto; añádase a eso la ausencia de homogeneidad nacional, la amalgama de las culturas-razas, la cuestión de los negros.

En Italia se ha dado un comienzo de fanfarria fordística (exaltación de la gran ciudad, planos reguladores para el gran Milán, etcétera, la afirmación de que el capitalismo está aún en sus comienzos y que es preciso prepararle cuadros de desarrollo grandiosos, etcétera; sobre esto puede verse en la *Riforma sociale* algún artículo de Schiavi), luego hemos tenido la conversión al ruralismo y a la iluminista depresión de la ciudad, la exaltación del artesanado y del patriarcalismo idílico, alusiones a la "propiedad del oficio" y a una lucha contra la libertad industrial. No obstante, aunque la evolución es lenta y llena de comprensibles cautelas, no se puede decir que la parte conservadora, la parte que representa la vieja cultura europea con todos sus residuos parasitarios, carezca de antagonistas (desde este punto de vista es interesante la tendencia representada por los *Nuovi studi*, la *Critica fascista* y el centro intelectual de estudios corporativos organizado en la universidad de Pisa).

El libro de De Man[5] es también, a su manera, una expresión de estos problemas que sacuden la vieja osamenta europea, una expresión sin grandeza y sin adhesión a ninguna de las fuerzas históricas mayores que se disputan el mundo.

## POPULARIDAD POLÍTICA DE D'ANNUNZIO[*]

¿Cómo se explica la relativa popularidad "política" de Gabriele D'Annunzio? Es innegable que en D'Annunzio existieron siempre algunos elementos de "populismo": en sus discursos como candidato al Parlamento, en su gesto en el Parlamento, en la tragedia *La gloria*, en el *Fuoco* (discurso sobre Venecia y el artesanado), en el *Canto di calendimaggio* y sucesivamente basta las manifestaciones políticas (algunas por los menos) de Fiume. Pero no creo que sean "concretamente" estos elementos de significado político real (vagos, pero reales) los que expliquen esta relativa popularidad. Otros elementos han ayudado: 1] el apoliticismo fundamental del pueblo italiano (especialmente de la pequeña burguesía y de los pequeños intelectuales), apoliticismo inquieto, pendenciero, que permitía cualquier aventura, que daba a cualquier aventurero la posibilidad de ser seguido por algunas decenas de miles de hombres, especialmente si la policía se mantenía al margen o se oponía débilmente y sin método; 2] el hecho de que en el pueblo italiano no estaba encarnada ninguna tradición de partido político de masas, esto es, que no existían "directivas" histórico-políticas de masas orientadoras de las pasiones populares, tradicional mente fuertes y dominantes; 3] la situación de la

posguerra, en la que tales elementos se presentaban multiplicados, porque después de cuatro años de guerra decenas de miles de hombres se habían convertido en “vagabundos” social y moralmente, desarraigados, ávidos de sensaciones no impuestas ya por la disciplina estatal, sino libre y voluntariamente elegidas por ellos mismos; 4] cuestiones sexuales, que comprensiblemente se habían agudizado enormemente tras cuatro años de guerra: las mujeres de Fiume atraían mucho (y sobre este elemento insiste extrañamente también Nino Daniele en su libro sobre D’Annunzio). Estos elementos parecen débiles sólo si no se piensa que los veinte mil jóvenes reunidos en Fiume no representaban una masa social y territorialmente homogénea, sino que eran “seleccionados” de toda Italia, y provenían de los orígenes más diversos y dispares; muchos eran jovencísimos y no habían hecho la guerra pero habían leído literatura de guerra y novelas de aventuras.

Sin embargo, como base de estas motivaciones momentáneas y de ocasión, debernos poner también un motivo más profundo y permanente, ligado a una característica permanente del pueblo italiano: la admiración ingenua y fanática por la inteligencia como tal, por el hombre inteligente como tal, que corresponde al nacionalismo cultural de los italianos, seguramente la única forma de chovinismo popular en Italia. Para apreciar este nacionalismo hay que pensar en la *Scoperta dell’America* de Pascarella: Pascarella es el “aedo” de este nacionalismo y sus coplas son las más dignas de tal epopeya. Este sentimiento tiene distinta fuerza en las diversas partes de Italia {es más fuerte en Sicilia y el Mediodía), pero se halla difundido por todo el país en cierta dosis, incluso en Milán y en Turín (ciertamente, en Turín menos que en Milán y otras partes), es más o menos ingenuo, más o menos fanático, incluso más o menos “nacional” (se tiene la impresión, por ejemplo, de que en Florencia es más regional que en otros lugares, y lo mismo en Nápoles, donde es también de carácter más espontáneo y popular en cuanto que los napolitanos se creen más inteligentes que todos los demás, como masa y como individuos; en Turín pocas “glorias” literarias y más tradición político-nacional, por la ininterrumpida tradición de independencia y libertad nacional). D’Annunzio se presentaba como la síntesis popular de tales sentimientos: “apoliticismo” fundamental, en el sentido de que era posible esperar de él todos los fines imaginables, desde el más siniestro al más derecho, y el ser considerado popularmente el hombre más inteligente de Italia.

Son interesantes algunas páginas del libro *Per L’Italia degli italiani*, “Bottega di poesia”, Milán 1923. En cierto punto, D’Annunzio recuerda su

tragedia *La gloria* y se remite a ella a propósito de su política para los campesinos que deben “reinar” porque son los “mejores”. Conceptos políticos reales, ni siquiera uno: frases y emociones, etcétera.

A propósito de las dos mil liras dadas para los hambrientos de la carestía de 1921,[1] trata, en el fondo, de hacerlas olvidar, presentando el ofrecimiento como un gesto de política “maquiavélica”: las habría dado para agradecer el haber librado al mundo de una ilusión, etcétera. Podría estudiarse la política de D’Annunzio como uno de tantos repetidos intentos de literatos (Pascoli) por promover un nacionalsocialismo en Italia (esto es, para conducir a las grandes masas a la “idea” nacional o nacionalista imperialista).

## EL CESARISMO[*]

César, Napoleón I, Napoleón III, Cromwell, etcétera. Compilar un catálogo de los acontecimientos históricos que culminaron en una gran personalidad “heroica”.

Puede decirse que el cesarismo expresa una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de forma catastrófica, es decir, se equilibran de manera que la continuación de la lucha no puede concluir más que con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva *A* lucha contra la fuerza regresiva *B*, puede suceder no sólo que *A* venza a *B* o *B* venza a *A*, puede suceder también que no venza ni *A* ni *B*, sino que se desangren recíprocamente y una tercera fuerza *C* intervenga desde el exterior sometiendo lo que quede de *A* y de *B*. En Italia, después de la muerte del Magnífico, sucedió precisamente esto.

Pero el cesarismo, si bien siempre representa la solución “arbitral”, confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectivas catastróficas, no posee siempre el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresivo y uno regresivo, y el significado exacto de cada forma de cesarismo, en último análisis, puede ser reconstruido por la historia concreta y no por un esquema sociológico. Es progresivo el cesarismo, cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza progresiva aunque sea mediante ciertos compromisos y moderaciones limitativas de la victoria, es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, pero que tienen un valor, un alcance y un significado distinto a los que tenían en el caso precedente. César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo y Bismarck de cesarismo regresivo.

Se trata de ver si en la dialéctica “revolución-restauración” prevalece el elemento revolución o el elemento restauración, si bien es cierto que en el movimiento histórico jamás se vuelve atrás y no existen restauraciones *in toto*. Por lo demás, el cesarismo es una fórmula polémico-ideológica, y no un canon de interpretación histórica. Puede tenerse una solución cesarista incluso sin un César, sin una gran personalidad “heroica” y representativa. El sistema parlamentario ha dado, también, un mecanismo para tales soluciones de compromiso. Los gobiernos “laboristas” de MacDonald eran soluciones de ese tipo en cierto grado; el grado de cesarismo se intensificó cuando fue formado el gobierno con MacDonald como presidente y la mayoría conservadora. Lo mismo en Italia en octubre de 1922, hasta la separación de los “populares” y luego gradualmente hasta el 3 de enero de 1925, y luego hasta el 8 de noviembre de 1926, se produjo un movimiento político-histórico en el que se sucedieron diversas gradaciones de cesarismo hasta llegar a una forma más pura y permanente, aunque tampoco inmóvil o estática. Todo gobierno de coalición es un grado inicial de cesarismo, que puede y no puede desarrollarse hasta los grados más significativos (naturalmente, la opinión vulgar cree, por el contrario, que los gobiernos de coalición son el más “sólido baluarte” contra el cesarismo). En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones de carácter económico-sindical y político de partido, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy diferente a lo que fue hasta Napoleón III. En el periodo anterior a Napoleón III las fuerzas militares regulares o de línea eran un elemento decisivo para el ascenso del cesarismo, que se realizaba mediante golpes de Estado muy precisos, con acciones militares, etcétera. En el mundo moderno, las fuerzas sindicales y políticas, con medios financieros incalculables respecto de aquellos de que pueden disponer pequeños grupos de ciudadanos, complican el problema. Los funcionarios de los partidos y los sindicatos económicos pueden ser corrompidos o aterrorizados, sin necesidad de acción militar en gran forma, tipo César o 18 de Brumario. En este campo se reproduce la misma situación examinada a propósito de la fórmula jacobino-cuarentiochesca de la llamada “revolución permanente”. La técnica política moderna cambió completamente después de 1848, después de la expansión del parlamentarismo, del régimen asociativo sindica] y de partido, de la formación de vastas burocracias estatales y “privadas” (político-privadas, de partido y sindicales) y las transformaciones ocurridas en la organización de la policía en sentido amplio, o sea no sólo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sino del conjunto de fuerzas organizadas por el Estado y los particulares para

tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes. En este sentido, partidos "políticos" enteros y otras organizaciones económicas o de otro tipo deben ser considerados organismos de policía política, de carácter investigador y preventivo. El esquema genérico de las fuerzas *A* y *B* en lucha con perspectivas catastróficas, esto es, con la perspectiva de que ni *A* ni *B* venzan en la lucha para constituir (o reconstituir) un equilibrio orgánico, del que nace (puede nacer) el cesarismo, es exactamente una hipótesis genérica, un esquema sociológico (conveniente para el arte política). La hipótesis puede hacerse cada vez más concreta, conducida a un grado cada vez mayor de aproximación a la realidad histórica concreta, y ello puede obtenerse precisando algunos elementos fundamentales.

Así, hablando de *A* y *B* sólo se ha dicho que son una fuerza genéricamente progresiva y una fuerza genéricamente regresiva. Puede precisarse de qué tipo de fuerzas progresivas y regresivas se trata y obtener así mayores aproximaciones. En el caso de César y Napoleón I, puede decirse que *A* y *B*, aun siendo distintas y opuestas, no lo eran tanto, sin embargo, que no pudieran llegar "absolutamente" a una fusión y asimilación recíproca tras un proceso molecular; lo que en efecto sucedió, al menos en cierta medida (suficiente sin embargo para los fines histórico-políticos del cese de la lucha orgánica fundamental y por lo tanto de la superación de la fase catastrófica). Éste es un elemento de mayor aproximación. Otro elemento es el siguiente: la fase catastrófica puede surgir por una deficiencia política "momentánea" de la fuerza dominante tradicional, y ya no por una deficiencia orgánica necesariamente insuperable. Esto se verificó en el caso de Napoleón III. La fuerza dominante en Francia desde 1815 hasta 1848 se había escindido políticamente (facciosamente) en cuatro fracciones: la legitimista, la orleanista, la bonapartista y la jacobino-republicana. Las luchas internas de facciones eran tales que hacían posible el avance de la fuerza antagonista *B* (progresista) en forma "precoz"; sin embargo, la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como la historia sucesiva demostró abundantemente. Napoleón III representó (a su modo, según la estatura del hombre, que no era grande) estas posibilidades latentes e inmanentes: por lo cual su cesarismo tiene un tinte particular. El cesarismo de César y de Napoleón I fue, por así decirlo, de carácter cuantitativo-cualitativo, esto es, representó la fase histórica de paso de un tipo de Estado a otro tipo, un paso en el que las innovaciones fueron tales y tantas que representaron una transformación completa. El cesarismo de Napoleón III fue sólo y

limitadamente cuantitativo, no hubo paso de un tipo de Estado a otro tipo, sino sólo “evolución” del mismo tipo, según una línea ininterrumpida.

En el mundo moderno los fenómenos de cesarismo son totalmente distintos, tanto con respecto a aquellos del tipo progresivo César-Napoleón I, como también respecto a aquellos del tipo Napoleón III, aunque están más cerca de este último. En el mundo moderno el equilibrio de perspectivas catastróficas no se verifica entre fuerzas que en último análisis podrían fundirse y unificarse, aunque fuese tras un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo contraste es incurable históricamente, e incluso se profundiza especialmente con el advenimiento de formas cesaristas. Sin embargo, el cesarismo tiene también en el mundo moderno un cierto margen, más o menos grande, según los países y su peso relativo en la estructura mundial, porque una forma social “siempre” tiene posibilidades marginales de desarrollo posterior y arreglo organizativo, y especialmente puede contar con la debilidad relativa de la fuerza progresiva antagonista, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de aquélla, debilidad que es preciso mantener. Por esto se ha dicho que el cesarismo moderno más que militar es policíaco.

Sería un error de método (un aspecto del mecanismo sociológico) considerar que, en los fenómenos de cesarismo, bien sea progresivo, regresivo, o de carácter intermedio episódico, todo el nuevo fenómeno histórico se debe al equilibrio de las fuerzas “fundamentales”; es preciso considerar también las relaciones que existen entre los grupos principales (de diversos géneros, social-económico y técnico-económico) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica. Así, no se comprendería el golpe de Estado del 2 de diciembre[*] sin estudiar la función de los grupos militares y de los campesinos franceses.

Un episodio histórico muy importante desde este punto de vista es el llamado movimiento por el caso Dreyfus en Francia; también éste entra en esta serie de observaciones, no porque haya conducido al “cesarismo”, sino precisamente por lo contrario: porque impidió el advenimiento de un cesarismo que se estaba preparando, de carácter netamente reaccionario. Sin embargo, el movimiento Dreyfus es característico porque son los elementos del mismo bloque social dominante los que desbaratan el cesarismo de la parte más reaccionaria del mismo bloque, apoyándose no en los campesinos, en el campo, sino en los elementos subordinados de la ciudad guiados por el reformismo socialista (aunque también en la parte más avanzada del campesinado). Del tipo Dreyfus hallamos otros movimientos histórico-políticos modernos, que ciertamente no son revoluciones, pero que no son

completamente reaccionarios, al menos en el sentido de que también en el campo dominante destruyen cristalizaciones estatales sofocantes, e introducen en la vida del Estado y en las actividades sociales un personal distinto y más numeroso que el anterior: también estos movimientos pueden tener un contenido relativamente “progresista”, en cuanto indican que en la vieja sociedad se bailaban latentes fuerzas activas que los viejos dirigentes no supieron explotar, aunque fuesen “fuerzas marginales”, pero no absolutamente progresivas, por cuanto no pueden “hacer época”. Se vuelven históricamente eficientes por la debilidad constructiva del antagonista, no por una íntima fuerza propia, y en consecuencia están atadas a una situación determinada de equilibrio de las fuerzas en lucha, incapaces ambas en sus propios campos de expresar por sí mismas una voluntad reconstructiva.

## LA CUESTIÓN ITALIANA[*]

Merecen atención los discursos pronunciados por el ministro del Exterior Dino Grandi en el Parlamento en 1932 y las discusiones provocadas por estos discursos en la prensa italiana e internacional. El *onorevole* Grandi planteó la cuestión italiana como cuestión mundial, a resolverse necesariamente junto a las otras que constituyen la expresión política de la crisis general de la posguerra, intensificada en 1929 de manera casi catastrófica, esto es: el problema francés de la seguridad, el problema alemán de la igualdad de derechos, el problema de un nuevo ordenamiento de los Estados danubianos y balcánicos. El planteamiento del *onorevole* Grandi es un hábil intento de forzar a cualquier posible congreso mundial llamado a resolver estos problemas (y a cualquier intento de la actividad diplomática normal) a ocuparse de la “cuestión italiana”, como elemento fundamental de la reconstrucción y pacificación europea y mundial.

¿En qué consiste la cuestión italiana según este planteamiento? Consiste en lo siguiente: que el incremento demográfico está en oposición a la relativa pobreza del país, o sea, en la existencia de una sobrepoblación. Sería preciso, por lo tanto, que se diera a Italia la posibilidad de expandirse, tanto económica como demográficamente, etcétera. Pero no parece que la cuestión así planteada sea de fácil solución y que no pueda dar lugar a objeciones fundamentales. Si bien es cierto que las relaciones generales internacionales, tal como han venido endureciéndose progresivamente a partir de 1929, son muy desfavorables a Italia (especialmente el nacionalismo económico y el “racismo”, que impiden la libre circulación no sólo de mercancías y capitales

sino sobre todo del trabajo humano), también cabe preguntar si no ha contribuido y sigue contribuyendo la misma política italiana a suscitar y endurecer tales nuevas relaciones. La investigación principal parece que debe ser en este sentido; ¿la baja tasa individual de la renta nacional es debida a la "pobreza" natural del país, o bien a condiciones histórico-sociales creadas y mantenidas por una orientación política determinada, que hacen de la economía nacional un tonel de las Danaides?[*] Esto es, ¿no cuesta el Estado demasiado caro, entendiendo por Estado, como es necesario, no sólo la administración de los servicios estatales, sino también el conjunto de las clases que lo componen en sentido estricto y lo dominan? Por lo tanto ¿es posible pensar que sin un cambio de estas relaciones internas, pueda mejorar la situación aun cuando mejorasen las relaciones internacionalmente? Puede señalarse también que la proyección de la cuestión en el campo internacional podría ser una coartada política frente a las masas del país.

Que la renta nacional sea baja, puede concederse, pero ¿acaso no es destruida (devorada) por la excesiva población pasiva, haciendo imposible toda capitalización progresiva, aunque fuese con ritmo reducido? Así pues, la cuestión demográfica debe ser analizada a su vez, y es preciso establecer sí la composición demográfica es "sana" incluso para un régimen capitalista y de propiedad. La pobreza relativa "natural" de los países individuales en la civilización moderna (y en tiempos normales tiene una importancia también relativa) todo lo más impedirá ciertas ganancias marginales de "posición" geográfica. La riqueza nacional está condicionada por la división internacional del trabajo y por haber sabido elegir, entre las posibilidades que ofrece esta división, la más racional y provechosa para cada país. Por lo tanto, se trata esencialmente de "capacidad directiva" de la clase económica dominante, de su espíritu de iniciativa y de organización. Si faltan estas cualidades, y la administración económica se basa esencialmente en la explotación de rapiña de las clases trabajadoras y productoras, ningún acuerdo internacional puede arreglar la situación. En la historia moderna no hay un solo ejemplo de colonias de "población"; esas colonias nunca han existido. La emigración y la colonización siguen el flujo de los capitales invertidos en los diversos países y no viceversa. La crisis actual que se manifiesta especialmente como caída de los precios de las materias primas y de los cereales, demuestra que el problema no es de riqueza "natural" para los diversos países del mundo, sino de organización social y de transformación de las materias primas para ciertos fines y no para otros. Que se trata de organización y orientación política lo demuestra también el hecho de que

todos los países de civilización moderna han tenido “emigración” en ciertas fases de su desarrollo económico, pero tal emigración ha cesado y a menudo ha sido reabsorbida.

Que no se quieren (o no se pueden) cambiar las relaciones internas (y ni siquiera rectificarlas racionalmente) lo demuestra la política de la deuda pública, que aumenta continuamente el peso de la pasividad “demográfica”, precisamente cuando la parte activa de la población es restringida por la desocupación y la crisis. Disminuye la renta nacional, aumentan los parásitos, el ahorro se reduce y es desligado del proceso productivo y se vierte en la deuda pública, o sea, se convierte en cansa de nuevo parasitismo absoluto y relativo.

## EL MIEDO AL KERENSKISMO[*]

Es uno de los rasgos más notables de los años de las posguerra. Seguramente corresponde, en cierta medida, al miedo al lafayettismo en el periodo que siguió a la revolución francesa.

En torno al kerenskismo se ha formado todo un “mito negativo”. Se han atribuido a Kerensky todas las cualidades negativas, las debilidades, las indecisiones, las deficiencias de toda una época histórica. No ser el Kerensky de sus respectivos países ha venido a ser la obsesión de toda una serie de jefes de gobierno. De este temor se han derivado algunas de las máximas políticas del maquiavelismo actual y de los principios críticos sobre los que se desarrolla la propaganda política de masas. ¿Pero qué hay de cierto en este temor? No se observa que uno de los elementos del kerenskismo es precisamente este miedo a ser Kerensky, o sea el hecho de que en la vida política se sustituye una orientación positiva con una negativa, se piensa más en “no hacer” que en el “hacer concreto”, como obsesionados por el adversario que se siente dominar en el seno mismo de la propia personalidad. Por lo demás, no se es “Kerensky” voluntariamente, igual como la voluntad no puede evitar que se sea Kerensky. Kerensky ha sido la expresión de una determinada relación de fuerzas políticas, organizativas, militares inmediatas, que no fue creada por él y que él no logró corregir, a pesar de sus esfuerzos desesperados, tan desesperados y descompuestos que le dieron el aspecto de un Arlequín. Se ha tomado en serio el cuadro moral e intelectual de Kerensky pintado por sus enemigos como arma de lucha contra él, como medio inmediato para liquidarlo y aislarlo, y se ha hecho de él un hombre de paja absolutamente fuera del tiempo y del espacio, un típico “ilota” que mostrar a

los “espartanos” para educarlos. Podría demostrarse que no es verdad que Kerensky no recurriera a las medidas de fuerza, todo lo contrario; pero quizá precisamente aquel recurso suyo a la fuerza aceleró el proceso político que acabó por arrollarlo. En realidad, Kerensky tuvo muchos éxitos relativos, y su línea política no era errónea en principio; pero esto contó poco en el conjunto de las fuerzas desencadenadas en torno suyo, que eran incontrolables por políticos del tipo Kerensky, o sea por el conjunto de fuerzas sociales de las que Kerensky constituye la expresión mas adecuada.

## PARADIGMAS DE HISTORIA ÉTICO-POLÍTICA[*]

La *Storia dell’Europa nel secolo XIX* parece ser el ensayo de historia ético-política que debe convertirse en paradigma de la historiografía crociana ofrecido a la cultura europea. Pero hay que tener en cuenta los otros ensayos: *Storia del regno di Napoli, Storia d’Italia dal 1871 al 1915,* así como *La rivoluzione napoletana del 1799* e *Storia dell’età barocca in Italia*. Sin embargo, los más tendenciosos y demostrativos son la *Storia d’Europa* y la *Storia d’Italia*. Con respecto a estos dos ensayos se plantean inmediatamente las preguntas: ¿es posible escribir (concebir) una historia de Europa en el siglo XIX sin tratar orgánicamente la revolución francesa y las guerras napoleónicas? ¿Y puede hacerse una historia de Italia en la época moderna sin tratar las luchas del *Risorgimento*? O sea, ¿es por casualidad o por una razón tendenciosa que Croce inicia sus narraciones a partir de 1815 y 1871? ¿prescindiendo del momento de la lucha, del momento en que se elaboran y agrupan y alinean las fuerzas en pugna? ¿del momento en que un sistema ético-político se disuelve y otro se elabora a hierro y fuego? ¿en el que un sistema de relaciones sociales se descompone y decae y otro sistema surge y se afirma y asume en cambio plácidamente como historia el momento de la expansión cultural o ético-política? Puede decirse, por lo tanto, que el libro sobre la *Storia d’Europa*. no es más que un fragmento de historia, el aspecto “pasivo” de la gran revolución que se inició en Francia en 1789, se extendió por el resto de Europa con los ejércitos republicanos y napoleónicos, dando un poderoso empujón a los viejos regímenes y determinando, no su hundimiento inmediato como en Francia, sino la corrosión “reformista” que duró hasta 1870.

Se plantea el problema de si esta elaboración crociana, en su parcialidad, no posee una referencia actual e inmediata, no tiene el fin de crear un

movimiento ideológico correspondiente al de la época tratada por Croce, de restauración-revolución, en la que las exigencias que en Francia encontraron una expresión jacobino-napoleónica fueron satisfechas a pequeñas dosis, legalmente, reformistamente, y se consiguió salvar así la posición política y económica de las viejas clases feudales, evitar la reforma agraria y especialmente evitar que las masas populares atravesasen un periodo de experiencias políticas como las que tuvieron lugar en Francia en los años del jacobinismo, en 1831, en 1848. Pero, en las condiciones actuales, el movimiento correspondiente al del liberalismo moderado y conservador ¿no sería precisamente el movimiento fascista?

Sin duda, no carece de significado el hecho de que en los primeros años de su desarrollo el fascismo afirmase sus vínculos con la tradición de la vieja derecha o derecha histórica. Podría ser una de las muchas manifestaciones paradójicas de la historia (una astucia de la naturaleza, por así decirlo) ésta por la cual Croce, impulsado por preocupaciones determinadas, llegase a contribuir a un fortalecimiento del fascismo, proporcionándole indirectamente una justificación mental después de haber contribuido a depurarlo de algunas características secundarias, de orden superficialmente romántico pero no por ello menos irritantes para la compostura clásica de Goethe. La hipótesis ideológica podría ser presentada en estos términos: se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, se introducirían en la estructura económica del país modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento "plan de producción", esto es, se acentuaría la socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose sólo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia. En el cuadro concreto de las relaciones sociales italianas ésta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales, en competencia con las más avanzadas formaciones industriales de los países que monopolizan las materias primas y han acumulado capitales imponentes. Que semejante esquema pueda traducirse en la práctica, y en qué medida y cuáles formas, tiene un valor relativo: lo que importa política e ideológicamente es que puede tener y realmente tiene la virtud de prestarse a crear un período de espera y de esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como la gran masa de los pequeñoburgueses urbanos y rurales, y así mantener el sistema hegemónico y las fuerzas de coerción militar y civil a disposición de las clases dirigentes tradicionales.

Esta ideología serviría como elemento de una “guerra de posición” en el campo económico (la libre competencia y el libre cambio corresponderían a la guerra de movimiento) internacional, así como la “revolución pasiva” lo es en el campo político. En Europa se tuvo, de 1789 a 1870, una guerra de movimiento (política) en la revolución francesa y una larga guerra de posición desde 1815 hasta 1870. En la época actual, la guerra de movimiento se ha tenido políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921, y la ha seguido una guerra de posición cuyo representante además de práctico (para Italia), ideológico (para Europa), es el fascismo.

## SOBRE LA ESTRUCTURA ECONÓMICA NACIONAL[*]

En *Riforma sociale* de mayo-junio de 1932 se publicó una crítica del libro de Rodolfo Morandi [*Sloria della grande industria in Italia*, Bari, Laterza, 1931), crítica que contiene aspectos metodológicos de cierto interés (la crítica es anónima, pero el autor podría ser identificado en el profesor De Viti De Marco).

Se objeta ante todo a Morandi el no tomar en cuenta lo que ha costado la industria italiana: “Al economista no le hasta que se le muestren fábricas que dan trabajo a miles de obreros, planes que crean tierras cultivables y otros hechos similares con los que generalmente se conforma el público en sus juicios sobre un país, sobre una época. El economista sabe bien que el mismo resultado puede representar un mejoramiento o un empeoramiento de una cierta situación económica, según que haya sido obtenido con un conjunto de sacrificios menores o mayores”.

Es correcto el criterio general de que es preciso examinar el costo de introducción de una cierta industria en el país: quién ha hecho los gastos, quién ha obtenido ventajas y si los sacrificios hechos no podían haberse orientado últimamente en otra dirección; pero todo este examen debería hacerse con una perspectiva no inmediata, sino de largo alcance. Por otra parte, el solo criterio de la utilidad económica no es suficiente para examinar el paso de una forma de organización económica a otra: es necesario tomar en cuenta también el criterio político, o sea, si el paso ha sido objetivamente necesario y correspondiente a un interés general cierto, aunque sea a largo plazo. Que la unificación de la península debía costar sacrificios a una parte de la población por las necesidades inderogables de un gran Estado moderno, es preciso admitirlo, pero hay que examinar si tales sacrificios fueron distribuidos equitativamente y en qué medida podían ser evitados y si fueron

aplicados en una dirección justa. Que la introducción y el desarrollo del capitalismo en Italia no haya ocurrido desde un punto de vista nacional, sino desde estrechos puntos de vista regionales y de grupos reducidos, y que en gran parte haya faltado a sus obligaciones, provocando una emigración morbosa, jamás reabsorbida y de la cual nunca ha cesado la necesidad, arruinando económicamente a regiones enteras, es absolutamente cierto. La emigración debe ser considerada, de hecho, como un fenómeno de desocupación absoluta por una parte y, por la otra, como manifestación del hecho de que el régimen económico interno no aseguraba un nivel de vida que se aproximase al internacional, capaz de no hacer preferir los riesgos y sacrificios ligados al abandono de su patria a los trabajadores ya ocupados.

Morandi no logra captar el significado del proteccionismo en el desarrollo de la gran industria italiana. Así, Morandi reprocha absurdamente a la burguesía "el propósito deliberado y funestísimo de no haber intentado la *aventura* saludable en el sur, donde la producción agrícola malamente puede recompensar los grandes esfuerzos que exige al hombre". Morandi no se pregunta si la miseria del sur no fue determinada por la legislación proteccionista que permitió el desarrollo industrial del norte, y cómo podía existir un mercado interno que explotar con impuestos y otros privilegios, si el sistema proteccionista se hubiese extendido a toda la península, transformando la economía rural del sur en economía industrial. Sin embargo, es posible pensar en semejante régimen proteccionista panitaliano, como un sistema para asegurar determinadas rentas a ciertos grupos sociales, o sea como un "régimen salarial", y puede verse algo de ese tipo en la protección a los cereales, vinculada a la protección industrial, que sólo funciona a favor de los grandes propietarios de la industria harinera, etcétera.

Se reprocha a Morandi la excesiva severidad con que juzga y condena a hombres y cosas del pasado, porque basta hacer una confrontación entre las condiciones antes y después de la independencia para ver que, con todo, algo se ha hecho. Parece improbable que se pueda hacer una historia de la gran industria haciendo abstracción de los principales factores (desarrollo demográfico, política fiscal y aduanal, ferrocarriles, etcétera), que han contribuido a determinar las características económicas del periodo considerado. Crítica muy justa: una gran parte de la actividad de la derecha histórica, desde Cavour hasta 1876, se dedicó en efecto a crear las condiciones técnicas generales en las que fuese posible una gran industria y un gran capitalismo pudiera difundirse y prosperar; sólo con el advenimiento de la izquierda, y especialmente con Crispi, se tiene la "fabricación de

fabricantes” a través del proteccionismo y los privilegios. La política hacendaría de la derecha orientada hacia el equilibrio hace posible la política “productivista”.

“Así, por ejemplo, no se alcanza a comprender cómo es que había tanta abundancia de mano de obra en Lombardía en las primeras décadas después de la unificación, y que por lo tanto el nivel de los salarios permaneciese tan bajo, si se representa el capitalismo como a un pulpo que alarga sus tentáculos para hacer constantemente nuevas presas en los campos, en vez de tomar en cuenta la transformación que se produjo al mismo tiempo en los contratos agrarios y en general en la economía rural. Y es fácil concluir simplistamente, basándose en la obstinación y estrechez de mente de las clases patronales, observando la resistencia que ponen a cualquier exigencia de mejoramiento de las condiciones de las clases obreras, si no se tiene también en cuenta lo que ha representado el incremento de la población respecto a la formación de nuevos capitales”. Sin embargo, la cuestión no es tan simple. La tasa de ahorro o de capitalización era baja porque los capitalistas quisieron conservar toda la herencia de parasitismo del periodo precedente, para que no disminuyese la fuerza política de su clase y de sus aliados.

Crítica de la definición de “gran industria” dada por Morandi, el cual, no se sabe por qué, ha excluido de su estudio muchas de las más importantes actividades Industriales (transportes, industrias alimenticias, etcétera). Excesiva simpatía de Morandi por los organismos industriales colosales, considerados demasiado a menudo, sin más, como formas superiores de actividad económica, no obstante que se recuerden las quiebras desastrosas de Uva, de Ansaldo, de la Banca de Descuento, de Suia Viscosa, de Italgas. “Otro punto de desacuerdo, que merece ser revelado, porque nace de un error muy difundido, es aquel en el que el autor considera que un país debe necesariamente resultar sofocado por la competencia de los otros países, si empieza después que ellos su organización industrial. Esta inferioridad económica, a la que también Italia estaría condenada, no parece demostrada en absoluto, porque las condiciones de los mercados, de la técnica, de los ordenamientos políticos, están en continuo movimiento y, por lo tanto, las metas a alcanzar y los caminos a recorrer cambian tan frecuente y súbitamente, que pueden hallarse en ventaja individuos y pueblos que habían quedado atrás o que casi no habían avanzado. Si esto no fuese así no podría explicarse cómo es que continuamente pueden surgir y prosperar nuevas industrias al lado de otras más viejas en un mismo país, y cómo pudo realizarse el enorme desarrollo industrial de Japón a fines del siglo pasado”. A

propósito de esto habría que investigar si muchas industrias italianas, en vez de nacer sobre la base de la técnica más avanzada en el país más avanzado —como hubiera sido racional— no han nacido con las máquinas de desecho de otros países, adquiridas a buen precio, sí, pero ya superadas; y sí este hecho no resultó "más útil" para los industriales, que especulaban con el bajo precio de la mano de obra y con los privilegios gubernamentales más que con una producción técnicamente perfeccionada.

Al hacer el análisis de la relación de la Banca Comercial Italiana a la asamblea social para el ejercicio de 1931, Attilio Cabiati (en *Riforma sociale*, julio-agosto de 1932, p. 464) escribe: "En estas consideraciones destaca el vicio fundamental que siempre afligió la vida económica italiana: ]a creación y el mantenimiento de una estructura industrial demasiado superior tanto a la rapidez de formación del ahorro en el país, como a la capacidad de absorción de los consumidores internos: viviendo en gran parte sólo por la fuerza del proteccionismo y de ayudas estatales de múltiples formas. Pero el proteccionismo nacional, que en algunos casos alcanza y supera el ciento por ciento del valor internacional del producto, encareciendo la vida, retardaba a su vez la formación del ahorro, que para colmo era disputado a la industria del Estado mismo, a menudo sofocado por sus necesidades, desproporcionadas a nuestro armazón. La guerra, ampliando desmedidamente tal armazón, obligó a nuestros bancos, como describe la relación antes citada, 'a una política de tesorería valiente y pertinaz', la cual consistió en solicitar préstamos 'rotativos' al extranjero, para prestar a más largo plazo en el interior. 'Pero semejante política de tesorería —dice la relación— tenía su límite natural en la necesidad, para los bancos, de conservar a toda costa apropiadas reservas de inversiones líquidas o de fácil realización'. Cuando estalló la crisis mundial, las 'inversiones líquidas' no se podían realizar sino con un descuento formidable; el ahorro exterior detuvo su flujo; las industrias nacionales no pudieron pagar. Con lo cual, *exceptis excipiendis*, el sistema bancario italiano se encontró en una situación en muchos aspectos idéntica a la del mercado financiero inglés a mediados de 1931… [El error] antiguo consistía en haber querido dar vida a un organismo industrial desproporcionado a nuestras fuerzas, creado con el fin de hacernos 'independientes del exterior' sin reflexionar que, a medida que no 'dependíamos' del extranjero para los productos, íbamos siendo cada vez más dependientes para el capitalista".

Se plantea el problema de si en otro estado de cosas se podría ampliar la base industrial del país sin recurrir al extranjero para los capitales. El ejemplo

de otros países (por ejemplo Japón) demuestra que esto es posible: cada forma de sociedad tiene su ley de acumulación del ahorro y debe aceptarse que también en Italia puede obtenerse una acumulación más rápida. Italia es el país que, en las condiciones creadas por el *Risorgimento* y por su modo de desarrollo, tiene el mayor peso de población parasitaria, esto es, que vive sin intervenir para nada en la vida productiva, es el país de mayor cantidad de pequeña y mediana burguesía rural y urbana que consume una gran fracción de la renta nacional para ahorrar una fracción insuficiente para las necesidades nacionales.

## PECULIARIDADES ITALIANAS[*]

Observan algunos con complacencia, otros con decepción y pesimismo, que el pueblo italiano es "individualista": algunos dicen "desdichadamente", otros "afortunadamente", etcétera. Este "individualismo", para ser valorado exactamente, debería ser analizado porque existen distintas formas de "individualismo", más progresistas, menos progresistas, correspondientes a diversos tipos de civilización y de vida cultural. Individualismo atrasado, correspondiente a una forma de "apoliticismo", que corresponde hoy al antiguo "anacionalismo"; hubo un tiempo en que se decía: "Venga Francia, venga España, con su sola existencia", así como hoy se es indiferente a la vida estatal, a la vida política de los partidos, etcétera.

Pero este "individualismo", ¿lo es verdaderamente? No participar activamente en la vida colectiva, o sea en la vida estatal (y ello significa sólo no participar en esta vida a través de la adhesión a los partidos políticos "regulares"), ¿significa acaso no ser "partidarios", no pertenecer a ningún grupo constituido? ¿Significa el "espléndido aislamiento" del individuo, que cuenta sólo consigo mismo para crear su vida económica y moral? Nada de eso. Significa que al partido político y al sindicato económico "modernos", tal como han sido elaborados por el desarrollo de las fuerzas productivas más progresistas, "prefieren" formas organizadas de otro tipo, y precisamente del tipo "mala vida", o sea los conciliábulos, las conjuras, las mafias, tanto populares como ligadas a las clases altas. Cada nivel o tipo de civilización tiene su propio "individualismo", esto es, tiene su propia posición peculiar y actividad del individuo en sus lincamientos generales. Este "individualismo" italiano (que es más o menos acentuado y dominante según los sectores económico-sociales del territorio) es propio de una fase en la que las necesidades económicas más inmediatas no pueden encontrar satisfacción

regular permanentemente (desocupación endémica entre los trabajadores rurales y entre las capas intelectuales pequeñas y medianas). La razón de este estado de cosas tiene orígenes históricos lejanos, y de la permanencia de tal situación es responsable el grupo dirigente nacional.

Se plantea el problema histórico-político; ¿puede ser superada semejante situación con los métodos de una concentración estatal (escuela, legislación, tribunales, policía) que tienda a nivelar la vida según un tipo nacional? Es decir, ¿con una acción que baje de lo alto y que sea resuelta y enérgica? Entre tanto, se plantea, la cuestión de cómo formar el grupo dirigente que desarrolle tal acción; ¿a través de la competencia de los partidos y de sus programas económicos y políticos? ¿a través de la acción de un grupo que ejerza el poder monopólicamente? En uno y otro caso es difícil superar el ambiente mismo, que se reflejará en el personal de los partidos, o en la burocracia al servicio del grupo monopolista, porque si bien es concebible Ja selección de un tipo de pocos dirigentes, es imposible tal selección "preventiva" de las grandes masas de individuos que constituyen todo el aparato organizativo (estatal y hegemónico) de un gran país. Método de la libertad, pero no en sentido "liberal": la nueva construcción no puede sino surgir de abajo, en cuanto todo un estrato nacional, el más bajo económica y culturalmente, partícipe en un hecho histórico radical que afecte a toda la vida del pueblo y que ponga a cada uno, brutalmente, frente a sus propias responsabilidades inderogables. El error histórico de la clase dirigente fue el de haber impedido sistemáticamente que se produjese tal fenómeno en el periodo del *Risorgimento*, y haber hecho razón de ser de su continuidad histórica el mantenimiento de semejante situación cristalizada, desde el *Risorgimento* en adelante.

## APOLITICISMO[*]

Confrontar las observaciones dispersas sobre aquel rasgo del pueblo italiano que puede llamarse "apoliticismo". Este rasgo, naturalmente, es de las masas populares, esto es, de las clases subalternas. En los estratos superiores y dominantes le corresponde un modo de pensar que puede llamarse "corporativo", económico, de categoría, que por lo demás ha sido registrado en la nomenclatura política italiana con el término de *"consorteria"*, una variación italiana de la *"clique"* francesa y de la "camarilla" española, que indican algo distinto, particular, sí, pero en el sentido personal o de grupo estrictamente político-sectario (vinculado a la actividad política de grupos militares o de cortesanos), mientras que en Italia el término indica algo más

ligado a intereses económicos (especialmente agrarios y regionales). Una variedad de este “apoliticismo” popular es el “más o menos” de la fisonomía de los partidos tradicionales, el más o menos de los programas y las ideologías. Por esto también, en Italia hay un “sectarismo” particular, no de tipo jacobino a la francesa o a la rusa (o sea fanática intransigencia por principios generales y con ello el partido político que se convierte en centro de todos los intereses de la vida individual); el sectarismo en los elementos populares corresponde al espíritu de camarilla en las clases dominantes, no se basa en principios, sino en pasiones incluso bajas e innobles y acaba por aproximarse al “punto de honor” de la mala vida y a la *omertà*[1] de la mafia y de la *camorra*.

Este apoliticismo, unido a las formas representativas (especialmente de los órganos electivos locales), explica la capacidad de deterioro de los partidos políticos, que nacieron todos ellos en el terreno electoral (en el congreso de Génova la cuestión fundamental fue la electoral); esto es, los partidos no fueron una fracción orgánica de las ciases populares (una vanguardia, una élite), sino un conjunto de buscavidas y mequetrefes electorales, una reunión de pequeños intelectuales de provincia, que representaban una selección al revés. Dada la miseria general del país y la desocupación crónica de estos estratos, las posibilidades económicas que ofrecían los partidos estaban lejos de ser despreciables. Se ha sabido que en algunos lugares, cerca de una décima parte de los inscritos en los partidos de izquierda juntaban una parte de los medios para vivir de las comisarías de policía, que daban poco dinero a los informantes dada la abundancia de éstos, o les pagaban con permisos para actividades marginales de tipo vagabundo o con la impunidad para ganancias equívocas. En realidad, para ser de un partido bastaban pocas ideas vagas, imprecisas, indeterminadas, difusas. Era imposible toda selección, faltaba cualquier mecanismo de selección y las masas tenían que seguir a estos partidos porque no existían otros.

Entre los demás elementos que muestran manifiestamente este apoliticismo debemos recordar los tenaces residuos de patrioterismo y otras tendencias que de costumbre son catalogadas como manifestaciones de un supuesto “espíritu pendenciero y sedicioso” (luchas locales para impedir que las muchachas hagan el amor con jóvenes “forasteros”, incluso los de pueblos vecinos, etcétera). Cuando se dice que este primitivismo ha sido superado por los progresos de la civilización, habría que precisar que ello ha ocurrido por la difusión de cierta vida política de partido que ampliaba los intereses intelectuales y morales del pueblo. Al llegar a faltar esta vida, los

patrioterismos han renacido, por ejemplo a través del deporte y las competencias deportivas, en formas a menudo salvajes y sanguinarias. Junto al "tipo" deportivo, está el "tipo" patriotero "deportivo".

## ORIGEN POPULAR DEL "SUPERHOMBRE"[*]

Cada vez que nos tropezamos con algún admirador de Nietzsche, resulta oportuno preguntarse y averiguar sí sus concepciones "sobrehumanas", contra la moral convencional, son producto de una elaboración del pensamiento que debe situarse en la esfera de la "alta cultura", o bien si tienen orígenes mucho más modestos como, por ejemplo, los vinculados con la literatura de folletín. (Y el mismo Nietzsche, ¿no habrá sido influido en parte por las novelas francesas de folletín? Es preciso recordar que tal literatura, degradada hoy a las porterías y a los tabucos, estuvo muy difundida entre los intelectuales, al menos hasta 1870, como ocurre hoy con la novela policíaca). De cualquier modo parece posible afirmar que mucha de la supuesta "sobrehumanidad" nietzscheana tiene como único origen y modelo doctrinal no a Zaratustra, sino al *Conde de Montecristo* de A. Dumas. El tipo más logradamente representado por Dumas en *Montecristo* tiene numerosas réplicas en otras novelas del mismo autor: puede identificarse, por ejemplo en el Athos de *Los tres mosqueteros*, en *José Balsamo* y seguramente también en otros personajes. Así, cuando se lee que uno es admirador de Balzac, también hay que ponerse en guardia: también en Balzac hay mucho de la novela de folletín. Vautrin es también, a su modo, un superhombre, y el discurso que dirige a Rastignac en *Papá Goriot* tiene mucho de… nietzscheano en sentido populachero; lo mismo debe decirse de Rastignac y de Rubempré.[1]

El éxito de Nietzsche ha sido muy elaborado: sus obras completas han sido editadas por el editor Monanni y son conocidos los orígenes culturales ideológicos de Monanni y de su más leal clientela.

Vautrin y el "amigo de Vautrin" han dejado amplio rastro en la literatura de Paolo Valera y de su *Folla* (recuérdese el turinés "amigo de Vautrin" de la *Folla*). Vasto seguimiento popular ha tenido la ideología del "mosquetero", tomada de la novela de Dumas.

Que se tenga cierto pudor en justificar mentalmente las concepciones propias con las novelas de Dumas y Balzac, se entiende fácilmente: por ello los justificamos con Nietzsche y se admira a Balzac como escritor de arte y no como creador de figuras novelescas del tipo folletinesco. Pero el nexo real parece indudable culturalmente. El tipo del "superhombre" es Montecristo,

liberado de aquel particular halo de “fatalismo” que es propio del romanticismo vulgar y que es aún más transparente en Adiós y José Balsamo. Montecristo llevado a la política es, sin duda, extraordinariamente pintoresco (la lucha contra los “enemigos personales” de Montecristo, etcétera). Puede observarse cómo ciertos países han seguido siendo provincianos y atrasados incluso en esta esfera en comparación con otros; mientras que Sherlock Holmes se ha vuelto ya anacrónico para media Europa, en algunos países se tiene todavía a *Montecristo* y a Fenimore Cooper (cf.: “los salvajes”, “barba de hierro”, etcétera).

Confrontar el libro de Mario Praz: *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica* (edición de la *Cultura*)[*]. Junto a la investigación de Praz, habría que hacer esta otra investigación: del “superhombre” en la literatura popular y de su influencia en la vida real y en las costumbres (la pequeña burguesía y los pequeños intelectuales son particularmente influidos por tales imágenes novelescas, que son como su “opio”, como su "paraíso artificiar1 en contraste con la mezquindad y estrechez de su vida real inmediata); de ahí el éxito de algunos lemas como: “más vale vivir un día como león que cien años como oveja”, éxito particularmente grande entre quienes son precisa e irremediablemente ovejas. Cuántas de estas “ovejas” dicen: “¡Oh!, si yo tuviese el poder aunque fuese por un solo día”, etcétera; ser “justicieros” implacables es la aspiración de quienes sienten la influencia de Montecristo.

Adolfo Omodeo ha observado que existe una especie de “mano muerta” cultural, constituida por la literatura religiosa, de la que parece que nadie quiere ocuparse, como si no tuviese importancia y función en la vida nacional y popular. Aparte del epigrama de la “mano muerta” y de la satisfacción del clero de que su literatura especial no sea sometida a un examen crítico, existe otra sección de la vida cultural nacional y popular de la que nadie se ocupa ni se preocupa críticamente, y es precisamente la literatura de folletín propiamente dicha e incluso en sentido amplio (en este sentido entran en ella Víctor Hugo y también Balzac).

En *Montecristo* hay dos capítulos donde explícitamente se habla del “superhombre” de folletín: el titulado *Ideología*, cuando Montecristo se encuentra con el procurador Villefort; y el que describe el almuerzo con el vizconde de Morcerf en el primer viaje de Montecristo a París. Habría que ver si en otras novelas de Dumas existen brotes “ideológicos” de este tipo. En *Los tres mosqueteros*, Athos tiene más del hombre fatal genérico del bajo romanticismo: en esta novela los humores individualistas populacheros son

estimulados sobre todo por la actividad aventurera y extralegal de los mosqueteros como tales. En *José Balsamo*, el poder del individuo está ligado a fuerzas oscuras de magia y al apoyo de la masonería europea, por ello el ejemplo es menos sugestivo para el lector popular. En Ralzac las figuras son más concretamente artísticas, pero aún entran en la atmósfera del romanticismo popular. Rastignac y Vautrin no deben ser confundidos con los personajes dumasianos, y precisamente por esto su influencia es más "confesable", no sólo por parte de hombres como Paolo Valera y sus colaboradores de la *Folla*, sino también por intelectuales mediocres como Vincenzo Morello, que sin embargo se consideran (o son considerados por muchos) como pertenecientes a la "alta cultura". Próximo a Balzac se encuentra Stendhal con la figura de Sorel y otras de su repertorio novelístico.

Respecto al "superhombre" de Nietzsche, además de la influencia romántica francesa (y en general del culto a Napoleón) deben examinarse las tendencias racistas, que han culminado en Gobineau y luego en Chamberlain y en el pangermanismo (Treitschke, la teoría de la fuerza, etcétera). Pero quizá el "superhombre" popular dumasiano debe ser considerado más bien como una reacción "democrática" a la concepción de origen feudal del racismo, que habría que unir a la exaltación del "galicismo" hecha en las novelas de Eugenio Sue.

Como reacción a esta tendencia de la novela popular francesa hay que recordar a Dostoievski. Raskólnikov es Montecristo "criticado" por un paneslavista cristiano. Para la influencia ejercida en Dostoievski por la novela francesa de folletín hay que consultar el número único dedicado a Dostoievski por *Cultura*.

En el carácter popular del "superhombre" están contenidos muchos elementos teatrales, exteriores, de "primadonna" más que de superhombre: mucho formalismo "subjetivo y objetivo", ambiciones infantiles de ser "el primero de la clase", pero especialmente de ser considerado y proclamado como tal. Para las relaciones entre el bajo romanticismo y algunos aspectos de la vida moderna (atmósfera de *Conde de Montecristo*) debe leerse un artículo de Louis Gillet en la *Revue des deux mondes* del 15 de diciembre de 1932. Este tipo de "superhombre" tiene su expresión en el teatro (especialmente francés, que en tantos aspectos continúa la literatura de folletín del cuarenta y ocho): obsérvese el repertorio "clásico" de Ruggero Ruggeri como *Il marchese di Priola*, *L'artiglio*, etcétera, y muchas obras de Henil Bernstein.

## LAS IDEAS DE AGNELLI[*]

Algunas observaciones preliminares sobre el modo de plantear el problema tanto por parte de Agnelli[1] como de Einaudi: 1] Respecto a que el progreso técnico no se produce "evolutivamente", un tanto cada vez, por lo que se pueden hacer previsiones dentro de ciertos límites: el progreso se produce por impulsos determinados, en ciertos campos. Si fuese como razona especialmente Einaudi, se llegaría a la hipótesis del país de Jauja, en donde las mercancías se obtienen sin trabajo alguno. 2] Después, la cuestión más importante es la de la producción de alimentos: no se piensa que "hasta ahora", dada la multiplicidad de niveles de trabajo más o menos avanzados técnicamente, el salario ha sido "elástico" sólo porque se ha permitido, dentro de ciertos límites, una cierta redistribución de los alimentos y especialmente de algunos de éstos, de aquellos que dan el tono a la vida (junto a los alimentos es necesario poner el vestido y el alojamiento). Ahora bien, en la producción de alimentos los límites a la productividad del trabajo se hallan más marcados que en la producción de bienes manufacturados (y se entiende "cantidad global" de los alimentos, no sus modificaciones mercadológicas, que no aumentan su cantidad). Las posibilidades de "ocio" (cu el sentido de Einaudi) más allá de ciertos límites, son dadas por la posibilidad de multiplicación de los alimentos como cantidad y no por la productividad del trabajo, y la "superficie de la tierra" con el régimen de las estaciones, etcétera, determinan límites férreos, por más que deba admitirse que antes de alcanzar tales límites nos quede aún mucho camino.

Las polémicas tipo Agnelli-Einaudi hacen pensar en el fenómeno psicológico de que durante el hambre es cuando más se piensa en la abundancia de comida: son irónicas, por decir lo menos. Además la discusión es equivocada psicológicamente, porque tiende a hacer creer que la actual desocupación es "técnica", y esto es falso. La desocupación "técnica" es poca cosa en comparación con la desocupación general. Por otra parte, el razonamiento se hace como sí la sociedad estuviese constituida por "trabajadores" e "industriales" (dadores de trabajo en sentido estricto, técnico), lo cual es falso y conduce a razonamientos ilusorios. Si así fuese, dado que el industrial tiene necesidades limitadas, la cuestión sería realmente sencilla: la cuestión de recompensar al industrial con sobresueldos o premios de capacidad sería cosa de nada y algo que ningún hombre sensato se negaría a tomar en consideración: el fanatismo de la igualdad no nació de los "premios" que se conceden a los industriales capaces. El hecho es éste: que, dadas las condiciones generales, la mayor ganancia creada por los progresos

técnicos del trabajo crea nuevos parásitos, o sea gente que consume sin producir, que no "cambia" trabajo por trabajo, sino el trabajo de los oíros por su propio "ocio" (y ocio en el sentido peyorativo). Dada la relación antes apuntada sobre el progreso técnico en la producción de alimentos, ocurre una selección de los consumidores de alimentos, en la cual los "parásitos" entran en la lista antes que los trabajadores efectivos y especialmente antes que los trabajadores potenciales (o sea, los actualmente desocupados). De esta situación es de donde nace el "fanatismo" de la igualdad, y seguirá siendo "fanatismo", esto es, tendencia extrema e irracional, mientras dure tal situación. Se ve que desaparece allí donde se ve que por lo menos se trabaja para hacer desaparecer o atenuar tal situación general.

El hecho de que la "sociedad industrial" no está constituida sólo por "trabajadores" y "empresarios", sino por "accionistas" ociosos (especuladores) trastorna todo el razonamiento de Agnelli: ocurre que si el progreso técnico permite un margen de ganancia más amplio, éste no será distribuido racionalmente sino "siempre" irracionalmente a los accionistas y afines. Tampoco puede decirse que hoy existan "empresas sanas". Todas las empresas se han vuelto malsanas, y esto no se dice por prevención moralista o polémica, sino objetivamente. Es la misma "grandeza" del mercado accionario la que ha creado la enfermedad: la masa de los poseedores de acciones es tan grande que obedece ya a las leyes de la "locura" (pánico, etcétera, que tiene sus términos técnicos especiales en el "boom", en el "run", etcétera) y la especulación se vuelve una necesidad técnica, más importante que el trabajo de los ingenieros y de los obreros.

La observación sobre la crisis norteamericana de 1929 ha sacado a la luz incluso esto: la existencia de fenómenos irrefrenables de especulación, por los que resultan arrastradas incluso las empresas "sanas", por lo que puede decirse que las "empresas sanas" ya no existen; por lo tanto, puede usarse la palabra "sana" acompañándola de una referencia histórica: "en el sentido de otra época", o sea cuando existían ciertas condiciones generales que permitían ciertos fenómenos generales no sólo en sentido relativo, sino también en sentido absoluto.[2]

Luigi Einaudi ha recogido en un volumen los ensayos publicados durante estos años de crisis. Uno de los motivos a los que Einaudi vuelve más a menudo es éste: que se saldrá de la crisis cuando la inventiva de los hombres recupere cierto impulso. No nos parece que esta afirmación sea exacta desde ningún punto de vista. Es cierto que el periodo de desarrollo de las fuerzas económicas fue caracterizado también por las invenciones, pero ¿es exacto

que en este último periodo las invenciones hayan sido menos esenciales o incluso menos numerosas? No parece así: todo lo más puede decirse que han impresionado menos a las imaginaciones, precisamente por venir precedidas de un periodo de tipo similar, pero más original. Todo el proceso de racionalización no es más que un proceso de “inventiva”, de aplicación de nuevos hallazgos técnicos y organizativos. Parece que Einaudi entiende por inventos sólo aquellos que conducen a la introducción de nuevos tipos de mercancías, pero también desde este punto de vista la afirmación es inexacta. En realidad, los inventos esenciales son aquellos que determinan una disminución de los costos, con lo que amplían los mercados de consumo, unifican cada vez más a vastas masas humanas, etcétera; desde este punto de vista ¿qué periodo ha sido más “inventivo” que el de la racionalización? Incluso demasiado inventivo, a lo que parece, hasta el “invento” de las ventas a plazos y de la creación artificiosa de nuevas necesidades en el consumo popular. La verdad es que parece casi imposible crear “necesidades” nuevas esenciales de satisfacer, con nuevas industrias completamente originales, capaces de determinar un nuevo periodo de civilización económica correspondiente al del desarrollo de la gran industria. O bien estas “necesidades” son propias de estratos de la población no esenciales socialmente y cuya difusión sería enfermiza.[3]

## SINDICATO Y CORPORACIÓN[*]

Dificultad que encuentran los teóricos del corporativismo en encuadrar el hecho sindical (organización de las categorías) y sorda lucha entre los sindicalistas tradicionales (por ejemplo, E. Rossoni) y corporativistas de mentalidad nueva (por ejemplo, Giuseppe Botrai y Ugo Spirito). En realidad, Rossoni no logra superar la vieja concepción del sindicalismo formal y abstracto, pero también es cierto que tampoco Bottai y Spirito lograre comprender y superar la exigencia que, aunque tosca y sordamente, representa Rossoni. Por otra parte, tampoco Bottai y Spirito están de acuerdo. Bottai afirma que el sindicato es una institución necesaria que no puede ser absorbida por la corporación, pero no consigue definir qué debe ser y qué función debe tener el sindicato. Spirito, por el contrario, con una lógica formal, sostiene que el sindicato debe ser absorbido por la corporación, pero en esta absorción no aparece cuáles tareas nuevas y cuáles nuevas formas deban resultar. Spirito, en dos escritos sobre el libro de Bottai (*Il Consiglio*

*nazionale delle corporazioni*. Mondadori, Milán, 1932, pp. XI + 427), el primero publicado en Leonardo de marzo de 1933 ("Il fascismo nella fase corporativa") y el segundo en Italia letteraria del 26 de marzo de 1933 ("Origine e avvenire della corporazione fascista"), alude a su desacuerdo con Bottai. Escribe Spirito en este segundo artículo: "De qué perspectivas pretende hablar Bottai, se comprende por lo que él observa en el mismo artículo (artículo en *Lo spettacolo italiano* de septiembre de 1930), a propósito de la relación entre sindicalismo y corporativismo y por lo tanto entre sindicatos y corporaciones y entro corporaciones nacionales y corporaciones de categoría. En una nota publicada en *Leonardo* aludí ya a la decidida posición adoptada por Bottai contra todo intento tendiente a un corporativismo integral que resuelva en sí el sindicalismo. Sin embargo, pienso que el concebir de tal modo el desarrollo ulterior del corporativismo entra, dentro de la misma lógica de todo su pensamiento y de su acción política, dirigida a dar realidad y concreción a la corporación. Si la corporación no logra aún encontrar aquella riqueza que indudablemente le está reservada, es sólo porque no consigue absorber en sí al sindicato, al cual queda yuxtapuesta y en gran parte extraña. El sindicalismo de Estado ha dado el primer paso hacia el corporativismo: hoy es preciso plantear el problema de la superación definitiva de una forma social todavía demasiado ligada al pasado, y por ello en cierto modo limitadora de la originalidad del fascismo. El sindicalismo es la expresión del clasismo; con el sindicato de Estado las clases son puestas al mismo nivel impulsadas a una colaboración más espiritual, pero solamente con las corporaciones el clasismo será superado en serio y con él el principio de la competencia arbitraria (liberalismo) y de la lucha materialista (socialismo). Entonces la corporación se enriquecerá con la vida del sindicato y, liberada de la función de componer el dualismo inherente al ordenamiento sindical, podrá operar sin límites en la construcción de la nueva vida económica y política".

Resultan evidentes las razones por las que Bottai no acepta la tesis de Spirito, razones políticas y económicas, igual como resulta evidente que la construcción de Spirito es una no muy brillante y fecunda utopía libresca. Pero es interesante señalar que en verdad no se comprende tampoco qué es lo que entiende Spirito por sindicato y por categoría y cómo él parece no conocer la literatura existente sobre el tema. Se le podrían recordar las polémicas sobre la organización por fábrica (de tipo industrial) en contraposición a aquella por categoría; el distinto significado que la palabra "categoría" ha tenido (desde el simple oficio, por ejemplo de tornero, al de

obrero metalúrgico, etcétera) y la misma discusión de si, a pesar de existir un progreso en la amalgamación de todos los elementos de una industria en un solo sindicato unitario, no sería aún necesario, por razones técnico-profesionales (desarrollo de las formas de trabajo, de los utensilios, etcétera), conservar ciertos rasgos de la organización por oficios, por cuanto el oficio se mantiene técnicamente distinto e independiente.

De todos modos, debe observarse la corrección fundamental de la intuición de Spirito, según la cual, admitiendo que el clasismo haya sido superado por el corporativismo y por una forma cualquiera de economía regulada y programática, las viejas formas sindicales, nacidas en el terreno del clasismo, deben ser actualizadas, lo que podría querer decir también absorbidas por la corporación; de esto se deduce que la resistencia del viejo sindicalismo formal y abstracto es una forma de crítica real a afirmaciones que sólo pueden hacerse en el papel. ¿Es que el sindicalismo abstracto y formal es sólo una forma de fetichismo y de superstición? En el elemento sindicato prevalece aún el asalariado, por una parte, y el percibidor de ganancia, por la otra, ¿o bien realmente el hecho productivo ha superado al de la distribución de la renta industrial entre los diversos elementos de la producción? Mientras que el obrero, por una parte, y el industrial, por Ta otra, tengan que preocuparse por el salario y la ganancia, es evidente que el sindicalismo del viejo tipo no habrá sido superado y no podrá ser absorbido en otras instituciones. El error científico de Spirito consiste en no examinar en concreto estos problemas, sino presentar las cuestiones en su aspecto formal y apodíctico, sin las necesarias distinciones y las indispensables fases de transición: de ahí sin duda no sólo su desacuerdo con Rossoni sino también con Bottai, cuyo espíritu político no puede dejar de sentir esta necesidad.

Si se parte del punto de vista de la producción, y no del de la lucha por la distribución de la renta, es evidente que el terreno sindical debe transformarse completamente. En una fábrica de automóviles de cierta extensión, además de los obreros mecánicos, trabaja cierto número de obreros de otras “categorías”: albañiles, electricistas, tapiceros, carroceros, peleteros, vidrieros, etcétera. ¿A qué sindicato deberán pertenecer estos obreros desde el punto de vista de la producción? Ciertamente, al sindicato metalúrgico o, mejor aún, al sindicato del automóvil, porque su trabajo es necesario para la construcción del automóvil. Así, en todas las empresas productivas, todos los oficios están encaminados a la construcción del objeto principal en que se especializa la empresa. Pero si la base es el salario, es evidente que los albañiles deberán unirse a los albañiles, etcétera, para regular el mercado de trabajo, etcétera.

Por lo demás, aun reconociendo la necesidad de que todos los oficios de una empresa productiva se unan para la producción, en torno al producto mismo, es preciso tener en cuenta que cada oficio es un hecho técnico en continuo desarrollo, y para este desarrollo es preciso que exista un organismo que controle, difunda, favorezca las innovaciones progresistas. Puede reconocerse que en la gran empresa actual racionalizarla, las antiguas categorías de oficios van perdiendo su importancia cada vez más, y se desarrollan nuevas calificaciones limitadas frecuentemente a una empresa o grupo de empresas; sin embargo, la exigencia sigue existiendo y es demostrada por la dificultad de los *turnover*[1] y del costo que el excesivo *turnover* representa para la misma empresa. La solución representada por los delegados de sección elegidos por los equipos de trabajo, por la que todos los oficios tienen una importancia en el conjunto representativo, parece hasta ahora lo más adecuado. Así es posible reunir a los delegados por oficios para las cuestiones técnicas y al conjunto de los delegados para las cuestiones productivas. Hasta ahora, Spirito no se interesó nunca por los problemas de fábricas y empresas; sin embargo, no es posible hablar competentemente de los sindicatos y de los problemas que éstos representan sin ocuparse de la fábrica o de la empresa administrativa, de sus exigencias técnicas, de las relaciones reales que en ellas se verifican y de las diversas actitudes vitales que adoptan los interesados. Debido a la ausencia de estos intereses vivos, toda la construcción de Spirito es puramente intelectualista y, de ponerse en práctica, solamente daría lugar a esquemas burocráticos sin impulso y sin posibilidad de desarrollo.

## GENTILE Y LA FILOSOFÍA DE LA POLÍTICA[*]

Examinar el artículo publicado por G. Gentile en el *Spectator* del 3 de noviembre de 1928 y reproducido en *Educazione fascista*. “Filosofía que no se piensa (!?), pero que se hace, y por ello se enuncia y afirma con fórmulas pero con la acción”. Puesto que desde que existe el hombre, siempre se ha “hecho”, siempre ha existido la “acción”, esta filosofía ha existido siempre, ha sido, por lo tanto, la filosofía de… Nitti y de Giolitti. Todo Estado tiene “dos filosofías”: la que se enuncia mediante fórmulas y es un simple arte de gobierno, y la que se afirma con la acción y es la filosofía real, o sea la historia. El problema está en ver en qué medida estas dos filosofías coinciden, divergen, están en oposición, son coherentes íntimamente y entre ellas. La “fórmula” de Gentile, en realidad, no es más que el disfraz sofisticado de la “filosofía” política más conocida por el nombre de “oportunismo” y

empirismo. Si Bouvard y Pécuchet hubiesen conocido a Gentile, habrían encontrado en su filosofía la correcta interpretación de su actividad renovadora y revolucionaria (en el sentido no corrompido de la palabra, como suele decirse).

## TAYLOR Y EL AMERICANISMO[**]

Eugenio Giovannetti ha escrito, en el *Pegaso* de mayo de 1929, un artículo sobre "Federico Taylor y el americanismo", en el que dice: "La energía literaria, abstracta, nutrida de retórica generatizadora, no está ya en condiciones de comprender la energía técnica, cada vez más individual y aguda, tejido originalísimo de voluntad singular y de educación especializada. La literatura energética está aún en su Prometeo desencadenado, una imagen demasiado cómoda. El héroe de la civilización técnica no es un desencadenado; es un silencioso que sabe llevar por los cielos su férrea cadena. No es un ignorante que esté disfrutando el fresco, es un estudioso en el mejor sentido clásico, porque *studium* significaba 'punta viva'. Mientras la civilización técnica, o mecanicista como quieren llamarla, elabora en silencio este tipo suyo de héroe incisivo, el culto literario de la energía no crea más que un neeio aéreo, un obseso cazador de nubes".

Debe señalarse cómo no se ha tratado de aplicar al americanismo la formulita de Gentile sobre la "filosofía que no se enuncia en fórmulas, sino que se afirma en la acción"; esto es significativo e instructivo, porque si la fórmula posee un valor, es precisamente el americanismo el que puede reivindicarlo. Por el contrario, cuando se habla del americanismo, se encuentra que éste es "mecanicista", tosco, brutal, es decir "pura acción", y se le opone la tradición, etcétera, Pero esta tradición ¿por qué no se asume también como base filosófica, como la filosofía enunciada en fórmulas de aquellos movimientos para los cuales, al contrario, la "filosofía es afirmada en la acción"? Esta contradicción puede explicar muchas cosas: por ejemplo, la diferencia entre la acción real, que modifica esencialmente tanto al hombre como a la realidad externa (esto es, la cultura real) y es el americanismo, y el gladiadorismo estúpido que se autoproclama acción y modifica solamente el vocabulario, no las cosas, el gesto externo, no el hombre interior. La primera está buscando un futuro que es intrínseco a su actividad objetiva y sobre el cual se prefiere callar. El segundo sólo crea fantoches perfeccionados, mal cortados sobre un patrón retóricamente prefijado, y que caerán en la nada

apenas se corten los hilos externos que les dan la apariencia del movimiento y de la vida.

## ACCIONES Y TÍTULOS DEL ESTADO[*]

¿Qué cambio radical provocará en la orientación del pequeño y mediano ahorro la actual depresión económica si ésta, como parece probable, se prolonga aún durante algún tiempo? Puede observarse que la caída del mercado de acciones ha determinado un traslado desmedido de riqueza y un fenómeno de expropiación "simultánea" del ahorro de grandes masas de la población, un poco en todas partes, pero especialmente en Estados Unidos. Así, los procesos enfermizos que se verificaron a causa de la inflación, en la primera posguerra, se han renovado en toda una serie de países, y han actuado en los países que en el periodo precedente no conocieron la inflación. El sistema que el gobierno italiano ha intensificado en estos años (continuando una tradición ya existente, aunque en menor escala) parece el más racional y orgánico, al menos para un grupo de países, pero ¿qué consecuencias podrá tener? Diferencia entre acciones comunes y acciones privilegiadas, entre éstas y las obligaciones, y entre acciones y obligaciones del mercado libre y obligaciones o títulos del Estado, La masa de los ahorradores trata de deshacerse completamente de las acciones de todo tipo, devaluadas de manera inaudita: prefiere las obligaciones a las acciones, pero prefiere los títulos de Estado a cualquier otra forma de inversión. Puede decirse que la masa de los ahorradores quiere romper todo vínculo directo con el conjunto del sistema capitalista privado, pero no niega su confianza al Estado: quiere participar en la actividad económica, pero a través del Estado, que le garantiza un interés módico pero seguro, El Estado resulta así investido de una función de primer orden en el sistema capitalista, como empresa (*holding* estatal) que concentra el ahorro para ponerlo a disposición de la industria y la actividad privada, como inversionista a mediano y largo plazo (creación italiana de los diversos institutos de crédito mobiliario, de reconstrucción industrial, etcétera; transformación de la banca comercial, consolidación de las cajas de ahorro, creación de nuevas formas en el ahorro postal, etcétera). Pero, una vez asumida esta función, por necesidades económicas imprescindibles, ¿puede el Estado desinteresarse de la organización de la producción y del cambio? ¿puede dejarla, como antes, a la iniciativa de la competencia y de la iniciativa privada? Si esto sucediese, la desconfianza que hoy afecta a la industria y al comercio privado, se dirigiría también contra el Estado; el surgimiento de una

situación que obligase al Estado a devaluar sus títulos (con la inflación o en otra forma) igual como se han devaluado las acciones privadas, resultaría catastrófico para el conjunto de la organización económico-social. El Estado se ve obligado así necesariamente a intervenir para controlar si las inversiones realizadas con su mediación son bien administradas, y así se comprende al menos un aspecto de las discusiones teóricas sobre el régimen corporativo. Pero el simple control no es suficiente. En efecto, no se trata sólo de conservar el aparato productivo tal como es en un momento dado; se trata de reorganizarlo para desarrollarlo paralelamente al aumento de la población y de las necesidades colectivas. Precisamente en estos desarrollos necesarios estriba el mayor riesgo de la iniciativa privada y debería ser mayor la intervención estatal, que tampoco está desprovista de peligros, sino todo lo contrario.

Aludimos a estos elementos por ser los más orgánicos y esenciales, pero también otros elementos conducen a la intervención estatal, o la justifican teóricamente: la agravación de los regímenes aduanales y de las tendencias antárquicas, los premios, el *dumping*, los salvamentos de las grandes empresas abocadas al fracaso o en peligro, o sea, como se ha dicho, la “nacionalización de las pérdidas y de los *déficits industriales*”, etcétera.

Si el Estado se propusiese imponer una dirección económica por la que la producción del ahorro de ser “función” de una clase parasitaria debiese convertirse en función del mismo organismo productivo, estos desarrollos hipotéticos serían progresivos, podrían caber en un amplio esquema de racionalización integral: sería preciso para ello promover una reforma agraria (con la abolición de la renta de la tierra como renta de una clase no trabajadora y su incorporación en el organismo productivo, como ahorro colectivo que dedicar a la reconstrucción y a progresos ulteriores) y una reforma industrial, para reconducir todas las rentas a necesidades funcionales técnico-industriales y ya no a consecuencias jurídicas del puro derecho de propiedad.

De este conjunto de exigencias, no siempre confesadas, nace la justificación histórica de las llamadas tendencias corporativas, que se manifiestan predominantemente como exaltación del Estado en general, concebido como algo absoluto, y como desconfianza y aversión a las formas tradicionales del capitalismo. De ahí se sigue que teóricamente el Estado parece tener su base político-social en la “gente común” y en los intelectuales, pero en realidad su estructura sigue siendo plutocrática y resulta imposible romper los vínculos con el gran capital financiero; por lo demás, es el propio

Estado el que se convierte en el mayor organismo plutocrático, el *holding* de las grandes masas de ahorro de los pequeños capitalistas. (El Estado jesuítico del Paraguay podría ser un eficaz modelo de muchas tendencias contemporáneas). Que pueda existir un Estado que se base políticamente en la plutocracia y en la gente común al mismo tiempo no es, por lo demás, algo completamente contradictorio, como lo demuestra un país ejemplar, Francia, donde no se comprendería el dominio del capital financiero sin la base política de una democracia de rentistas pequeñoburgueses y campesinos. Sin embargo Francia, por razones complejas, tiene aún una composición social bastante sana, porque existe en ella una amplia base de pequeña y mediana propiedad agrícola. En otros países, por el contrario, los ahorradores están alejados del mundo de la producción y del trabajo; el ahorro resulta demasiado caro "socialmente", porque se obtiene con un nivel de vida demasiado bajo de los trabajadores industriales y especialmente agrícolas. Si la nueva estructura del crédito consolidase esta situación, en realidad se tendría un empeoramiento: si el ahorro parasitario, gracias a la garantía estatal, no tuviese ya ni siquiera que correr los riesgos generales del mercado normal, la propiedad agrícola parasitaria se fortalecería por una parte y, por la otra, las obligaciones industriales, de dividendo legal, gravarían sin duda sobre el trabajo de forma aún más aplastante.

# APÉNDICES

I

## DECLARACIONES AL TRIBUNAL ESPECIAL[*]

*Gramsci*: “Confirmo mis declaraciones hechas a la policía y al juez instructor. Fui arrestado a pesar de ser diputado en funciones. Soy comunista y mi actividad política es conocida por haberla manifestado públicamente como diputado y como redactor de *L’Unità*. No he desarrollado actividades clandestinas de ninguna especie porque, aunque lo hubiese querido, me hubiera sido imposible. Desde hace años tengo siempre cerca de mí seis agentes, con la misión expresa de acompañarme cada vez que salgo o de permanecer ante mi casa. Así pues, nunca me han dejado solo; y, con el pretexto de la protección, se ejerció sobre mí una vigilancia que resulta hoy mi mejor defensa. Pido que sean oídos como testigos para deponer sobre esta circunstancia el prefecto y el jefe de policía de Turín. Si, por otra parte, el ser comunista implica responsabilidad, la acepto”.

*Réplica del presidente*: “Entre los escritos secuestrados se habla de guerra y de apoderamiento del poder por parte del proletariado. ¿Qué significan estos escritos?”

*Gramsci*: "Pienso, señor general, que todas las dictaduras de tipo militar acaban tarde o temprano por ser derribadas por la guerra. A mí me parece evidente, en tal caso, que toca al proletariado sustituir a las clases dirigentes, tomando las riendas del país para salvar el destino de la nación.

Sólo a algunas interrupciones del ministerio público respondió Gramsci con vivacidad polémica, sin ahorrarle una pequeña lección a causa de ciertas preguntas reaccionarias y académicas. Al final del interrogatorio, respondiendo al presidente, Gramsci, como conclusión, se volvió con vehemencia hacia los jueces: “¡Ustedes conducirán a Italia a la ruina y a nosotros, los comunistas, nos corresponderá salvarla!”

## DISCUSIONES EN LA CÁRCEL DE TURI[**]

El fascismo, tal como se presenta en Italia, es una forma particular de reacción burguesa que está en relación a las peculiares condiciones históricas

de la clase burguesa en general, y de nuestro país en particular.

El "fascismo en Italia no puede ser evaluado exactamente sin encuadrarlo en la historia del pueblo italiano, en la estructura económica y política de Italia.

Es preciso, al menos, retroceder hasta las razones históricas que marcan las etapas de la formación unitaria del Estado italiano, a la influencia nefasta de la iglesia, a la acción de la democracia y de la socialdemocracia, para tener una explicación más real de las características particulares de esta forma de reacción que en Italia se llama fascismo.

La misma falta de unidad política de la burguesía italiana, que está en relación a la estructura económica de nuestro país, y cuya característica más particular es visible durante el periodo de la lucha por la independencia italiana, nos explica en parte el origen y el desarrollo del fascismo, al cual estará precisamente reservada la función histórica del reagrupamiento de las fuerzas burguesas en el momento en que existen todas las premisas históricas para esta realización.

Por otra parte, la falta de una auténtica revolución democrático burguesa en Italia, que deja sin solución toda una serie de problemas que, de haber sido resueltos, habrían facilitado la mayor cohesión entre la burguesía italiana, agudiza y acelera por el contrario la lucha de clases, el desarrollo de la clase trabajadora.

Por lo tanto, si con la participación de Italia en la guerra mundial la burguesía italiana parece realizar aquella unidad que antes nunca había conocido, la posguerra reabrirá todas las contradicciones que la guerra amortiguó en parte y replanteará, aún más exasperados, todos los viejos problemas de la sociedad italiana.

La posguerra se caracteriza en Italia por un momento histórico particular que puede ser definido como el paralelismo de las fuerzas.

De un lado las fuerzas burguesas que luchan sin una unidad de acción política para cargar los costos de la guerra sobre la clase trabajadora, y del otro esta última que, bajo la guía del partido socialista, lucha por la conquista del poder sin haber realizado una unidad de clase.

Pero mientras que el proletariado italiano, debido a la posición históricamente errada del partido socialista, diluye su propia eficacia revolucionaria en una táctica que no lo conduce a la conquista del poder, la burguesía logra realizar su propia agrupación de fuerzas para la lucha contra la clase trabajadora.

El movimiento fascista del primer momento, que debuta en medio de las escuadras a sueldo de los terratenientes en algunas zonas agrícolas y más particularmente en el valle paduano, es la manifestación de la lucha de la burguesía contra los trabajadores en general, y en particular de la burguesía rural contra la asociación de los braceros agrícolas.

La táctica de la burguesía italiana tiene dos directrices: contra las Cámaras del Trabajo, y contra la Federterra, pero la brújula de estas directrices se origina en fa campaña para formar un frente sobre los centros urbanos.

La conversión de las fuerzas rurales hacia los centros urbanos repite la táctica del sofocamiento de la ciudad por parte del campo.

Los agrupamientos sociales que constituyen los elementos operantes en los cuadros de las organizaciones fascistas son dados en un primer tiempo por los desechos sociales, en un segundo tiempo, esto es, después del apoyo del gobierno Giolitti, por la pequeña burguesía rural y urbana, la cual cree llegado para ella el momento histórico de dirigir los destinos de Italia.

Este momento coincide con la ampliación de las bases sociales del fascismo y con la depresión del impulso revolucionario en Italia, cuyo índice lo da el movimiento para la ocupación de las fábricas.

Todas las fases ulteriores de la lucha política en Italia reflejan, a través de la acción tumultuosa y contradictoria del partido fascista, por un lado, y las fases de la lucha de clases, por el otro, el proceso de acción y reacción de estratos sociales que la burguesía italiana utiliza para la lucha contra el proletariado; proceso que se desarrolla casi uniformemente al de la centralización del capital en Italia y que tiene como consecuencia el predominio del capitalismo financiero, a cuyos intereses está subordinada toda la política del fascismo.

Así, en cierto momento, el fascismo se convierte en la forma de organización más particularmente llamada a defender los intereses de esta parte de la burguesía italiana logrando al [mismo] tiempo y por medio de formas especiales de organización poner de acuerdo, aunque sea en forma relativa, los intereses divergentes de la burguesía.

Este hecho se ha visto facilitado en Italia por las formas institucionales de base antidemocrática, vinculadas por una legislación que inhibe toda posibilidad de reacción contra el superpoder de los agrupamientos burgueses más fuertes económicamente. Así el Parlamento, cuya vida está subordinada en definitiva a los poderes discrecionales del rey, la asociación de la magistratura que no es electiva, etcétera.

Colateralmente a este proceso de centralización de las fuerzas burguesas, asistimos al proceso de radicalización de la clase trabajadora el cual, sin embargo, se desarrolla a un ritmo mucho más lento que el primero.

El partido comunista, con su nivel ideológico, expresa en parte la extensión de este proceso.

El fascismo, partiendo de la premisa de resolver la crisis económica, si bien ha faltado completamente a su promesa, ha proporcionado sin embargo a la burguesía italiana algunas posibilidades para superar sin excesivas sacudidas la profunda crisis de la posguerra en el periodo de estabilización relativa.

Naturalmente, todo esto ha sucedido en perjuicio de la clase trabajadora. La crisis económica italiana, contenida dentro de determinados límites, no dejará de agudizarse, y las repercusiones de esta agudización ya se perfilan en el horizonte con las agitaciones proletarias y campesinas que atestiguan su grado de insatisfacción económica y política.

Para el proletariado italiano están dadas todas las condiciones objetivas para la conquista del poder,

Pero esto no basta. El grado de madurez política de amplios estratos de masas especialmente campesinas impone un retardo al de los proletarios; la influencia de los partidos políticos seudoproletarios, de las camarillas, aún no ha sido destruida.

Al partido se le plantea el problema urgente de realizar la hegemonía del proletariado sin la cual no se puede hablar de conquista del poder.

Es preciso que el partido se encuentre preparado a defenderse de la burguesía, la cual puede llegar, en Italia, incluso a ceder la tierra a los campesinos.

El problema fundamental es, y sigue siendo, el de las relaciones de fuerza de clase. La acción del partido debe tender a realizar rápidamente estas relaciones empleando la táctica míe, teniendo en cuenta las particularidades de las fuerzas en nuestro país, sea más adecuada para inclinarlas rápidamente a favor de la clase trabajadora.

II

# DISCUTAMOS, SI GUSTÁIS[*]

En *Avanti!* del 13 de enero se pone a discusión, con una violencia de lenguaje verdaderamente encomiable en este paréntesis de ausencia completa de toda prensa legal del partido comunista, un artículo mío sobre el sindicalismo fascista aparecido en *Internationale Presse-Korrespondenz* del 2 de enero. ¿Se nos permite responder en el *Avanti!* mismo? ¿Se nos permite discutir objetivamente las opiniones expresadas en mi artículo, para dar a los lectores de *Avanti!* la posibilidad de juzgar este "documento originalísimo del método (esto es, del “bluffismo” y de la mala fe) con el que los comunistas atiborran los cerebros proletarios del extranjero, con respecto a la situación italiana"? El partido comunista, por lo demás, no tiene en este momento otra posibilidad legal que el *Avanti!* para responder a las cuestiones que se le han planteado: ¿por la lucha de la confederación o por la lucha en el interior dé los sindicatos fascistas?

Ante todo, es preciso restablecer el texto del “curiosísimo documento”. Yo no escribí: “Socialistas y maximalistas demuestran así una vez más que no desean combatir realmente al fascismo. Cierto que *correrían un gran peligro, si pretendiesen* hacer frente al fascismo para disputarle, en el seno de sus organizaciones, el control y la dirección de las masas”, sino: “Los socialistas reformistas y maximalistas demuestran así, una vez más, que no desean combatir realmente al fascismo. *Cierto que se corren muchos peligros, si se quiere hacer frente* al fascismo para disputarle en el seno de sus mismas organizaciones y en las agitaciones que escenifica en cada ocasión, el control y la dirección de las masas que entran en movimiento”. La diferencia es esencial. Apenas leído en *Avanti!* el párrafo incriminado en cursivas, he mirado el título: “‘Bluffismo’ y mala fe”. Está bien, me he dicho, ¿pero por qué precisamente “comunista” y no maximalista? Y he sentido el impulso de escribir una respuesta en este tono. Pero mi marxismo que, lo admito, no pertenece a la inteligente escuela biellesa, me aconseja iniciar siempre cada tarea y cada discusión después de un atento examen de las fuentes y una minuciosa crítica del material a mi disposición, y por ello he querido ver, además de la edición alemana, también la edición francesa de la

*Correspondance internationale* y he hallado el origen filológico del error en que ha caído *Avanti!*

¿Por qué *Avanti!* no ha llevado a cabo este mismo trabajo, puesto que se trataba de un documento tan curioso y original?

Y sin embargo *Avanti!* sabe, como lo sé yo, que la *Correspondance*, tras su supresión en Alemania, ha reanudado sus publicaciones en condiciones muy difíciles e inadecuadas y que su edición original, dada la dificultad de volver a organizar un buen departamento para las traducciones, es la alemana y no la francesa.

Cuando se es marxista ortodoxo como los de *Avanti!* no es posible olvidar la regla más elemental del método histórico y, por tanto, del marxismo: la crítica de las fuentes. Era y es evidente que yo, comunista, no podía haber escrito que sólo los socialistas reformistas y maximalistas corren peligro si hacen frente al fascismo sindical en el seno de sus propias organizaciones y de sus agitaciones: era y es evidente que en mí artículo no se trataba de una cuestión (mezquina) de valor personal, sino de política, de táctica sindical del partido comunista a diferencia del partido socialista unitario y del maximalista.

Tampoco escribí: "*Aquí se ve* el éxito completo de la táctica adoptada por nuestro partido para desenmascarar ante las masas a los dirigentes *federales*, que no eran avaros de gestos grandilocuentes contra los industriales", sino al contrario: "*Es de señalarse* cómo ha tenido pleno éxito la táctica aplicada por nuestro partido para desenmascarar ante las masas a los dirigentes *sindicales fascistas* que lanzaban bravatas contra los industriales". Adjunto copia de la edición alemana de la *Corrispondenza* (publicada el 2 de enero, antes de la edición francesa) para que mi contradictor, marxista inteligente, se convenza de que no se trata de un nuevo episodio de mala fe comunista y tampoco de un hábil recurso, sugerido por el diabólico método moscovita, para obtener que siempre los oportunistas muerdan inicuamente el polvo.

¿Han participado, o no, los comunistas en la acción en el desarrollo del conflicto metalúrgico? ¿Qué eficacia y qué influencia ha tenido la intervención de los comunistas? *Avanti!* escribe: "toda la acción de los comunistas ha consistido […] en un llamamiento al frente único bajo las órdenes [sic] del sindicalismo fascista".

¿Toda la acción ha consistido sólo en eso? ¿Y los obreros comunistas que están vinculados a los centros del partido, a través de nuestra organización, no han hecho realmente nada? ¿No han discutido entre ellos, no han entrado en ninguna relación con el resto de la masa obrera, no han influido, en todos

aquellos modos que la situación permite a las grandes masas aglomeradas en las grandes empresas turinesas, para determinar corrientes de opinión y un movimiento real? ¡Vamos! Sosteniendo esto *Avanti!* demostraría estar muy alejado de la realidad obrera, que dice conocer tan bien y tan de cerca. En Turín los comunistas conquistaron decisivamente la mayoría de los trabajadores de empresas; el movimiento de los consejos creó un estrato de cerca de 10 000 obreros que, al menos durante seis meses, habían sido comisarios de sección, que habían adquirido un grado notable de capacidad organizativa y de propaganda, como demostraron brillantemente durante la ocupación de septiembre, cuando la producción, no obstante el alejamiento del trabajo del contingente destinado a la defensa militar, aumentó casi una cuarta parte con respecto a la gestión capitalista. En Turín, de 32 círculos obreros de sector con 12 000 organizados políticamente, que el partido socialista tenía en 1920, los maximalistas, después de la escisión de Livorno, no conservaron ni siquiera un círculo (ni siquiera uno, nótese bien). La difusión de *Avanti!* en Turín, de 1920 a 1921, descendió de 30 mil ejemplares a 1 300. ¿Y esta masa, después del llamamiento, "el único llamamiento" de nuestro partido, no habría influido para nada en la situación creada por la demagogia fascista? Pero ¿qué marxismo "inteligente" es ese que hace cometer al escritor de *Avanti!* errores tan "ortodoxos"?

Y ahí están los hechos manifiestos, además de los indicios de los acontecimientos que no merecieron el honor de la crónica: después del llamamiento comunista los mítines fascistas se llenaron súbitamente de gente; los fascistas, que comprendieron, aun no siendo marxistas inteligentes, cuál era la causa de esta su inesperada popularidad, creyeron oportuno polemizar con el manifiesto comunista para refutarlo, rebatirlo, mostrar su "'bluffismo' y mala fe". Y la agitación, que podía desbordarse, fue hecha cesar inmediatamente por orden de Roma.

¿"El partido comunista está por la lucha en la confederación o por la lucha en el seno de los sindicatos fascistas?" Pero ¿por qué el dilema? ¿No es posible estar a favor de ambas tácticas? ¿Qué contradicción de principio existe entre ellas?

No somos marxistas inteligentes como los de la escuela biellesa, esto es, pacíficos: somos dialécticos y no dogmáticos. Las fórmulas de la "inteligencia" marxista: "Con el tiempo maduran las uvas; el que la sigue la consigue; el que persevera alcanza; ¡bandera roja triunfará!" no son las nuestras. Nosotros creemos necesario participar en todas las acciones de las masas obreras, cualquiera que sea la etiqueta del momento, cualquiera que sea

el pretexto que el despotismo armado obligue a adoptar a estas acciones de masas para romper el estancamiento.

El sindicalismo fascista es un fenómeno de coerción, ¿pero es eso solamente o solamente ha quedado eso? La gran masa de los obreros y campesinos ha sido reducida, por la explotación económica y la opresión intelectual, a condiciones de barbarie; es incapaz, como bloque, de emanciparse, de progresar en la vía de su liberación espiritual, por reacciones puramente mecánicas, determinadas por la explotación y la opresión. El tiempo, la realidad, por sí solos no liberan a las masas, sino que incluso la deprimen y la embrutecen todavía más. Es preciso que se formen, fuera de las masas (aunque operando en su interior, activa e infatigablemente), grupos y organizaciones constituidas por los elementos individuales que, no obstante la opresión y la explotación capitalistas, se han liberado intelectualmente. He ahí por qué el movimiento obrero revolucionario estuvo constituido en gran mayoría, en sus comienzos, por desertores de la clase dominante; he allí por qué los principales teóricos del socialismo (desde Marx hasta Lenin) no son de origen proletario. El espíritu proletario revolucionario de estas minorías, de estas organizaciones iniciales, se manifestaba con el hecho de que no se situaban fuera de las masas, como tutoras oficiales y patentadas, sino que operaban en su seno para transformarlas en sus individuos, para educarlas, para sacarlas fuera del instinto y de lo amorfo, no daban tiempo al tiempo, no esperaban que el maná cayese del cielo, sino que luchaban, incluso cuando se doblaban era para volver a levantarse, levantando al mismo tiempo a estratos enteros de pueblo trabajador. El partido comunista quiere seguir esta tradición, iniciada por el mismo Carlos Marx, cuando, evidentemente, no había nacido aún el marxismo inteligente de la escuela de Biella. Y, al contrario, no quiere seguir la tradición del reformismo sindical, del mandarinismo confederado que ha conducido también en Italia a la formación de una aristocracia obrera, que quiere regresar a los sindicatos por oficios, que quiere marginarse de las luchas de la parte más mísera y mas atrasada del pueblo trabajador.

¿Cree el *Avanti!* que muchos estratos obreros y campesinos pueden comprender muy bien la diferencia que existe entre el dirigente fascista y el antiguo dirigente reformista, que era, no menos que éste, autoritario y despótico, que, como éste, deliberaba fuera y por encima de las organizaciones, que “emancipaba” a las masas creándose diarias inmunidades y transcurriendo su tiempo en las tabernas y los prostíbulos, exactamente como el “ras” fascista? ¿Y cree que esta “incomprensión” no ha Influido en

transformar la coerción en una pasividad estúpida y dolorosa? Así pues, ¿por qué no intervenir en la vida de estas masas, aunque estén controladas por el fascismo? ¿Por qué no crear en su seno grupos de simpatizantes y corrientes de opinión que la sacudan, la penetren y hagan imposible el dominio de la burda demagogia fascista?

Pero al mismo tiempo es necesario trabajar en la confederación, curarla del semifascismo que la ha conquistado. Una táctica sería imposible sin la otra. Ninguno de los comunistas del partido ha pensado jamás que sea posible asumir la dirección y el control de los sindicatos fascistas: ¿hay acaso una sola frase en la *Correspondance internationale* que autorice a publicar afirmaciones tau torpes? Los sindicatos fascistas, en los límites de las posibilidades hoy existentes, no pueden ser conquistados; solamente se puede desarrollar en su seno una actividad de reflejo, tendiente, en líneas generales, a disgregarlos; y esta actividad ni siquiera puede ser pública, en gran parte, y no puede dar lugar a la formación de fracciones que operen para modificar constitucionalmente la estructura de las corporaciones.

Así pues, los comunistas siguen trabajando en la Confederación General del Trabajo "para mantener vivo el sindicalismo de clase, para darle a ésta una directiva conforme a las necesidades de la lucha revolucionaria del proletariado, para reagrupar en los antiguos cuadros a los trabajadores que por apatía y por violencia adversaria se han alejado". Los comunistas no han pensado nunca en abandonar la confederación, no obstante que en Turín, por ejemplo, la burocracia confederada haya contribuido, sin duda más aún que el fascismo, a privar de hecho al partido comunista de su legalidad. Los comunistas se asombran también de que, en vísperas de la campaña para el próximo congreso confederal, *Avanti!* sienta la necesidad de hacer este extraordinario descubrimiento, que naturalmente… será sostenido por los reformistas y será difundido en ciertas zonas proletarias, adonde nuestro desmentido no puede llegar. En vísperas del congreso, resulta muy sintomático para comprender la real voluntad de lucha, incluso en el seno de la confederación, que anima al escritor de *Avanti!*, mi oponente, y la burocracia sindical maximalista que se oculta a sus espaldas. El caso es que las dos tácticas —la lucha para disputar a los fascistas su dominio sobre las masas en el seno de las corporaciones y en las agitaciones que escenifican algunas veces contra los industriales y los propietarios agrícolas, y la lucha en la Confederación General del Trabajo contra la burocracia sindical ya medio convertida a la ideología fascista— están estrechamente vinculadas; son aspectos de un mismo proceso: quien no quiere una no quiere tampoco la otra.

La realidad, el tiempo, pero también y especialmente nuestra asidua labor de clarificación y crítica, ayudarán a las masas a comprender esto para liberarse de todas las demagogias y de todos los amos.

# CRONOLOGÍA DE ANTONIO GRAMSCI

1891

22 de enero. Nace en Ales (Cagliari) de Francesco y Giuseppina Marcias, cuarto de siete hijos.

1903-1905

Obtenido en el verano de 1902 el diploma de estudios elementales, se ve obligado, por las difíciles condiciones económicas de la familia, a trabajar durante dos años en la oficina del catastro de Ghilarza.

1905-1908

Gracias a al ayuda de la madre y las hermanas, reanuda los estudios. Alrededor de 1905 empieza a leer la prensa socialista, incluido el *Avanti!*, que su hermano mayor Gennaro le envía desde Turín.

1908-11

Concluidos los cursos del gimnasio en Oristano, se inscribe en el liceo Dèttori de Cagliari. Frecuenta el movimiento socialista y participa activamente en los ambientes juveniles en las discusiones sobre los problemas económicos y sociales de la isla. En 1910 publica su primer artículo en el diario de Cagliari *Unnione sarda*. Por estos años pueden situarse sus primeras lecturas de Marx, "por curiosidad intelectual".

1911

Verano. Consigue el diploma del liceo. Para inscribirse en la Universidad decide concursar para una de las becas ofrecidas por el Colegio Carlo Alberto, de Turín.
Octubre. Se presenta al concurso, en el cual participan también Palmiro Togliatti, Augusto Rostagni, Lionello Vincenti y obtiene la beca.
Noviembre. Se inscribe en la facultad de letras.

1914

Gramsci se alinea junto a los grupos avanzados de obreros y estudiantes (socialistas, libertarios, etcétera) que forman en Turín la fracción de izquierda revolucionaria y toman parte activa en la gran manifestación obrera del 9 de junio, durante la "semana roja".
Octubre. Interviene en el debate sobre la posición del PSI frente a la guerra con el artículo (firmado) "Neutralidad activa y operante" [*Il Grido del popolo*, 31 de octubre), en polémica con Tasca, favorable a la "neutralidad absoluta".

1915

El 22 de abril se presenta al examen de literatura italiana. Será su último examen. Desde ese momento abandona la Universidad. El 10 de diciembre pasa a formar parte de la redacción turinesa de *Avanti!*

1916

Se entrega a una intensa actividad periodística.

1917

Abril y julio. En algunos artículos y notas en *Il Grido del popolo* exalta la figura de Lenin y subraya las finalidades socialistas de la revolución rusa.
Septiembre. Después de la insurrección obrera del 23-26 de agosto y el arresto de casi todos los exponentes socialistas turineses, Gramsci es nombrado secretario de la comisión ejecutiva provisional de la sección de Turín y asume, de hecho, la dirección de *Il Grido del popolo* al que dedica "buena parte de su tiempo y de su frecuentemente convulsa actividad", hasta octubre de 1918.
18 y 19 de noviembre. Como representante del ejecutivo provisional de la sección turinesa y director de *Il Grido del popolo*, participa en Florencia en la reunión clandestina de la "fracción intransigente revolucionaria" constituida en el mes de agosto. Están presentes, entre otros, C. Lazzari, G. M. Serrati, N. Bombacci, A. Bordiga, etcétera. Gramsci comparte el parecer de Bordiga sobre la necesidad de una intervención activa del proletariado en la crisis de la guerra.
Diciembre. Propone la creación en Turín de una asociación proletaria de cultura y afirma la necesidad de integrar la acción política y económica con un órgano de actividad cultural.

1918

5 de diciembre. Sale el primer número de la edición turinesa de *Avanti!*

1919

Abril. Gramsci, Tasca, Umberto Terracini y Togliatti deciden crear la revista "*L'Ordine Nuovo*. Rassegna settimanale di cultura socialista". Gramsci es secretario de redacción.
1.º de mayo. Sale el primer número de *L'Ordine Nuovo*. En el mes de mayo Gramsci es elegido para la comisión ejecutiva de la sección socialista turinesa.
Julio. Gramsci es arrestado y enviado por algunos días a la Cárcel Nueva de Turín durante la huelga política de solidaridad con las repúblicas comunistas de Rusia y Hungría.
15-17 de diciembre. El Congreso Extraordinario de la Cámara del Trabajo de Turín aprueba un orden del día favorable a los consejos de fábrica. El problema de los consejos es enérgicamente debatido por las diversas corrientes socialistas.

1920

13 de abril. Se proclama la huelga general a la que se adhieren más de 200 mil trabajadores turineses, pero el movimiento no se extiende a escala nacional.
24 de abril. La huelga general acaba con una victoria sustancial de los industriales. La reglamentación de la disciplina interna de fábrica vuelve a manos de la dirección de las empresas.
8 de mayo. *L'Ordine Nuovo* publica la moción "Por una renovación del partido socialista", elaborada por Gramsci.
El Segundo Congreso de la Internacional Comunista (19 de julio-7 de agosto) fija las condiciones para la admisión de los partidos (los llamados "21 puntos"). El congreso invita al PSI a liberarse de los reformistas. Septiembre. Gramsci participa en el movimiento de ocupación de las fábricas.
28-29 de noviembre. Participa en la reunión de Imola, donde se constituye oficialmente la fracción comunista del PSI (llamada "fracción de Imola").
24 de diciembre. Sale el último número de *L'Ordine Nuovo* semanal. La edición turinesa de *Avanti!* adopta el encabezado de *L'Ordine Nuovo* y la dirección del nuevo diario —órgano de los comunistas turineses— es confiada a Gramsci.

1921

1.º de enero. Sale en Turín el primer número de *L'Ordine Nuovo* diario (en la primera página el lema de Lassalle: "Decir la verdad es revolucionario"). En la redacción: Togliatti, Leonetti, O. Pastore, Mario Montagnana, Giovanni Amorreti, etcétera. Gramsci confía la crítica teatral y una colaboración literaria a Piero Gobetti.
15-21 de enero. Participa en Livorno en el XVII Congreso del PSI. La moción de Imola ("comunista pura") obtiene 58 783 votos. La moción de Florencia ("comunista unitaria", representada por Serrará) obtiene la mayoría de los votos (98 028); la de Reggio Emilia (reformista) 14 695 votos. Los delegados de la fracción comunista deliberan el 21 de enero la constitución del Partido Comunista de Italia. Sección de la Tercera Internacional. Gramsci forma parte del comité central. El comité ejecutivo está constituido por Bordiga, Fortichiari, R. Grieco, L. Repossi y Terracini.
En la polémica periodística de estos meses ataca por un lado a los "mandarines" del sindicato y a los reformistas, por el otro al centrismo maximalista del PSI. En una serie de artículos inicia un análisis del contenido de clase del movimiento fascista.

1922

20-24 de marzo. Participa en Roma en el Segundo Congreso del PCI. Gramsci es designado para representar al partido en Moscú en el comité ejecutivo de la Internacional Comunista.
26 de mayo. En difíciles condiciones de salud parte para Moscú, junto con A. Graziadei y Bordiga.
Junio. Participa en la Segunda Conferencia del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista (7-11 de junio). Pasa a formar parte del ejecutivo de la Internacional Comunista. Después de la conferencia es internado por algunos meses en la casa de salud "Serebriani bor", cerca de Moscú, donde en septiembre conoce a Julia ("Giulia") Schucht.
28 de octubre. "Marcha sobre Roma": los fascistas toman el poder. Comienza un periodo de ilegalidad de hecho del PCI. En el partido, recordará Trotsky en 1932, nadie, "exceptuado Gramsci", admitía la posibilidad de una dictadura fascista.
Diciembre, Durante los desórdenes de Turín el hermano de Gramsci, Gennaro, administrador de *L'Ordine Nuovo*, es agredido y herido por los fascistas.

1923

Febrero. Mientras Gramsci se encuentra en Moscú, en Italia la policía arresta a parte del comité ejecutivo del PCI (Bordiga, Grieco, etcétera) y a numerosos dirigentes locales. También contra Gramsci se dicta una orden de arresto. Terracini se encarga de restaurar la organización.
12-23 de junio. Junto con Scoccimarro, Tasca, Terracini y Vota, Gramsci participa en los trabajos de la Tercera Conferencia del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista y pronuncia un discurso ante la comisión para la "cuestión italiana". El ejecutivo ampliado procede a la designación de un nuevo comité ejecutivo del PCI, con la participación de representantes de la minoría (derecha). De el forman parte: Togliatti, Seoccimarro, Tasca, Vota, Fortichiari (sustituido poco después por Gennari). Terracini toma en Moscú el puesto de Gramsci, asignado a Viena.
Agosto. Bordiga y Grieco dimiten del comité central del PCI.
12 de septiembre. En una carta al comité ejecutivo del partido Gramsci comunica la decisión del ejecutivo de la Internacional Comunista de publicar un nuevo diario obrero con la colaboración del grupo de los "tercinternacionalistas". Propone el título *L'Unità*. En la carta Gramsci enuncia por primera vez el tema de la alianza entre los estratos más pobres de la clase obrera del norte y las masas campesinas del sur.
21 de septiembre. En Milán la policía arresta a los miembros del nuevo comité ejecutivo del PCL Denunciados por complot contra la seguridad del Estado, son absueltos durante la instrucción del proceso y liberados después de tres meses de cárcel.
18-26 de octubre. El proceso contra Bordiga, Grieco, Fortichiari y los otros dirigentes comunistas termina con una absolución general.
Noviembre. Participa en la conferencia balcánica. Se decide el traslado de Gramsci a Viena, con la misión de mantener los vínculos entre el partido italiano y los otros partidos comunistas europeos.
3 de diciembre. Gramsci llega a Viena. Sostiene una frecuente correspondencia con Terracini, Togliatti, Leonetti, Scoccimarro y Tresso. Entre fines de 1923 y el principio de 1924 reanuda la colaboración, con el seudónimo de G. Masci, en *La Correspondance internationale*, con algunos artículos sobre la situación interna italiana y sobre el fascismo.

1924

Febrero. Conoce a Victor Serge y se encuentra varias veces con él. 9 de febrero. En una carta a Togliatti y Terracini expone por primera vez detenidamente su concepción del partido en el marco nacional e internacional

y anuncia el propósito de trabajar para la creación de un nuevo grupo dirigente comunista sobre las posiciones de la Internacional Comunista.

12 de febrero. Aparece en Milán el primer número de *“L’Unità. Quotidiano degli operai e dei contadini”*, y, desde el 12 de agosto, con la entrada de los “tercinternacionalistas” en el partido, “Órgano del PCI”. El tiraje oscila entre un máximo de 60-70 mil ejemplares en el periodo de la crisis Matteotti y un mínimo de 20-30 mil ejemplares.

1.º de marzo. Preparado en gran parte por Gramsci, sale en Roma el primer número de la revista quincenal *“L’Ordine Nuovo. Rassegna di política e di cultura operaia”*, III serie. Junto al título se lee: “L’Ordine Nuovo se propone suscitar en las masas de obreros y campesinos una vanguardia revolucionaria, capaz de crear el Estado de los consejos de obreros y campesinos y de fundar las condiciones para el advenimiento y la estabilidad de la sociedad comunista”. El editorial de Gramsci, Capo, está dedicado a la conmemoración de Lenin.

6 de abril. Es elegido diputado en la circunscripción del Véneto, con 1 856 votos de preferencia sobre 32 383.

12 de mayo. Regresa a Italia tras dos años de ausencia. En la segunda mitad de mayo participa en la primera conferencia nacional del partido que se realiza clandestinamente en las cercanías de Como, estando presentes representantes del comité central y de las federaciones provinciales. El informe político es presentado por Togliatti. Gramsci critica la línea política de Bordiga, pero la gran mayoría de los cuadros del partido es partidaria de las posiciones de la izquierda bordiguiana. Gramsci entra en el comité ejecutivo del partido.

Junio. Se traslada a Roma, con la familia Passarge, la cual le considera “un profesor muy muy serio”. Togliatti sustituye a Gramsci como delegado en Moscú al Quinto Congreso de la Internacional Comunista.

10 de junio. Asesinato por los fascistas del diputado socialista Matteotti. Gramsci participa en las reuniones de las oposiciones parlamentarias (“Comité de los seis”): propone un llamamiento a las masas y la huelga general política. En las semanas siguientes realiza una campaña contra la pasividad y el legalismo del Aventino (edificio al que se trasladan los parlamentarios no fascistas) y a favor de la unidad de todas las fuerzas obreras.

En Moscú el V Congreso (17 de junio-8 de julio) comienza con la campaña que tiene como fin la “bolchevización” de las “secciones” afiliadas a la Internacional Comunista y confirma la táctica del frente único y la consigna

del “gobierno obrero y campesino”, elaborada en las asambleas anteriores. Tigliatti, con Bordiga, es elegido para el ejecutivo de la Internacional Comunista.

Agosto. La fracción de los “tercinteinacionalistas” se disuelve y confluye en el PCI. Entran en el comité central, entre otros, G. M. Serrati, F. Maffi, A. Marabini. Gramsci, secretario general del partido, el 13-14 de agosto presenta un informe al comité central, publicado en *L’Ordine Nuovo* con el título “La crisi italiana” (1.º de septiembre). En Moscú Giulia da a luz un niño: Delio.

Septiembre. Pone en marcha la transformación de la estructura organizativa del partido sobre la base de las “células”. Participa en la reunión clandestina del comité ejecutivo en la Cabaña Mara, cerca de Asso (Como). Está presente en el congreso provincial de Nápoles donde presenta el informe en nombre del comité central en polémica con Bordiga.

20 de octubre. El grupo parlamentario comunista propone a las oposiciones la constitución del Parlamento de las oposiciones (antiparlamento). La propuesta es rechazada por el comité aventiniano.

12 de noviembre. En la reapertura de la cámara el diputado comunista Luigi Repossi se presenta, solo, en el recinto y lee una declaración antifascista. En la sesión del 26 todo el grupo comunista vuelve a entrar en la sala.

1925

Marzo-abril. Se dirige a Moscú para participar en las labores de la Quinta Sesión del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista (21 de marzo-16 de abril). La Internacional Campesina (creada por iniciativa de la Internacional Comunista) transmite, hacia finales de año, al Congreso de Macomer del Partido Sardo de Acción un manifiesto, redactado por R. Grieco pero inspirado por Gramsci, sobre la alianza entre la clase obrera italiana y los campesinos y pastores sardos.

16 de mayo. Pronuncia en la Cámara de Diputados un discurso contra el proyecto de ley sobre las asociaciones secretas, presentado por Mussolini y Alfredo Rocco. En la segunda quincena de mayo, en un informe al comité central, plantea el problema de la “bolchevización” del partido y abre el debate preparatorio con vistas al tercer congreso nacional.

Junio. Con una carta de fecha 1.º de junio a *L’Unità* O. Damen, L. Repossi, B. Fortichiari, etcétera, anuncian la constitución de un comité de entendimiento, dentro del partido, entre los elementos de izquierda. El comité está dirigido por Bordiga.

1.º de julio. Gramsci presenta un informe al comité central reunido en la Cabaña Mara para examinar la iniciativa de la corriente de Bordiga. La Internacional Comunista considera al comité de acuerdo como el inicio de una actividad fraccionista y decide su disolución. En los meses de julio y agosto Gramsci participa en toda Italia en numerosas reuniones para discutir la situación interna del partido. En agosto, en Nápoles, tiene un encuentro y una larga disensión con Bordiga, en presencia de cuadros comunistas locales. Concluye con Onorato Damen y Jules Humbert-Droz (representante de la Internacional), un acuerdo para la disolución del comité de entendimiento de Bordiga.
Agosto-septiembre. Elabora, en colaboración con Togliatti, las tesis para presentar al tercer congreso.
Otoño. Giulia llega con el niño a reunirse en Roma con Gramsci; vive con sus hermanas Tatiana y Genia.
24 de octubre. La policía registra la habitación de Gramsci, en casa de la familia Passarge.

1926

Enero. Participa, en Lion, en el Tercer Congreso Nacional del PCI (23-26 de enero) y presenta el informe sobre la situación política general. Los resultados del congreso constituyen una aplastante afirmación del nuevo grupo dirigente comunista guiado por Gramsci: votos a favor 90.8%, votos para la izquierda (Bordiga) 9.2%, ausentes y no consultados 18.9%. Pasan a formar parte del nuevo comité ejecutivo: Gramsci, Togliatti, Scoccimarro, Camilla, Ravera, P. Ravazzoli, etcétera.
2-3 de agosto. Presenta al comité directivo un informe sobre la crisis económica y sobre la táctica a seguir con respecto a las masas obreras y las capas medias. En el mes de agosto pasa unas breves vacaciones con su hijo Delio en Trafòi (Bolzano). Giulia, que espera otro hijo, regresa a Moscú, donde nace Giuliano.
Octubre. El 14 de octubre, en nombre del buró político del PCI, envía al comité central del partido comunista ruso una carta referente a las luchas de corrientes dentro del partido bolchevique. En la carta Gramsci llama la atención sobre el peligro de que tales luchas acaben por anular "la función dirigente que el partido comunista de la URSS había conquistado por el impulso de Lenin". La carta es retenida por Togliatti pero comunicada a Bujarin. Gramsci refuerza sus argumentaciones en una segunda breve carta a

Togliatti. En el mismo mes de octubre redacta el ensayo, que quedaría inconcluso, *Alcuni temi della questione meridionale*.

Frente a la política de represión conducida por el Estado contra las oposiciones, la dirección del PCI se preocupa por la seguridad personal de Gramsci y organiza un plan para su traslado clandestino a Suiza. Gramsci no parece secundar el plan.

Noviembre. En los días 1, 2 y 3 de noviembre se celebra clandestinamente en Valpolcevera, en las cercanías de Genova, una reunión del comité directivo, en la que está presente J. Humbert-Droz, encargado de esclarecer las discusiones en curso en el partido bolchevique entre la mayoría (Stalin, Bujarin) y la oposición de Trotsky, Zinóviev y Kámenev, Gramsci mientras se dirige al lugar de la reunión, es detenido por la policía y obligado a regresar a Roma.

8 de noviembre. A continuación de las "medidas excepcionales" adoptadas por el régimen fascista, Gramsci, no obstante la inmunidad parlamentaria, es arrestado junto con otros diputados comunistas y encerrado en la cárcel de Regina Coeli, en aislamiento absoluto y riguroso. En la sesión del día siguiente la Cámara declara destituidos a los diputados aventinianos y también a los parlamentarios comunistas.

18 de noviembre. En base al artículo 184.º del Texto Único de la Ley de Seguridad Pública, es condenado al destierro por cinco años. La orden le es comunicada el 19. Parece que su destino sería Somalia. Algunos días después le informan que ha sido condenado al destierro en una isla italiana.

25 de noviembre. Deja la cárcel de Regina Coeli en "traslado ordinario", junto con otros dos diputados comunistas. Pasa dos noches en la cárcel del Carmine de Nápoles. En Palermo, donde permanece ocho días, le comunican su destino exacto: la isla de Ustica.

7 de diciembre. Llega a Ustica, quinto de los confinados políticos. Durante su permanencia en la isla habita una casa privada junto con Bordiga, Conca, Sbaraglini y dos compañeros de Aquila. Con algunos compañeros y amigos organiza una escuela entre los confinados: Gramsci dirige la sección histórico-literaria, Bordiga la sección científica. El amigo Piero Sraffa les envía libros.

1927

14 de enero. El tribunal militar de Milán dicta una orden de captura contra Gramsci firmada por el juez Enrico Macis. Poco días después, el 1.º de febrero, empieza a funcionar el tribunal especial para la defensa del Estado.

20 de enero. Deja Ustica para dirigirse a la cárcel de Milán. El viaje, en “traslado ordinario”, dura diecinueve días, con paradas en las cárceles y cuarteles de Palermo, Nápoles, Cajanello, Isernia, Sulmona, Castellammare Adriatico, Ancona, Bolonia.
7 de febrero. Llega a Milán a la prisión judicial de San Vittore. Tiene una celda de paga, pero en los primeros tiempos está sometido al régimen de aislamiento. Obtiene permiso para leer algunos periódicos y se abona por partida doble a la biblioteca de la cárcel con derecho a ocho libros por semana. Recibe también libros y revistas del exterior. Puede escribir dos cartas cada semana.
Marzo. Comunica a Tatiana su plan de estudios. Pide —aunque por el momento no obtiene— que le permitan tener en la celda lo necesario para escribir. Decide reanudar el estudio de idiomas.
Abril. Es transferido a una nueva celda. Padece de insomnio y no duerme más de tres horas por noche.
Mayo. Para atender a Gramsci, su cuñada Tatiana se traslada de Roma a Milán.
Desde septiembre de 1927 hasta enero de 1928 tiene frecuentes conversaciones con Tatiana.
Octubre. Pide libros y revistas sobre temas sardos. Pide a su madre y a Tatiana que le envíen el *Breviario di neolinguistica* de Bertoni y Bartoli. Recibe la noticia de la enfermedad de su esposa Giulia.
Noviembre. Gramsci tiene como compañero de celda al ex-redactor de *L’Unità* Enrico Tulli. Pide las obras de Maquiavelo. Parece que el proceso tendrá lugar a fines de enero o a principios de febrero de 1928.

1928

13 de febrero. Dirige una carta al juez instructor Macis, denunciando las intrigas de un tal Melano, agente provocador de la policía.
3 de abril. Envía un memorial al presidente del tribunal especial. Hacia fines de mes conoce la fecha del proceso: 28 de mayo. Prevé una condena de 14 a 17 años de reclusión.
11 de mayo. Sale para Roma en “traslado extraordinario” (pero en vagón celular) junto con otros compañeros. El día siguiente es recluido en la cárcel de Regina Coeli, en una celda de la crujía sexta, junto con Terracini y Scoccimarro.
28 de mayo. Comienza frente al tribunal especial el llamado *processone* contra Gramsci y el grupo dirigente del PCI (Terracini, Roveda, Scoccimarro,

etcétera). Refiriéndose a Gramsci el fiscal Michele Isgrò afirma: “Durante veinte años debemos impedir funcionar a este cerebro”.
4 de junio. Gramsci es condenado a 20 años, 4 meses y 5 días de reclusión.
22 de junio. Destinado primeramente a la penitenciaría de Portolongone, Gramsci es sometido a una visita médica especial: sufre de uricemia crónica y es destinado a la casa penal especial de Turi (Bari).
8 de julio. Sale de Roma en “traslado ordinario”. El viaje dura doce días con largas paradas en Caserta, Benevento, Foggia.

19 de julio. Llega a Turi, donde recibe el número de matrícula 7 047. Es alojado en un dormitorio junto con otros cinco detenidos políticos. Puede escribir a sus parientes cada quince días. Su hermano Cario inicia los trámites para que le sea concedida una celda individual y se le permita escribir.
Agosto. Gramsci obtiene una celda privada. Es la número 1 de la 1.ª Sección, junto al puesto de guardia, y por lo tanto constantemente vigilada por los guardias.
Diciembre. Es víctima de un ataque de ácido úrico. Durante cerca de tres meses pasa las horas del “paseo” sentado o del brazo de otro preso. Tatiana llega de Milán para pasar algunos días en Turi y sostiene algunas conversaciones con Gramsci.

1929

Enero. Obtiene el permiso de escribir en la celda. Se propone hacer lecturas sistemáticas y profundizar ciertos temas, pidiendo libros. Empieza haciendo traducciones.
Febrero. Comienza a redactar notas, apuntes, etcétera, con fecha 8 de febrero de 1929 en el primero de los *Cuadernos de la cárcel*. Serán veintiuno ens el momento del traslado a la cárcel de Civitavecchia (noviembre de 1933).
Julio. Gramsci resulta beneficiado de la condonación de 1 año, 4 meses; y 5 días. Recibe la noticia de que su mujer, Giulia, ha sido internada en una: clínica.
Agosto. Encarga a su hermano Cario iniciar los trámites para obtener permiso de leer, entre otras cosas, los libros escritos por Trotsky tras su expulsión de la Unión Soviética. La carta es retenida por el director de la cárcel.
Septiembre. Presenta una instancia para obtener en lectura algunos de los libros ya indicados, a su hermano. La instancia es acordada.
Noviembre-diciembre. Hacia fines de año, con la llegada a Turi de algunos compañeros de partido (E. Tulli, E. Riboldi, A. Lisa, G. Lay, A. Scucchia,

etcétera), Gramsci, quien durante los meses anteriores había sostenido conversaciones políticas con otros compañeros durante los “paseos”, comienza ahora un ciclo orgánico de discusiones sobre los temas siguientes: los intelectuales y el partido, el problema militar y el partido, la Constituyente. En 1928-29 la Internacional Comunista había abandonado la táctica del frente único, anunciado el fin de la estabilización relativa del capitalismo e identificando en la socialdemocracia una avanzada de la reacción (teoría del “socialfascismo”). El PCI se adhirió a tales posiciones y, en particular, previo en Italia una radicalización de la lucha de clases y la crisis inminente del régimen fascista. Gramsci por el contrario, desarrollando su política del periodo Matteotti, previo una fase “democrática” y sugirió la consigna de la Constituyente. Estas posiciones provocan las reacciones de algunos compañeros de cárcel. Gramsci suspende las discusiones.

1931

Junio. Recibe algunas obras de Marx en la edición Costes, y el extracto del *Economist* sobre el primer plan quinquenal soviético.
Julio. En vez de cada quince días, ahora puede escribir a sus parientes todas las semanas.
Agosto. Gramsci sufre la primera crisis grave. “A la una de la mañana del 3 de agosto […] tuve un repentino vómito de sangre”.
Octubre. Envía una instancia al jefe del gobierno para obtener el permiso de seguir leyendo las revistas a las que está suscrito. En diciembre la instancia es parcialmente acogida.

1932

En el curso del año se perfila la posibilidad de un intercambio de prisioneros políticos entre la Unión Soviética e Italia. El proyecto, que cuenta con la aprobación de Gramsci, no llega a concretarse.
Mayo. Recibe una visita de su hermano Cario.
Agosto. Tatiana sugiere a Gramsci la visita de un médico de confianza. Gramsci a Tatiana (29 de agosto): “He llegado a tal punto que mis fuerzas de resistencia están a punto de fallar completamente, no sé con qué consecuencias”.
15 de septiembre. Sin que lo sepa Gramsci, Tatiana presenta una instancia al jefe de gobierno para que Gramsci sea visitado por un médico de confianza. En octubre es visitado por el facultativo de la cárcel.

Noviembre. A consecuencia de las medidas de amnistía y anulación por el décimo aniversario del régimen fascista, la condena de Gramsci es reducida a 12 años y 4 meses. Con base en esta nueva condición jurídica, Piero Sraffa se esfuerza en los meses siguientes para que se conceda a Gramsci la libertad condicional. Las autoridades insisten para que Gramsci presente una petición de gracia. En Turi, por orden del Ministerio, los "políticos" del establecimiento penal son sometidos al régimen de aislamiento. Con la complicidad de algunos guardianes, Gramsci elude la prohibición y reanuda las conversaciones con los compañeros (S. Pertini, A. Fontana, G. Trombetti, etcétera).
30 de diciembre. Muere en Ghilarza la madre de Gramsci, el cual conocerá la noticia mucho tiempo después.

1933

Febrero. El Ministerio acoge la instancia de Tatiana y concede que Gramsci sea visitado en la cárcel por un médico de confianza.
7 de marzo. Tiene una segunda crisis grave ("Precisamente el martes pasado, a primera hora, mientras me levantaba de la cama, caí al suelo incapaz de ponerme en pie por mis propios medios"). Durante cerca de dos semanas, noche y día, en tumos de doce horas, es asistido por un compañero de Bolonia, Gustavo Trombetti, y por un obrero de Grosseto. Tatiana visita a Gramsci quien le informa de su proyecto de traslado a la enfermería de otra cárcel. G. Trombetti se establece en la celda de Gramsci como su asistente basta noviembre. Es revocada momentáneamente la autorización para que Gramsci tenga consigo material de escritura.
20 de marzo. Es visitado en la cárcel por el profesor Umberto Arcangeli. Éste señala la necesidad de una petición de gracia, pero por la oposición de Gramsci, y a solicitud de Tatiana y de Sraffa, dicha petición es eliminada del certificado. En éste Arcangeli declara: "Gramsci no podrá sobrevivir por mucho tiempo en las condiciones actuales: yo considero necesario su traslado a un hospital civil o a una chuica, a menos que sea posible concederle la libertad condicional".
Mayo-junio. La declaración del profesor Arcangeli es publicada por el periódico *L'Humanité* (mayo) y por el *Soccorso Rosso* (junio). En París se constituye un comité para la liberación de Gramsci y de las víctimas del fascismo, del cual forman parte, entre otros, Romain Rolland y Henri Barbusse. *Azzione antifascista* dedica gran parte del número de junio a la figura de Gramsci. Los Cuadernos de *Giustizia e libertà* publican con la firma

de “Fabrizio” (U. Calosso) un ensayo sobre “Gramsci e *L’Ordine Nuovo*” (agosto).
Julio. Pide a Tatiana que inicie con urgencia el trámite para la transferencia a la enfermería de otra cárcel. Es visitado por un inspector de la administración carcelaria. Obtiene ser transferido a una nueva celda alejada de los ruidos.
Octubre. Es acogida la instancia para la transferencia de Turi. La dirección de policía elige Ja clínica del doctor Giuseppe Cusumano en Formia. El tribunal especial rechaza el recurso relativo a la aplicación del decreto de amnistía y anulación de noviembre de 1932.

19 de noviembre. Gramsci deja el establecimiento penal de Turi y es transferido temporalmente a la enfermería de la cárcel de Civitavecchia, donde tiene una entrevista con Tatiana.
7 de diciembre. De la cárcel de Civitavecchia es transferido e internado, en estado de detención, en la clínica del doctor Cusumano, en Formia. Tatiana va a visitarle todas las semanas. Durante su permanencia en Formia recibe las visitas de su hermano Cario y su amigo Sraffa. Reauuda sus lecturas, pero sus condiciones de salud le impiden escribir durante algún tiempo.

1934

El 15 de julio renueva la solicitud para ser transferido a otra clínica, debido también a necesitar una operación de hernia.
Septiembre. En el extranjero se reanuda enérgicamente la campaña para la liberación de Gramsci. Romain Rolland publica un opúsculo sobre su figura.
Octubre. Gramsci presenta la petición de libertad condicional, acogiéndose al artículo 176 del código penal y al artículo 191 del reglamento carcelario (24 de septiembre). El 25 de octubre es emitido el decreto para la libertad condicional de Gramsci. Dos días después, acompañado por su cuñada Tatiana, sale por primera vez de la clínica Cusumano.

1935

Junio. Es víctima de una nueva crisis.
24 de agosto. Deja la clínica Cusumano, acompañado por el profesor Puccinelli, para ser internado en la clínica Quisisana de Roma. En los meses siguientes es asistido por su cuñada Tatiana y visitado frecuentemente por su hermano Cario. Durante su permanencia en la clínica recibe también la visita de Piero Sraffa.

1936

Reanuda la correspondencia con su mujer e hijos.

1937

Abril. Terminado el periodo de libertad condicional, Gramsci recobra la libertad plena. Proyecta retirarse a Cerdeña para restablecerse. La crisis sobreviene súbitamente la noche del 25 de abril. Sufre una hemorragia cerebral. Tatiana lo asiste. Gramsci muere dos días después, en las primeras horas del día 27 de abril. En la tarde del 28 se celebran los funerales. Las cenizas de Gramsci, conservadas en una urna, son inhumadas en el Cementerio Verano en uno de los nichos municipales. Después de la liberación serán trasladadas al Cementerio de los Ingleses, en Roma. En el extranjero, los compañeros de partido y todas las corrientes antifascistas rinden homenaje a la memoria de Antonio Gramsci: el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. *La voce degli italiani*, *Stato operaio, L'Unità* clandestina, *Il Grido del popolo, Giustizia e Libertà*, Camillo Berneri desde Radio Barcelona, Pietro Tresso ("Blasco") en *La lutte ouvrière*, Romain Rolland, en un opúsculo que recogía los testimonios de Palmiro Togliatti, Claude Aveline, Renaud de Jouvenel, Jean Cassou, René Maublanc, Marcel Cohen, Charles Vildrac, Andrée Viollis, Henri Wallon, Edith Thomas, Upton Sinclair, Carlo Rosselli.

[Extracto de la cronología establecida por Valentino Gerralana para la edición Einaudi de los *Cuadernos de la Cárcel*, de próxima publicación en Ediciones Era].

# Notas

[1] Es necesario señalar la atribución a Gramsci de un artículo no firmado (*El partido del proletariado*) aparecido el 1.º de noviembre de 1924 en *Ordine Nuovo*. En realidad ese texto repite literalmente un pasaje del capítulo VIII ("El partido") de los *Principios del leninismo* de Stalin, pero ha sido incluido en el volumen gramsciano *La costruzione del partido comunista. 1923-1926*. Turín, 1971, pp. 205-206. <<

[*] El 25 de abril de 1945, el Comité de Liberación Nacional, organización de frente que dirigía la resistencia italiana, lanzó una insurrección nacional contra los nazis y fascistas en todo el norte de Italia. [E.]. <<

[2] Cf. por ejemplo: Massimo Massara, “Gramsci e il fascismo”, en el *Calendario del popolo*, diciembre de 1971, uno de los primeros ensayos dedicados especialmente al tema apenas se completó, con el tomo XII, la primera edición de las *Obras*. **<<**

[3] Cf. Hughes Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*. Ed. Siglo XXI, México, 1973. <<

[4] Cf. Sergio Caprioglio, “Un mancato incontro Gramsci-D’Annunzio a Gardone nell’ aprile 1921”, en *Rivista storica del socialismo*, enero-agosto de 1962. <<

[5] Cf. Alfonso Leonetti, *Note su Gramsci*. Urbino, 1970, cap. titulados "L'analisi del fascismo" y "Processo a Giolitti". **<<**

[6] Cf. Palmiro Togliatti, *Opere. 1926-1929*, Roma, 1972, pp. 542-59. <<

[7] Cf. Franco De Felice, “Una chiave di lettura in ‘Americanismo e fordismo’” en *Rinascita*, 27 de octubre de 1972. <<

[8] Cf. “Il riformismo borghese” (no firmado), en *Avanti!*, Ed. Piamontesa, 5 de diciembre de 1917, e “Il regime dei pascià”, *ibid.*, 28 de julio de 1918. <<

[9] Cf. “Uno sfacelo e una genesi” (no firmado), en *Ordine Nuovo*, 1.º de mayo de 1919. <<

[10] Cf. las observaciones de Valentino Gerratana, “Il popolo delle scimmie tra reazione e rivoluzione passiva”, en *Rinascita*, 27 de octubre de 1972. **<<**

[11] Cf. Paolo Spriano, “Introduzione” a Antonio Gramsci, *Scritti politici*. Roma, 1973, t. I, p. 9. <<

[12] Cf. “Uno sfacelo e una genesi”, *op. cit*. **<<**

[13] Cf. “Il carnefice e la vittima” (no firmado), en *Ordine Nuovo*, 17 de julio de 1921. <<

[14] Cf. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Ed. Juan Pablos, México, 1975, p. 91. <<

[15] Palmiro Togliatti, *Gramsci*, Roma, 1972, p. 101. <<

[16] *Ibid.*, pp. 100-101. <<

[17] Cf. Renzo Martinelli, “Il ‘Che fare?’ di Gramsci nel 1923”, en *Studi storici*, octubre-diciembre de 1972. <<

[18] Cf. “Discussione politica con Gramsci in carcere”, a cargo de Franco Ferri, en *Rinascita*, 12 de diciembre de 1964. **<<**

[19] Cf. “Spagna”, en *Ordine Nuovo*, 1.º de mayo de 1919, publicado también en *Avanti!* del 6 de mayo, con el título “Un paese senza Stato”. **<<**

[20] Cf. el artículo “Italia e Spagna” (no firmado) en *Ordine Nuovo*, 11 de marzo de 1921. <<

[21] Cf. el artículo “I due fascismi” (no firmado) en *Ordine Nuovo*, 25 de agosto de 1921. <<

[22] Cf. "Gramsci a Scoccimarro e Togliatti" en Palmiro Togliatti, *La formazione del grupo dirigente del Partido Comunista Italiano*, Roma, 1962, pp. 223-24. <<

[23] Cf. Antonio Gramsci, “Lettera inedita per la fondazione dell’Unità” (12 de septiembre de 1923), en *Rivista Storica del Socialismo*, enero-abril de 1963, a cargo de Stefano Merli. <<

[24] Cf. “Discussione politica con Gramsci in carcere”, cit., p. 21. <<

[25] Cf. Palmiro Togliatti, *Gramsci*, cit., p. 101. <<

[*] El 25 de julio de 1943, Mussolini es derribado por un golpe de Estado. [E.]. <<

[26] Gramsci, El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1973, pp. 199-201. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 19 de agosto de 1916. No firmado. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 5 de diciembre de 1917. No firmado. <<

[*] *Il Grido del Popolo*, 16 de marzo de 1918. No firmado. <<

[*] *Il Grido del Popolo*, 23 de marzo de 1918; *Avanti!*, ed. milanesa, 30 de marzo de 1918. Firmado A. G. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 28 de julio de 1918, en “Sotto la Mole”. <<

[1] El XV congreso nacional del partido socialista, celebrado en Roma del 2 al 6 de septiembre de 1918, fue en primer término prohibido por el gobierno. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 19 de marzo de 1919, en “Sotto la Mole”. <<

[1] Francisco Coccapieller, demagogo, ardiente monárquico, disfrutó de gran popularidad en Roma entre 1880 y 1890, tanto que fue diputado dos veces, en 1882 y 1886. <<

[*] Texto, muy censurado, aparecido en *Ordine Nuovo*, el 1.º de mayo de 1919; vuelto a publicar con el título *Un paese senza Stato*, y con algunos párrafos integrados en lugar de los pasajes censurados, en *Avanti!*, ed, piamontesa, del 6 de mayo de 1919. Entre corchetes reproducimos los fragmentos censurados. Firmado A. G. <<

[1] Aquí hay una línea censurada y que ni siquiera aparece en el texto de *Avanti!* <<

[2] En el texto de *Ordine Nuovo* en vez de “El poder arbitrario concedido a los defensores privados de la propiedad”, se lee “La defensa de la propiedad”. **<<**

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 10 de mayo de 1919. No firmado. <<

[*] *L'Ordine Nuovo*, 4 de octubre de 1919. No firmado. <<

[*] Grupos de choque ligados al ejército (1915-1918). <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 11 de febrero de 1920. No firmado. <<

[1] Seudónimo de Ettore Marroni. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 5 de marzo de 1920, en “Sotto la Mole”. <<

[*] El siguiente informe fue presentado al consejo nacional de Milán por los representantes de la sección socialista y de la federación provincial turinesa y sirvió de base a la crítica de la actuación y la orientación de la directiva del PSI. Damos un extracto. El título es del editor. <<

[1] Se trata de la guardia real. <<

[2] El congreso de Bolonia, celebrado del 5 al 8 de octubre de 1919, concluyó con la derrota de los reformistas y la aprobación, con gran mayoría, del orden del día Serrati, que establecía entre otras cosas la adhesión del PSU a la III Internacional. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 12 de junio de 1920. No firmado. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 19 de octubre de 1920. No firmado. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 24 de noviembre de 1920. No firmado. <<

[1] Los golpeadores del diputado. De Bellis, giolittiano. <<

[*] *Avanti!*, ed. piamontesa, 11 de diciembre de 1920. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 2 de enero de 1921. No firmado. El título fue tomado de un relato del primer *Libro de la jungla* de Kipling. **<<**

[1] Después del tratado de Rapallo de noviembre de 1920, que hizo de Fiume un Estado independiente, el bloqueo naval obligó a D'Annunzio a capitular. A principios de enero comenzó el éxodo de los "legionarios" de la ciudad. <<

[2] En junio de 1914 estalló la última huelga general de protesta, antes de la guerra, contra los asesinatos de trabajadores, conocida con el nombre de “semana roja” por la violencia y duración de la lucha. <<

[*] *L'Ordine Nuovo*, 7 de marzo de 1921. No firmado. <<

[1] Giolitti había disuelto las Cámaras esperando que la fisonomía del Parlamento saldría transformada después de nuevas elecciones realizadas bajo el terror fascista. Sin embargo, las elecciones de mayo no cambiaron sustancialmente la relación de fuerzas parlamentarias, a pesar de que liberales y demócratas constituyeron junto con los fascistas un “bloque nacional”. <<

[*] Alusión a dos tipos de sociedades secretas italianas. La de los *Carbonari*, surgida a comienzos del siglo XIX, liberal y patriótica; y la segunda, una típica asociación criminal. [E.]. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 11 de marzo de 1921. No firmado. <<

[*] *L'Ordine Nuovo*, 26 de abril de 1921. No firmado. <<

[*] *L'Ordine Nuovo*, 14 de mayo de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 11 de junio de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 22 de junio de 1921. No firmado. **<<**

[1] Mussolini tomó por primera vez la palabra en la Cámara el 21 de junio de 1921 con un discurso ardientemente nacionalista, en el que planteó las cuestiones del Alto Adige, de Fiume y de Montenegro. Respecto a las cuestiones de política interna, tendió la mano a los populares y al Vaticano y atacó a socialistas y comunistas, declarando que éstos debían reconocerse derrotados, pero al mismo tiempo hizo cautas propuestas de conciliación a la Confederación del Trabajo, a cambio de que se separase del partido socialista. <<

[2] En su discurso, Mussolini se vanaglorió de haber sido el "primero en infectar a esta gente [los comunistas] cuando [introdujo] en la circulación del socialismo italiano un poco de Bergson mezclado con mucho Blanqui". <<

[*] Expresión gramsciana basada en la fábula de Esopo: “aramos, dijo la mosca, e iba encima del buey”. [E.]. <<

[**] *L’Ordine Nuovo*, 5 de julio de 1921. No firmado. <<

[1] El 27 de junio cayó el ministerio Giolitti, <<

[*] *L'Ordine Nuovo*, 17 de julio de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 23 de julio de 1921. No firmado. <<

[1] En Sarzana. <<

[2] Frase incomprensible. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 27 de julio de 1921. No firmado. <<

[1] El golpe de Estado Kapp-Luttwitz del 13 de marzo de 1920 fue un intento de derrocar a la República democrática alemana, fracasado a continuación de la huelga general proclamada oportunamente por los sindicatos. La nota del *Ordine Nuovo*, a la que alude Gramsci, del 16 de julio de 1921, decía: “La Confederación General del Trabajo en Alemania dedicó tres meses de trabajo organizativo para estar en condiciones de impedir el golpe de Estado Kapp-Luttwitz. ¿Ha previsto la Confederación del Trabajo italiana la posibilidad de un golpe de Estado en Italia? ¿No considera oportuno decir claramente a las masas populares lo que deben hacer para impedir este último atentado a su libertad y a su existencia?”. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 25 de agosto de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 26 de agosto de 1921. No firmado. <<

[1] Cesare Rossi. <<

[2] En el artículo “Causas, efectos, programas”, publicado en el *Popolo d’Italia*, del 22 de mayo de 1921. <<

[3] Néstor I. Majno (1884-1934), anarquista ucraniano, jefe de bandas de campesinos, combatió en Ucrania “tanto contra los generales contrarrevolucionarios como contra el poder soviético”. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 28 de agosto de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 31 de agosto de 1921. No firmado. <<

[*] *L'Ordine Nuovo*, 25 de septiembre de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 13 de noviembre de 1921. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 15 de enero de 1922. No firmado. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 4 de marzo de 1922. No firmado. <<

[1] La crisis concluyó con la constitución del gobierno Facta. <<

[2] La conferencia de Washington, celebrada del 2 de noviembre al 6 de febrero de 1922, discutió los problemas más urgentes de la posguerra: el desarme, las cuestiones del Pacífico y del Extremo Oriente. La reducción de los armamentos terrestres dio lugar a violentos enfrentamientos entre el delegado estadounidense Hughes, apoyado por el italiano Schanzer, y Briand que representaba a Francia. La *Stampa* (26-27 de noviembre), con la publicación de un telegrama de un corresponsal francés, reveló que en una sesión secreta Briand había hecho una alusión poco lisonjera para el ejército italiano (“¿Acaso no es un hecho que la reducción del gran ejército del que se enorgullecen, no fue realizada mediante una ley, sino que se produjo como resultado de la disgregación moral del ejército?”), a la cual Schanzer no supo responder “en forma satisfactoria para el honor italiano”. Después del incidente, Briand abandonó la conferencia y regresó a Francia. En Italia se produjeron manifestaciones antifrancesas, y Hughes desmintió la información en un comunicado oficial. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 23 de mayo de 1922. No firmado. Este es el último artículo de Gramsci en el *Ordine Nuovo* diario. Pocos días después, con Gennari y Bordiga, Gramsci parte para Moscú para participar en la Conferencia del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista (del 7 al 11 de junio). <<

[*] *La Correspondance Internationale*, 20 de noviembre de 1952. Firmado A. Gramsci. Igual que los otros artículos publicados en *La Correspondance Internationale* (revista quincenal de la Internacional Comunista publicada en tres idiomas en Berlín, Viena y París), se trata ciertamente de un texto que se aparta notablemente del original italiano y no refleja exactamente el pensamiento del autor. <<

[*] *Stato Operaio*, 13 de octubre de 1923. Firmado Antonio Gramsci. <<

[1] El *Sindicato Rosso*, órgano de la corriente sindical comunista de la Confederación general del trabajo, se publicó desde octubre de 1921 hasta marzo de 1925. En la Unión Sindical Italiana, Nicola Vecchi era el exponente de la corriente anarcosindicalista, favorable a un acercamiento a los comunistas y a la III Internacional. <<

[2] *Industrial Workers of the World* (Trabajadores industriales del mundo): organización de izquierda, internacionalista, fundada en 1905 por elementos disidentes de la reformista *American Federation of Labor*, dirigida por Gompers, con el propósito de organizar a los trabajadores no calificados. <<

[3] W. Foster (1881-1961), junto con otros organizadores sindicales, fue en 1920 uno de los fundadores del Partido Comunista Norteamericano. <<

[*] *La Voce della Gioventú*, 1.º de noviembre de 1923. Firmado Giovanni Masci. <<

[*] *La Correspondance Internationale*, 28 de diciembre de 1923. Firmado G. Masci. <<

[*] *La Correspondance Internationale*, 3 de enero de 1924. Firmado G. Masci. <<

[*] *La Correspondance Internationale*, 30 de enero de 1924. Firmado G. Masci. <<

[*] *L'Unità*, 21 de febrero de 1924. No firmado. Es el primer artículo de Gramsci publicado en *L'Unità*, cuyo primer número salió el 12 de febrero de 1924. <<

[*] *L’Unità*, 22 de febrero de 1924. No firmado. <<

[*] *L'Unità*, 28 de lebrero de 1924. Firmado Manalive. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 1.º de marzo de 1924 No firmado. Luego en *L’Unità*, 6 de noviembre de 1924, con el título *Lenin capo rivoluzionario*, y firmado Antonio Gramsci. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 1.º de marzo de 1924. No firmado. <<

[1] Cf. “L’equivoco” en el *Avanti!* del 31 de enero de 1924. <<

[2] En el discurso programático dirigido el 28 de enero a las altas jerarquías del partido fascista, Mussolini afirmó: “Combatiremos a los partidos de izquierda con la antigua energía de los camisas negras”. <<

[3] La huelga, definida como “legal” por Turati, programada para el 1.º de agosto de 1922 por la Alianza del trabajo, no coordinada, y no general, concluyó con un fracaso y dio ocasión a un recrudecimiento de la violencia fascista. <<

[*] De la carta de Gramsci a Scoccimarro y Togliatti del 10 de marzo de 1924. El título es del editor. <<

[1] En el original, aquí y más adelante, “partido” es abreviado como “P”. <<

[*] *La Correspondance Internationale*, 12 de marzo de 1924. Firmado G. Masci. <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 15 de marzo de 1924. No firmado. <<

[*] Orden religiosa instituida en el siglo XIV. [E.]. <<

[1] El episodio es recordado en *L'Unità* del 8 de abril de 1926 en la nota necrológica de Amendola: el 26 de febrero de 1921, cuando se constituyó el ministerio Facta, "los periódicos anunciaron que Amendola sería ministro de la guerra. Eso habría significado que el control de las fuerzas armadas estaría en manos de un antifascista. Por el contrario, con el nombramiento del agrario-fascista Di Sealca para el ministerio de la guerra, apareció claramente la adopción práctica y pública en las altas esferas dirigentes del principio de la preparación activa para la nueva fase fascista. Esto implicaba o el abandono de la cuestión monárquica o la persistencia en los viejos cuadros ideológicos. Amendola siguió precisamente esta segunda vía y entró en el ministerio como ministro de colonias, donde permaneció como espectador impotente de la preparación reaccionaria de la marcha sobre Roma". <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 15 de marzo de 1924. No firmado. <<

[1] Probable alusión a la inclusión de diputados meridionales liberales en la “lista”. <<

[*] *La Correspondance Internationale*, 17 de abril de 1924. Firmado G. Masci.
<<

[*] *L’Unità*, 2 de julio de 1924. No firmado. <<

[*] *Stato Operaio*, 28 de agosto de 1924. No firmado. <<

[1] Alusión a Alberto Leo Schlageter, vinculado a los círculos nacionalistas alemanes de izquierda, fusilado por los franceses en 1923 al ser sorprendido, en el Rhur ocupado, cometiendo actos de sabotaje contra trenes franceses. Los nazis lo exaltaron después como héroe nacional y precursor del nacionalismo. K. Rádek, en la reunión del comité ejecutivo de la Internacional Comunista del 20 de junio de 1923, dijo que Schlageter fue un valiente soldado de la revolución y que hombres como él debían dejar de ser “peregrinos de la nada” para convertirse en “peregrinos de un futuro mejor” de la humanidad. *Peregrino de la nada* se titula una novela nacionalista de F. Freksa (Munich, 1920). <<

[*] Relación al comité central del partido comunista del 13-14 de agosto de 1924. *L'Ordine Nuovo*, 1.º de septiembre de 1924. Firmado Antonio Gramsci. *L'Unità*, 26 de agosto de 1924, con el título "La crisis de las clases medias". <<

[1] Se trata de los llamados memoriales escritos por los principales sospechosos del asesinato de Matteotti inmediatamente después del delito, y dados a conocer a la oposición. El memorial Rossi fue publicado en el *Mondo* del 28 de diciembre de 1924, el de Filippelli en *Non Mollare!* de febrero de 1925. <<

[*] Publicado en *L'Ordine Nuovo* del 1.º de noviembre de 1924. La atribución de este editorial, ya señalado por L. Paggi, *Gramsci e il moderno principe*, t. I, p. XIX, resulta inmediatamente de una confrontación con el informe de Gramsci al comité central del partido del 13-14 de agosto de 1924, reseñado por *L'Unità* del 26 agosto (con el título "I compiti del partito comunista di fronte alla crisi della società capitalistica italiana" y luego por *L'Ordine Nuovo* del 1.º de septiembre (con el título "La crisi italiana"; cf. S*critti politici*, III, pp. 95-106). La repetición de la conocida afirmación contenida en aquel informe —"la situación es 'democrática' porque las grandes masas trabajadoras están desorganizadas, dispersas, pulverizadas en el pueblo indistinto"— se especifica aquí en una argumentación que puede considerarse como el desarrollo de un aspecto particular de aquel texto. Por lo demás, una vinculación mas general con las reflexiones de Gramsci se da en el análisis de la crisis del Estado italiano en 1919-1920, y del valor movilizador, con respecto a la legalidad burguesa, de la organización de las grandes masas trabajadoras: una observación ya presente en escritos del periodo 1921-1922, y característica del patrimonio conceptual de Gramsci (cf. L. Paggi, *op cit.*, pp. 385-91). <<

[*] *L’Ordine Nuovo*, 15 de noviembre de 1924. No firmado. <<

[*] Acta de la relación al comité central del partido comunista del 6 de febrero de 1925, que precedió a la partida de Gramsci para Moscú, donde participó en el ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista. El título es del editor. <<

[1] El reingreso demostrativo de los comunistas se produjo el 12 de noviembre de 1924; se presentó sólo el diputado Repossi, quien abandonó la sala después de leer una declaración de principios en la que acusaba públicamente al gobierno del delito Matteotti. Ruggero Grieco habló sobre el proyecto de ley electoral fascista el 14 de enero de 1925. <<

[2] *Il Domani d’Italia*, que interrumpió sus publicaciones a fines de 1924. En realidad el periódico no reapareció y Miglioli publicó algunos artículos en *L’Unità*. <<

[3] Cf. G. M. Serrati, *La situazione del Partito socialista (Lettera aperta ad un operaio socialista in buona fede)*. Librería editrice del PCI, Roma, 1925, p. 60. <<

[4] La sección de agitación y propaganda estaba dirigida por Secondino Tranquilli (Ignazio Silone). <<

[*] Con este discurso, pronunciado en la Cámara el 16 de mayo de 1925, Gramsci intervino contra el proyecto de Ley Mussolini-Rocco dirigido contra la masonería e indirectamente contra los partidos antifascistas. Publicado en *L'Unità*, el 23 de mayo de 1925. El título es del editor. <<

[1] El diputado popular Egilberto Martire, ex-aventiniano, en su intervención, que precedió a la de Gramsci, se pronuncio a favor de la ley. <<

[2] Nicola Bombacci fue obligado a dimitir como diputado comunista en 1923, después de que en un discurso de la Cámara habló de afinidad entre el fascismo y la revolución bolchevique. <<

[3] Alusión al régimen de terror instaurado en Bulgaria por Aleksandr Tsankov, exponente de la derecha agraria nombrado presidente del consejo tras la caída de Stambuliski. <<

[*] Intervención ante el comité central del partido comunista del 9-10 de noviembre de 1925. El título es del editor. <<

[*] De *ras*, los despóticos jefezuelos fascistas locales. [E.]. <<

[1] Respuesta a una interrupción de Scoccimarro, el cual proponía solicitar a la confederación general del trabajo que la vinculación con las masas no fuese mantenida por funcionarios confederados sino por elementos que gozasen de la confianza de las masas. <<

[2] Seudónimo de Mauro Scoccimarro, <<

[3] Laguna en el texto del acta. <<

[*] De las *Tesis* aprobadas por el Congreso del Partido Comunista en Lyon (enero de 1926). <<

[*] De una correspondencia de julio de 1926. El título es del editor. <<

[1] Paolo Pili, antiguo exponente del Partido Sardo de Acción, y en 1923 fundador del *fascio* de Cagliari, organizó la federación de las cooperativas queseras y de las lecherías sociales y una organización de pequeños productores agrícolas. La federación de las lecherías sociales fracaso posteriormente, arrastrando a la quiebra a miles de campesinos y pastores. <<

[*] Texto que Gramsci sometió a discusión preliminar antes de desarrollarlo, como informe, en la reunión del comité directivo del partido comunista del 2-3 de agosto de 1926 (APCI. 396/13-27). La primera parte fue publicada en *Stato Operaio* (marzo de 1928, pp. 82-88) con leves variantes respecto al texto aquí reproducido. Todo el documento ha sido publicado en *Rinascita* (14 de abril de 1967, pp. 21-22). <<

[*] De *Passato e presente*, Roma, 1971, pp. 32-36. <<

[*] De Note sul Machiavelli, Roma, 1971, pp. 90-92. El título es del editor. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 45-47. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 88-91. <<

[1] Al concluir la primera guerra mundial, el PSI y la confederación general del trabajo, dirigida por los reformistas, firmaron un pacto de alianza. <<

[*] De *Note sul Machiavelli*, pp. 327-36. <<

[1] Fechada, al parecer, junio de 1892, reproducida en la p. 244 y ss. del libro de Francesco Salata, *Per la storia diplomatica della quistione romana*, I, Treves, 1920. [N. del A.]. <<

[*] De Letteratura e vita nazionale, Roma, 1971, pp. 191.-94. <<

[1] Sobre Ugo Ojetti, véase el juicio brusco y cortante dado por Cardneci. [N. del A.]. <<

[*] De *Letteratura e vita nazionale*, pp. 214-17. <<

[1] Cf. la colección de la revista *La conquista dello Stato*. [N. del A.]. **<<**

[**] Charlatanamente. Con el nombre de *brescianismo* (por el jesuita padre Bresciani, escritor), Gramsci caracterizaba a una corriente de la literatura italiana, surgida en el periodo 1848-1860, caracterizada por su sectarismo católico y su posición reaccionaria. [E.]. <<

[*] De *Letteratura e vita nazionale*, pp. 123-25. <<

[1] Publicado en la *Voce* en 1910. [N. del A.]. <<

[2] Sobre la actividad desarrollada por Cena para las escuelas de los campesinos del Agro romano, deben verse las publicaciones de Alessandro Marcucei. Cena buscaba precisamente “ir al pueblo”: es interesante ver cómo trató de realizar prácticamente su propósito, porque eso nos muestra lo que un intelectual italiano, por otra parte lleno de buenas intenciones, podía entender por “amor por el pueblo”. [N. del A.]. <<

[*] De *Gli intellettuali e l’organizzazione della cultura*, Roma, 1971, pp. 236-39. <<

[*] De *Note sul Machiavelli*, pp. 413-18. <<

[*] De *Note sul Machiavelli*, pp. 404-18. <<

[1] Refrán italiano cuyo sentido hace mención al deseo de alcanzar objetivos contradictorios entre sí. [E.]. <<

[2] El opúsculo de Fortunato sobre Goethe y su juicio acerca de los napolitanos ha sido reeditado por la Biblioteca editora de Rieti en la colección de Quaderni critici, dirigida por Domenico Petrini. Sobre el opúsculo de Fortunato debe leerse la crítica de Luigi Einaudi en la *Riforma sociale*, probablemente de 1912 [en realidad de 1918]. [N. del A.]. <<

[3] Cf. las investigaciones sobre el tema del profesor Mortara, por ejemplo en las *Prospettive economiche* de 1922. [N. del A.]. <<

[4] Cf. las *Atti parlamentari della sessione*, y el discurso del senador Ugo Ancona, cuyas veleidades reaccionarias fueron prontamente rechazadas por el jefe del gobierno. [N. del A.]. <<

[5] O sea *Au-delà du marxisme*. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 30-32. <<

[1] En 1921 D’Annunzio contribuyó con dos mil liras para los hambrientos por la carestía en Rusia. <<

[*] De *Note sul Machiavelli*, pp. 83-88. <<

[*] El 2 de diciembre de 1851 se verificó el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte. [E.]. <<

[*] De *Note sur Machiavelli*, pp. 255-57. <<

[*] Las Danaides fueron condenadas por Júpiter a llenar eternamente de agua un tonel sin fondo. [E.]. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 63-64. <<

[*] De *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Roma, 1971, pp. 228-30. <<

[*] De *Note sul Machiavelli*, pp. 242-46. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 27-28. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 28-30. <<

[1] Palabra del dialecto siciliano que asegura el silencio solidario de todo miembro de la mafia frente a la policía. [E.]. <<

[*] De *Letteratura e vita nazionale*, pp. 157-61 <<

[1] Vincenzo Morello se convirtió en “Rastignac” debido a tal filiación… populachera y defendió a Conrado Brando. [N. del A.]. <<

[*] Conocido fuera de Italia como *La agonía romántica*. [E.]. **<<**

[*] De *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, pp. 324-27. <<

[1] Cf. *Riforma sociale*, enero-febrero de 1933. [N. del A.]. <<

[2] Véase el libro de *sir* Arthur Salter, *Ricostruzione: come finirà la crisi*. Bompiani, Milán, 1932, p. 398. [N. del A.]. <<

[3] Cf. el invento de la “seda artificial” que satisface la necesidad de un lujo de las capas medias burguesas. [N. del A.]. <<

[*] De *Passato e presente*, pp. 108-12. <<

[1] En inglés en el texto. Proceso de distribución de las mercancías. [E.]. <<

[*] De *Note sul Machiavelli*, pp. 284-85. <<

[**] *Ibid.*, pp. 431-32. <<

[*] De *Ibid.*, pp. 439-42. <<

[*] Texto de la declaración hecha por Gramsci el 30 de mayo de 1928 según la reconstrucción de Domenico Zucàro: cf. *Il processone*, Roma, 1961, pp. 182-83. <<

[**] Esta “exposición” de Gramsci sobre el fascismo, de fines de 1930, aparece reconstruida en un informe de Athos Lisa, en el cual, como conclusión al texto por nosotros reproducido, se dice: “He fijado sumariamente, confiando en la fidelidad de la memoria, los conceptos expuestos por [Gramsci] entresacando de ellos todo elemento sectario, tratando de no confundirlos con mis opiniones particulares. No podría garantizar haber dicho con exactitud todo cuanto fue expuesto por el compañero [Gramsci] hace unos dos años y medio. El lector que se sienta impulsado a discutir los elementos fijados en esta relación, deberá tomar en cuenta lo anterior. El compañero [Gramsci], si el día de mañana lee esta relación que he redactado gustosamente con la intención de hacer algo útil para el partido, me perdonará si tío me ha sido posible repetir con excesiva exactitud todo lo que él expuso, 22-III-1933”. <<

[*] De *Stato operaio*, 7 de febrero de 1924, firmado G. Masci. No incluido en las *Opere* de Antonio Gramsci, fue descubierto por Roberto Maini, bibliotecario de^ la Biblioteca Nacional de Florencia, a quien hacemos constar nuestra gratitud. El artículo fue destinado inicialmente a *Avanti!*, como réplica al anónimo “Bluffismo e malafede comunista” publicado por el diario socialista el 13-14 de enero. El texto gramsciano, precedido por una nota de la redacción dedicada a aclarar los términos de la polémica (que aquí omitimos), interesa tanto como puntualización al anterior “Il fallimento del sindicalismo fascista” —aparecido en *Correspondance internationale*— como porque sostiene (y anticipa) una línea de intervención en el interior de los sindicatos fascistas. Lo damos en apéndice debido a que puede considerarse inédito. <<